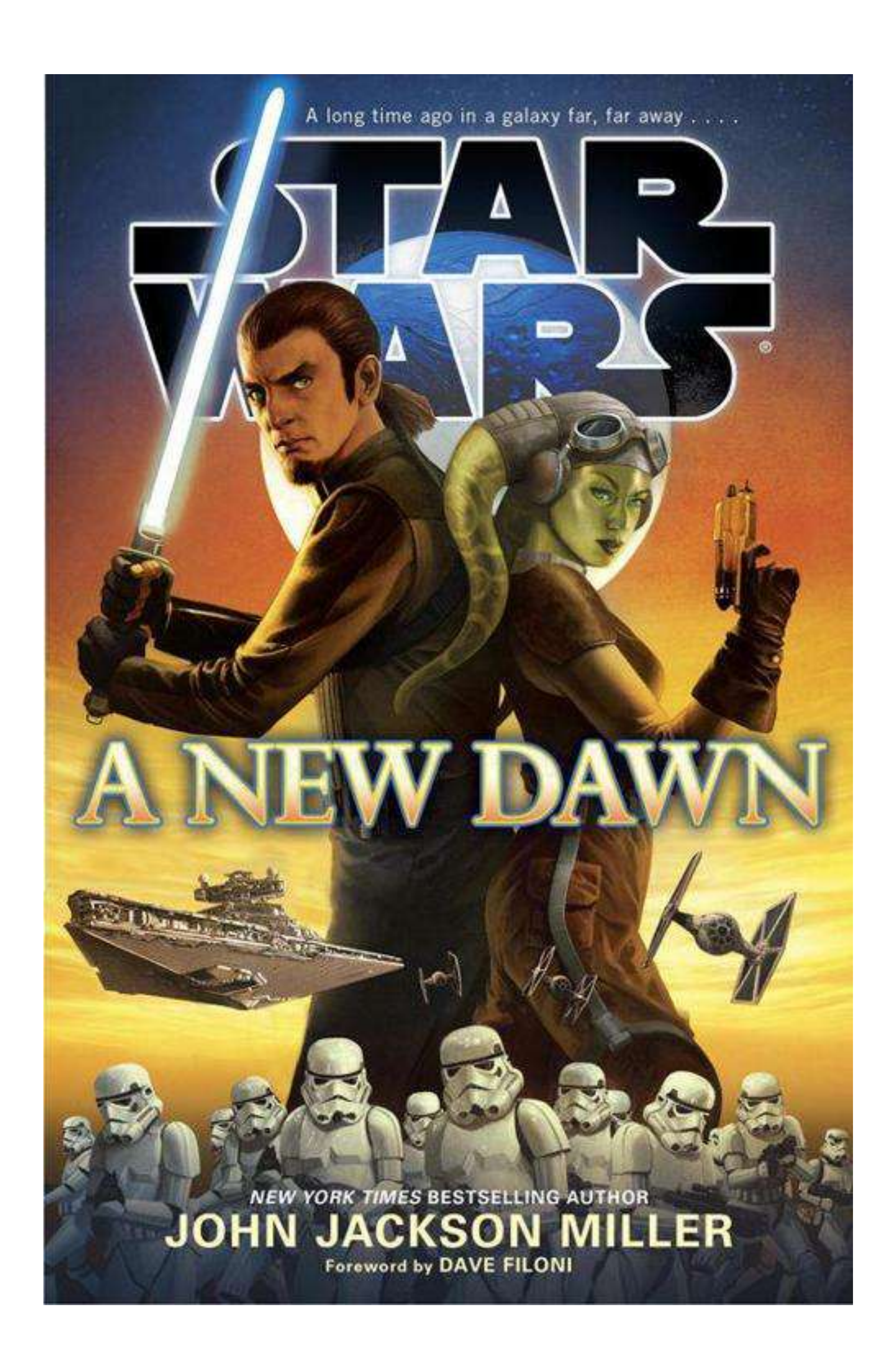

A long time ago in a galaxy far, far away . . . .
STAR WARS
A NEW DAWN
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
JOHN JACKSON MILLER
Foreword by DAVE FILONI

«La guerra ha terminado. Los Separatistas han sido derrotados, y la rebelión Jedi ha sido frustrada. Nos encontramos en el umbral de un nuevo comienzo». —EMPERADOR PALPATINE

Desde que los Jedi fueron marcados para morir y obligados a huir de Coruscant, Kanan Jarrus se ha dedicado a mantenerse con vida en lugar de servir a la Fuerza. Vagando solo por la galaxia, de un trabajo anónimo a otro, evita los problemas… especialmente con el Imperio, cueste lo que cueste. Así que cuando descubre un conflicto mortal gestándose entre las despiadadas fuerzas imperiales y unos revolucionarios desesperados, él no va a quedar atrapado en el fuego cruzado. Entonces la brutal muerte de un amigo a manos del Imperio fuerza al ex-Jedi a tomar una decisión: arrodillarse ante el miedo, o levantarse y luchar.

Pero Jarrus no va a luchar solo. Unos aliados improbables, incluyendo un radical lanza-bombas, una antigua agente de vigilancia imperial, un oficial de seguridad vengativo y la misteriosa Hera Syndulla —una agente provocadora con sus propios motivos— forman un equipo con Jarrus para desafiar al Imperio. A medida que se desarrolla una crisis de proporciones apocalípticas en el planeta Gorse, deben unirse contra uno de los ejecutores más temibles del Imperio… por el bien de un mundo y su pueblo.



Un nuevo amanecer

John Jackson Miller



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *A New Dawn*

Autor: John Jackson Miller

Arte de portada: Douglas Wheatley

Publicación del original: marzo 2015

11 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Bodo-Baas

Revisión: Bodo-Baas, Stephan09, Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

20.09.15

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

PREFACIO

Star Wars es una galaxia increíblemente creativa, donde los escritores han enviado a los Jedi en incontables misiones, explorado numerosos planetas y descubierto tesoros escondidos desde 1977. Yo crecí con la trilogía original y a lo largo de los años he leído los libros y cómics, jugué a los juegos, vi los relanzamientos, y no lo podía creer cuando un día estaba sentado en el cine y la pantalla decía EPISODIO I. Era un día que había esperado, por mucho, mucho tiempo. Fui a ver todas las precuelas en la noche de apertura, hice cola como todo el mundo, fui a los lanzamientos de juguetes de «Midnight Madness». Realmente disfruté de la comunidad que se había formado alrededor del universo de *Star Wars*.

Poco sabía que antes de que la película precuela final fuera lanzada, me mudaría al norte de California y comenzaría a trabajar en *Star Wars: The Clone Wars*, a lado de «el Creador» George Lucas. Sentí como si hubiese ganado una lotería de *Star Wars*, pero también sentí una enorme responsabilidad hacia toda la gente a la que sabía que le encantaba *Star Wars*: de asegurarme de «captar la esencia». Cuando empezó mi propio entrenamiento personal, siempre tuve a George allí para responder a las preguntas más profundas, para asegurarme de que captábamos la esencia, de que realmente hacíamos *Star Wars* como él quería. Él solía bromear conmigo y mi equipo, diciéndonos que había estado enseñándonos los caminos de la Fuerza para que un día, cuando se retirara, *Star Wars* pudiera seguir adelante sin él. No estoy seguro de si alguna vez le creímos, hasta que sucedió.

Entonces, ¿cómo seguimos adelante? Y ¿cómo nos aseguramos de captar la esencia? Muy simple, confiamos en la Fuerza, y confiamos el uno en el otro. Nos juntamos como un grupo y encontramos el mejor talento: personas que, como tú y yo, quieren a *Star Wars* y quieren hacerla genial. Que quieren capturar la sensación que nos dio, que nos inspiró a todos. Más que en cualquier otro momento de su existencia, se cuentan nuevas historias de *Star Wars* todos los días. Más importante aún, el concepto de lo que es canon y lo que no lo es se ha ido y desde este punto en adelante todas nuestras historias y personajes existen en el mismo universo; los creativos clave que trabajan en las películas, televisión, cómics, videojuegos y novelas por primera vez están todos conectados creativamente en la historia del universo de *Star Wars*.

Un nuevo amanecer es el resultado de este método de historia colaborativa aquí en Lucasfilm. Como productores ejecutivos de *Star Wars Rebels*, Greg Weisman, Simon Kinberg y yo tuvimos participación en la historia y personajes, trabajando con el autor John Jackson Miller. Incluso pude hacer observaciones sobre el aspecto de Kanan y Hera para la portada… quizás un pequeño detalle para algunos, pero fue muy emocionante ser parte de ese proceso y saber que los personajes permanecerían fieles a su diseño previsto. Realmente espero que disfrutes de esta historia, y que enriquezca tu experiencia y conocimiento de los personajes de *Star Wars Rebels*. Todavía hay incontables mundos

por visitar, innumerables alienígenas por conocer, y con el increíble talento que va a venir a trabajar en Lucasfilm el camino hacia adelante parece despejado.

Por último debo darte las gracias. Ya sea si esta es tu primera aventura de *Star Wars*, o una entre muchas a lo largo de muchos años: Gracias. Gracias por tu dedicación y pasión por la galaxia de *Star Wars*. Debido a los fans como tú por todo el mundo, la Fuerza estará con nosotros, siempre.

Dave Filoni

Productor ejecutivo y director de supervisión, *Star Wars Rebels*

Por mil generaciones, los caballeros Jedi trajeron la paz y el orden a la República Galáctica, ayudados por su conexión con el campo de energía mística conocido como la Fuerza. Pero fueron traicionados… y toda la galaxia ha pagado el precio. Es la Edad del Imperio.

Ahora el Emperador Palpatine, una vez Canciller de la República y en secreto un Sith seguidor del lado oscuro de la Fuerza, ha traído su propia paz y orden a la galaxia. La paz, a través de la represión brutal… y el orden, mediante el aumento sobre el control de la vida de sus súbditos.

Pero aun mientras el Emperador aprieta su puño de hierro, otros han comenzado a cuestionar sus medios y sus motivos. Y otros, cuyas vidas fueron destruidas por las maquinaciones de Palpatine, están dispersos por la galaxia como bombas sin estallar, esperando para explotar…

Años antes…

—Es hora de volver a casa —dijo Obi-Wan Kenobi.

El Maestro Jedi miró las luces parpadeantes en el panel a su derecha… y luego a los estudiantes mirándolo. El pasillo entre los imponentes bancos de computadoras en la estación central de seguridad estaba diseñado para que unos pocos Jedi hicieran mantenimiento, no para una multitud; pero los iniciados pasaron enseguida, con cuidado de no empujarse el uno al otro en presencia de su maestro de la mañana.

—Ese es el significado de esta señal —dijo el barbudo, volviendo otra vez hacia la interfaz. Unas hileras de luces azules parpadeaban en un mar de indicadores verdes. Accionó un interruptor—. No pueden escuchar ni ver nada ahora. No aquí en el Templo Jedi. Pero lejos de Coruscant, en planetas al otro lado de la galaxia, los de nuestra Orden recibirán el mensaje: *Regresar a casa*.

Sentado en el piso con sus compañeros en la estación central de seguridad, el joven Caleb Dume escuchaba… pero no atentamente. Su mente vagaba, como a menudo lo hacía cuando intentaba imaginarse en el campo.

Ahora era delgado y enjuto, de piel rubicunda y ojos azules bajo una mata de cabello negro. Era sólo uno de la multitud, todavía no era el aprendiz de un mentor. Pero un día, él estaría *allí* afuera, viajando a mundos exóticos con su maestro. Proporcionarían paz y orden a los ciudadanos de la República Galáctica y derrotarían el mal dondequiera que lo encontrasen.

Entonces se vio más tarde como un Caballero Jedi, luchando junto a los guerreros clon de la República contra el enemigo separatista. Claro, el Canciller de la República Palpatine había prometido resolver la guerra pronto, pero nadie podría ser tan descortés como para poner fin a la guerra antes de que Caleb tuviera su oportunidad.

Y luego, finalmente, se atrevió a esperar que se convertiría en un Maestro Jedi como Obi-Wan… aceptado mientras todavía era joven como uno de los sabios eruditos de la orden. Entonces *realmente* haría grandes hazañas. Lideraría la valerosa batalla contra los Sith, los legendarios homólogos malvados de los Jedi.

Por supuesto, los Sith no habían sido vistos en un millar de años, y él no sabía de ninguna sombra de su retorno. Pero en sus ambiciones Caleb no era diferente de los niños a su alrededor, cualquiera que fuera su género, cualquiera que fuera su especie. La imaginación adolescente no conocía límites.

El Maestro Jedi de cabello color arena volvió a tocar el panel.

—Ahora sólo está en modo de prueba —dijo Obi-Wan—. Nadie va a responder. Pero si hubiera una verdadera emergencia, los Jedi podrían recibir el mensaje de varias maneras. —Miró a sus oyentes—. Está la señal de alerta básica. Y luego hay otros componentes, en los que encontrarán mensajes de texto y holográficos más detallados. No importa el formato, el objetivo básico debe estar claro…

—*¡Volver a casa!* —gritó el grupo de estudiantes.

Obi-Wan asintió con la cabeza. Entonces vio una mano alzarse.

—El estudiante de atrás —dijo, buscando un nombre—. Caleb Dume, ¿verdad?

—Sí, Maestro.

Obi-Wan sonrió.

—Yo también estoy aprendiendo. —Los estudiantes rieron—. ¿Tienes una pregunta, Caleb?

—Sí. —El muchacho respiró hondo—. ¿Dónde?

—¿Dónde qué?

Los otros alumnos se rieron otra vez, un poco más fuerte esta vez.

—¿Dónde está casa? ¿Adónde vamos?

Obi-Wan sonrió.

—A Coruscant, por supuesto. Aquí, al Templo Jedi. La llamada de regreso es exactamente lo que parece.

El profesor comenzó a volverse de nuevo hacia la baliza cuando vio que Caleb Dume alzaba la mano en el aire otra vez. Caleb no era de sentarse en el frente en cada lección —nadie respetaba una mascota del profesor— pero la timidez nunca había sido una de sus aflicciones.

—¿Sí, Caleb?

—¿Por qué…? —La voz del muchacho se quebró, desatando unas leves risitas de sus compañeros. Miró a los demás y comenzó otra vez—. ¿Por qué se necesitaría que todos los Jedi vuelvan aquí a la vez?

—Una muy buena pregunta. ¡Al ver este lugar, uno pensaría que tenemos todos los Jedi que necesitamos! —Obi-Wan sonrió a los maestros de los alumnos, todos parados afuera en la más amplia sala de control, mirando al interior. Por el rabillo del ojo, Caleb vio a Depa Billaba entre ellos. De piel morena y cabello oscuro, ella había mostrado interés en tomarlo como su aprendiz… y ahora lo estudiaba desde lejos con su habitual aspecto extremadamente paciente: *¿En qué estás pensando ahora, Caleb?*

Entonces Caleb había querido encogerse hasta el suelo… cuando Obi-Wan se dirigió directamente a él.

—¿Por qué no me lo cuentas *tú*, Caleb? ¿Qué razones esperarías que hicieran que llamemos a todos los Jedi de la Orden?

El corazón de Caleb golpeó cuando se dio cuenta de que todo el mundo lo estaba mirando. En su vida diaria, al chico nunca le preocupaba ser molestado por expresar sus opiniones; los niños con los que entrenaba regularmente sabían que nunca se echaba atrás. Pero había estudiantes en el encuentro a los que nunca había visto antes, incluyendo los de mayor edad… sin mencionar a los maestros Jedi. Y Caleb se había topado con una oportunidad para impresionar a un miembro del Alto Consejo delante de todos.

O era una oportunidad de fallar en la pregunta y someterse a su abuso. Había tantas posibilidades…

Incluyendo una pregunta capciosa.

—Conozco las razones por las que los llamarían de vuelta —dijo finalmente Caleb—. ¡Razones *inesperadas*!

Una risa desenfrenada estalló de los demás, toda semblanza de orden respetuoso desapareció ante las palabras de Caleb. Pero Obi-Wan levantó las manos.

—Esa es una respuesta tan buena como cualquiera que he escuchado —dijo.

El grupo se tranquilizó, y Obi-Wan continuó:

—La verdad, mis jóvenes amigos, es que simplemente no lo sé. Les podría contar de las muchas veces en el transcurso de la historia de la Orden cuando los Jedi han sido llamados de regreso a Coruscant para lidiar con una u otra amenaza. Algunos tiempos peligrosos, que requirieron de grandes acciones heroicas. Hay verdades y hay leyendas tocadas con la verdad, y todas pueden enseñarte algo. Estoy seguro que Jocasta, nuestra bibliotecaria, podría ayudarlos a explorar más. —Juntó las manos—. Pero no hubo dos eventos que fueran iguales… y cuando se dé la señal otra vez, ese evento también será único. Es mi esperanza que nunca sea necesaria, pero conocerla es parte de su entrenamiento. Así que lo importante es, cuando reciban la señal…

—*¡Volver a casa!* —dijeron los niños, incluyendo a Caleb.

—Muy bien. —Obi-Wan desactivó la señal y caminó entre la multitud hasta la salida. Los estudiantes se pusieron de pie y salieron en fila a la sala de control, agradecidos por el espacio más amplio y charlando sobre su retorno a las otras clases. La excursión a este nivel del templo Jedi había terminado.

Caleb también se puso de pie, pero no dejó el pasillo. Los Jedi les enseñaban a sus estudiantes a mirar todos los lados de las cosas, y se le ocurrió la idea de que lo que acababan de mostrarle tenía otro lado. Con el ceño fruncido, empezó otra vez a levantar la mano. Entonces se dio cuenta que era el único que quedaba. Nadie lo estaba mirando, ni escuchando.

Excepto Obi-Wan, parado en la puerta.

—¿Qué pasa? —gritó el maestro por encima del estruendo. Detrás de él, los demás se calmaron, congelándose en el lugar—. ¿Qué pasa, Caleb?

Sorprendido de haber sido notado, Caleb tragó saliva. Vio a la maestra Billaba frunciendo un poco el ceño, sin duda preguntándose en qué pensaba su impulsivo prospecto. Era un buen momento para callarse. Pero parado solo en el pasillo entre los bancos de luces, estaba comprometido.

—Esta baliza. Puede enviar *cualquier* mensaje, ¿no?

—Ah —dijo Obi-Wan—. No, no la usaríamos para asuntos administrativos regulares. Como Caballeros Jedi —lo que espero que todos ustedes lleguen a ser— recibirán las instrucciones individualmente, utilizando formas menos dramáticas de…

—¿Puede enviar lejos a la gente?

Un jadeo provino del grupo. Interrumpido pero sin mostrarse visiblemente irritado, Obi-Wan lo miró.

—¿Lo siento?

—¿Puede enviar lejos a la gente? —preguntó Caleb, apuntando a los controles de la baliza—. Puede llamar a todos los Jedi a la vez. ¿Podría advertirles a todos que se alejen?

La sala detrás de Obi-Wan zumbó con conversaciones susurradas. La maestra Billaba caminó a la sala de computadoras, al parecer queriendo poner fin a un momento incómodo.

—Creo que ya es suficiente, Caleb. Discúlpanos, maestro Kenobi. Valoramos tu tiempo.

Obi-Wan no la estaba mirando a ella. Ahora también tenía la mirada fija en la baliza, contemplando.

—No, no —dijo finalmente, gesticulando a la multitud sin girarse—. Por favor esperen. —Se rascó la nuca y volvió con el grupo—. Sí —dijo en voz baja—. Supongo que podría ser utilizado para advertir a los Jedi que se alejen.

Los estudiantes reaccionaron con debates propios.

¿Advertir a los Jedi que se alejen?

¡Los Jedi no huyen! ¡Los Jedi corren hacia el peligro!

¡Los Jedi resisten, los Jedi luchan!

Los otros maestros entraron, haciendo señas a Obi-Wan.

—Estudiantes —dijo un anciano—, no hay ninguna razón para…

—No hay razón *esperada* —dijo Obi-Wan, apuntando al aire con el dedo índice. Buscó la mirada de Caleb—. Sólo lo que dijo nuestro joven amigo: razones inesperadas.

Un silencio cayó sobre el grupo. Caleb, reacio a decir otra cosa, dejó que otro estudiante preguntara lo que pensaba.

—¿Entonces qué? Si nos envían a todos lejos, ¿entonces qué?

Obi-Wan pensó por un momento antes de girarse hacia los estudiantes y darles una sonrisa cálida y reconfortante.

—Lo mismo que en cualquier otro momento. Obedecerán la directiva… y esperarán la próxima. —Levantando sus brazos, despidió a la asamblea—. Gracias por su tiempo.

Los estudiantes salieron en fila rápidamente de la sala de control, todavía hablando. Caleb permaneció, mirando a Obi-Wan desaparecer por otra puerta. Sus ojos volvieron hacia la baliza.

Podía sentir a la maestra Billaba observándolo. Se volvió para verla, sola, esperando en la puerta. El ceño había desaparecido; sus ojos eran cálidos y cariñosos. Le hizo un gesto para que la siguiera. Lo hizo.

—Mi joven estratega ha estado pensando de nuevo —dijo mientras entraban en el ascensor—. ¿Alguna otra pregunta?

—*Esperar órdenes* —Caleb miró al piso y luego a ella—. ¿Qué pasa si nunca llegan las órdenes? No sabré qué hacer.

—Tal vez lo harás.

—Tal vez no.

Lo miró, pensativa.

—Muy bien, tal vez no. Pero todo es posible —dijo, poniendo el brazo sobre su hombro mientras la puerta se abría. Tal vez la respuesta te llegará de otra forma.

Caleb no sabía lo que significaba eso. Pero claro, hablar en acertijos era propio de la maestra Billaba, y, como siempre, él los olvidaba tan pronto como salía al piso donde los jóvenes Jedi entrenaban. En un día cualquiera, habitación tras habitación vería a los guerreros más poderosos de la galaxia enseñando a la próxima generación el combate de sable de luz, acrobacia, lucha cuerpo a cuerpo… incluso pilotaje estelar, utilizando simuladores. Cada disciplina imaginable donde una afinidad con la Fuerza mística, el campo de energía del que todos los Jedi sacaban fuerzas, podría ser útil.

Y aquellos que veía eran sólo una pequeña fracción de la Orden Jedi, que tenía puestos avanzados y agentes por toda la galaxia conocida. Es cierto que ahora la República Galáctica estaba en guerra con los separatistas, pero los Jedi habían frustrado amenazas por mil generaciones. ¿Cómo podría alguien o algo desafiarlos?

Caleb llegó frente a una sala donde sus compañeros ya estaban trabajando, entrenando con bastones de madera. Uno de sus compañeros de duelos regulares, un muchacho humanoide de piel roja, lo recibió en la puerta, con las armas de entrenamiento en la mano. También había asistido a la lección.

—Bienvenido, Joven Maestro Serio —dijo, sonriendo—. ¿Qué fue lo que pasó allí con el maestro Kenobi?

—Olvídalo —dijo Caleb, pasando frente a él hacia la habitación y buscando su propia arma de entrenamiento—. No es nada.

—¡Pero espera! —La mano libre del otro muchacho se levantó en el aire, imitando las preguntas de Caleb—. ¡Oh! ¡Oh! ¡Pregúntame!

—Sí, vas a querer concentrarte, amigo, porque voy a patearte el culo —dijo sonriendo Caleb y se puso a trabajar.

AQUÍ OBI-WAN KENOBI
LAS FUERZAS DE LA REPÚBLICA HAN SIDO VUELTAS CONTRA LOS JEDI
EVITEN CORUSCANT, EVITEN LA DETECCIÓN
MANTÉNGANSE FUERTES
QUE LA FUERZA LOS ACOMPAÑE.

Fase uno:
IGNICIÓN

«Emperador presenta ambicioso plan de expansión de la flota imperial»
«Conde Vidian contribuye poder estelar para la nueva gira de inspección industrial»
«Las municiones sin explotar remanentes de las guerras clon siguen siendo una preocupación»
—*encabezados, HoloNoticias Imperiales* (Edición de Gorse)

Capítulo uno

—*¡Alarma de colisión!*

Sólo un momento antes, el Destructor Estelar había emergido del hiperespacio; ahora una nave de carga se abalanzaba directamente hacia el puente. Antes de que los escudos del *Ultimátum* pudieran activarse o los cañones apuntarse, la nave que se aproximaba viró bruscamente hacia arriba.

Rae Sloane miró, incrédula, como el carguero rebelde se lanzaba por encima de la ventanilla de su puente y fuera de la vista. Pero no fuera de la audición: un pequeño raspado *ka-thump* indicó que acababa de rozar la parte superior del casco de la nave gigante. La nueva capitana le devolvió la mirada a su primer oficial.

—¿Daños?

—Ninguno, capitán.

No es de sorprender, pensó ella. Sin duda fue peor para el otro.

—¡Estos brutos actúan como si nunca hubieran visto un Destructor Estelar!

—Estoy seguro de que no lo han hecho —dijo el comandante Chamas.

—Será mejor que se acostumbren. —Sloane observó la nube de transportes delante del *Ultimátum*. La enorme nave de clase *Imperial* había llegado del hiperespacio al borde del carril de aproximación seguro designado, poniéndola peligrosamente cerca de lo que tenía que ser el mayor atasco de tráfico en el Borde Interior. Se dirigió a las decenas de miembros de la tripulación en sus puestos—. Manténganse alerta. El *Ultimátum* es demasiado nuevo para devolverlo con rayones. —Volviendo a pensar, entrecerró los ojos—. Envíen un mensaje por el canal del Gremio Minero. El próximo idiota que pase a un kilómetro de nosotros recibirá un corte de cabello turboláser.

—A la orden, capitán.

Por supuesto, Sloane tampoco había estado nunca en este sistema, habiendo alcanzado su capitanía justo a tiempo para la botadura del *Ultimátum*. Alta, musculosa, de piel morena y cabello negro, Sloane se había desempeñado excepcionalmente desde el principio y ascendió rápidamente en el escalafón. Es cierto que sólo era una sustituta en el *Ultimátum*, cuyo capitán designado estaba sirviendo en una misión para el comité de construcción… pero ¿cuántos otros habían capitaneado naves capitales a los treinta? No lo sabía: La Armada Imperial había existido con ese nombre desde hace menos de una década, desde que el Canciller Palpatine acabó con los traidores Jedi y transformó a la República en el Imperio Galáctico. Sloane sabía que los próximos días decidirían si ella conseguía su propia nave.

Este sistema, había sido informada, era hogar de algo raro: una verdadera pareja dispareja astronómica. Gorse, en el ventanal delantero, cumplía su reputación como tal vez el planeta más feo de la galaxia. En rotación sincrónica con su estrella, la vaporosa bola de barro tenía un lado calcinado por siempre. Sólo el lado permanentemente oscuro era habitable, hogar de una enorme ciudad industrial en medio de un paisaje de minas a cielo abierto. Sloane no podía imaginarse vivir en un mundo que nunca veía un

amanecer… si podías llamar *vivir* a sudar en una húmeda noche de verano sin fin. Mirando a la derecha, vio a la verdadera joya: Cynda, la única luna de Gorse. Casi lo suficientemente grande como para ser contada en el registro imperial como un planeta doble con Gorse, Cynda tenía un glorioso brillo plateado… tan encantadora como su madre era desoladora.

Pero Sloane no estaba interesada en las vistas, o las tribulaciones de los fracasados de Gorse. Empezó a girarse de la ventana.

—Asegúrense doblemente de que los convoyes respetan nuestra zona de exclusión. Luego informen al conde Vidian que hemos…

—*Olviden las viejas costumbres* —exclamó una voz de barítono bajo.

Las palabras entonadas con dureza sobresaltaron a todos en el puente, porque todos las habían escuchado antes… aunque raramente de esta forma. Era el eslogan de su famoso pasajero, citado en muchos programas empresariales durante los días de la República y todavía utilizado para presentar su exitosa serie de ayuda de gestión ahora que había pasado al servicio del gobierno. En todas partes, se estaban sustituyendo las viejas formas de hacer las cosas de la República. «Olviden las viejas costumbres» era realmente el lema de estos tiempos.

Sin embargo, Sloane no sabía por qué lo estaba oyendo ahora.

—Conde Vidian —dijo, con los ojos buscando de puerta en puerta—. Sólo estábamos estableciendo nuestro perímetro de seguridad. Es el procedimiento estándar.

Denetrius Vidian apareció en la puerta más alejada de Sloane.

—Y yo les dije que olviden las viejas costumbres —repitió, aunque no había ninguna duda de que todos lo habían oído la primera vez—. Los escuché transmitir la orden de que el tráfico de minería los evitase. Sería más eficiente si *ustedes* se apartaran de *sus* carriles de tránsito.

Sloane se enderezó.

—La Armada Imperial no retrocede ante el *tráfico comercial*.

Vidian estampó su tacón de metal contra la cubierta.

—¡Ahórreme su necio orgullo! Si no fuera por el thorilide que produce este sistema, usted sólo tendría una lanzadera que capitanear. Se está desacelerando la producción. ¡Las viejas costumbres están equivocadas!

Sloane frunció el ceño, odiaba ser regañada en su propio puente. Esto debía parecer su decisión.

—Es el thorilide del Imperio. Démosles un amplio margen. Chamas, llévenos a un kilómetro de las rutas del convoy… y monitoricen todo el tráfico.

—A la orden, capitán.

—A la orden, correcto —dijo Vidian. Cada sílaba era pronunciada cuidadosamente, modulada mecánicamente y amplificada para que todos la oyeran. Pero Sloane no podía superar la parte más extraña, lo que había notado desde que él subió a bordo: la boca del hombre no se movía. Las palabras de Vidian provenían de una prótesis vocal especial,

una computadora conectada a un altavoz integrado en el forro plateado que le rodeaba el cuello.

Una vez había oído la voz de Darth Vader, el emisario principal del Emperador; aunque era amplificada electrónicamente, la voz mucho más profunda del señor oscuro aún conservaba algún rastro natural de lo que fuera que hubiera dentro de esa armadura negra. En contraste, el conde Vidian presuntamente había elegido su voz artificial basado en una investigación de opiniones, en búsqueda de poseer la voz más motivacional en el sector empresarial.

Y desde que había abordado su nave con sus ayudantes una semana antes, Vidian no había mostrado ningún reparo en hablar tan fuerte como sentía que era necesario. Acerca del *Ultimátum*, su tripulación… y ella.

Vidian avanzó mecánicamente hacia el puente. Era la única forma de describirlo. Era tan humano como ella, pero gran parte de su cuerpo había sido reemplazado. Sus brazos y piernas eran prótesis blindadas, en lugar de hechas de sintocarne; todos lo sabían porque no hacía ningún esfuerzo por ocultarlas. Su regia túnica bermellón y el kilt negro que le llegaba hasta las rodillas eran sus únicas concesiones al atuendo normal de un señor de la industria cincuentón.

Pero era el rostro de Vidian lo que resultaba más repulsivo. Con la carne perdida ante la misma enfermedad que una vez había consumido sus extremidades y cuerdas vocales, Vidian cubría sus rasgos con una capa de sintopiel. Y luego estaban los ojos: construcciones artificiales, iris amarillo brillante en mares de rojo. Los ojos parecían diseñados para alguna otra especie aparte de los humanos; Vidian los había elegido únicamente por lo que podían hacer. Podía notarlo ahora al verlo caminar, mirando fuera de convoy a convoy, de nave a la nave, analizando mentalmente todo el cuadro.

—Ya nos hemos encontrado con algunos de los locales —dijo ella—. Probablemente oyó el golpe. La gente de aquí es…

—Desorganizada. Es por eso que estoy aquí. —Se volvió y caminó a lo largo de la línea de operadores de terminales, hasta que llegó a la estación táctica que representaba a todas las naves en la zona. Empujó a un lado a Cauley, el joven alférez humano, y oprimió una tecla de comando. Luego Vidian se apartó de la consola y se congeló, con la mirada al parecer perdida en el espacio.

—¿Mi señor? —preguntó Cauley, nervioso.

—He conectado la salida de su pantalla a mis implantes ópticos —dijo Vidian—. Puede volver a su trabajo mientras leo.

El oficial táctico lo hizo… sin duda aliviado, pensó Sloane, de no tener al cyborg vigilando sobre su hombro. Las actitudes de Vidian eran extrañas, sin duda, pero eficaces, y por eso estaba en su nave. El otrora industrialista era ahora el experto en eficiencia favorito del Emperador.

Las fábricas de Gorse producían thorilide refinado, una rara sustancia estratégica necesaria en enormes cantidades para una variedad de proyectos imperiales. Pero estos días la materia prima venía de Cynda, su luna: lo que generaba el atasco de tráfico de

naves de carga entrecruzando el vacío entre los dos globos. El Emperador había enviado a Vidian para mejorar la producción, un trabajo para el cual estaba excepcionalmente calificado.

Vidian era conocido por exprimir hasta el último ergio de energía, el último kilogramo de materia prima, la última unidad de producción de la fábrica de un mundo tras otro. No estaba en el círculo de asesores más cercanos del Emperador… aún no. Pero estaba claro para Sloane que pronto lo estaría, siempre y cuando no sufriera ninguna recaída de cualquiera que fuera la dolencia que lo había hecho caer años atrás. Los miles de millones de Vidian le compraron una vida adicional… y parecía decidido a que ni él ni nadie desperdiciara ni un momento de ella.

Desde que había abordado, ella no había tenido una conversación con él donde él no la hubiera interrumpido por lo menos una docena de veces.

—Hemos alertado al gremio minero local de su llegada, conde. Los totales de producción de thorilide…

—… ya están llegando —dijo Vidian, y con eso, marchó hasta otro terminal de datos en la sección de popa del puente.

El comandante Chamas se unió a ella lejos en la parte delantera, a muchos metros del conde. A fines de sus cuarentas, Chamas había sido superado en el escalafón por varios oficiales más jóvenes. Al hombre le encantaban los chismes.

—Sabes —dijo Chamas en voz baja—. Oí que se compró el título.

—¿Te sorprende? Todo lo demás en él es artificial —susurró Sloane—. El doctor de la nave cree que hasta algunas de sus partes fueron voluntariamente…

—Pierden el tiempo preguntándose —dijo Vidian, sin levantar la mirada de lo que estudiaba.

Los ojos oscuros de Sloane se ensancharon.

—Lo lamento, señor…

—Olvide las formalidades… y la disculpa. Ninguna tiene mucho sentido. Pero es bueno que su tripulación sepa que siempre hay alguien escuchando… y que puede tener mejores oídos que los suyos.

Aunque tuviera que comprarlos en una tienda, pensó Sloane. Los desiguales lóbulos carnosos que una vez habían sido las orejas de Vidian alojaban audífonos especiales. Obviamente podían oír sus palabras… y mucho más. Ella se le acercó.

—Esto es exactamente lo que yo esperaba —dijo Vidian, mirando a lo que fuera la cosa invisible ante sus ojos—. Le dije al Emperador que valdría la pena enviarme aquí. —Varios mundos que fabricaban elementos críticos para la seguridad del Imperio y producían menos de lo requerido habían sido eliminados de las jurisdicciones de sus gobernadores locales y colocados bajo la autoridad de Vidian: Gorse era el último—. El trabajo descuidado podría haber sido suficiente para la República… pero el Imperio es el orden a partir del caos. Lo que hacemos aquí, y en miles de otros sistemas como éste, nos acerca a nuestro objetivo final.

Sloane pensó por un momento.

—¿La perfección?

—Lo que el Emperador quiera.

Sloane asintió.

Un graznido metálico salió del altavoz del cuello de Vidian… un sonido inquietante que ella había aprendido a interpretar como el equivalente de un suspiro enojado.

—Hay un rezagado retrasando el convoy que va hacia la luna —dijo él, mirando al vacío. Mirando la pantalla de su estratega, Sloane vio que era la misma nave de carga que los había golpeado antes. Ordenó que el *Ultimátum* girara para enfrentarlo.

Una lluvia de chispas volaba desde la parte inferior del carguero. Las otras naves estaban apartadas, temerosas de que pudiera explotar.

—Llamen al carguero —dijo.

Una trémula voz no-humana fue transmitida hacia el puente.

—Aquí el *Cynda Soñando*. Lamento el roce de hace un rato. No esperábamos…

Sloane fue directa al grano.

—¿Cuál es su carga?

—Nada, todavía. Nos dirigíamos a recoger una carga de thorilide en la luna para el refinamiento en la Fábrica Química Calladan abajo en Gorse.

—¿Puede transportar en su condición?

—Tenemos que ir al taller de reparaciones para saberlo. No estoy seguro de la gravedad. Podrían ser un par de meses…

Vidian habló.

—Capitán, apunte a esa nave y dispare.

Fue expresado en forma casi casual, en la medida en la que las entonaciones de Vidian transmitían alguna emoción genuina. No obstante, la directiva sobresaltó a Chamas. Parado ante la tripulación de artillería, se volvió hacia el capitán por orientación.

El piloto del carguero, habiendo escuchado la voz, no parecía menos sorprendido.

—Lo siento, no entendí eso. Acaba de decir…

Sloane miró por un instante a Vidian y luego a su primer oficial.

—Dispare.

El capitán del carguero parecía aturdido.

—¿Qué? No puede estar…

Esta vez, los turboláseres del *Ultimátum* proporcionaron la interrupción. La energía naranja rasgó a través del espacio, convirtiendo al *Cynda Soñando* en una confusión de fuego y escombros.

Sloane vio como las demás naves del convoy se ponían rápidamente en camino. Sus artilleros habían hecho su trabajo, apuntando a la nave de forma que ocasionara un peligro mínimo para las naves cercanas. Todos los cargueros se movían más rápido.

—Comprende —dijo Vidian, virando hacia ella—. El tiempo de reemplazo de un carguero y tripulación en este sector es de…

—… tres semanas —dijo Sloane—, que es menos de dos meses. —*Ve, yo también he leído sus informes*.

Esta era la manera de abordar esta tarea, se dio cuenta. ¿Y qué si Vidian era extraño? Averiguar lo que el Emperador —y quienes hablaban por él— querían y luego proveerlo siempre era el camino al éxito. Debatir sus directivas era una pérdida de tiempo y la hacía quedar mal. Era el secreto para avanzar en el servicio: Estar siempre del lado de lo que va a suceder de todos modos.

Sloane se tomó las manos detrás de la espalda.

—Nos aseguraremos de que los convoyes doblen su velocidad… y desafiaremos a cualquier nave que se rehúse.

—No es sólo el tránsito —dijo Vidian—. También hay problemas sobre el terreno… en el planeta y la luna. Vigilancia habla de trabajadores revoltosos, de protestas por seguridad y ambientalistas. Y siempre hay algo inesperado.

Sloane se tomó las manos detrás de la espalda.

—El *Ultimátum* está a su servicio, mi señor. Este sistema hará lo que usted, lo que el Emperador, requiera.

—Así será —dijo Vidian, sus ojos brillaron de color rojo sangre—. Así será.

Hera Syndulla miraba desde lejos como los restos dispersos del carguero ardían silenciosamente en el espacio. No había vehículos de recuperación a la vista. A pesar de que la perspectiva de que hubiera sobrevivientes era improbable, nadie buscaba ninguno. Solamente estaban los convoyes de envío, desviándose rápidamente alrededor de los restos.

Obedeciendo el látigo del amo.

Así era la piedad en la época del Imperio, pensó. Los imperiales no tenían ninguna; ahora, en apariencia, su falta de cuidado estaba infectando a la gente.

La twi'lek de piel verde en su nave preparada para el sigilo no creyó que fuera cierto. La gente era básicamente decente… y un día, se levantarían contra su gobierno injusto. Pero no sucedería ahora y seguramente no aquí. Era demasiado pronto, y Gorse no estaba políticamente despierto. Este no era un viaje de reclutamiento. No, estos días eran para ver qué podía hacer el Imperio… un proyecto que se adaptaba perfectamente a la siempre curiosa Hera. Y el conde Vidian, el hombre milagroso del Emperador, prácticamente suplicaba una investigación.

En las semanas anteriores, el reparador imperial había abierto un surco a través del sector, «mejorando la eficiencia». En tres mundos anteriores, los conocidos afines de Hera en la HoloRed habían informado que los niveles de miseria subían a las nubes bajo los ojos electrónicos de Vidian. Entonces sus compañeros simplemente habían desaparecido. Eso había despertado el interés de Hera… y averiguar de la visita del conde al sistema Gorse la trajo el resto del camino.

Tenía otro contacto en Gorse, uno que le había prometido mucha información sobre el régimen. Ella quería esa información… pero primero quería examinar a Vidian y el

notoriamente anárquico comercio minero del sistema le ofrecía una gran variedad de posibilidades para acercarse. La confusión industrial, el señuelo perfecto para Vidian, proporcionaría una excelente tapadera para estudiar sus métodos.

El Emperador Palpatine tenía demasiados lacayos con gran poder e influencia. Valía la pena averiguar si el conde Vidian tenía magia real antes de que se levantara más alto.

Era hora de seguir adelante. Escogió la señal del transpondedor identificadora de una nave en el convoy. Un toque de botón más tarde, su nave *era* esa nave, por lo que cualquiera que intentara ver el tráfico sabía. Con practicada facilidad, insertó su carguero en el caótico torrente de buques de carga rumbo a la luna.

Ninguno de estos tipos sabe cómo volar, pensó. Era bueno que este no fuera un viaje de reclutamiento. Probablemente no habría encontrado a nadie digno de su tiempo.

Capítulo dos

—¡Cuidado, idiota!

Al ver al voluminoso carguero de thorilide viniendo hacia él, Kanan Jarrus se olvidó de hablar y viró abruptamente su transporte. No perdió el tiempo preocupándose si el buque más grande viraría en la misma dirección: Se arriesgó, mientras que la elección todavía era suya. Fue recompensado con la supervivencia… y una vista alarmante de muy cerca del bajo vientre de la nave que se aproximaba.

—Lo siento —crepitó una voz por el sistema de comunicaciones.

—Claro que lo sientes —dijo Kanan, con los ojos azules enfurecidos debajo de las cejas oscuras. *Si veo a ese tipo en un callejón esta noche, será mejor que tenga cuidado.*

Era una locura. La alargada órbita elíptica de Cynda significaba que la distancia entre la luna y Gorse cambiaba todos los días. Los días de mucha aproximación como hoy hacían que la región entre los mundos fuera un congestionado derby de demolición. Pero la aparición del Destructor Estelar y su destrucción de la nave de carga habían creado una estampida en el espacio. Una carrera con dos grupos aterrorizados corriendo a toda velocidad, el uno hacia el otro en direcciones opuestas, por los mismos carriles de tránsito.

Normalmente, Kanan sería el que se arriesgaría a superar los límites para llegar a donde se dirigía. Eso era lo que le procuraba el dinero para beber, la razón principal por la que tenía un trabajo. Pero también se enorgullecía de mantener la calma cuando los demás entraban en pánico… y seguramente eso era lo que estaba sucediendo ahora. Kanan *había* visto un Destructor Estelar antes, pero estaba bastante seguro de que nadie más por aquí lo había hecho.

Otro carguero se puso a su lado. A éste no lo reconoció. Casi en forma de gema, con una cabina tipo burbuja por delante y otra para un artillero sentado justo encima. Era una buena nave en comparación con cualquier otra cosa en el cielo. Kanan dio un toque al acelerador, tratando de colocarse para echar un vistazo a su conductor. El carguero respondió lanzándose adelante con una velocidad sorprendente, apoderándose de su vector y obligándolo a bajar la aceleración. Se quedó boquiabierto cuando el otro piloto activó los postquemadores, disparándose muy por delante.

Fue la única vez que había tocado los frenos en todo el viaje, y fue notado al instante. Su sistema de comunicaciones sonó, seguido por una voz femenina, que no sonaba muy feliz.

—¡Eh, usted! ¿Cuál es su identificador?

—¿Quién lo pregunta?

—¡Aquí la capitán Sloane, del Destructor Estelar *Ultimátum*!

—Estoy impresionado —dijo Kanan, alisándose los cabellos negros en su barbilla puntiaguda—. ¿Qué llevas puesto?

—*¿Qué?*

—Sólo trato de hacerme una imagen. Es difícil conocer gente aquí afuera.

—Repito, ¿cuál es su…?

—Aquí el *Conveniente*, volando para Poliquímica Luzdeluna, de Ciudad Gorse. —Rara vez se molestaba en activar su transpondedor de identificación; de todos modos aquí nunca nadie vigilaba el tráfico espacial.

—Acelere. ¡O sino!

Kanan se echó perezosamente hacia atrás en su asiento de piloto y puso los ojos en blanco.

—Puedes dispararme si quieres —dijo en una voz casi cansina—, pero tienes que saber que estoy transportando una carga de bisulfato de baradio de grado explosivo para las minas de Cynda. Es algo inestable. Claro, *tú* puedes estar a salvo de los escombros en tu gran nave de allí, pero no puedo hablar por el resto del convoy. Y alguna de esta gente está llevando lo mismo que yo. Así que no estoy seguro de lo inteligente que sería eso. —Rió ligeramente entre dientes—. Aunque sería un buen espectáculo.

Silencio.

Luego, después de un momento:

—Siga adelante.

—¿Estás segura? Quiero decir, probablemente podrían grabarlo y vender…

—No tiente su suerte, gusano —fue la helada respuesta—. E intente ir más rápido.

Él se enderezó uno de sus guantes sin dedos y sonrió.

—También fue un placer hablar contigo.

—¡*Ultimátum* fuera!

Kanan apagó el receptor. Sabía que no había ninguna posibilidad de que le dispararan una vez que cualquiera con cerebro comprendiera lo que transportaba. Por su propia protección, los mineros sólo utilizaban el «Bebé», el sardónico apodo del bisulfato de baradio, de a gramos en las minas en Cynda. Cualquier imperial se lo pensaría dos veces antes de disparar a un Transporte de Bebé demasiado cerca… y la capitán del Destructor Estelar en particular, sería menos propensa a volver a llamarlo después de esa conversación.

Eso también salió de acuerdo al plan. Preferiría evitar esa reunión, sin importar cómo pudiera verse.

Repitió burlonamente las palabras de Sloane. «*¡Vaya más rápido!*». Él ya estaba volando el carguero cerca de la velocidad máxima. Cuando estaba completamente cargado, el *Conveniente* no iba a darle ni siquiera eso. El nombre sarcástico fue idea suya. El carguero era de Luzdeluna, una de las docenas de naves idénticas que operaba la compañía; las naves se encontraban con finales desastrosos tan a menudo que la firma no se molestaba en darles nombre. Los «pilotos suicidas» tampoco permanecían en el juego por mucho tiempo, siempre y cuando sobrevivieran, así que Kanan no sabía cuánta gente había volado su nave antes que él. Darle un nombre al Transporte de Bebé sólo fue su intento de darle aunque sea una amenidad.

Sería agradable, pensó, si en alguno de los planetas que visitaba pudiera volar algo con un poco de clase… como esa nave que acababa de pasar corriendo delante de él. Pero

claro, quienquiera que fuera el dueño probablemente no le permitiría tomarse las libertades que se tomaba con el *Conveniente*. Como ahora: Viendo dos cargueros mineros dirigiéndose hacia su camino, ladeó a la nave, pasando entre ellos en tirabuzón. Se ralentizaron: Él siguió adelante. *Que* ellos *se cuiden de* mí.

Su carga cuidadosamente asegurada no reaccionó ante el movimiento repentino, pero la maniobra produjo un golpe sordo atrás en la zona de carga. Giró la cabeza, su corta mata de pelo atado por detrás rozó el reposacabezas. Por el rabillo del ojo, Kanan vio a un anciano en la cubierta, medio nadando contra el piso, como si intentara orientarse.

—Buenos días, Okadiah.

El hombre tosió. Al igual que Kanan, Okadiah tenía una barba sin bigote… pero su cabello era completamente blanco. Había estado durmiendo con los contenedores de bisulfato de baradio, en el único estante vacío. Okadiah lo prefería antes que la silla de aceleración en la cabina principal: era más tranquilo. Al averiguar qué lado era hacia adelante, el anciano empezó a gatear. Se dirigió al aire cuando llegó al asiento del copiloto.

—He determinado que no voy a pagar tu tarifa, y no tendrás ninguna propina.

—La mejor propina que he recibido fue buscar otra línea de trabajo —dijo Kanan.

—Hmph.

En realidad, Okadiah Garson tenía varias líneas de trabajo, todo lo cual lo hacía el amigo perfecto, a ojos de Kanan. Okadiah era capataz de uno de los equipos de minería en Cynda, un veterano de treinta años que sabía cómo funcionaba todo. Y abajo en Gorse, manejaba el Cinturón de Asteroides, una cantina favorita de muchos de sus propios empleados mineros. Kanan había conocido a Okadiah meses antes cuando él había interrumpido una pelea en su bar; fue a través de Okadiah que Kanan había conseguido el trabajo de piloto de carguero con Luzdeluna. Incluso ahora, Kanan vivía en el albergue al lado de la cantina. Un propietario con una fuente de licor sí que era un buen trato.

Okadiah afirmaba que sólo tomaba sus propios fermentos cuando alguien resultaba herido en las minas. Esa era una convicción muy útil, teniendo en cuenta que pasaba casi todos los días. El derrumbe de ayer había sido tan malo que la fiesta se mantuvo durante toda la noche, haciendo que Okadiah se perdiera la lanzadera de traslado del personal de su turno. Los Transportes de Bebé no tenían a muchos pasajeros que tuvieran otras opciones para llegar al trabajo, y Kanan no aceptaba viajeros. Pero para Okadiah, hizo una excepción.

—Soñé que oí una voz de mujer —dijo el anciano, frotándose los ojos—. Severa, regia, comandante.

—Capitana de nave.

—Me gusta —dijo Okadiah—. Ella no es buena para ti, claro, pero yo soy un hombre de medios. ¿Cuándo conoceré a este ángel?

Kanan simplemente señaló con el pulgar a través de la ventana a su izquierda. Allí, el anciano contempló al *Ultimátum*, cerniéndose tras la fiebre frenética del tráfico espacial.

Los ojos inyectados de sangre de Okadiah se ensancharon y luego se estrecharon, cuando trató de determinar exactamente qué era lo que estaba viendo.

—Hmm —dijo finalmente—. Eso no estaba ahí ayer.

—Es un Destructor Estelar.

—Oh, cielos. ¿Vamos a ser destruidos?

—No lo pregunté —dijo Kanan, sonriendo. No sabía de dónde un viejo minero en un pozo como Gorse había sacado su elegante forma de hablar, pero siempre le parecía divertida—. Alguien acabó del lado equivocado de ella. ¿Conoces a alguien en el *Cynda Soñando*?

Okadiah se rascó la barbilla.

—Parte de la tripulación de Calladan. Un cabeza de martillo alto y flaco. Ha acumulado bastante en su cuenta del Cinturón de Asteroides.

—Bueno, puedes olvidarte de cobrarla.

—Oh —dijo Okadiah, otra vez mirando por la ventana. Todavía había un poco de escombros del carguero desafortunado—. Kanan, muchacho, tienes un don para despabilar a la gente.

—Bien. Ya casi llegamos.

El *Conveniente* rodó y enfiló abajo hacia la superficie blanca y carente de aire de Cynda. Un cráter artificial había sido ahuecado como una zona de aproximación de aterrizaje; media docena de bahías de aterrizaje iluminadas de rojo habían sido excavadas en sus lados, conectadas con las zonas mineras más abajo. Haciendo que el *Conveniente* flotara sobre el cráter, Kanan giró la nave hacia su entrada designada.

Okadiah giró la cabeza hacia adelante y entrecerró los ojos.

—¡Ahí está mi transporte!

—Te dije que lo alcanzaríamos.

Lo *habían* alcanzado, pero no era puramente por los esfuerzos de Kanan. La directiva irracional del Imperio había desempeñado un papel. El transporte de personal en el que se suponía que Okadiah debería estar, intentó entrar en la bahía demasiado rápido y chocó con el costado de la puerta. Ahora yacía bloqueando la entrada, desactivado y colgando parcialmente sobre el borde. No corría riesgo de caer, pero no se podía activar el escudo magnético que sellaría la caverna contra el vacío. Unos trabajadores en trajes espaciales eran visibles en la bahía, mirando desventuradamente el choque.

—Muévanse —dijo Kanan por el comunicador.

—Espere, Luzdeluna Setenta y dos —crepitó la respuesta de la torre de control en el centro del cráter—. Lo dejaremos entrar después de que los trabajadores se pongan sus trajes y desembarquen.

—Tengo que cumplir un horario —dijo Kanan, sacando al *Conveniente* del modo de vuelo estacionario y moviéndose hacia la entrada.

Las objeciones se oyeron fuertes por el comunicador, captando la atención de Okadiah. Miró a Kanan.

—¿Eres consciente de que llevamos explosivos?

—No me importa —dijo Kanan—. ¿Y a ti?

—Para nada. Disculpa la molestia. Continúa.

Kanan lo hizo, trayendo expertamente el rechoncho morro del *Conveniente* hacia el lado expuesto del transporte de personal. Podía ver a los mineros dentro por las ventanas, clamándole en vano mientras su nave hacía contacto con un clang.

Los motores del *Conveniente* se esforzaron, Kanan empujó la nave hacia adelante, desatascando al transporte de personal del borde. El ruidoso roce resonó a través de ambos navíos, y Okadiah miró nerviosamente hacia atrás a la sección de carga. Pero en unos momentos las dos naves estaban dentro de la zona de aterrizaje. El escudo magnético selló la bahía de aterrizaje, y Kanan desactivó los motores.

Okadiah silbó. Contempló a Kanan con un leve asombro por un momento y luego puso las manos sobre el tablero delante de él.

—Bueno, eso es todo. —Se detuvo, aparentemente confundido—. Bebemos *después* del trabajo, ¿correcto?

—Correcto.

—En el orden totalmente equivocado —dijo el anciano, temblando ligeramente mientras se levantaba—. Vamos a ello, entonces.

Capítulo tres

El minero devaroniano de cabeza cornuda se acercó cruzando el suelo de la caverna presurizada desde el transporte de personal deshabilitado.

—¡Muchacho idiota! —gritó mientras Kanan salía del *Conveniente*—. ¿Qué estabas tratando de probar allí?

Kanan todavía estaba a principios de sus veintes, pero nunca había respondido a «muchacho». Y ciertamente no cuando el nombre venía de un zoquete como Yelkin, cuyo trabajo era perforar agujeros para explosivos. Kanan giró y caminó junto a su nave, abriendo las escotillas de carga a su paso.

El musculoso minero fue pesadamente tras él y lo agarró del hombro.

—¡Te estoy hablando!

Con reflejos rápidos, Kanan agarró la mano de Yelkin y la dio vuelta, torciendo el brazo del otro hombre. Yelkin hizo una mueca de dolor y cayó de rodillas. Kanan no lo soltó. Habló en voz baja y calma a la puntiaguda oreja de su cautivo.

—Tu nave estaba en el camino, amigo. Tengo una fecha límite.

—Todos lo hacemos —dijo Yelkin, intentando zafarse—. Los viste dispararle a ese carguero. El Imperio va a venir a comprobar…

—Entonces ve más rápido. Pero no seas estúpido. Kanan lo soltó y Yelkin cayó al suelo, jadeando. Kanan se sacudió la túnica de mangas largas verde y se volvió otra vez hacia el *Conveniente*.

Varios mineros llegaron al lado de Yelkin.

—¡Condenado piloto suicida! —dijo uno—. ¡Están todos locos!

—Alguien tiene que enseñarte buenos modales —otro le dijo a Kanan.

—Eso he oído. —Despreocupado, Kanan miró alrededor de la bahía de aterrizaje. Los droides cargadores que ayudaban normalmente no habían llegado, evidentemente incapaces de dar sentido a la improvisada situación del estacionamiento en el piso de carga. Parecía que iba a ser uno de esos días en que él tenía que hacerlo todo.

Kanan descargó un carro flotante y lo estacionó frente a la nave. Entonces empezó el laborioso proceso de bajar las cajas metálicas. La menor gravedad de Cynda hacía que las cajas fueran algo más ligeras que lo que habían sido en Gorse pero no por ello menos difíciles —ni peligrosas— de llevar. Levantando la primera caja, la llevó hacia los mineros reunidos.

—Están en el camino —dijo—. Por el momento.

Okadiah apareció al otro lado de la nave espacial.

—Señores, creo que vale decir una máxima: no irrites al hombre que lleva explosivos de alta potencia.

Los mineros se apartaron, frunciéndole el ceño a Kanan mientras pasaba. Frotándose el brazo, Yelkin le gruñó a Okadiah.

—Traes unas verdaderas piezas de trabajo, jefe.

—Igual que hice para todos ustedes, en uno u otro momento —dijo el viejo. Apuntó hacia el sur, y a un banco de ascensores—. Vamos a empezar el turno. Si el Imperio va a hacer una inspección hoy, la jefa Lal también estará aquí. Por lo menos finjan trabajar. —Esbozó una ancha sonrisa—. Y me permito añadir, en honor a ese pobre infeliz fuera que fue volado en pedazos, esta noche la hora feliz va a ser toda la noche en el Cinturón de Asteroides. Incluso los recogeremos y llevaremos a casa.

Aliviados momentáneamente, los mineros giraron y se encaminaron a los ascensores. Okadiah vio a Kanan colocar una caja en el carro flotante.

—¿Todavía ganando amigos e influencia?

—No sé por qué haría eso —dijo Kanan.

—Ah, sí. No te quedas. Como me lo dijiste: nunca te quedas.

—Sólo con lo puesto —dijo Kanan mientras se volvía para coger otra caja—. Viaja ligero y la muerte nunca te encontrará.

—Dije eso, ¿no? —dijo Okadiah asintiendo con la cabeza—. ¿Trabajarás en el bar esta noche?

—Si tú puedes permitírtelo.

Okadiah guiñó el ojo y se alejó caminando mecánicamente tras sus compañeros de trabajo. Kanan atendía la barra de vez en cuando, pero algunas noches él era su propio mejor cliente. También había intentado ser portero, aunque una vez más, terminó iniciando tantas peleas como las que había parado. Aún así, este sistema había sido lo más cercano a un hogar que él había conocido en todos sus años de vagar. Sería un lugar difícil de dejar.

Pero lo haría. El trabajo del día lo estaba cansando. Renunciando a esperar a que los droides cargadores llegaran para ayudar alguna vez, Kanan terminó de llenar el primer carro flotante y lo empujó hacia el montacargas.

Cuando las puertas se cerraron detrás de él, se puso a pensar en ello. Sí, podría extrañar el bar de Okadiah, y claro que extrañaría a Cynda. En todos sus viajes nunca había encontrado un lugar así. La bahía de aterrizaje no parecía gran cosa, pero sabía que tenía que ver el gran espectáculo tan pronto como se abrieran las puertas del ascensor.

Lo hicieron, mil metros más abajo… y Kanan fue bombardeado con una exhibición de luces chispeantes y colores. Estaba en una de las innumerables cavernas debajo de la superficie. Las estalagmitas de cristal se erguían y las estalactitas colgaban todo a su alrededor. Cada una actuaba como un prisma, refractando las luces del equipo de trabajo; al moverse se veían cambios caleidoscópicos. Mejor aún, los cristales desprendían calor, haciendo a las muchas cavernas oxigenadas de Cynda tan brillantes y agradables como su planeta madre Gorse era oscuro y pegajoso.

Antes del Imperio, el lugar había sido una reserva natural. Cynda había sido literalmente el punto brillante en las vidas de los residentes de Gorse; el turismo había sido el atractivo número uno de la luna, y de Gorse. Y aunque los científicos de la República habían averiguado desde hacía mucho que el interior de Cynda contenía grandes cantidades de thorilide, nadie había querido minarlo mientras el practicable lado

nocturno de Gorse todavía contenía la sustancia. Hasta donde Kanan sabía, nadie se molestó siquiera en buscar thorilide en el lado diurno de Gorse, donde el calor era suficiente para derretir cualquier droide que se fabricara.

Pero entonces, casi exactamente el mismo día que el Canciller Palpatine proclamó el primer Imperio Galáctico, se reveló un informe de que las minas de Gorse se habían agotado. Las refinerías quedaron inactivas. El Imperio no lo toleraría… y no era necesario. Cynda estaba justo ahí, lista para ser explotada.

Kanan vio los resultados mientras empujaba al carro flotante de la antecámara intacta al área de trabajo principal. Fragmentos de cristal del tamaño de guijarros cubrían el suelo, y sus botas los hacían crujir al pisarlos. Sólo las grandes luces industriales iluminaban la cavidad; el techo no se podía ver en la neblina de humo por encima. Un enfermizo olor a quemado flotaba en el aire.

El Imperio había profanado el lugar, pero no podía resistirse. A pesar de que el thorilide era muy útil en su forma procesada, en la naturaleza tenía una estructura molecular frágil. Los esfuerzos por liberar a la sustancia de los cometas, un proceso extremadamente difícil de por sí, a menudo resultaban en la degradación del compuesto a sus elementos componentes. Pero Cynda era la veta madre en más de una forma, ya que sus duras columnas de cristal lograban preservar el thorilide dentro de ellas, incluso cuando eran arrancadas a explosiones. Teniendo en cuenta cómo reaccionaban las estructuras prismáticas a las antorchas láser, las explosiones era la única manera.

La necesidad de explosivos le había dado un trabajo a Kanan, pero también le había dado a los gorsianos motivos de queja. Algunos eran más vocales que otros. Y algunos protestaban de forma francamente fuerte.

Como ese tipo, pensó Kanan, reconociendo una voz desde el otro extremo de la zona de trabajo. *Oh, hermano. Skelly*.

—No me están escuchando —declaró el hombre pelirrojo, el polvo gris volaba de su chaleco protector mientras agitaba los brazos—. ¡No me están escuchando!

En la perfecta caja de resonancia de la caverna, nadie podía evitar oír a Skelly, y si hubieran quedado algunas estalactitas intactas, Kanan medio esperaba que la voz de Skelly las derribara.

Pero Kanan vio que el objetivo del acoso de Skelly no le prestaba mucha atención, y no podía culparla. Una miembro de cuatro brazos y piel verde de la subcomunidad besaliska de Gorse, Lal Grallik era la jefa empresaria de Poliquímica Luzdeluna. Hacerla funcionar mantenía a la «Jefa Lal» saltando del planeta a la luna y de regreso. Skelly sólo era una molestia más con la que tratar.

—Te *estoy* escuchando, Skelly —dijo—. Probablemente podría oírte desde Gorse.

Estoy seguro que ella desearía estar allí ahora, pensó Kanan. De baja estatura y constitución compacta, Skelly tenía un único modo: intenso. Kanan era vagamente consciente del historial de guerra como tunelador del hombre cuarentón; las cicatrices y marcas en su rostro se podían leer como un paseo por la historia militar reciente. Pero aunque Kanan sentía lástima por alguien que había pasado por todo eso, tenía poca

paciencia para la forma en que Skelly siempre hablaba como si estuviera tratando de gritar durante un bombardeo. El hombre podía superar en gritos a una turbina.

—Estoy intentando salvar las vidas de la gente —dijo Skelly, con sus pobladas cejas castañas bajas con toda seriedad—. También tu empresa. —Al ver que Lal volvía su atención a los manifiestos electrónicos en sus manos de cuatro dedos, Skelly se dio la vuelta y se encogió de hombros—. Nadie me escucha.

Kanan sabía que Skelly trabajaba como experto en demoliciones para Dalborg, una de otras empresas mineras. Okadiah le había explicado que Skelly había sido despedido por todas las grandes empresas en los últimos cinco años. En la única en la que Skelly todavía no había aterrizado era la que empleaba a Kanan. No es que fuera una firma muy pequeña, había dicho Okadiah: tenía suerte. Kanan coincidía. Skelly sabía lo que hacía con una carga de demolición, pero unas cuantas neurosis venían con el paquete. Y siempre parecía como si hubiera dormido en el piso. Incluso cuando Kanan realmente hacía eso, se aseguraba de estar presentable.

Skelly se volvió para enfrentar a la jefa de Luzdeluna.

—Mira, Lal, todo lo que tienes que hacer es suspender las explosiones pasando la Zona Cuarenta y Dos. Ustedes y las otras firmas, sólo por un tiempo. El tiempo suficiente para que haga mis pruebas de…

Lal lo miró con incredulidad.

—¡Pensé que dijiste que te dabas por vencido!

Los pequeños ojos de Skelly se entrecerraron.

—Eso te gustaría, ¿no? Que me olvide. Todos los jefes del gremio son iguales. Sólo se preocupan por sí mismos…

Kanan intentó ignorarlo mientras empujaba su plataforma para pasar.

—Abran paso.

Lal, claramente complacida de tener a alguien que no fuera Skelly con quien hablar, miró abajo a la carga que Kanan estaba acarreando y la comparó con su manifiesto.

—Me alegra que hayas podido llegar, Kanan. Escuché que hubo algunos problemas allá afuera.

—Nada de mi incumbencia —dijo Kanan, estacionando el carro flotante—. Aquí están tus bombas.

—Este lote va a la Zona Cuarenta y Dos —dijo Lal, haciendo señas a algunos trabajadores. Hizo un gesto hacia Skelly, que echaba humo mientras miraba al carro flotante—. El lugar favorito de alguien —susurró.

Skelly se inclinó hacia el asa del carro flotante.

—Te he dicho, que no podemos seguir haciendo explosiones ahí abajo. No con estos…

—Llévatelos a casa, entonces —dijo Kanan, caminando hacia Skelly—. Vuélate a ti mismo. —Empezó a descargar cajas de explosivos de a una a la vez para que los trabajadores se las llevaran.

—Espera —dijo Skelly, finalmente notando al piloto del carguero. Se puso al lado de Kanan y miró a Lal—. Escucharás a Kanan, ¿cierto? Es uno de tus mejores transportistas de explosivos… y uno de mis mejores amigos.

—Correcto en una cosa. Equivocado en la otra —dijo Kanan, continuando con su trabajo.

—Kanan vuela con esta cosa —dijo Skelly—. Él sabe lo que puede hacer. Él te lo dirá: Utilizar microexplosiones para cortar el cristal es una cosa, ¡pero no deberías utilizarlo para abrir huecos en las paredes! Él sabe…

—Te voy a decir lo que sé —dijo Kanan, girando y clavando un dedo en el esternón de Skelly, lo que lo hizo dar un paso atrás—. Tengo una fecha límite. Tengo más por descargar. Hasta luego. —Regresó al carro vacío y dio la vuelta.

Lal se apartó a un lado para contestar una llamada.

—Canal imperial —dijo, con un gesto para que Skelly se alejara—. Es importante.

—Esto también es importante —murmuró Skelly para nadie. Viendo a Kanan alejarse empujando el carro flotante, empezó a marchar tras él. Al alcanzarlo, intentó igualar el ritmo del piloto—. Kanan… amigo, ¿por qué no me apoyaste allí?

—Piérdete, ¿quieres?

—Perdidos es lo que estaremos todos si esto continúa —dijo Skelly, jadeando—. Yo sé lo que puede hacer la familia de explosivos del baradio. Mejor que nadie. He hecho las estimaciones de resistencia. Incluso he estudiado la sismología de esta luna…

—Debes ser divertido en las fiestas —dijo Kanan, empujando el carro de vuelta al ascensor.

—… hasta lo que nunca consideran: ¡el núcleo! —Skelly siguió hablando mientras se metía en la cabina con Kanan—. Aquí arriba es fuerte, ¿pero en lo más profundo? ¡Esta luna podría romperse como una galleta de proteínas!

—Ah.

—Sí, *ah*. ¡Lo sabía! ¡Estás de acuerdo conmigo!

—No, la comida me recordó —dijo Kanan, extrayendo una bolsa de su chaqueta—. Que me salté el desayuno.

—Hablo en serio —dijo Skelly, buscando en su propio chaleco. Usaba un único guante en la mano derecha que Kanan jamás lo había visto usar, excepto como una pinza: había algo agarrado en ella ahora, no mucho más grande que una moneda—. Todo está en este holodisco. Tengo mi trabajo aquí. ¿Has visto esos terremotos que tenemos en Gorse cuando la luna pasa cerca? La única razón por la que no es peor en Cynda es porque las formaciones de cristal mantienen la tensión a raya. ¡Pero si seguimos volándolas en pedazos! Si puedo conseguir que una persona lea esto…

—¿Por qué tengo que ser yo? Yo no soy nadie.

—¡Todo el mundo va a lo de Okadiah! —dijo Skelly—. Tú estás allí todo el tiempo. Puedes hablarle a la gente.

—¿Por qué no lo haces tú? —Kanan sabía por qué—. Ah, sí. Él te echó, por molestar a la gente.

—Sólo echa un vistazo. —Skelly agitó el disco frente a Kanan.

—Quítamelo de la cara, Skelly. Lo digo en serio. —Kanan lanzó su bolsa de comida a la planchada de la plataforma. Empujar a los trabajadores de otras empresas siempre provocaba una molestia; Okadiah se lo había advertido. Pero Skelly no tenía amigos y por buenas razones. Kanan estaba cerca de su límite.

El rostro de Skelly se retorció en un gruñido desdeñoso.

—Sí, es cierto. Lo olvidé. Te pagan por cada cargamento, ¿verdad? Y ahora todos van a estar corriendo como eskrats, porque cayó el Imperio. —Se puso frente a la cara del hombre más alto—. ¡Bueno, será mejor que el Imperio tenga cuidado o va a tener un verdadero desastre en sus manos!

—¡Última advertencia!

Skelly abrió la boca otra vez… pero antes de que emitiera ninguna sílaba, el puño de Kanan chocó contra los dientes de Skelly. Cinco segundos de violencia después, se abrieron las puertas del ascensor a la bahía de aterrizaje… donde los droides cargadores a la espera vieron a Kanan empujando la plataforma con el cuerpo de Skelly hecho un ovillo encima de ella.

—Bien, están aquí —dijo Kanan. Empujó el carro hacia ellos—. Pongan esto en alguna parte.

Mientras Kanan se encaminaba de regreso al *Conveniente* por otra carga, un aturdido y nervioso Skelly miró a los droides perplejos.

—Nadie me escucha.

Capítulo cuatro

—Tengo un ping en la cámara Cynda cinco-seis-cero —dijo el operador en la segunda fila—. Amenaza al Imperio hablada en Básico. Cámara de ascensor. Treinta y ocho decibelios, entonada claramente.

Al otro lado del centro de datos lleno de gente, Zaluna Myder no levantó la mirada de sus plantas.

—¿Quién estaba escuchando?

—Un conductor de transporte.

Y nosotros, pensó Zaluna para sí misma cuando volvió a su trabajo. Extendió una mano gris en el aire frente a ella… y un nuevo holograma de medio metro de altura apareció en una de las plataformas de exhibición alrededor de su tarima de trabajo.

Cientos de miles de kilómetros por encima de Gorse, un par de personas estaban conversando en uno de los ascensores de la estación minera lunar. O *habían* estado conversando, hasta que una persona había lanzado a la cubierta a la otra. Y todo volvía a desplegarse, segundos después, en tres dimensiones salpicadas de estática delante de los enormes ojos negros de Zaluna.

Enfocándose en la imagen en movimiento, la mujer sullustana alcanzó la taza de caf de esta hora. Ya de cincuenta y tantos años, Zaluna pasaba una hora de cada día en el gimnasio corporativo, pero todavía sabía que era hora de dejar el estímulo artificial. Por otro lado, su trabajo sólo se había vuelto más intenso… y el caf era el único vicio que había tenido. Sabía con certeza que ese echo la ponía en una minoría selecta entre los residentes de Gorse… porque en los últimos años treinta y tantos años, Zaluna Myder lo había visto y oído todo.

Tenía que hacerlo. Era su trabajo. Y por los auriculares insertos en sus gigantescas orejas, escuchó las palabras que habían captado la atención del sistema: «… *será mejor que el Imperio tenga cuidado*…».

Miró abajo al operador del terminal en la segunda fila.

—Dices que el oyente era un conductor de transporte. ¿Alguien que…?

—Inmigrante, sin antecedentes —respondió—. Nadie que nos importe.

Zaluna no necesitaba preguntar si el *hablante* era alguien que les importara. Sus palabras por sí solas eran suficientes. Las supercomputadoras de vigilancia habían comprendido la declaración, la habían comparado contra misteriosas métricas y enviaron el incidente a los Mynocks, quienes se la habían llevado a ella.

Los *Mynocks de Myder*. Así fue nombrado el turno en su piso después de que ella fue ascendida como supervisora. No tenía hijos ni nietos; no necesitaba ninguna otra familia, nunca. Parada aquí en su plataforma era la reina, dando su asesoramiento a los operadores de vigilancia y tomándose los momentos ocasionales libres para atender a sus plantas en macetas. Había tenido la mala suerte de nacer en un mundo donde el sol nunca se alzaba, pero al menos su oficina tenía iluminación de espectro completo.

Zaluna había sido un accesorio desde su adolescencia aquí en el Plaza Ventana del Mundo, el cono truncado invertido que todavía era el edificio más nuevo en Gorse. Soluciones de Medios Transcept había construido la estructura —que carecía por completo de ventanas— como un repositorio local para datos de mercadeo sobre los habitantes del planeta. No había mucho comercio en Gorse que no estuviese ligado a la industria minera, pero eso no importaba: Cuando la gente se iba, se llevaban sus preferencias de compras con ellos. Y gracias a las estaciones de monitoreo que mantenía, Transcept tendría sus perfiles cuando llegaran a otros lugares. Esa información seguramente valía algo, a pesar de que quién o por qué la querría era un tema que Zaluna raramente consideraba.

Ya muy pocas personas aparte de los trabajadores transitorios pobres dejaban Gorse, pero eso no era motivo de preocupación. Primero la República y más tarde el Imperio se habían convertido en clientes de Transcept… y Zaluna había mantenido el trabajo de sus sueños. Ver y escuchar: Para eso había nacido. No por sus gigantescos ojos y orejas sullustanas —aunque no se perdían de nada— sino porque desde que podía recordar, había amado observar y absorber información.

Y Zaluna tampoco se olvidaba de nada.

—Ah, nuestro viejo amigo —dijo en voz alta mientras el movimiento de su dedo hacía que la imagen holográfica se detuviera—. Skelly, sin apellido. Humano, nacido en Corellia, hace cuarenta años estándar. Experto en demoliciones, Minería Dalborg operación cyndana. Último domicilio conocido, Comunes Crispus en Gorse. Veterano de las Guerras Clon. Herido, mano reemplazada. Dos dientes faltantes…

El operador en la segunda fila la miró, divertido.

—Es él —dijo Hetto—. Pero todavía ni he buscado el archivo.

—Lo hiciste hace ocho días —dijo Zaluna, bebiendo de su taza—. No hay necesidad de decírmelo dos veces.

—Me estás asustando, jefa. —La risa vino cruzando las líneas de escritorios.

—Necesitas un buen susto, Hetto. De vuelta al trabajo, todos.

Los operadores se acallaron de inmediato… y Hetto sonrió y volvió a su terminal. Por más de dos décadas ella había observado a su atrevimiento juvenil convertirse en una irascibilidad hastiada, pero todavía disfrutaba fastidiándola.

Zaluna nunca había esperado estar al mando de una sala de ningún tipo. Los diminutos sullustanos —con poco más de un metro y medio, Zaluna era más alta que la mayoría— eran uno de los pueblos menos amenazantes en Gorse, un mundo donde la gente hacía un montón de amenazas. Mucho antes de que ella hubiera sido promovida a su posición superior, Hetto había tomado la costumbre de acompañarla hasta y desde su conflictivo vecindario. Ella agradecía el gesto, pero en realidad se enfrentaba al peligro valientemente. Los robos en Gorse eran una constante, al igual que los terremotos que sacudían al mundo. Te podían hacer caer de vez en cuando, pero simplemente tenías que volver a levantarte.

Había empezado antes del Imperio, bajo la República: a los Mynocks les habían encargado revisar las comunicaciones electrónicas y ciertos lugares públicos monitoreados en busca de «conversaciones sospechadas de representar una amenaza para las vidas de los ciudadanos de la República». Cuando las Guerras Clon se prolongaron, «las vidas de los ciudadanos de la República» se habían convertido en «la seguridad de la República», y bajo el Imperio, esa frase se había transformado en «el orden público».

No importa, había pensado Zaluna. *Sólo son palabras*. Nunca había sido un problema para ella escuchar a las de los demás por una buena causa. El negocio minero atraía a un montón de camorristas, sí, pero cosas peores crecían en la oscuridad. Era inteligente que las autoridades policiales utilizaran las últimas herramientas para vigilar a los delincuentes.

Y no faltaban cosas que escuchar. Durante las Guerras Clon, los separatistas habían tramado tantos ataques contra la República; que vigilarlos era sólo sentido común. Incluso los supuestos defensores de la República, los Jedi, se habían vuelto traidores… si creías en el recuento del Emperador. No estaba segura de si lo hacía, pero estaba bastante segura de que si allí *había* un complot, entonces alguien como Zaluna probablemente lo había señalado primero.

¿Privacidad? En sus años mozos, Zaluna la había encontrado un concepto ridículo. Los pensamientos o estaban en tu cabeza o los dejabas salir. La única distinción entre un susurro y una emisión intergaláctica era técnica. Un oyente con los medios para escuchar tenía el absoluto derecho a hacerlo. Realmente, la *obligación* de hacerlo… sino el acto de comunicación era uno inútil. Zaluna no expresaba sus opiniones tan a menudo como Hetto, pero cuando tenía algo que decir, definitivamente quería que la gente la escuchara.

Pero los tiempos habían cambiado. Bajo el Imperio, las palabras se habían convertido en causas con mayores efectos. La gente que ella había monitorizado había desaparecido, aunque nunca supo por qué. Y el trabajo había dejado de ser tan divertido.

La imagen congelada de Skelly permanecía allí ante ella, con la boca abierta en medio de despotricar. Parecía una pose perfecta… y sabía que la vería de nuevo. Porque Skelly, sabía, tenía una etiqueta roja. Los registros digitalmente estampados con una estrella roja indicaban las visitas de la autoridad de salud mental de Gorse.

—Si consigue más estrellas, podrá abrir su propia galaxia —dijo. Respiró hondo, aliviada. La gente etiquetada de rojo tendía a permanecer en el sistema médico, rara vez escalaba a ninguna otra cosa. Eran más desenfadados con palabras que la mayoría, rara vez con intención de pasar a la acción. Y, por lo menos, Skelly había sido divertido de escuchar en el pasado. Reanudó la grabación—. Eso es todo, entonces. Cerraré el…

—Mensaje entrante —dijo Hetto, hablando bruscamente—. El canal oficial.

Eso no sucede todos los días, pensó.

—¡Pásalo!

Una forma macabra apareció holográficamente en el espacio ante la supervisora vestida de marrón. Su voz mecánica habló precisa y claramente.

—Aquí el conde Vidian del Imperio Galáctico, hablando a todas las estaciones de vigilancia bajo mi autoridad. Voy a lanzar inspecciones de las operaciones mineras tanto en Cynda como en los procesadores de Gorse. Todas tales ubicaciones están ahora bajo Condición de Seguridad Uno. Sin excepciones.

Zaluna quedó boquiabierta frente a la figura de tamaño natural.

—Discúlpeme. ¿*Todas* las operaciones mineras? ¿Sabe cuántas…?

El conde Vidian no esperó a que terminara. La transmisión terminó.

Hetto habló primero, como siempre.

—¿Qué *diablos*?

—Sí —dijo Zaluna, en voz baja. Entonces dejó escapar un silbido. El comercio minero empleaba a decenas de miles de personas.

—¿Va en serio? ¿Al menos sabe lo que está pidiendo? —dijo Hetto levantando las manos—. Tal vez necesitamos ponerle un sello rojo al archivo de *ese* tipo. Lo juro, algunos de estos impes deben de haber perdido la cabeza. Eso, o…

—*¡Hetto!* —exclamó Zaluna.

Excepto por el murmullo bajo del audio de los monitores, la sala quedó en silencio. Más bajo esta vez, dijo:

—Hacemos lo que nos dicen.

Zaluna se pasó los dedos por la papada mientras intentaba recordar la última vez que se había invocado la Con-Seg Uno. No había pasado desde que el Emperador había reclutado a Transcept para que lidiara con la crisis Jedi en primer lugar. Significaba aumentar cada caso bajo vigilancia al más alto nivel… y Zaluna tenía una sensación de lo que eso significaba.

No era nada bueno.

Sus ojos habían vuelto a la transmisión en vivo de Skelly en Cynda, la conexión que había estado a punto de cerrar sin tomar ninguna acción.

—Mándalo para arriba, Hetto.

—Pero es un etiqueta roja.

—Que no cuenta para nada hoy. —Corrigió la supervisora—. Cualquiera que sea su condición, la boca del maestro Skelly va a ganarle un tiempo con nuestros amigos de blanco.

Y que tenga buena suerte entonces, pensó.

Capítulo cinco

—Conde Vidian, es un honor —dijo efusivamente el neimoidiano de capa alta que esperaba en la parte inferior de la rampa de aterrizaje de la lanzadera imperial. A pesar del corto plazo, todas las empresas que trabajaban en la luna habían enviado a alguien a la partida que recibía al *Garrote*, y los grandes ojos rojos del director prácticamente brillaban de orgullo—. El Gremio Minero Cyndano le da la bienvenida —dijo, con una sonrisa amplia de labios gruesos en su cara verde y sin nariz—. Yo soy el director Palfa. Todos hemos oído mucho acerca de…

—Ahórremelo —exclamó Vidian, y la mitad de los oyentes en el piso de la caverna dieron un paso atrás, nerviosos—. Tengo una agenda que cumplir… y ustedes también. ¡Cuando se molestan por mantenerse al día!

La garganta del director se secó.

—P-por supuesto. —Los demás evitaron sus ojos, temerosos de mirar al cyborg.

Bien, pensó Vidian.

En los últimos días de la República, los textos de gestión de Vidian se habían convertido en cultura general a pesar de —no, *debido a*— su renuncia a aparecer en las HoloRedes de negocios. No era tímido ni estaba avergonzado de su aspecto; simplemente no le gustaba perder el tiempo. Pero aunque la mística aumentaba a su reputación pública, en persona su presencia física era una gran parte de su éxito empresarial.

El experto que propone un cambio de rumbo, había escrito, *es un germen invadiendo el cuerpo corporativo. Se enfrentará a una oposición.* Cada vez que alguien intentaba rehacer una organización, los burócratas arraigados siempre intentaban intimidarlo. Pero más de uno podía jugar a ese juego y Vidian lo había estado ganando desde hacía quince años.

La leyenda de Denetrius Vidian se había iniciado cinco años antes de eso, en lo que los médicos esperaban que fuera su lecho de muerte. Pero había sobrevivido, pasando el tiempo postrado en cama convirtiendo su magro balance bancario en una fortuna a través del comercio electrónico. Con el tiempo, se compró unas costosas prótesis de alta tecnología, fabricadas según sus propias especificaciones. No se veía como otros humanos, pero claro que la humanidad lo había abandonado en primer lugar, dejándolo a pudrirse en ese hospicio.

Así que Vidian había optimizado sus características físicas en consonancia con su ahora famosa trinidad de filosofías de gestión: «*¡Mantente en movimiento! ¡Destruye las barreras! ¡Obsérvalo todo!*». Reglas simples, que aplicaba diligentemente a cada oportunidad.

Incluso ahora, mientras el grupo se dirigía hacia los ascensores.

—La gira que ordenó cubrirá cierta distancia —dijo el director—. ¿Le gustaría a su señoría descansar primero?

—No —dijo Vidian, marchando tan rápidamente que los demás tenían problemas en seguirle el ritmo. Ahora se movía más rápido de lo que nunca lo había hecho en su

juventud; la edad física ya no importaba. Algunos bromeaban que Vidian era mitad droide, pero él sabía que la comparación era inadecuada. Los droides se apagaban. Vidian había ya pasado demasiados años yaciendo sin hacer nada. Así que él había multiplicado sus éxitos trabajando el 90 por ciento de todos los días. *«Mantente en movimiento: ¡Con un cuerpo sano, la mente puede lograr cualquier cosa!»*.

Guiando a Vidian desde el ascensor a un piso inferior, el director hizo una pausa en su cháchara sobre las maravillas de Cynda.

—Lo siento —dijo, ofreciéndole su comunicador—. ¿Quisiera usted llamar a su nave para informar de su llegada?

—Acabo de hacerlo, mientras usted parloteaba en el ascensor —dijo Vidian.

Palfa pareció desconcertado. No había visto ni oído a Vidian hacer nada. El conde había instalado una gran variedad de receptores de comunicador en sus auriculares; al encaminar su voz artificial a través de ellos, regularmente hacía llamadas sin parecer nunca a abrir la boca. Vidian odiaba obtener información a través de intermediarios, que a menudo distorsionaban las cosas por sus propios motivos; su capacidad de comunicación era una manera de eliminar el centro. *«Destruye las barreras: obtén la información directamente, siempre que sea posible»*.

—Esta cámara conduce a uno de nuestros niveles de minería —dijo el director, indicando a los trabajadores que corrían a su alrededor—. Lo que está viendo es un día típico aquí…

—Una mentira —dijo Vidian, mientras seguía caminando—. Estoy leyendo la transmisión en vivo de sus informes mientras hablo. Han duplicado su ritmo, pero volverán a la mediocridad cuando el Imperio aparte la mirada. Le aseguro: voy a asegurarme de que no suceda.

Se levantó un estruendo proveniente del grupo de representantes de las empresas mineras a su alrededor. Pero sus objeciones no tenían ningún sentido. Con un comando vocal que no hizo ningún sonido externo, Vidian borró los informes diarios de producción de sus receptores visuales.

Años antes, se había dado cuenta de cómo, desde líderes de piso a directores ejecutivos, eran a menudo ciegos ante las circunstancias básicas a su alrededor. Vidian no quería perderse ni un detalle. Sus implantes ópticos no sólo le daban una vista excepcional, sino que también eliminaban la necesidad de monitores de vid para proyectar las transmisiones de datos externos en sus retinas. *Obsérvalo todo: ¡El que tiene los datos tiene la ventaja!*

Vidian miró atrás al grupo de preocupados funcionarios de minería. Muchos estaban sin aliento por tratar de mantenerle el ritmo, incluyendo a una mujer besaliska. Había varios de los humanoides de varios brazos trabajando en Depósito Calcoraan, su nodo administrativo: miembros de una especie razonablemente diligente pero por otra parte sin nada especial. Antes de que pudiera dedicarle un segundo pensamiento, los elevadores de carga se abrieron a ambos lados de la cámara. Los soldados de asalto salieron corriendo de ellos.

Justo a tiempo. Vidian giró y señaló a cinco pasillos diferentes que salían de la cámara. Sin decir una palabra en respuesta, los escuadrones se dividieron y se encaminaron por los túneles.

El director Palfa estaba sorprendido.

—¿Qué está pasando?

—Nada más que lo que he dicho. —El tono de Vidian era tan casual como su significado era ominoso—. Ustedes son administradores. Vamos a ayudarlos a administrar.

. . .

Hera no estaba dispuesta a llevar su nave al complejo de minería cyndano para hacer un aterrizaje sin autorización. Sin embargo, unirse al convoy, la había acercado, y una vez que estuvo fuera de la vista del Destructor Estelar, se había estacionado en órbita. La pequeña embarcación de excursión de su nave la había llevado el resto del camino a una pequeña dependencia de mantenimiento en la superficie.

Había estudiado lo suficiente sobre el comercio de minería para saber lo que imitaba ser: una técnica de mantenimiento de los droides cargadores. El resto lo pensaría en el lugar.

—Esta es la entrada equivocada —había dicho el hombre dentro de la esclusa de aire.

—Oh, dios, lo siento. Es mi primer día, ¡y llego tarde!

—¿Y dónde está tu placa?

—La olvidé. ¿Puedes creerlo? ¡Mi primer día!

El hombre le había creído, dejándola pasar con una sonrisa que decía que esperaba que ella pudiera seguir haciendo giros equivocados en el futuro. La gente de varias especies encontraba que Hera tenía un aspecto atractivo, y ella estaba feliz de utilizar eso para una buena causa.

Pero mientras caminaba con cuidado a través del complejo minero, cada vez se daba más cuenta de lo difícil que había llegado a ser esa causa. Gorse y Cynda producían un material estratégico para el Imperio, sí, pero estaban muy lejos del centro galáctico. Y sin embargo Hera detectó una cámara de vigilancia tras otra, incluyendo varias que los trabajadores claramente no estaban destinados a ver. Si la seguridad al nivel de Coruscant había llegado a los mundos del Borde, cualquier acción contra el Imperio se volvería más difícil.

Otra buena razón para visitar a mi amigo en Gorse después de esto, pensó, lanzándose ágilmente por debajo del arco de visualización de otra cámara secreta. Una cita con cualquier informante misterioso era peligrosa; había aprendido eso lo suficientemente rápido en su corta carrera como activista. Pero su contacto había demostrado poseer conocimiento de las capacidades de vigilancia imperial, y ella necesitaría eso para llegar a las cosas importantes, más adelante.

Para averiguar más acerca de los métodos del conde Vidian, sin embargo, tendría que conformarse con merodear al modo anticuado. Él estaba en Cynda ahora, lo sabía: ya lo había visto una vez desde lejos, pasando a través de las cavernas con un grupo de inspectores. Era difícil acercarse. Las columnas de cristal transparente eran bonitas para mirar pero malas para esconderse.

Lanzándose a través de un pasaje lateral aislado, pensó que había encontrado un atajo para adelantársele. En cambio, se encontró con otra cosa.

—¡Alto! —Un soldado de asalto apareció al final del corredor, con su arma levantada.

Hera se detuvo en seco.

—Lo siento —dijo, llevándose la mano al pecho y exhalando—. ¡Me asustaste!

—¿Quién es usted?

—Trabajo aquí —dijo, acercándose como si nada anduviera mal—. Podría estar en el lugar equivocado. Es mi primer día. —Dijo sonriendo.

—¿Dónde está su placa?

—La olvidé. —Sus ojos oscuros bajaron recatadamente, luego volvieron a subir—. ¿Puedes creerlo? ¡Mi primer día!

El soldado de asalto la estudió por un momento… y entonces vio la pistola que llevaba. Ella se movió antes que él, dándole una patada alta que arrebató el bláster de las sobresaltadas manos del soldado de asalto. Viendo que su arma se alejaba claqueteando, él se lanzó tras ella. Ella lo esquivó fácilmente… y pivotó, saltando sobre la espalda del hombre en armadura. Al perder asidero en el suelo cristalino, tropezó, todo el peso de ella lo lanzó de cabeza hacia la pared lateral. Su casco crujió fuertemente contra la superficie, y él se desplomó al suelo inmóvil.

—Lo siento —susurró Hera sobre el hombro del soldado caído—. El encanto no funciona con todo el mundo.

Capítulo seis

—¡Date prisa! ¡Date prisa!

Skelly miraba molesto hacia atrás mientras Tarlor Choh corría por la caverna, incitando a los trabajadores. Un tipo alto de piel clara, Tarlor era el imbécil de Minería Dalborg para la Zona Treinta y Nueve… no debía ser confundido con todos los *demás* imbéciles dirigiendo los esfuerzos de su empresa en este bolsillo subterráneo. También había oficiales imbéciles en todas las otras zonas, sabía Skelly… y ninguno de ellos tenía ni una pizca de sentido común.

En el momento, todos estaban nerviosos. Durante horas, los trabajadores que llegaban habían informado que el Imperio los espoleaba a apresurarse, incluso circulaba el cuento de que un Destructor Estelar había destruido al capitán de un carguero por quedarse atrás. Ahora a través de Tarlor había llegado el rumor de que el mejor experto en eficiencia del Emperador, el conde Vidian, vendría a inspeccionar.

Skelly lo vio como una liberación. El mejor inspector del gobierno… ¿venía a él? Bueno, no directo a *él*, por supuesto, pero esto era suficiente. Y mejor aún, era Denetrius Vidian. Un magnate de negocios bajo la República, es cierto, pero tal vez el único al que Skelly respetaba. Vidian se alimentaba de corporaciones torpes, beneficiándose de arreglar sus errores. El famoso tratado de Vidian, *Olvida las viejas costumbres* era el único holo de negocios que Skelly poseía.

Si Skelly podía entregar su investigación a Vidian, el Imperio comprendería… y seguramente tenía el poder para detener lo que hacían las empresas mineras.

Tarlor se le acercó.

—¡Skelly, coloca esas cargas!

Skelly simplemente suspiró, entonces volvió su atención a la columna de cristal junto a la que estaba arrodillado. Teniendo una suspensión de bisulfato de baradio preparada en masilla, comenzó a formar un anillo de la sustancia pastosa todo alrededor de la base de la estalagmita.

Era un trabajo arduo y lento… y difícil de hacer prolijamente cuando estaba irritado con el universo y todos sus habitantes. Kanan, por supuesto: la boca de Skelly todavía dolía por el golpe del hombre. ¿Quién se creía que era? Tarlor, también lo fastidiaba… junto con todo su tipo gerencial, especialmente desde que Dalborg recientemente lo degradó de supervisor de explosivos a humilde técnico de colocación de demoliciones.

Y sobre todo, odiaba a su mano derecha, por ser inútil y obligarlo a hacer el trabajo finamente detallado con la izquierda. Ahora apenas podía soportar mirarse la mano falsa la tenía curvada en una garra la mayor parte del tiempo desde ese terrible día en las Guerras Clon.

Las Guerras Clon eran otra cosa más que lo hacía enojar. Todo sobre ese conflicto había sido una mentira. Los separatistas habían sido este gran enemigo, y después cuando se declaró el Imperio se habían derretido como si bastara con pulsar un botón. Las grandes corporaciones habían orquestado todo el asunto, Skelly estaba seguro. Las

guerras vendían más naves, más armas y más dispositivos médicos. Y en las Guerras Clon, incluso los *soldados* de ambos lados eran productos manufacturados.

La República y la Confederación habían sido socias en el mismo juego de corrupción. El Imperio probablemente sólo era otra iteración de todo eso, según la opinión de Skelly; ni más ni menos inmoral. Para los oligarcas corporativos, las alianzas políticas sólo eran otro cambio de ropa. Esta década, el régimen central estaba de moda. Otra cosa vendría pronto. La bestia tenía que ser alimentada, con vidas y miembros en el campo de batalla y con el sudor y la sangre de los trabajadores.

El problema era que hacer explotar las cosas era lo único que Skelly había aprendido a hacer.

No se culpaba a sí mismo por ello. Era el producto de un sistema construido sólo para destruir, según él lo veía. Había aprendido de los mejores… y había aprendido bien. Todo siempre se reducía a esa lista simple, que le enseñaron durante su primer día en demoliciones militares: *Une la carga tu iniciador. La ignición conduce a la reacción que conduce a la detonación.* Ya sea aplicados a compuestos de baradio o a su isótopo enormemente más poderoso, el baradio-357, esos pasos se referían a una serie de reacciones complejas que tenían el mismo simple resultado.

Ahora a los cuarenta, Skelly pensaba que esa lista también se aplicaba a la vida. Comenzabas con un problema purulento. Alguien iniciaba un cambio. El sistema reaccionaba a esa presión. Y entonces, *bang*, tenías tu solución. Siempre había sido su método. Él había sido el que iniciaba los cambios, siempre que fuera posible, empezando en el campo de batalla. Fue por eso que se había ofrecido voluntario para todo. Siempre que las almenas eran demasiado peligrosas para asaltarlas, Skelly arriesgaba la vida para excavar por debajo, plantando los explosivos que abrían la apertura decisiva. Hizo eso y mucho más.

Pero luego vino la Batalla del Pozo de Escoria. Una carga absurda en nombre de un general idiota, que esperaba utilizar las demoliciones para comprar barato una fortificación separatista. El terreno no era firme, los explosivos eran del tipo equivocado… y Skelly planteó muchas objeciones por ello.

Nadie lo había escuchado. Nunca nadie lo escuchaba.

El general tenía el rango. Todo lo que Skelly podía hacer era entrar él mismo en la brecha, confiando en que su talento innato salvara el día para sus compañeros.

No había sido suficiente.

Las Guerras Clon habían terminado mientras él estaba en coma; más tarde se enteró de que ninguno de sus compañeros había sido salvado. Su mano fue otro golpe devastador. Los droides médicos le habían asegurado al pelotón que llevaban todos los recambios necesarios para una adecuada cirugía de campo de batalla. Pero habían mentido. Sólo les había quedado una mano protésica klatooiniana para Skelly, que nunca había funcionado bien con su neurología humana. Peor aún, su torpeza había dañado su brazo hasta el punto donde un reemplazo apropiado tampoco funcionaría. Skelly sólo había podido cubrir esa cosa estúpida con un guante e intentó seguir adelante.

La pobreza había venido después. No había tenido más remedio que volver al trabajo de demolición… y allí, sólo encontró confirmación de todas sus creencias sobre las malas conductas corporativas. Eran tan descuidadas como las militares.

Habría sido insoportable si sus viajes no lo hubieran llevado a Cynda.

Como alguien que había pasado mucho tiempo bajo tierra, había quedado sorprendido por la belleza de las cavernas de la luna. Los pensamientos que se movían demasiado rápido a través de su cabeza parecían ir más despacio aquí. Se había imaginado que su papel era responsable, por una vez: Si la luna iba a ser explotada de todos modos, se aseguraría de que fuera hecho de manera cautelosa y protectora del mundo y la gente que trabajaba en él. Cynda tenía incontables cavernas; era inimaginable pensar que las corporaciones pudieran arruinarlas a todas.

Pero ahora, Skelly podía imaginarse exactamente eso. Cynda se convertiría en otro lugar saqueado más, para agregar a la pila de vidas desgarradas.

Con el detonador armado, volvió a poner el aplicador en su caja de herramientas. Una estalagmita más, lista para ser decapitada. Un trabajo monótono y aburrido, pero bien hecho. A alguien tenía que importarle.

—Está allí —Skelly oyó decir al supervisor. Se levantó de su trabajo sobre la estalagmita y se dio vuelta. Allí, siendo guiados por Tarlor, había un grupo de cuatro soldados de asalto imperiales.

Ah, pensó Skelly. Parecía pronto para que el equipo de inspectores llegara aquí, pero eso no importaba.

—¡Hola! —gritó. Con la caja de herramientas todavía aferrada en su mano derecha buena-para-nada, saludó con la izquierda. Fue un acto impulsivo: él no era parte de ninguna organización militar, pero la armadura era tan parecida a la de los clones con los que una vez había servido, y se alegraba de verlos, en cualquier caso—. Yo soy Skelly. He estado escribiendo a sus oficinas de supervisión durante meses…

—*¿Qué?* —dijo Tarlor con brusquedad.

—… y me alegra ver que alguien está escuchando. —Skelly miró más allá de los soldados de asalto, que seguían marchando hacia él—. Eh, ¿está aquí el conde Vidian?

El soldado que venía por delante se detuvo y levantó su rifle bláster. Sus compañeros hicieron lo mismo.

—Skelly, está usted arrestado.

Skelly rió nerviosamente.

—Están bromeando. ¿Por qué?

—Se le acusa de hablar en detrimento del Imperio.

Los ojos de Skelly se abrieron como platos… y su mente corrió a toda velocidad.

—¡Esperen! ¿Kanan me denunció?

Tarlor sacudió su cabeza calva.

—Es todo suyo. Skelly siempre ha traído problemas… y Minería Dalborg no quiere a alguien que moleste al conde Vidian. Por favor, díganle que cooperamos plenamente. —

Miró a Skelly y dijo ácidamente—: Parece que acabo de ganar la apuesta. *¡Estás despedido!*

Skelly balbuceó.

—E-esperen. ¡Se trata de un error! Y Tarlor, tú no tienes autoridad para…

Antes de que pudiera terminar, los soldados de asalto comenzaron a avanzar hacia él.

—¡Deje esa caja! —dijo el soldado líder, a sólo unos pasos.

Con un bláster apuntando y viniendo hacia él, Skelly tomó una decisión. Con la mano izquierda en el aire, se agachó.

—Bueno, está bien. Voy a hacerlo. Denme un segundo. —Se arrodilló…

… y agarró el control remoto que había dejado en el suelo. Cayó detrás de la columna de cristal en la que había estado trabajando y se acurrucó en forma de bola, cubriendo la caja de herramientas con su cuerpo. Antes de que los soldados de asalto pudieran seguirlo, Skelly pulsó el botón.

El bisulfato de baradio colocado en la columna cerca de Skelly detonó… y el enorme cilindro duro como el diamante cayó hacia adelante, exactamente como había sabido que lo haría. Apartándose de él… y hacia los soldados de asalto. Uno gritó fuerte, aplastado inmediatamente por la base de la columna descendente. Al golpear la superficie, toda la estructura se rompió en fragmentos como dagas.

Skelly no vio lo que pasó con los demás soldados de asalto porque ya se había levantado y estaba corriendo. Corrió por un pasadizo sin iluminar que salía de la Zona Treinta y Nueve hacia un ascensor de servicio. Sabía de memoria que lo llevaría a los túneles de ventilación y otras rutas, caminos que podrían llevarlo por todo el submundo de Cynda.

Resollando mientras corría en la oscuridad, Skelly intentó comprender qué acababa de suceder. Así que alguien *había* escuchado sus palabras, después de todo. Pero no habían entendido su significado.

Bien, pensó. Reconoció la sensación de la caja de herramientas llena de explosivos, todavía aferrada a su mano derecha inmovilizada, rebotando contra su pierna mientras corría. Lo reconfortó, y sonrió.

Hay más de una forma de enviar un mensaje.

Capítulo siete

Vidian nunca había visto funcionarios corporativos dispersarse tan rápidamente. Desde que declaró la Condición de Seguridad Uno, los operadores de vigilancia en Gorse le habían proporcionado los nombres de cuarenta y seis potenciales agitadores trabajando en las minas cyndanas. Las noticias de Vidian de que los soldados de asalto estaban haciendo arrestos habían enviado a los ejecutivos a alertar a sus empleados del nuevo escrutinio.

Los demás seres orgánicos, a pesar de su supuesta sensibilidad, realmente no eran mejores que los droides, pensó Vidian. Podía hacérselos actuar según el programa.

Con el estímulo adecuado, por supuesto. Flanqueado por un par de soldados de asalto, el conde miró al jefe del gremio… era la única persona que quedaba del tour.

—Palfa, sus miembros nombrarán a un oficial de la moral en cada equipo de trabajo para asegurar que el Imperio sea apoyado de palabra y de hecho.

El director bajó los ojos al suelo.

—Mi señor, no sé cómo será recibido tal programa. Es por la clase de obreros que atraemos. Son tipos duros. Es difícil controlar lo que piensan…

—Cuando piensan en absoluto. Los borrachos y camorristas no me importan. ¡Pero no son del todo inofensivos! Considere este informe que acabo de oír. —Vidian hizo una pausa para sintonizar su auricular—. Se ha realizado un intento de arresto en su Nivel Treinta y Nueve… ¡y el sospechoso respondió agrediendo a los soldados!

El director negó con su gran cabeza.

—Eso es terrible. Estoy seguro de que nuestro personal de seguridad debe de haberlo atrapado.

—No lo han hecho. Pero mis tropas lo harán. —Vidian apagó su comunicación acústica lo suficiente para dar una orden—. Listo —dijo, hablando en voz alta otra vez—. He enviado a su oficina una copia de mi programa político correctivo. Asegúrese de que sus empresas miembros lo adoptan inmediatamente.

—Sí, mi señor.

—Entonces continuamos.

El abatido director condujo a Vidian a una zona de trabajo. Como en cualquier otro lugar, este espacio estaba poblado por los trabajadores itinerantes, seres sólo ligeramente más efectivos que los droides. Algunos pasaban a otras cámaras con explosivos. Otros estaban hundidos hasta la cadera en montículos de cristal roto, sudando profusamente mientras paleaban fragmentos que contenían thorilide a contenedores para el envío. El interior de Cynda era naturalmente seco; la ligera bruma en el aire era totalmente de transpiración orgánica. Vidian se alegró de que su sentido del olfato ya no existiera.

La chusma con los escombros, pensó Vidian. Su clase había estado presente en innumerables otros mundos de producción en los que había sido elegido para enderezar y eran una terrible arcilla para modelar. Incluso removiendo a los alborotadores, a pocos se

les podía enseñar algo nuevo… y sus estilos de vida fuera sólo servían para que fueran menos eficaces en el trabajo.

Pero eran abundantes en número, y eso le daba algo que podía hacer. Entró en medio de los trabajadores y palmeó las espaldas de un trabajador tras otro con sus manos de metal.

—Tú. Tú. Tú. Y tú. —Cada uno levantó la mirada, sorprendido por el toque del cyborg. Humanos y no-humanos… su único rasgo común era su edad avanzada. Demasiado viejos. Demasiado lentos.

Haciendo caso omiso de la mezcla de miradas enfadadas y ofendidas que recibía de los trabajadores, Vidian llamó al jefe del gremio:

—Palfa, otra directiva para sus miembros. Nuevo límite de edad para los obreros, con efecto inmediato.

Palfa balbuceó.

—Pero… ¡pero todavía son productivos!

Vidian volvió sus ojos sin alma hacia Palfa.

—Y usted está siendo improductivo —dijo, yendo hacia él—. ¡El gremio es un refugio para los traidores y los holgazanes!

—Mi señor, tal vez yo pueda sugerir alguna forma de…

Vidian no esperó a oír la sugerencia de Palfa. Su brazo se proyectó hacia fuera y atrapó al director por el cuello. Tirando hacia abajo, levantó la capa del burócrata que gritaba por sobre su cabeza y lo lanzó a la superficie rocosa. Los soldados de asalto miraban, con los blásteres preparados, mientras Vidian descargó una lluvia de fuertes golpes sobre el cuerpo de Palfa.

El conde dio un paso atrás, satisfecho, cuando el cuerpo cubierto de tela del jefe del gremio, dejó de moverse. Vidian miró con admiración a sus manos; que aún tenían su brillo plateado.

—¡Mi señor! —dijo uno de los soldados de asalto.

—¿Eh? —Vidian miró al soldado y luego de vuelta al grupo de trabajadores en medio de los que había estado. Todos lo estaban mirando—. Accidente industrial —dijo—. Pónganse a trabajar, a menos que les haya dicho que se vayan. Sus empresas encontrarán un trabajo más adecuado para ustedes en Gorse. El desempleo en un sistema de recursos estratégicos es ilegal. El Imperio no tolera a los vagos.

Viendo cómo se quejaban los recelosos trabajadores, Vidian asintió con satisfacción. *La gestión, del modo imperial*. Era mucho más eficiente que bajo la República… y le salía fácilmente. Despedir a un administrador sólo inspiraba a los ambiciosos que querían tomar su lugar. Pero los asesinatos motivaban a todo el mundo. Era algo que debía estar en el kit de herramientas de todos los supervisores.

Cambió el canal de audio.

—Capitán Sloane, ¿me oye?

Desde el *Ultimátum*, la voz de la capitán llenó su oído.

—Afirmativo.

—Informe a Coruscant que hay una vacante en la conducción del Gremio Minero de Cynda. Estoy seguro de que el Emperador nos puede enviar a alguien apropiado.

—Hecho. Sloane fuera.

Dejando que los soldados de asalto controlaran a los trabajadores mientras eliminaban el cuerpo, Vidian continuó su gira en solitario. En la sala siguiente, se encontró con otro equipo de trabajo… y aunque él no tenía ninguna intención de ir personalmente e identificando a cada haragán, no pudo resistirse cuando vio a un hombre de pelo blanco arrodillado mientras limpiaba su recogida.

—Definitivamente eres demasiado viejo —dijo Vidian, agarrando al hombre por el cuello de la camisa.

—¿Sí? Bueno, tú eres demasiado feo —respondió incluso antes de volverse para ver quién lo estaba molestando. Cuando lo hizo, gritó de asco—. ¿Qué se supone que eres *tú*?

Vidian no reaccionó. Leyó la insignia del viejo.

—Okadiah Garson. —No era ninguno de los nombres de los disidentes de la lista, pero no importaba. Ya había terminado aquí—. Deja de mirarme como un tonto.

—Lo siento. —Okadiah señaló un punto detrás de la oreja del cyborg, donde su sintopiel no cubría por completo el tejido cicatrizal debajo—. Es sólo… que te faltó un punto allí.

—No es por vanidad. Es en beneficio de quienes pierden eficacia cuando se enfrentan con lo extraordinario. —Apretó el cuello de Okadiah y sacudió—. Encuentro que esta galaxia ya tiene suficientes seres *ordinarios*. Tal vez te gustaría que también te quiten la piel, ¡para ver cómo es!

—Tal vez deberías dejarlo ir —dijo una voz desde atrás.

Vidian miró hacia atrás para ver a un hombre joven y moreno de pie con un carro flotante pesadamente cargado en la apertura de un túnel. Sostenía una pistola apuntada hacia el conde.

—Bueno, bueno —dijo Vidian, sin preocuparse en lo más mínimo por su seguridad—. Tenemos a un pistolero. ¡O tal vez hemos encontrado a nuestro saboteador faltante!

En sus viajes, Kanan había visto a mucha gente con prótesis. La mayoría eran personas decentes, que utilizaban la tecnología para superar una desgracia. Pero el cyborg que tenía Okadiah por el cuello de la camisa realmente había exagerado. Parecía un droide de guerra jugando a ser humano en una fiesta de disfraces.

—No soy ningún saboteador —dijo Kanan, sin dejar de sostener su arma—. Oí un grito… sonó como un problema. ¿Qué está pasando?

—Soy el conde Vidian, estoy aquí en nombre del Emperador. Y estoy haciendo su trabajo. —Vidian, pareciendo totalmente despreocupado por el bláster de Kanan, comenzó a levantar por el cuello al anciano que se retorcía.

Kanan tocó el gatillo de su arma. No tenía ningún deseo en absoluto de enredarse con el Imperio, mucho menos con el imperial superior en el área. Se sintió agradecido cuando se le ocurrió otra manera.

—Hay algo que deberías saber. —Bajó el arma mientras pisaba con cautela el piso de trabajo—. Estás a punto de destrozar al hombre que sabe cómo minar thorilide mejor que nadie.

Vidian hizo una pausa.

—Lo dudo. No puede tener la fuerza para excavar o transportar mucho.

—Él le enseña a quienes lo hacen —dijo Kanan—. Luzdeluna es la productora más eficiente para su tamaño.

Vidian sacudió a Okadiah durante unos instantes antes de abruptamente tirarlo al suelo de la caverna.

—Por fin… alguien que comprende lo que es importante —dijo—. Tienes suerte de que he ya golpeado hasta la muerte a alguien más hoy, pistolero. Tengo un horario que cumplir. Con eso, el cyborg abruptamente se dio la vuelta y salió con sus guardias.

Kanan enfundó su arma y volvió para ver cómo estaba Okadiah. Atendido por sus compañeros mineros, el anciano se frotó el cuello y miró a Kanan.

—Siempre tienes que meterte con el gundark.

—Sólo sigo tu ejemplo —dijo Kanan.

Yelkin, el minero con el que había discutido esa mañana, puso los ojos en blanco ante Kanan.

—¡No sé por qué no le disparaste a ese monstruo! ¡Alguien dijo que mató al jefe del gremio!

—Yo elijo con quién voy de fiesta —dijo Kanan. Caminó hacia el carro flotante y lo activó—. No me meto con el Imperio… y él no se mete conmigo.

—La Zona Cuarenta y Dos, caballeros —dijo Okadiah—. Quiero terminar con este día.

Alejada al otro lado de la amplia sala, Hera bajó sus electrobinoculares. Tuvo un poco de suerte en la última hora, cuando todos los soldados de asalto habían dejado su área. Por lo que había sido capaz de oír, todos buscaban a alguien que se habían resistido violentamente al arresto. Estaba interesada en averiguar esa historia, pero Vidian venía primero… y así que se había mantenido siguiéndolo, tratando de encontrar lugares seguros en cada cámara cavernosa desde donde mirar.

Había sido incapaz de acercarse a menos de cien metros, pero había visto lo suficiente para saber que era una cosa vil, completamente digno de un puesto importante junto al Emperador. Ella había visto tanto su ataque al pobre jefe del gremio y cómo había reaccionado su escolta a eso: como si el asesinato gerencial fuera lo más normal de la galaxia. Y lo había visto acosando al anciano, momentos antes. Fue una suerte que el hombre más joven hubiera llegado. Por lo menos alguien tenía valor.

Al ver al hombre de cabello oscuro irse con su carro flotante, Hera sintió el impulso momentáneo de seguirlo. La gente con la voluntad de enfrentar al Imperio era digna de conocerse. Pero luego recordó que éste no era un viaje de reclutamiento. Tenía que seguir tras su objetivo.

Tal vez en la próxima vida, amigo. Hera se deslizó desde su percha y partió tras Vidian.

Capítulo ocho

Más soldados de asalto pasaron corriendo mientras Kanan empujaba el carro flotante por el último túnel de la Zona Cuarenta y Dos. Sin duda todavía estaban buscando al idiota que había enloquecido y los había atacado en la Zona Treinta y Nueve. Lal Grallik apareció en el área de trabajo lo suficiente para confirmar el rumor de que, en efecto, era Skelly y seguía suelto. Kanan no estaba sorprendido en lo más mínimo… ni molesto. Por lo menos Skelly ya no lo molestaría a él.

No era raro ver a los soldados de asalto en el Imperio. Pero aunque había ido un poco de un lado a otro, los viajes de Kanan a través de la galaxia habían tendido a tener una trayectoria en espiral, alejándose hacia afuera del centro galáctico. Mundos del Núcleo, mundos de las Colonias, Borde Interno: Cada uno representaba una nueva frontera para él. Y cada una había resultado igual, con la presencia Imperial partiendo de cero y creciendo gradualmente. Kanan a veces se preguntaba cómo hacían los proveedores de los uniformes de los soldados de asalto para abastecer la demanda. Cuando los imperiales alcanzaran el margen de la galaxia, ¿qué usarían?

No es que la visión de los soldados de asalto lo alarmara. No, como la mujer que le había hablado desde el Destructor Estelar, eran todos funcionarios. Droides orgánicos, entrenados para reaccionar de una cierta manera y buscar ciertos objetivos. Vidian era tal vez la expresión más literal que había visto: toda su eficacia robótica y maldad general metida en una masa de metal, con un poco de piel en la parte superior. La mejor manera de evitar ser molestado por ellos era simplemente encajar perfectamente en los estereotipos que esperaban encontrar.

En mundos como Gorse, el Imperio esperaba encontrar trabajadores de la clase atraída a los empleos de baja cualificación y alto riesgo. Personajes alborotados y traviesos… pero no rebeldes. Amenazas para su propia sobriedad y el uno al otro, pero nunca para el Imperio. Políticamente inactivos, o ni siquiera conscientes.

Estos eran los planetas donde Kanan solía encontrar la mayor diversión. El papel de rufián le sentaba bien. Viajaba por la galaxia, mirando el paisaje… y a veces el techo, después de una rara pelea o una borrachera. Había visitado más lugares de los que recordaba, y, aparte de Okadiah, nunca había aprendido los nombres de la mayoría de la gente que lo rodeaba. ¿Para qué molestarse, cuando ibas a irte pronto?

Kanan empujó el carro a la Zona Cuarenta y Dos. Muy por debajo de la superficie de Cynda, estaba la cámara más grande abierta hasta ahora… y más importante, los sensores habían encontrado grandes huecos escondiéndose detrás de sus paredes: otras áreas que seguro tendrían abundante thorilide minable. Durante semanas, varios equipos habían provocado explosiones controladas, apenas audibles sobre las objeciones de Skelly, tratando de llegar a los ricos depósitos. En una alcoba recién excavada, los técnicos de Luzdeluna estaban trabajando en su propio intento.

Kanan estacionó su carro fuera de la abertura y golpeó en la pared exterior.

—Tengo sed. ¡Terminemos con esto!

Yelkin apareció desde el interior del agujero, ahora con un chaleco de seguridad blanco. Frunció el ceño cuando vio a Kanan.

—Tú de nuevo.

—Apuesta a que sí.

Irritado, el devaroniano inspeccionó la carga de explosivos.

—Estamos midiendo la longitud de la perforación para la carga. Sólo debería tomar un…

—Espera —llamó alguien desde el interior del área ahuecada—. Hay un problema.

Kanan suspiró mientras Yelkin volvía corriendo hacia el interior. Kanan estaba a punto de comenzar a descargar él mismo las cajas cuando miró hacia el interior del hueco. Junto a Yelkin, vio a otro técnico metiendo una larga sonda en un agujero perforado para los explosivos. O intentándolo.

—¡Ya hay algo ahí adentro!

Los ojos de Kanan se ensancharon… y por primera vez, miró al suelo fuera del corto túnel. Había algo que ya había visto antes: pequeño y marrón, tirado cerca.

La caja de herramientas de Skelly.

Kanan gritó por la abertura.

—*¡Salgan! ¡Salgan!*

No tuvo que gritar por tercera vez. Los técnicos se estaban moviendo.

—Alguien ya ha conectado algo —dijo Yelkin en estado de pánico—. ¡Hay un contador de tiempo! Treinta segundos…

¡No se puede desarmar eso!

—¡Olvídalo! —gritó Kanan—. ¡Vamos!

Los técnicos de demolición de Luzdeluna tenían una sirena portátil en el área de la explosión; estaba justo en el camino de Kanan. La activó. En toda la Zona Cuarenta y Dos, los trabajadores corrieron hacia los túneles de salida del oeste.

Por delante de él, Yelkin tropezó en la superficie escarpada y cayó. Kanan, en una carrera precipitada, se desaceleró mientras se acercaba al minero… la única otra alma que quedaba en el enorme atrio de cristal. Pero Yelkin no le estaba pidiendo ayuda. En cambio, estaba señalando, a algo que Kanan había olvidado.

—*¡Kanan! ¡Tu carro!*

Kanan miró atrás al carro flotante con su carga completa de bisulfato de baradio… cien veces más material que el que Skelly habría estado llevando en su kit… y recordó el adagio de los chicos de demolición: *Es la secundaria la que hace el daño*. Su carrito podría derrumbar la mitad de la red de cuevas.

Kanan volvió de nuevo hacia la apertura, y la bomba de tiempo en su interior, y se apoderó del carro flotante. Girando con él, corrió, empujándolo tan rápido como pudo a través del largo claro.

Yelkin no se movía, notó… se había torcido el tobillo. Kanan apuntó el carro hacia él mientras sus botas golpeaban la superficie. Su voz hizo eco a través de la cámara:

—¡Yelkin! ¡Agárrate!

No fue fácil ver ni escuchar mucho después de eso.

La luz de la explosión vino primero. Emanando del área de trabajo del túnel que explotaba, se reflejó deslumbrantemente en las estructuras cristalinas de arriba y a ambos lados de Kanan. El sonido llegó a continuación, un trueno sordo. Kanan apenas había alcanzado a Yelkin con el carro flotante lleno de cajas cuando la onda expansiva lo golpeó a mitad de un paso. Los repulsores del carro todavía estaban funcionando; su parachoques delantero cogió a Yelkin en el estómago, y ahora ellos y el carro flotante fueron llevados adelante, las manos de Kanan se agarraron por su vida al asa.

Unos crujidos abrasadores resonaron por todo el atrio. Kanan, ahora un pasajero que colgaba como Yelkin, sabía lo que vendría a continuación. Como carámbanos en un día de verano, las estalactitas de un metro de ancho por toda la cámara comenzaron a caer al suelo que ya habían cubierto. Primero los cuchillos de cristal… y luego la roca y piedra suspendida por encima de ellos, todo se desplomó al espacio abierto.

Al ver el primer fragmento golpear cerca, Kanan golpeó el suelo con los talones por primera vez en varios segundos. Sin pensarlo, saltó.

Saltó, como no lo había hecho en casi una década, más lejos de lo que cualquier mortal podría normalmente. Saltó, encima de las cajas llenas de mortales explosivos en el carro fuera de control. Saltó, adonde pudiera extenderse y agarrar el hombro del devaroniano que inconscientemente se aferraba por su vida.

La apertura occidental a través de la cual los demás mineros acababan de evacuar estaba más adelante. Kanan tiró del desventurado Yelkin para ponerlo completamente sobre el carro flotante en un solo movimiento, y golpeó el suelo en el costado izquierdo con el siguiente. Guiando el vehículo en el aire como si maniobrara una balsa en un río turbulento, lanzó el carro hacia el túnel de salida. Tropezó, a sólo un paso de la seguridad, mientras intentaba seguir. Kanan golpeó el suelo girando boca arriba mientras caía. Miró hacia la masa que venía como una avalancha…

… y la detuvo, con la mente.

Era una sensación extraña, como ponerse una ropa vieja. Era como el salto, algo que había jurado nunca hacer. Seguro que no delante de nadie.

Pero ahora lo había hecho. Toda la luz se había ido, pero él podía sentir la masa negra de escombros temblando a un metro de su cabeza, incluso mientras escuchaba el clamor apocalíptico todo alrededor. Instintivamente, Kanan clavó los talones en el piso del túnel y se empujó hacia atrás, el faldón de su camisa se arrastró sobre la superficie hasta que estuvo completamente dentro del reforzado túnel occidental.

Y entonces la soltó. Soltó con la mente y escuchó como una montaña, que había sido parada encontraba el espacio donde él había aterrizado.

Vidian estaba en una cámara superior dirigiéndose al director de droides y sus tres aterrorizados ayudantes cuando el suelo se derrumbó.

Todo quedó a oscuras cuando Vidian, su audiencia, y todos sus muebles cayeron hacia abajo. La caída fue breve, con los restos de lo que había sido el suelo bajo sus pies rompiéndose en pedazos al chocar con la superficie más dura de abajo. Un inmenso impacto sacudió a Vidian.

Hundido en piedras hasta las caderas, le tomó un momento reorientarse. Sus ojos cambiaron a modo de visión nocturna, y se dio cuenta de que se había abierto un socavón debajo de la oficina del director de droides: Las paredes de la habitación, así como el pasillo principal que salía de ella, estaban intactas, varios metros más arriba.

Haciendo caso omiso de los gritos de dolor de los demás que luchaban en los escombros, Vidian utilizó sus brazos cibernéticos para desenterrarse a sí mismo. Luego empezó a subir hacia la abertura superior.

—Estamos atrapados aquí abajo —llamó una voz detrás de él—. ¡Ayúdanos!

—Alguien llegará antes de que mueran de hambre —dijo Vidian, llegando a la parte inferior de la puerta.

—Pero puede haber réplicas…

—¿Réplicas? Imposible. Se supone que las columnas de cristal de la luna previenen los temblores —dijo Vidian. El evento no podía haber sido natural. Trepando al pasillo intacto, empezó a sospechar lo que había sucedido.

Su ira volvió nuevamente.

En la oscuridad, Hera sintió al mundo tronando a su alrededor. Ella había visto a Vidian caer a través del suelo y desaparecer; se había demorado por unos momentos, esperando que se hubiera ido para siempre.

No ha habido suerte, pensó, escuchando su voz desde el hueco de más adelante. La luna lo había probado y lo había escupido.

Oyó voces en los pasillos a su alrededor y espió luces portátiles aquí y allá. Ahora había demasiada actividad… alguien había pateado el nido de insectos. Tenía que usar la oscuridad mientras pudiera.

Acabó el reconocimiento, pensó la twi’lek. Se volvió de la cámara de Vidian y regresó corriendo por el pasillo.

Kanan continuó empujándose hacia atrás mientras los escombros golpeaban el suelo detrás de él. Finalmente, después de lo que pareció un eón, vino la quietud.

Y luego las luces de trabajo.

Okadiah llegó a su lado y se arrodilló.

—¿Muchacho? ¿Estás bien?

Kanan tosió el polvo y asintió con la cabeza. Parpadeando para sacarse las partículas de los ojos, vio vagamente su carro flotante, sus cajas de explosivos seguían atadas ahí. Yelkin yacía boca abajo por encima, jadeando.

—¿Qué pasó? —preguntó Okadiah.

—No lo vi —dijo Yelkin. Miró el paso bloqueado de escombros—. ¡Creo que rebotamos hacia el túnel! Pensé que estábamos perdidos, ¡seguro!

—Un tiro de uno en un millón —dijo Okadiah, rascándose la barbilla. Miró a Kanan—. Muchacho, *sí* que tienes suerte.

Kanan sabía que había sido cualquier cosa menos suerte. Porque Kanan Jarrus era Caleb Dume, el Jedi que nunca fue.

Y ahora, supo, era hora de irse.

Capítulo nueve

La Fuerza era un misterioso campo de energía que surgía de la vida misma; eso, lo sabía cada estudiante Jedi. La Fuerza podía utilizarse para muchos fines: protección, persuasión, sabiduría… incluso manipular la materia y ejecutar grandes hazañas físicas. Los Jedi aprendían todas esas cosas desde pequeños.

Pero nunca aprendían a hacer desaparecer la Fuerza cuando no la querían. Eso era todo lo que Caleb… todo lo que *Kanan* había querido de la Fuerza durante años. Y la maldita cosa acababa de aparecer otra vez en Cynda. Le había salvado el pellejo, cierto… pero si alguien lo había visto, la vida de Kanan no valdría ni un crédito de la Confederación.

Había dejado la luna en un caos. El techo de la Zona Cuarenta y Dos se había hundido, produciendo temblores que causaron que se abrieran peligrosas grietas en algunos pisos más arriba. Afortunadamente, ninguna de las cámaras se había despresurizado al espacio: Estaban demasiado por debajo de la superficie de Cynda. Fue un milagro que nadie hubiera muerto.

Kanan no sabía si el conde Vidian seguía allí o no, o si el Imperio sospechaba que Skelly plantó las cargas que provocaron el derrumbe. Era una apuesta segura que sí. La advertencia de Skelly había sido acerca de minar en la Zona Cuarenta y Dos; tal vez había decidido derrumbar el techo antes que nadie más. Cynda estaba repleta de túneles, pero los imperiales tenían los números. Eventualmente encontrarían a Skelly, y le darían su merecido.

Kanan había utilizado uno de esos túneles posteriores para escaparse, dejando atrás a Okadiah y sus trabajadores. Tomando unos elevadores poco utilizados hasta el *Conveniente*, despegó la nave antes de que seguridad se enterara. Podía oír por el transceptor que las salidas habían sido canceladas. Dudaba que fuera un problema. Los técnicos de Luzdeluna podrían dar fe de que él les había advertido; nadie sospecharía que Kanan pudiera haber plantado la bomba, por lo menos. Sólo iba a regresar su nave sana y salva a la base, en Gorse, como estaba programado.

Y eso sería todo. Nunca volvería a poner un pie en la luna. Y mañana, encontraría una salida de Gorse. Era hora de seguir adelante.

Había estado en movimiento desde ese día oscuro, años antes. El más oscuro de los días. El día cuando la vida como la conocía se había derrumbado, había sido volada en pedazos, por algo que él no comprendió entonces. Todavía no entendía mucho. Ahí había estado él, catorce años de edad, habiendo confiado durante toda la vida en la orden Jedi para todo: comida, refugio, educación y seguridad. Tal vez no amor, pero por lo menos calma, estabilidad y sentido.

Y luego, de repente, la República y sus soldados clon se habían vuelto contra los Jedi. Depa Billaba luchó para protegerlo… y él luchó para protegerla. Ella murió. Él huyó. Ella murió *para* que él pudiera huir, pero ¿con qué fin? ¿Qué esperaba ella para él?

El joven Caleb no lo había sabido. Sólo había sabido que, al final, la Fuerza no la había ayudado. Ni a ninguno de los demás Jedi de los que había oído.

No es tu amiga, se había dicho a sí mismo. Era una de las razones por las que se negaba a usarla, incluso para hacer su vida un poco más fácil. También se había negado a tomar su sable de luz. Todavía lo tenía: además de la quisquillosa Fuerza, era su último vínculo con el pasado. Pero ¿de qué servían los sables de luz? ¿De qué servía la Fuerza, si permitía que sus seguidores más devotos fueran asesinados por la traición de sus filas?

Su primer maestro le había dicho que «Un Jedi utiliza la Fuerza como guía». *¡Sí, guía hacia un maldito muro!*

El problema era que la Fuerza no se podía apagar como un interruptor. Muchos de los beneficios que transmitía eran sutiles. Mejoraba sus cualidades sin ningún esfuerzo consciente. Ningún acto de voluntad podría detenerla; ningún lapso de fe podía hacerla desaparecer completamente. Kanan siempre sería mejor en algunas cosas. Y ese había sido el problema de su vida. Todavía se sentía compelido a aceptar empleos que le interesaban y a sobresalir en ellos. Era simplemente su modo de ser.

Pero si sobresalía demasiado o por mucho tiempo, se arriesgaba a ser notado. Y eso era algo que le habían dicho que evitara.

Obi-Wan había utilizado la baliza para advertir a los Jedi que evitaran la detección. No le había tomado mucho tiempo a Kanan entender por qué. Durante los días y semanas después de que los generales Jedi hubieran sido asesinados por sus propios soldados clon, el nuevo Imperio continuó cazando y matando a los Jedi. No era sólo esconderse físicamente del Imperio. *Evitar la detección* significaba esconder de todo el mundo el hecho de que él tenía una conexión con la Fuerza.

La Fuerza era una marca de muerte.

Los primeros meses habían sido un borrón de terror para el joven Caleb. Había vivido constantemente con pesadillas de lo que podría suceder. El Imperio tenía el control de la sede Jedi. Eso seguramente incluía la base de datos con la información que los Jedi habían archivado acerca de Caleb Dume. Habrían averiguado su nombre, seguro, y probablemente tendrían imágenes de él tomadas por las cámaras de seguridad del centro de entrenamiento. ¿Qué más tenían? Se devanó los sesos muchas veces tratando de recordar qué información biométrica, si había alguna, le habían tomado los Jedi a lo largo de los años. ¿Tenían una impresión sonora de su voz? ¿Una muestra genética? Kanan estaba perplejo de pensar que ahora el Imperio podía saber más sobre su historia familiar que él.

Cualquier cosa que hubiera ocurrido con los demás caballeros Jedi y sus Padawans, tenía que asumir que el Emperador habría sido exhaustivo al respecto. Habrían encontrado una lista, o habrían elaborado una. Habrían marcado a todos los que cayeron. Y habrían sabido que Caleb Dume no cayó cuando lo hizo Depa Billaba.

Así que en un principio, Caleb lo hizo todo bien. Cuando tomó empleos para alimentarse, se aseguró de no sobresalir demasiado más allá de la norma prevista. Distribuir personalmente sus propias cargas en Cynda era un vestigio de eso; mantenía su

número de vuelos diarios en un número que era simplemente excepcional y no sospechoso. Se había resistido a las amistades y conexiones románticas a largo plazo, y en su mayoría había refrenado sus impulsos caballerosos. El adolescente había hecho todas esas cosas, por temor a una visita de soldados de asalto en medio de la noche.

Pero las semanas se volvieron meses, y los meses años, y nadie vino a su casa —o catre, o tienda o pedazo del piso de nave espacial— para despertarlo y llevárselo. Y el joven ahora conocido como Kanan Jarrus descubrió que las juergas eliminaban totalmente aquellas preocupaciones.

Así que había hecho más de lo mismo. Se había emborrachado para olvidar. Había peleado para desahogarse. Había tomado trabajos peligrosos para financiar su estilo de vida… y luego comenzado todo otra vez. No era un nómada caballeresco, merodeando de planeta en planeta haciendo buenas obras y partiendo cuando las cosas se ponían muy calientes. No, se iba cuando las cosas se volvían *aburridas*. Cuando se acababa el dinero para beber, o cuando la hija del dueño del bar de repente quería casarse con él. Kanan no se marchaba porque llegaba el Imperio: le había sostenido la mirada a imperiales como Vidian antes y había sobrevivido. Ellos sabían que él era algo que ignorar. No, se marchaba porque donde venía el Imperio, la diversión generalmente moría.

Y también se marchaba cuando se ponía demasiado cómodo. Era entonces cuando la Fuerza, cansada de ser reprimida, se acercaba a escondidas como una mascota ignorada. No la quería complicándole el mundo, haciéndolo sentir de nuevo como la presa de alguien. Y no le gustaba recordar lo sucedido en esa otra vida.

Viendo como crecía el *Ultimátum* en la ventana de su cabina mientras se dirigía a Gorse, Kanan pensó por enésima vez sobre la parte de texto del mensaje de Obi-Wan. *Las fuerzas de la República han sido vueltas contra los Jedi*. Había algo en esa redacción: *han sido vueltas*. Sugería que tal vez la misma gente no se había vuelto contra los Jedi, pese a las afirmaciones al contrario del Emperador.

Eso podría haber importado años antes, pensó Kanan, pero ahora apenas lo hacía.

Siempre le había molestado lo poco que Obi-Wan había compartido. Era lógico que había tenido poco tiempo. Tal vez él no hubiera sabido mucho, todavía, cuando envió la advertencia. Pero ¿por qué no había enviado otra? ¿Si ya no tenía acceso a la baliza en Coruscant, no habría encontrado alguna otra manera de enviar un mensaje, más adelante?

Kanan conocía la respuesta. *Porque probablemente no quedaba ningún Jedi que contactar. Y porque probablemente el mismo Kenobi estaba muerto*.

En algún tiempo, aquellos habían sido pensamientos difíciles; ahora sólo produjeron un bostezo cansado. No podía ver a Obi-Wan escondiéndose voluntariamente en algún mundo remoto, esperando a que las cosas se calmen. Habría tenido alguna misión, si estuviera vivo… una importante. Querría que la gente la conociera. Y todas las misiones que Kanan podía imaginar habrían puesto a Obi-Wan en movimiento alrededor de la galaxia. No, si Kenobi vivía, Kanan habría escuchado algo.

Pero Kanan sabía que no le importaría ni siquiera si el Maestro Jedi apareciera en el asiento detrás de él. Caleb Dume aún no había sido un caballero Jedi, y Kanan Jarrus no

era uno ahora. Nada de esto lo afectaba, *nunca* tenía que afectarlo. Le habían repartido unas cartas, y con eso era que iba a jugar. Jugar, mientras pudiera evitar las estupideces como la que había hecho en Cynda.

Simplemente no volvería a jugar *aquí*.

Devolvería el *Conveniente* a Luzdeluna; sólo un ladrón de naves tontos se la llevaría. Cobraría su paga, recogería sus pocos bienes antes de que Okadiah llegara a casa, y seguiría su camino. El Destructor Estelar seguía ahí, vio, pero todavía no había prohibido los vuelos comerciales de Gorse. Elegiría una dirección y estaría en…

Kanan dio un segundo vistazo al Destructor Estelar, ahora adelante y a su derecha. Desde la parte inferior del *Ultimátum*, dos grupos de vuelo de cuatro cazas TIE emergieron y se encaminaron en su dirección.

Instantáneamente alerta, Kanan se inclinó hacia adelante y agarró los controles. ¿Hacia dónde? Se dirigían directamente hacia el *Conveniente*. La nave tenía un pequeño cañón lanza-rocas, nada más, y la nave no había sido reabastecida desde esa mañana, cuatro vuelos lunares antes. Kanan cambió el sistema de comunicaciones de canal en canal, buscando la voz de la capitán Sloane. Alguien, o algo que le dijera si debía pelear o huir.

La voz que sí oyó vino desde el asiento trasero, pero no era la de Obi-Wan Kenobi, ni siquiera la del bondadoso viejo Okadiah.

—No vienen por ti —dijo—. Me están buscando a mí.

Kanan miró hacia atrás.

¡Skelly!

Capítulo diez

—*¡Tú!* —Kanan agarró a Skelly del cuello, tirándolo con violencia hacia adelante y golpeándolo contra la parte superior del salpicadero del *Conveniente*. El primer instinto de Kanan fue encargarse del polizón… pero los imperiales todavía estaban ahí, siempre en dirección hacia él.

—¡Mira! —dijo Skelly, jadeando y agitando los brazos.

Kanan siguió la mirada del hombre al revés y vio, que más allá de los escuadrones TIE, una lanzadera clase *Lambda* partía del *Ultimátum*. Mientras sus alas trapezoidales se doblaban en posición de vuelo, otra la siguió. Y luego otra, hasta que cinco lanzaderas se dirigían en dirección a Kanan. Dos TIEs de cada grupo rompieron la formación y se posicionaron para flanquear a las lanzaderas mientras los demás seguían adelante, despejando los carriles del espacio. Kanan miró, incrédulo, cuando las naves pasaron sobre su cabeza en camino a Cynda.

—Te dije que todos me están buscando a mí —dijo Skelly—. No a ti.

—Felicidades —dijo secamente Kanan. No soltó a Skelly—. Está a punto de haber un centenar más de soldados de asalto en Cynda, gracias a ti. ¡Estoy tentado de enviarte de regreso a ellos!

Skelly se soltó… y Kanan le dio un fuerte golpe. La sangre brotó de la nariz de Skelly.

—¡Imbécil! ¿Para qué hiciste eso?

—Volaste la Zona Cuarenta y Dos. ¡Trataste de matarnos!

—¡No! —dijo Skelly, soltándose.

—¡Estás mintiendo! —Kanan agarró el brazo izquierdo de Skelly y lo retorció detrás de su espalda. Girando, empezó a empujar al huésped no deseado hacia la esclusa de aire—. ¿Te están buscando? ¡Te voy a enviar de vuelta a ellos!

—¡Cuidado! ¡Ese brazo no! ¡Ese brazo no! —dijo Skelly. Poniendo la mano libre, la mano mecánica, por delante, agarró un asa cerca de la puerta de la escotilla. Después de forcejear unos momentos, Kanan se dio cuenta de que la mano estaba en un agarre mortal, y que Skelly no iría a ninguna parte.

—Bien —dijo Kanan. Se volvió y tomó la pistolera, que estaba colgada del respaldo del asiento del piloto.

Skelly lo miró y dijo desdeñosamente.

—¿Ahora vas a matarme?

—Tal vez.

—¡Es esa tu gratitud! *¡Te he salvado!*

Kanan había sacado el bláster completamente fuera de la pistolera cuando finalmente registró lo que Skelly había dicho.

—¡Espera! ¿Qué?

—Te salvé —dijo Skelly—. ¡A ti y a tu podrido grupo corporativo!

—Salvado… —Kanan estaba atónito—. ¡Me derrumbaste una montaña en la cabeza!

Skelly quedó en silencio.

Exasperado, Kanan se puso de pie y volvió a los controles para dirigir al *Conveniente* a un camino bien apartado de cualquiera de los otros convoyes, imperiales o no. Miró atrás para ver a Skelly desplomado contra la compuerta de la esclusa de aire, masajeándose una mano que finalmente se había soltado del asa.

Kanan bajó la pistola pero no la guardó. Repentinamente exhausto, se derrumbó en el asiento de aceleración que enfrentaba la esclusa de aire.

—Necesito un trago —dijo, frotándose la frente—. Ahora, cuéntame esto otra vez. ¿Cómo nos estabas salvando *haciéndonos explotar*?

—No estaba intentando hacerlos explotar. Estaba tratando de demostrar a los inspectores imperiales que no deberíamos utilizar baradio para abrir nuevas cámaras. Cynda no puede soportarlo.

—¡Podrías haber matado gente! —dijo Kanan.

—No, no —dijo Skelly—. Se suponía que tus chicos de Luzdeluna no iban a trabajar en la Cuarenta y Dos hasta mañana. ¡Vi el programa de la jefa Lal más temprano!

—Ese era el programa antes de que llegara el Imperio. Estábamos trabajando a doble velocidad. Ya no estábamos en el horario de hoy.

—*Oh* —dijo Skelly en una voz baja e incómoda—. Eh… entonces, *¿murió* alguien?

—Me alegro de que te importe —dijo Kanan, alcanzando su pistolera de hombro y poniéndosela—. No. No que yo sepa.

—Bien —dijo Skelly—. Sólo estaba tratando de demostrar un punto… y funcionó. —Tiró del cuello de su camisa—. El conjunto se derrumbó, como lo había predicho. Si le dijeron a Vidian que yo tenía razón, probablemente ahora me está buscando para darme las gracias. —Hizo un gesto con la mano izquierda hacia la ventana de la cabina—. Por eso mandaron todas esas naves. Creen que todavía estoy ahí. ¡Búsqueda y rescate!

—Ajá. Es por eso que te escapaste aquí, en lugar de quedarte allí.

—Necesitaba un lugar para esperar mientras el Imperio descubría lo que pasó. ¡No tenía idea de que tú volverías tan rápido y despegarías!

Kanan meneó la cabeza y enfundó el bláster. No sabía qué creer. Pero antes de que pudiera decir nada, Skelly se puso de pie y caminó hacia adelante como un hombre con un propósito.

Kanan se paró.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Qué crees que estoy haciendo? ¡Estoy llamando al Destructor Estelar!

Kanan lo tuvo que pensar dos veces.

—¿Qué?

—Te lo dije, me están buscando. Skelly se extendió hacia un botón, sólo para ser empujado por Kanan al asiento del pasajero.

Alcanzando el arnés de sujeción, Kanan aseguró a Skelly. Entonces volvió a sacar el bláster.

—¡Eh! ¡No dispares!

Kanan no disparó. En cambio, activó el seguro y dio vuelta la pistola en su mano. Usando la culata como un martillo, golpeó la hebilla del arnés de Skelly hasta que se dobló fuera de su forma.

—La rompiste. No puedo creer que lo hicieras.

—No es mi nave —dijo Kanan. O no lo sería, después de aterrizar. Ahora el arnés mantendría a Skelly en su lugar—. ¡No te dejaré llamar al maldito Destructor Estelar!

Skelly meneó la cabeza.

—Todavía no lo entiendes. —Con la mano izquierda, buscó en su chaleco y sacó el holodisco que le había mostrado antes a Kanan—. Sólo necesito hacerle llegar esta información a Vidian…

—Vidian. —Kanan se sentó en el asiento del piloto, girando la cabeza—. ¿Ese tipo raro que envió el Imperio?

—¿No sigues las noticias? Vidian es un arreglador. Es como yo… él ve lo que está mal y se ocupa de ello. Ahora probablemente va a suspender todo el trabajo en Cynda para una investigación. Todo lo que tengo que hacer es ponerme en contacto con él, mostrarle mis hechos. ¡Va a poner a esos funcionarios corporativos en su lugar!

Kanan miró al *Ultimátum*, encogiéndose en la ventana de estribor… y luego de nuevo a Skelly.

—¿Realmente crees que eso es lo que va a pasar?

—Claro. Una vez que vean lo que tengo para mostrarles, incluso podrían recompensarte por traerme.

Kanan miró de nuevo a los controles… y luego hacia arriba. Allí, desde la oscuridad del lado nocturno permanente de Gorse, vio algo familiar subiendo hacia el espacio.

—Ahí está tu respuesta —dijo.

—¿Qué? —Skelly giró la cabeza. Vio decenas de naves: naves de carga vacías, lanzaderas de personal y transportes de explosivos como el *Conveniente*. Todas se dirigían a Cynda—. ¿El próximo turno?

Kanan se rió.

—Hasta ahí llegó el Día Memorial de Skelly.

Encendió el sistema de comunicaciones. El del tráfico imperial estaba todo revuelto, pero la jefa Lal estaba hablando por el canal dedicado de Luzdeluna. Las zonas de trabajo afectadas por el derrumbe estaban siendo acordonadas, pero las operaciones mineras en las demás áreas continuarían.

—Órdenes del Conde Vidian —dijo ella, lanzándose a una lista de instrucciones de aterrizaje redirigidos.

Escuchando, Skelly quedó anonadado… pero sólo por un momento.

—Acaban de ver lo que una explosión en el lugar equivocado puede hacer. ¿Y siguen adelante? —Temblando de rabia, escupió tres palabras que Kanan notó que Skelly odiaba—. *Negocios, como siempre.*

Kanan apagó el sistema de comunicaciones y se estiró en su asiento.

Skelly, incapaz de moverse, lo miró.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—Y bien, ¿ahora qué?

—Me voy a casa —dijo Kanan.

—¿Casa? —preguntó Skelly—. ¿Dónde está casa?

—Voy a llevar al *Conveniente* al astillero de Luzdeluna, como siempre. Voy a estacionar la nave, y voy a entregarte a ese marido jefe de seguridad de Lal. —Kanan dirigió su atención a volar la nave.

Skelly meneó la cabeza y bajó la voz.

—¡Qué clase de amigo eres!

Kanan se enderezó abruptamente en su asiento y se volvió.

—Aclaremos algo —dijo, extendiendo un dedo en dirección a Skelly—. Yo no soy tu amigo. No soy tu cómplice, y ciertamente no soy tu coconspirador. Yo no te ayudé, y no voy a ayudarte a salir de esto. ¡Terminé!

Skelly miró a Kanan durante unos instantes y luego apartó la cabeza.

—Genial —gruñó—. Es igual que siempre. Nadie me…

En la ventana, Skelly vio el reflejo de Kanan poniéndose de pie. Se giró para ver a Kanan caminando a la parte posterior.

—Espera, ¿dónde vas ahora?

—A algún lugar donde no te escuche.

A salvo a bordo de su nave, Hera envió un mensaje cifrado a su contacto de Gorse. Estaba más segura que nunca que una reunión era necesaria. No era ninguna sorpresa que el Imperio espiara en los lugares de trabajo de un sistema que producía un material estratégico. Pero no tenía reparos en utilizar esas tecnologías en todas partes, y su contacto podría contarle mucho sobre las últimas capacidades de vigilancia imperiales y cómo burlarlas. Tenía que correr el riesgo de reunirse, sin importar si tenía otra oportunidad de espiar a Vidian o no.

Hera estudió la escena de afuera. Escuchando, lo asimiló todo. El imperio cifraba sus propias señales, pero no las empresas mineras, y obtuvo un panorama claro de las horas que acababan de pasar en Cynda. Un minero etiquetado como alborotador o disidente había sido identificado por la vigilancia imperial. Pero Skelly el tipo de demoliciones había sorprendido a sus empleadores, al imperio y a todos los demás mediante el uso de explosivos con el fin de escapar al arresto. Y poco tiempo después, la gran explosión había ocurrido en un área de trabajo… no programada y evidentemente mucho más destructiva que cualquier cosa que se pudiera encontrar en operaciones normales.

El Imperio se había apresurado a actuar, enviando más de la mitad del complemento de lanzaderas de tropas del Destructor Estelar a Cynda. Puesto que no había naves médicas en camino desde Gorse, la clínica de la luna era limitada, tenía que suponer que

no había víctimas. Eso significaba que los soldados de asalto que seguro que iban en las naves no eran parte de la búsqueda y rescate. Estaban allí para seguir buscando al terrorista.

Pero entre los informes de la explosión y la corrida imperial, ella había notado algo más. Un transporte de explosivos, Luzdeluna-72, por la señal de llamada, había sido la única nave además de ella a partir de Cynda antes de la orden de suspensión de vuelos. La había visto sacudirse violentamente cuando se acercaron las formaciones de TIEs… y aunque la visión de los cazas imperiales podría tener ese efecto en cualquier simple transportista, la nave había volado inusualmente después de eso, como si nadie la pilotara. Finalmente, se había colocado en una aproximación a Gorse que se mantenía lejos de las rutas más transitadas.

Skelly, concluyó Hera, estaba en ese transporte.

Era más que una suposición, pero distaba de ser una deducción científica. No quería dejar que la desviara de sus verdaderas metas. Su contacto en Gorse, vio ahora, acababa de responder sólo para confirmar su reunión más tarde. Eso era lo importante.

Pero ya que ahora iba en la misma dirección de Skelly de todos modos, Hera decidió que no estaría mal averiguar cuál era su historia…

Capítulo once

Kanan había vivido con un estrés secreto cada día durante años sin demostrarlo. Era por necesidad en su caso, pero también fue una elección. La tristeza atraía tristeza, según él lo veía. Actuando como una víctima sólo empeoraba las cosas.

Gorse y Cynda eran un estudio de caso. La danza gravitacional entre los dos mundos los sometía a ambos a un estrés constante, pero Gorse llevaba peor. Cynda, con sus entrañas de enrejado cristalino, se mantenía estable, sin contar los necios actos de sabotaje. Gorse, con barro en la superficie y papilla por debajo, sufría de incesantes terremotos cuando Cynda hacía su aproximación. No ayudó a las actitudes de los residentes que todo el mundo estuviera atrapado en una noche permanente.

Pero incluso un perdedor nervioso podía tomarse un descanso, y Gorse tenía uno cada luna llena. Cynda se volvía grande y gloriosa en el cielo durante varios días estándar cada vez. Las luces de la calle se apagaban. La delincuencia se reducía, marginalmente. Y la vida en Gorse no parecía tan mala.

A Cynda le faltaban unos días para estar llena, vio Kanan mientras salía del *Conveniente* a la pista. No se quedaría para verla. Mirando hacia el conglomerado de edificios bajos por delante, descubrió que se acercaba una corpulenta figura con cuatro brazos y varias fundas colgadas alrededor de la cintura. Era Gord Grallik, el jefe de seguridad y marido de la jefa Lal. Gord era un tipo decente, pensaba Kanan: capaz, aunque idolatraba un poco a su esposa.

—Kanan. Escuché sobre el derrumbe… me alegra que estés bien.

—Y seguiré así —dijo Kanan, buscando su placa de identificación—. Dale mi nave a otra persona.

—No te culpo —dijo Gord. Levantó dos de sus grandes manos, rechazando la insignia—. Primero deberías hablar con Lal. A ella no le va a gustar que te vayas.

—No voy a cambiar de opinión.

—Ve enfrente a Primo Drakka a comer. Lal debería estar aquí para cuando hayas terminado. —Gord miró a la luna y sacudió la cabeza—. Estoy seguro de que está agotada.

La mente de Kanan todavía estaba en la mención de los alimentos. De todos modos, tendría que ver a Lal para obtener su pago final. Recordando algo más, chasqueó los dedos.

—Oh, y te he traído un regalo de despedida.

Gord siguió a Kanan por la rampa de la nave. Allí, en el asiento delantero del pasajero, estaba Skelly, todavía atado a la silla. Tenía un trapo en la boca y odio en los ojos.

—*¡Mmmf! ¡Mrrpff!*

—Qué de… —Gord se llevó una mano a la boca.

—Ahí esta tu bombardero loco —dijo Kanan—. No pido recompensa.

Gord rió efusivamente. Todo el mundo en Luzdeluna conocía a Skelly. El jefe de seguridad examinó la hebilla de sujeción aplastada.

—Tendré que cortar para sacarlo.

—Te sugiero que sacar el asiento, con él y todo —dijo Kanan, palmeando el hombro de Gord mientras se volvía para irse—. No quieres que el trapo se le salga de la boca. Empieza a hablar otra vez.

El conde Vidian estaba sentado solo en el compartimento de tropas del *Garrote* cuando despegó de Cynda. Las lanzaderas recién llegadas habían aterrizado detrás de él y no tenía más sentido quedarse en la luna. Los soldados de asalto, incluyendo su escolta, habían permanecido para investigar.

Lo que fuera que había pasado en la Zona Cuarenta y Dos, había dejado varias zonas impracticables. Si había sido un acto de sabotaje deliberado, las fuerzas de Vidian lo averiguarían. Y si el responsable hubiera sobrevivido, bueno, también lo averiguaría. O los soldados de asalto encontraban al culpable en Cynda o los recursos de vigilancia de Transcept lo ubicarían en el Gorse. No había ninguna tercera posibilidad. El Imperio no se podía resistir.

No… no se *debía* resistir. El Imperio era la única manera.

El Imperio, comprendía Vidian, era el resultado lógico de mil años de gobierno galáctico. Durante siglos, la República se había expandido no por la fuerza, sino ejerciendo silenciosamente un poderoso tirón magnético sobre los sistemas que la bordeaban. La promesa del comercio con los mercados de los Mundos del Núcleo era de gran valor, y la perspectiva inexorablemente atraía a los mundos no-miembros a una cooperación cada vez más estrecha con el cuerpo.

Pero la República a menudo era lenta para invitar a unirse a nuevos sistemas. La adición de territorios tendía a disminuir el poder político de los senadores existentes. Los nuevos miembros invariablemente se alineaban con los bloques en su propio vecindario galáctico… sin embargo, la mayoría de los senadores que controlaban las invitaciones representaban a mundos cerca del Núcleo. La República repelía incluso mientras que atraía. Y había otras circunscripciones que habían ralentizado la expansión. A los burócratas de la República no les gustaba el costo de extender los servicios y la protección a las tierras del interior. El resultado era que muchos sistemas estelares útiles se quedaban esperando, algunas por siglos, en puerta política de la República, aunque era a expensas de la potencia total del cuerpo.

En opinión de Vidian, el Emperador Palpatine había traído cordura a las políticas de crecimiento de la República. Al enfrentarse a los secesionistas como canciller, había señaló que la República ya no era un club social de que se podía salir a voluntad. Esa jugada había atraído la atención de Vidian y su apoyo financiero. Ahora, como Emperador, Palpatine había demostrado una buena disposición —no, un *entusiasmo*—

cuando se trataba de expansión. Los Mundos del Núcleo siempre habían sido el corazón de la República, extrayendo nutrientes de la periferia. El Emperador había tomado ese modelo biológico y lo había refinado y mejorado. El Imperio se volvía más robusto, sin la grasa de la burocracia obstruyendo de sus arterias y venas. Lo dirigía un solo cerebro, no una agregación de mentes con ideas contradictorias.

El Emperador había hecho todo bien… hasta ahora. Seleccionar al conde para representar sus intereses fue su mejor decisión. Seguramente nadie podría ser más eficaz en el avance de los objetivos del Emperador. Vidian era el hombre imperial perfecto, veía sin sentimientos, remodelaba lo que encontraba, y seguía adelante.

No tenía más que un ritual al que se apegaba… e incluso eso era puramente práctico. Sentado en la poca luz, escuchando sólo los pings normales desde la cabina y el zumbido de las entrañas de la Lambda, Vidian mandó a sus pulmones a exhalar una respiración profunda. Sus ojos prostéticos ya no tenían párpados, ni necesidad de ellos, así que los puso a no mostrar nada. Lo que hacía Vidian necesitaba tan pocas distracciones como fuera posible.

La mente de Vidian fue su activo más poderoso… y sin embargo, trataba todos los días con sus limitaciones. Sus ojos artificiales grababan las vistas de toda su vida de vigilia, pero su capacidad de almacenamiento era limitada: los datos debían purgarse cada ciclo del sueño. Donde Vidian una vez había soñado en imágenes, ahora, cuando dormía, las perdía.

Existían tecnologías cibernéticas más invasivas que podrían haberle dado a Vidian un recuerdo casi total, permitiéndole procesar toda la información que tenía a su disposición. Pero había decidido no mejorarse, por miedo al riesgo de dañar cualquiera que fuera la química cerebral que le daba su genio extraordinario. Un miedo irracional, tal vez… pero aunque nunca había creído en Fuerza mística de los Jedi, concedía que algunas cosas tal vez desafiaban la lógica en lo referente a la mente.

Así que cada noche Vidian se sentaba como ahora, revisando los acontecimientos del día y decidiendo qué imágenes enviar al almacenamiento permanente. Naves de carga en ruta hacia Cynda, sí. Las nucas de otros en innumerables pasillos, no.

No conservó las imágenes de la muerte del jefe del gremio. Sabía que no tendría repercusiones, y no se alegraba indebidamente por la violencia, aparte de la satisfacción que siempre sentía al corregir una empresa fallida. Guardó la imagen del anciano que había enfrentado, para recordar hacer un seguimiento sobre las restricciones de edad, pero borró la cara de necio pistolero. El salvador del viejo probablemente era un juerguista, demasiado valiente para tener sentido común. Allí tampoco había nada especial.

Pero la palabra que había dicho el hombre: *Luzdeluna*. Eso hizo Vidian tomara una pausa.

Había visto el nombre de Poliquímica Luzdeluna por primera vez mientras hacía su investigación previa sobre Gorse. Le había prestado poca atención. Era una empresa pequeña, probablemente una recién iniciada… o tal vez un pedazo de un conglomerado

que se separó, ahora dirigido por sus antiguos empleados. Ese truco nunca funcionaba, pensó. ¿Por qué la gente siempre insistía en tratar de reanimar a los muertos?

Buscando los archivos de la compañía en la HoloRed, sin embargo, se sorprendió por sus números. El tonto carga-bláster estaba en lo cierto sobre su eficiencia. Los objetivos de producción de la empresa eran menores, en relación con las otras empresas, pero era la única que se acercaba mínimamente a cumplirlos. Tal vez había algo allí, pensó: algunas ideas que robar para los otros fabricantes.

Raspado de ideas del fondo del recipiente, pensó Vidian. Lo irritaba que el estado de cosas en Gorse fuera tal que tuviera que recurrir a…

—Mensaje de Coruscant, mi señor.

Al sonido de la voz del capitán, los ojos de Vidian parpadearon y encendieron, y área de pasajeros del *Garrote* reapareció a su alrededor.

—Conéctelo.

Una figura apareció ante él en forma holográfica. Robusto y elegantemente vestido, el joven rubio juntó las manos e hizo una reverencia.

—¡Conde Vidian! Qué maravilloso verlo.

—¿Qué pasa, barón?

Vidian tenía cumplidos para pocos… y ninguno en absoluto para el barón Lero Danthe de Corulag. El rico descendiente de una dinastía de fabricantes de droides tenía una sinecura en la administración imperial pero siempre estaba a la pesca para convertirla en algo más, generalmente a expensas de Vidian. Como ahora.

—El Emperador ha emprendido varias nuevas iniciativas increíbles —dijo Danthe, radiante—. Necesitamos más thorilide.

—Ya conozco las cuotas…

—Esas son las antiguas cuotas. El Emperador desea más. —Los ojos de Danthe se ensancharon con malicia feliz—. Cincuenta por ciento más por semana.

—*¿Cincuenta?*

—Le dije al Emperador que usted estaba en la escena, y que si alguien podía hacerlo, era usted.

—Estoy seguro. —Vidian sabía que Danthe nunca podría haber dicho tal cosa: no involucraba apuñalar por la espalda al cyborg.

—Por supuesto que si mis fábricas de droides pueden ayudar de cualquier manera, no tiene más que…

—Vidian fuera. —Cortó la transmisión.

Todavía echaba humo un minuto más tarde cuando sintió el golpe indicando que la nave había llegado a cubierta del aterrizaje del *Ultimátum*. No había ninguna «nuevas iniciativas» sabía Vidian: Era todo obra de Danthe, parte de su continua búsqueda de la posición del conde en el Imperio. Vidian había frustrado al advenedizo en todo momento en el pasado, pero esto era algo más. Dado lo que Vidian había visto en Cynda, incluso un 5 por ciento de mejora sería un reto.

Sosteniendo un cuaderno de datos, la capitán Sloane se reunió con él al pie de la rampa de aterrizaje.

—Usted solicitó actualizaciones cada media hora sobre el derrumbe de cámara —dijo ella—. Hemos confirmado que fue intencional. Un equipo de mineros encontró un dispositivo preparado por el fugitivo Skelly.

Vidian no se sorprendió.

—El equipo sobrevivió. ¿Cómo escaparon *ellos*?

—Alguien jugó al héroe —dijo ella—. Estamos tratando de averiguar cómo…

—Olvídelo —dijo Vidian, mirando al espacio a través de la entrada cerrada magnéticamente de la bahía de aterrizaje. Después de unos largos momentos, asintió—. Es hora para la fase siguiente.

—¿Quiere decir de la inspección?

Vidian la volvió a mirar.

—Por supuesto. Para eso estamos aquí. Las minas de thorilide en la luna sólo son parte del problema. Las refinerías deben ponerse en orden. Debo ir a Gorse.

Sloane parpadeó.

—Pensé que había decidido que era más eficiente reunirse con los gerentes planetarios, vía holograma.

—Sé lo que he decidido. ¡No me cuestione! —Pasó un segundo, y él bajó el volumen de su voz—. Mis planes han cambiado. Necesitaré de su asistencia sobre el terreno.

—Yo… no estoy segura de qué quiere decir, mi señor. La seguridad planetaria debería ser capaz de coordinar sus esfuerzos.

—Capitán, tengo que tomar muchos pasos más que no serán populares con las *masas* —dijo, pronunciando la última palabra con un desdén particular—. Como acabamos de ver, tienen que saber que mis movimientos tienen todo el peso del poder imperial. —La estudió y pensó por un momento antes de continuar—. Usted está al mando del *Ultimátum* solamente mientras que capitán Karlsen esté designado a otro lugar, ¿verdad?

Sloane apartó un poco los ojos.

—Sí, mi señor. Hay más capitanes que puestos.

—Entonces debemos construir Destructores Estelares más rápido. Tal vez Karlsen pueda volver a uno de esos, en cambio… mientras usted se queda con el *Ultimátum*.

Ella lo miró.

—Pero tiene mayor rango.

—Tengo algo de influencia en ciertos niveles. Sírvame bien, y podrá encontrar que esta es una posición permanente.

Sloane tragó, antes de enderezarse.

—Gracias, mi señor. —Ella saludó innecesariamente y partió.

Vidian se dio vuelta para mirar hacia el espacio. Gorse estaba allí, en la oscuridad como siempre lo estaba; solamente las luces ocasionales que asomaban través de las nubes daban algún indicio de que el cuerpo negro no era otra parte del vacío.

Gorse había sido una decepción para él… de formas que nadie lo conocía. Y ahora, él y sus trabajadores perezosos amenazaban con hacer más que decepcionarlo.

Pero trataría con él. Eficientemente, como sólo él podía.

Capítulo doce

Había sido, sin duda, el peor turno de trabajo en la memoria de Zaluna.

La nueva condición de seguridad había sido ejecutada antes, cuadruplicando la carga de trabajo de vigilancia sobre los Mynocks de Myder. Los oficiales de seguridad imperial, una vista ocasional en los ascensores del Plaza Ventana del Mundo, estaban arrastrándose por todo el lugar… y más alarmante para Zaluna era la presencia de soldados de asalto en el edificio. Todos estaban siguiendo pistas generadas por su oficina y otras, preparándose para atrapar a los alborotadores con antelación a lo que ella había deducido era la inminente visita a Gorse del conde Vidian.

Había habido antes visitas de peces gordos a las fábricas de Gorse, pero ninguna de esta escala. El papel de Vidian en la administración del Emperador no era ningún secreto. Él había sido un rico empresario antes de formar parte del gabinete Imperial. El pobre planeta y su luna de riquezas eran recientes adiciones a su cartera: Nunca había pisado Gorse antes, por lo que ella sabía. Así que aunque las medidas de seguridad eran excepcionales, eran por lo menos explicables. Gorse necesita mostrar un buen espectáculo para el nuevo jefe. Que ese mismo jefe hubiera ordenado las medidas era solamente un aliciente adicional. La Con-Seg Uno había creado un frenesí, cierto… pero uno ordenado.

Mientras que sus Mynocks analizaban las cavernas de Cynda en busca de Skelly, Zaluna había buscado al personaje de cabello oscuro que había visto discutiendo con Skelly anteriormente en el ascensor, en caso de que él pudiera saber algo. No se había empezado un archivo de Transcept sobre él, demoraba un tiempo antes que los trabajadores migrantes obtuvieran uno, pero sabía que lo había visto varias veces por varias cámaras en las últimas semanas. El Piloto Curtido, lo había llamado ella: siempre empujando su carro y ocupándose de sus propios asuntos, excepto cuando no lo hacía.

Acababa de encontrar el nombre del piloto en los registros de personal de Luzdeluna lo vio en una cámara de Cynda, salvando a un anciano del abuso por parte del aterrador conde Vidian. Vidian, que anteriormente le había hecho *algo* al jefe del gremio: Las cámaras no lo pudieron ver, pero Palfa había aparecido inmediatamente muerto y Vidian había ordenado remotamente que los registros de su reunión fueran purgados. Era el tipo de cosa que pasaba con demasiada frecuencia estos días.

Así que por plantarle cara a Vidian, Zaluna había decidido recompensar a Kanan Jarrus dejándolo tranquilo. Ya había sido intimidado bastante por un día.

El trabajo había procedido normalmente por un tiempo. Luego llegó la noticia de la explosión y el derrumbe en las minas de Cynda… y todo enloqueció.

Ahora los imperiales estaban en el piso de trabajo, interrogando a Zaluna y revisando las grabaciones de los eventos en la luna. Habían estado haciéndolo durante horas. Mientras que los informes públicos de Cynda sostenían que el derrumbe había sido un fenómeno natural, los oficiales claramente pensaban que un terrorista era responsable y ya habían tomado todos los archivos de Skelly y una docena de otros sospechosos

potenciales que habían estado en la luna. Para empeorar las cosas para los Mynocks era un hecho que pocos en la comunidad minera parecían creer la historia… lo cual sólo ocasionaba aún más declaraciones al borde de la sedición que su equipo debía evaluar. Parecía como si cada minero que se preparaba para dejar Cynda por el día hubiera dicho *algo* sobre eso en un lugar monitoreado.

Y la mera presencia de los soldados de asalto estaba inquietando a todo el mundo. Intelectualmente, Zaluna sabía que las figuras de blanco estaban del lado de la paz y el orden, pero no había ninguna duda de cuán intimidantes se veían. ¿Cómo debía ser que vinieran a tu hogar o lugar de trabajo? Siempre se lo había preguntado.

Todos lo averiguarían. Hetto, normalmente una fuente de pequeñas traiciones en la seguridad de la oficina o durante el aislamiento de sus paseos con Zaluna, estaba claramente nervioso. No dijo nada desde que los imperiales entraron en la habitación, manteniendo sus ojos oscuros fijos directamente en su trabajo cuando los oficiales se acercaban.

Y una vez, cuando ella había caminado junto a su puesto, se había extendido para tirarle de la manga.

—¿Están hablando de mí? —susurró.

—¿De ti? ¿Por qué habrían…?

—No importa.

Ella pensó que sabía por qué él estaba preocupado. Si Skelly había hecho un daño en la luna, su equipo sería culpado por no señalarlo antes. Pero el remedio para eso era obvio: la vindicación. Y así continuó ejecutando sus búsquedas en la red de vigilancia de Cynda, con la esperanza de encontrar a Skelly.

Entonces Zaluna tuvo un destello de perspicacia. *¡Gorse!*

Detuvo su búsqueda en las transmisiones de las cámaras lunares de vigilancia y en su lugar comenzó una nueva exploración de Gorse. La rutina demoró menos de un minuto en encontrar una coincidencia de vocal y de retina.

—Lo tengo —anunció Zaluna. En el piso de trabajo, los imperiales visitantes hicieron una pausa en sus conversaciones—. Skelly está en Gorse. Oficinas de Poliquímica Luzdeluna, en Ciudad Temblor. —Era una de las transmisiones encubiertas, provenía de las cámaras de seguridad corporativa.

—¿Aquí en Gorse? —El oficial al mando parecía alarmado—. ¿Cómo llegó al planeta? —El corpulento teniente subió las escaleras a la tarima de Zaluna y pasó apartándola sin contemplaciones—. Déjame ver. ¡Fuera de mi camino, criatura!

Zaluna pensó en dar un pisotón al pie del grosero oficial. En cambio escuchó en su auricular.

—Han puesto a Skelly bajo custodia. Ahora el gerente de la fábrica se ha puesto en contacto con seguridad planetaria. —Ese era claramente el caso de las imágenes: ella y el oficial podían ver claramente a Skelly atado a una silla y vigilado por un guardia besalisko. Había visto muchas veces al guardia a lo largo de los años.

El teniente se volvió y ladró una orden, y tres de los soldados de asalto salieron de la habitación.

—Informen al *Ultimátum* —dijo a uno de sus ayudantes restantes mientras pasaba junto a ella y salía de su plataforma.

La jefa salva el día otra vez, pensó Zaluna. Exhaló, con la esperanza de que los momentos incómodos para el personal hubieran pasado. No era nada más fácil para los observadores que para los observados, y nunca había visto al pobre Hetto con un aspecto tan nervioso. Se volvió para enfrentar su puesto de trabajo, esperando encontrarlo aliviado.

No le encontró en absoluto.

Zaluna miró a su alrededor durante unos momentos antes de darse cuenta que estaba detrás de ella, mirándola a través de sus estantes de plantas. Había ido al lado opuesto de la plataforma, donde los imperiales no pudieran oírlo.

—Me sobresaltaste —dijo con una sonrisa de alivio—. ¿Piensas dedicarte a la jardinería? —Hetto trataba, sin éxito, parecer indiferente, pensó, mientras revolvía la tierra de su stasias amarillas.

—No se van —dijo él en voz baja.

Zaluna echó un rápido vistazo sobre su hombro. La manada de agentes todavía estaba al costado, hablando furtivamente de algo. Volvió a mirar a Hetto para tranquilizarlo.

—No te preocupes. Volvimos a encontrar a Skelly.

—No es por eso. —La miró—. Actúa como si se te hubiera caído algo.

Oyendo una inusitada seriedad en su voz, Zaluna levantó una de las macetas del estante superior y se arrodilló, fingiendo cambiar el plato debajo de la planta. Eso la puso cara a cara con Hetto, que se extendió entre los soportes y le tomó las manos.

—Zaluna, me… he *implicado* en algo. Hay alguien con quien he estado hablando en la HoloRed acerca de… no importa. He quedado en… *iba* a encontrarme con ella esta noche.

—Espera. ¿De qué estás…?

Metió las manos de ella en la maceta.

—La dirección está en la nota de afuera. Ve sola. *Por favor*, Zal.

Zaluna miró abajo a la maceta. Vio que había algo medio enterrado en la tierra. Se asemejaba a un cubo de datos, un medio de almacenamiento de alta densidad. Entrecerró los ojos, y meneó la cabeza. *¿Alguna mujer de la HoloRed?*

—Oh, Hetto, ¿en qué te has metido?

—Nada que tú no supieras que iba a pasar. —Inclinó la cabeza y habló sombríamente… más serio de lo que ella nunca lo había oído antes—. Si mi ayuda alguna vez ha significado algo para ti, entregarás esto. Y… Lo siento. —Con eso, le soltó las manos y se apartó de la estantería.

Desconcertada por el intercambio, Zaluna recogió la maceta y se puso de pie, mirando para ver por dónde se había ido Hetto. No fue difícil de encontrar. El gran

imperial había vuelto, habiendo parado en seco a Hetto… y había soldados de asalto con él.

—¿Es usted Hetto?

Hetto lo miró.

—Lo soy.

—Está bajo arresto.

—¿Con qué cargo?

—Sedición. Tenemos un registro de sus comentarios… comentarios destinados a alterar el orden. —El teniente tiró de los hombros de Hetto—. Todos hechos mientras trabajaba aquí… *¡aquí!* ¡Usted ha abusado de la confianza del Imperio Galáctico!

El labio superior de Hetto se rizó en desafío.

—¿Imperio Galáctico? Creo que está usted confundido. ¿No ha visto el cartel en el edificio? ¡Trabajo para Soluciones de Medios Transcept!

—¡Da lo mismo! Trabaja para nosotros… y no queremos traidores entre nosotros. —Los ojos del teniente se estrecharon bajo unas tupidas cejas rojas y miró con sospecha a su alrededor—. ¿Y qué con el resto de ustedes? Tal vez no pasaron por alto al bombardero en Cynda. Tal vez *todos* ustedes miraron para otro lado.

Un rumor sorprendido vino de los demás miembros del equipo de vigilancia. Zaluna avanzó para defender a su gente.

—¡Eh, espere un minuto! ¡Este equipo ha hecho todo lo que el Imperio le ha pedido!

—Espero que sí. —Dijo despectivamente el teniente—. Todo lo que pasó aquí hoy será revisado. Si hay algo que encontrar, lo encontraremos. —Hizo un gesto hacia Hetto—. Lo atrapamos a *él*, ¿no?

Hetto trató de moverse, pero los soldados de asalto lo tomaron de los brazos. Su sonrisa desapareció.

—¿Oyen eso, Mynocks? —anunció—. Todos ustedes también están siendo vigilados. —Miró al teniente—. ¡Vigilándonos a nosotros, vigilando a todo el mundo! Bueno, adelante revisen todo lo que quieran. Aquí nadie tuvo nada que ver con su estúpido derrumbe minero ¡cómo si les importara!

—Quizás —respondió el oficial—. Pero usted sabe las cosas que ha dicho en el pasado sobre el Imperio, Hetto. Y nosotros también.

Zaluna bajó desde su plataforma, casi lista para enfrentarse ella misma a los soldados de asalto si tenía que hacerlo.

—Hetto, lo juro. ¡Yo no sabía nada de esto!

Hetto la miró y asintió con la cabeza.

—Lo sé, Zal. Esta no es la única planta de este edificio. En estos días, todo el mundo está vigilado. *Todo el mundo*. Sólo soy un idiota.

Con eso, el teniente señaló hacia la puerta, y los soldados de asalto empujaron a Hetto por delante de ellos. Unos sonidos de sorpresa y consternación vinieron de otros empleados.

Hetto miró atrás desde la puerta, pero no a Zaluna. Sus ojos estaban puestos en la planta amarilla en el estante superior. Y entonces los captores y prisionero se fueron.

Un silencio cayó sobre el piso de trabajo.

Con los ojos brillantes, una mujer joven miró a Zaluna.

—Hetto ha estado con nosotros durante diez años.

—Veinte.

—¿Qué va a pasar con él? Tú debes saber lo que… lo que pasa.

Zaluna se enderezó, demasiado incómoda para mirar a nadie directamente.

—Yo trato de no hacer preguntas. Todos nosotros… somos una herramienta que puede parar las cosas malas. Como hicimos… *podríamos* haber hecho… con ese evento en Cynda de hoy. —Meneó la cabeza—. No sé nada sobre el resto.

Los agentes imperiales reingresaron a la habitación.

—De vuelta al trabajo, Mynocks —dijo Zaluna, sonando resignada.

Pero sólo sonaba así. Porque después de pensarlo un momento, volvió a su plataforma… y fingió regar las plantas.

Sí, era un cubo de datos. Y enterrado con él había una pequeña nota, garabateada rápidamente en letra de Hetto. Tenía el nombre de una cantina local. Y una palabra:

HERA.

Hera tendría que trabajar rápido.

Le había tomado demasiado tiempo encontrar un lugar para aparcar la nave. Gorse era un mundo de retazos, con una industria muerta dispuesta sobre la otra. El terreno fangoso no permitiría las imponentes torres celestiales de los mundos de ciudades-cañón; que permitían un crecimiento urbano horizontal que parecía seguir para siempre. Por fin había encontrado un punto entre algunos edificios abandonados. Su ruta aquí la había llevado de un mal vecindario a otro.

Llegó a la sede de Luzdeluna justo a tiempo para ver a un guardia de seguridad besalisko y sus ayudantes sacando a alguien atado a una silla de aceleración de la nave de transporte de explosivos que había rastreado. Después de eso, habían desaparecido en el edificio de la fábrica; para entonces, Hera estaba segura que el prisionero era Skelly.

Hera quería averiguar más sobre el hombre, pero todavía no sabía si valía la pena cualquier esfuerzo. Skelly evidentemente había empujado a los imperiales contra la pared, y eso era algo bueno. Quizás sepa algo útil. O podría ser una pérdida de tiempo. Su causa requería un enfoque disciplinado… no actos impulsivos. O gente propensa a ellos.

Una lanzadera corporativa aterrizó, descargando a una mujer besaliska… la jefa de operaciones aquí, pensó Hera. Se acababa el tiempo. Había que tomar una decisión, y pronto. Podía ver figuras sombrías empezando a reunirse fuera del edificio detrás de ella: criminales, probablemente, mirándola ahora. Estaban hablando y señalando. Cualquier cosa que fuera su idea, sin duda no era buena.

Pero primero, tenía una idea para ellos.

Capítulo trece

Nunca tomes una decisión que cambia la vida con el estómago vacío. Un buen consejo de Okadiah. Pero la comida en El Cinturón de Asteroides sólo era comestible en teoría, y aunque Kanan Jarrus no iba a cambiar de opinión acerca de irse de Gorse, su última comida no iba a venir de las sobras en los cuencos de bocadillos de un bar. Sobre todo después del día que había tenido.

Eso significaba ir al comedor junto a Luzdeluna. A pocos metros cruzando el Bulevar Roto —nadie utilizaba el nombre oficial, Bogan— el establecimiento había sobrevivido años de tiempos difíciles en el barrio de Ciudad Temblor no sólo por la calidad de su comida, sino también por la fuerza de su chef. El temperamento volátil de Drakka lo había hecho notablemente poco apropiado para trabajar en la empresa minera de su prima Lal, pero eso —y sus cuatro casi cómicamente musculosos brazos— lo habían hecho eminentemente capaz de despachar a cualquier alborotador.

También hacía un potente tazón de guiso.

—Gracias —dijo Kanan, aceptando otra porción humeante.

El cocinero no respondió, manteniendo la cresta ósea beige de su cabeza hacia abajo sobre su trabajo mientras cuatro enormes manos trabajaban en las ollas y sartenes.

—Voy a extrañar estas grandes conversaciones —agregó Kanan.

Drakka levantó la mirada lo suficiente como para gruñir, un sonido espeluznante que se hacía más espeluznante por la forma que palpitaba el saco carnoso debajo de su boca. Luego regresó a su cocina.

Eso estaba bien con Kanan. Se enorgullecía de ingeniárselas por sí solo. Claro que hablaba con la gente todos los días: la gente con la que tenía que tratar para hacer su trabajo. Mayormente, sin embargo, no hablaba más de lo absolutamente necesario. No era a causa de los secretos de su pasado; sólo le resultaba cómodo. Las personas podían ser verdaderos dolores de cabeza.

Okadiah era la excepción. El anciano había sido amigable, desde el principio, ofreciendo un lugar para quedarse a un vagabundo y, más tarde, un trabajo. La minería de thorilide había dejado Gorse por Cynda, pero las canteras al lado sur de la ciudad seguían ahí, lo que formaba una gran cantidad de bienes inmuebles baratos; Okadiah había abierto la cantina allí, en el barrio conocido como Los Pozos. Había contratado a Kanan para conducir su antiguo autobús flotante, transportando mineros de ida y vuelta entre la instalación de Luzdeluna y el bar. Más tarde, había recomendado a Kanan para el trabajo de transportar explosivos para Luzdeluna. Nadie en Gorse era tan amable con los recién llegados.

Aun así, Kanan había mantenido al anciano a cierta distancia. Había habido alguien como Okadiah en todos los planetas que había visitado: la única persona dispuesta a ayudar a un extraño, sin hacer preguntas. Y Kanan había dejado todos esos mundos sin decir adiós a esas personas.

Podría haber sido irónico, si Kanan se molestara en pensar mucho sobre esas cosas. Los Jedi siempre habían predicado en contra de formar conexiones, para evitar que sus acólitos dieran demasiado valor a cualquier relación. Al hacerlo, sin darse cuenta, habían entrenado a sus estudiantes para ser los fugitivos perfectos, capaces de cortar y salir corriendo en cualquier momento. Siempre y cuando no se detuvieran a preocuparse, podrían continuar indefinidamente.

Aun así, Kanan pensó mientras comía, Okadiah era un poco diferente. Kanan nunca había conocido a su padre; los padawans prospectivos tendían a ser separados de sus familias muy jóvenes. Kanan sólo había conocido mentores, como la maestra Billaba… y aunque no lo sabía por experiencia, sospechaba que los padres eran diferentes. Los padres también enseñaban, pero sin juzgar tanto. Los buenos padres, al menos. Y en ese aspecto, Okadiah probablemente había sido más paternal que cualquiera de los patrones que Kanan había encontrado en sus viajes. A Okadiah no le molestaba la actitud irritable de Kanan, o la bebida o las horas que trabajaba; el anciano estaba allí con él, una parte del tiempo. Y con decenas de trabajadores en su destacamento minero, Okadiah siempre podía señalar a alguien peor en todas esas puntuaciones.

Pero por alguna razón, Okadiah no lo había tratado como a un miembro más del grupo. El anciano había visto algo en él —qué, Kanan no lo sabía— y lo había hecho todo bien. Okadiah nunca había tratado de forzar al vagabundo a ayudar; había dejado que Kanan decidiera qué tipo de asistencia tomar.

Había funcionado… en su mayor parte. Porque aunque Kanan nunca había compartido ningún secreto sobre su origen con el capataz, se había quedado en Gorse más de lo que pretendía. El transporte de explosivos, con todos sus inconvenientes; la casa al otro lado del bar; y Okadiah, su anfitrión: Todos habían hecho a Gorse más habitable que algunos de los otros lugares que había probado.

Pero había visto todo lo que el mundo tenía que ofrecer. Y había un montón de cosas que no iba a extrañar. Una estaba en la puerta detrás de él.

—¡Piloto suicida! ¿Muestras la cara por aquí, después de la última vez?

Kanan miró al espejo detrás de la parrilla, ya conocía la identidad del hablante.

—Hola, Charko —dijo. Palpó la pistolera en su hombro pero por lo demás no se movió.

Charko, dos metros de mezquindad cornuda chagriana, no pondría un pie en el Comedor de Drakka… el cocinero guardaba no una, sino cuatro grandes pistolas detrás del mostrador. En cambio, Charko simplemente gritó como un idiota desde la puerta principal abierta.

—Te estamos esperando, piloto. Sal a jugar.

El cocinero besalisko maldijo y fue a buscar sus blásteres. Charko no se quedó esperando. La puerta se cerró de golpe. Despreocupado, Kanan terminó su guiso mientras Drakka daba la vuelta al mostrador, con cuatro armas en cuatro manos. Un besalisko totalmente armado defendiendo su negocio era un gran igualador.

Charko nunca iba a ninguna parte sin por lo menos media docena de los miembros de su banda, los Sarlaccs. Un sarlacc era un monstruo voraz que era poco más que una boca; Kanan pensó que el nombre era adecuadamente descriptivo. Los Sarlaccs de Charko tenían un apetito sin fin por los créditos de cualquiera que fuera tan tonto como para pasearse por las calles de la zona industrial. La actividad de las pandillas había proporcionado a Okadiah una oportunidad de negocio: abrir su cantina al otro lado de la ciudad y transportar a los mineros de forma segura más allá de los puntos problemáticos.

Tres veces, Charko había intentado —y fallado— separar a Kanan de sus créditos ganados con esfuerzo mientras caminaba por el Bulevar Roto. La tercera vez, Kanan había roto uno de los cuernos en la cabeza de Charko; el chagriano había jurado venganza.

—¿Siguen ahí? —preguntó Kanan sin levantar la mirada.

—Se han alejado un poco para hablar con alguien —gruñó Drakka—. Pero sí, todavía están allí. Idiotas. —Cerró la puerta y volvió a su cocina.

Bueno, no tiene sentido dejar atrás asuntos inconclusos, pensó Kanan mientras se limpiaba la cara. Apartó el tazón con una mano y sacó su pistola con la otra. Kanan caminó cautelosamente hasta la entrada, bláster en mano. Abrió la puerta empujando con la punta de la bota.

—¡Eh, feo! —gritó—. ¿Adónde has ido?

En el exterior, vio la inconfundible silueta de un cuerno de Charko como parte de una reunión oscura en la calle. Eran ocho o nueve, todos miembros de la banda de Charko, pero ignoraban a Kanan, hablando con alguien más.

Antes de que Kanan pudiera ver más, el grupo se dispersó rápidamente, dividiéndose en grupos de tres y dirigiéndose a los callejones, mientras que con quienquiera que habían estado hablando se quedó, a veinte metros de Kanan por la calle.

Vistiendo una capa negra que no daba ninguna indicación de la persona por debajo, la figura estaba bajo la luz de la luna, mirando no a Kanan, sino a la instalación de Luzdeluna al otro lado de la calle. Claramente no era uno de los Sarlaccs.

Algo le dijo a Kanan que enfundara su arma. Mientras lo hacía, el observador se volvió hacia él y gritó.

—¡Disculpe! —No podía ver la cara del hablante, pero la voz era femenina y casi melódica—. ¿Dónde puedo encontrar la entrada para repulsores de Luzdeluna?

El suelo inquieto bajo los pies de Kanan retumbó mientras hablaba, pero no lo oyó. Todavía estaba tratando de procesar la voz, tan cálida y amable que estaba totalmente fuera de lugar en una calle de Ciudad Temblor. Lo sorprendió tanto que sólo pudo articular:

—¿Eh?

—No importa —dijo remilgadamente la figura—. La encontraré yo misma.

Con un torbellino de su capa, se encaminó en la dirección opuesta.

Kanan, que no había tenido ninguna misión en la vida, ahora se encontró con una: ver a quienquiera que pudiera estar unida a una voz como esa. Gorse le tenía guardara una

última sorpresa, después de todo. No importaba que ella hubiera estado charlando amigablemente con una pandilla callejera. Sus pies, desarrollaron voluntad propia, y comenzaron a desplazarse para seguirla.

No llegaron lejos, y tampoco el resto de él. El primo Drakka apareció detrás de él, palmeando dos pares de enormes manos engrasadas sobre los hombros de Kanan.

Se había olvidado de pagar la cuenta.

Capítulo catorce

—Entiendo que han capturado al sospechoso de Cynda —dijo la brillante forma holográfica del conde Vidian—. Recibirán a un escuadrón de soldados de asalto para tomarlo en custodia en poco tiempo.

Skelly echaba humo. Mirando a través de la parte posterior de la imagen, podía ver a Vidian, pero Vidian no podía verlo. O tal vez podía. Lal apenas había informado a las autoridades que Skelly estaba ahí cuando el experto había llamado. Tenía sentido, pensó Skelly, que el Imperio vigilara a todos los productores de un compuesto estratégico como el thorilide.

Pero no le importaba su espionaje. Le importaban los tontos gordos de cuatro brazos en la habitación con él, que todavía no lo habían liberado de la silla… y que habían decidido mantenerlo amordazado cuando llamó Vidian, a pesar de sus urgentes gritos amortiguados de que se le permitiera hablar.

—Luzdeluna. ¿Su firma es nueva? —preguntó Vidian.

—Sólo bajo ese nombre, mi señor —respondió Lal—. He trabajado en estas instalaciones desde hace más de veinte años.

Skelly se preguntaba si un holograma mostraría lo nerviosa que estaba por hablar con el hombre del Emperador. *Más le valía preocuparse*, pensó Skelly. Porque cuando el Imperio averiguara lo que él sabía, todo el Gremio Minero podría quedarse sin trabajo.

Lal continuó.

—Somos una empresa pequeña, pero hemos hecho muchos avances en la eficiencia. Le aseguro que no sabíamos nada acerca de…

—No importa el saboteador —interrumpió Vidian—. Quiero ver estas eficiencias. Voy a comenzar mi inspección allí.

—*¿Aquí?* —Skelly vio los ojos de Lal ensancharse. Juntó ambos pares de manos, en actitud de oración—. Mi señor… nos gustaría algo de tiempo para prepararnos para su llegada. Es el final de una larga jornada de trabajo. Ya sé que aquí no tenemos mañanas, pero podría posiblemente…

Vidian agitó su mano metálica despectivamente.

—¡Ciclos diurnos! Qué molestos. Bien. En doce horas, entonces… considérelo una recompensa por su servicio. Pero no voy a mostrar ninguna indulgencia en mi crítica debido a la ayuda que me prestó esta noche. ¿Lo ha entendido?

—No esperaría ninguna, mi señor. Luzdeluna estará lista.

Asegúrese de que así sea —vino la fría respuesta—. Un repulsor imperial llegará en cinco minutos. Tenga listo al prisionero. —Vidian desapareció.

Lal se quedó anonadada, mirando el espacio donde había estado la imagen. Apartado a un lado, Skelly podía ver a su marido jefe de seguridad, Gord, rascándose la cabeza.

—Pensé que dijiste que no creías que el Imperio inspeccionaría aquí —dijo Gord—. Somos demasiado pequeños.

—Yo tampoco lo entiendo. —Lal le lanzó un vistazo a Skelly—. Supongo que es por ti.

—*¡Mmmm-mmmf!* —respondió Skelly.

—Oh —dijo Lal, aturdida—. Gord, ¡sácale eso de la boca!

Gord se quejó.

—Muy bien —dijo él, acechando al sentado Skelly—. Pero creo que es una mala idea.

Con el trapo finalmente quitado, Skelly tosió antes de dirigir su ira a los besaliskos.

—¡Ese era Vidian! ¿Por qué no me dejaste hablar con él?

Lal lo miró con ojos desorbitados.

—Ya estoy aterrorizada de él. ¡Definitivamente no iba a dejarte que le hables! —Casi aturdida, se dejó caer en su silla de oficina—. ¿Doce horas para hacer que este lugar se vea lo suficientemente bueno para una inspección Imperial?

Gord le devolvió la mirada.

—Está bien, Lal. Gerencias un buen lugar. Llamaré a los primos con algunas fregonas y va a estar bien.

Skelly puso los ojos en blanco. El jefe de seguridad estaba embelesado con su esposa y su sentimentalismo era el broche de oro para un día horrible.

—Mejor preocúpense más por lo que Vidian dirá después de que hable conmigo. Ustedes y todas las demás empresas que alguna vez usaron Bebé para romper una pared allá arriba.

—Olvídate de este tipo —dijo Gord. Chasqueó los dedos—. Oh, Lal, casi lo olvido. Ese tipo Kanan dijo que renunciaba.

Lal meneó la cabeza, decepcionada.

—Me lo temía. Fue el peor día. Casi se muere. Pero quería darle las gracias… terminó salvando las vidas de alguna de mi gente.

—Tal vez puedas convencerlo que se quede —dijo Gord. Sonó un timbre—. Hay alguien en la puerta de repulsores.

—Deben ser los soldados de asalto —respondió su esposa. Miró a Skelly tristemente—. *Lo* siento.

—Sí, claro —dijo Skelly—. Ustedes serán los que lo sientan.

Gord silbó. Dos de sus ayudantes besaliskos entraron y levantaron a Skelly, con silla y todo. Lo llevaron al corral iluminado por la luna al costado del complejo. Había equipo alineado en el perímetro interior del alto y negro cercado, con un camino en medio lo suficientemente grande para que llegara un camión repulsor.

Skelly sabía qué esperar: había visto los transportes de tropas imperiales flotando por Ciudad Gorse de vez en cuando. Esperaba que esta vez, lo llevaran directamente a Vidian. Miró mientras Gord, dejando a Skelly con los otros guardias, se acercaba a la puerta y la abría.

Nadie entró.

Curioso, Gord salió a la calle. Un segundo después, el corpulento besalisko volvió a entrar y gritó a sus asistentes.

—Chicos… ¡es Charko! ¡Los Sarlaccs se roban nuestro camión flotante!

Moviéndose casi como uno, los guardias compañeros de Gorse desenfundaron sus blásteres y corrieron para unirse a él. Solo, Skelly meneó la cabeza. Con la alta tasa de criminalidad de Ciudad Temblor, ninguna entrega de suministros estaba a salvo, ni siquiera cuando los imperiales estaban en camino. Escuchó fuego bláster desde la calle. Tal vez todos se matarían entre sí.

Entonces se le ocurrió a Skelly que los Sarlaccs debían haber activado el timbre de entrada. *¿Por qué lo habrían hecho?* Antes de que pudiera considerarlo, notó que alguien estaba detrás de él… y algo tirando de la correa de su hombro izquierdo.

—¿Eres Skelly?

—¿Qué? —Miró a la izquierda para ver una figura con capa agazapada detrás de su silla—. Sí. ¿Pero quién eres…?

—Hera —dijo la voz femenina. Una mano verde insertó una vibrohoja debajo de una de sus ataduras—. Y tú vas a salir de aquí.

—No, espera —dijo Skelly—. No puedo irme. ¡Tengo una historia que contar!

Por un momento, la mujer dejó de cortar, como si estuviera perpleja. Pero sólo por un momento.

—Puedo ayudarte a contar tu historia. ¡Pero tienes que salir de aquí!

—¡Espera! —Skelly no tenía idea de quién era, o de qué estaba hablando—. Escucha…

—Te *escucharé*. Pero tienes que salir —dijo, cortando el último lazo. Arrancó las correas—. Le pagué a Charko para que hiciera una distracción. Pero no durará mucho.

Skelly miró por la puerta de calle. Estaba vacía. Pero podía oír a Gord y sus compañeros en algún lugar corriendo y disparando sus blásteres y más allá de eso, el gemido bajo de un vehículo repulsor.

No sabía qué hacer. Los soldados de asalto lo llevarían a Vidian, que tenía el poder para detener lo que se le hacía a Cynda. Pero claro que, quizá no. Y la mujer encapuchada había dicho algo que él no estaba acostumbrado a oír.

—Te escucharé —repitió—. ¡Vete!

Skelly miró atrás, sólo para ver que ella ya no estaba a su lado. Oyendo pisadas hacia la puerta, obligó a sus músculos agarrotados a ponerlo de pie. Caminando dolorosamente, se dirigió a la puerta.

—¿Dónde puedo encontrarte? —gritó.

La respuesta vino por encima de la valla, afuera:

—¡Yo te encontraré!

Ya se había ido.

Capítulo quince

Kanan corrió alrededor de la esquina de un edificio… sólo para ser casi atropellado por un transporte de tropas imperiales. Al ver a la nave repulsora cuadrada dirigiéndose directamente hacia él, Kanan se zambulló a la carretera fangosa. El largo vehículo pasó sobre él, con su parte inferior metálica a unos meros centímetros de su cráneo.

Ahora yacía en el barro en la esquina de una intersección de Ciudad Temblor, y aún no había rastro de la mujer con la voz seductora.

Recuperándose, Kanan se limpió la túnica y se puso de pie mientras más tráfico venía por la otra calle, esta vez a pie: dos miembros de la banda de Charko, corriendo hacia él con una gran palanca de metal en las manos. El sonido de disparos bláster venía detrás de ellos.

Kanan empezó a buscar su arma, sólo para darse cuenta de que los Sarlaccs no venían tras él… y que los disparos bláster eran para *ellos*. Los matones pasaron corriendo sin parar, apurándose para mantenerse por delante de sus perseguidores, que resultaron ser Gord y sus compañeros guardias, disparando blásteres.

—¡Mejor que corran, vándalos! —gritó Gord, disparando los blásteres sostenidos en sus cuatro manos.

Kanan miró la calle tras ellos y luego la ruta que habían tomado los imperiales. Meneó la cabeza. *Estoy demasiado sobrio*, pensó. *¡Nada tiene sentido!*

Caminó alrededor de la esquina. En el extremo de una calle, podía ver la entrada de servicio de Luzdeluna. No había ninguna señal de la mujer con capa; sólo los soldados de asalto de antes, saliendo de su vehículo repulsor. Kanan rápidamente se dio la vuelta.

Este no era lugar para quedarse en una empresa descabellada, con soldados de asalto o no. Este extremo de Ciudad Temblor, reconoció, había quedado mal en un reciente terremoto; la mitad estaba en proceso de renovación y la mayor parte estaba cerrado. Resignado, Kanan decidió abandonar y se encaminó hacia lo de Okadiah. *Sólo soy un tonto*, pensó. *Mañana es día de mudanza. Es hora de empacar.*

Entonces escuchó la voz de nuevo.

—Cincuenta por adelantado, cincuenta después —dijo la mujer—. Como habíamos acordado.

Kanan miró por el callejón para ver a la figura encapuchada enfrentando a Charko, flanqueada por varios miembros de su banda. Era como la escena que Kanan había presenciado fuera del restaurante… sólo que no. Este lugar era más cerrado: Unos andamios de construcción se levantaban contra los edificios a ambos lados del paso. Había una nueva amenaza en la forma en que los amigos de Charko —una mezcla de tipos duros humanos y otros seres— estaban parados. Y Charko, agarrando un montón de créditos en la mano, no estaba contento en absoluto.

—Si tienes cien créditos, tal vez tengas otros cien —dijo el líder de la banda con un solo cuerno. Dio un paso adelante. Alzándose por encima de la mujer bajita, hizo un gesto a su capa negra—. Apuesto a que tienes espacio para mucho más dinero ahí abajo.

Kanan avanzó hasta quedar a la vista al final de la calle.

—¡Oye, Charko! Me estabas buscando. ¿Lo olvidaste?

Charko y sus compañeros le devolvieron la mirada a Kanan.

—Nunca —dijo el chagriano—. ¡Siempre hay tiempo para ti!

Kanan vio los blásteres levantarse. Ya estaba blandiendo el suyo. *Seis… no, siete contra uno. Eso está bien.*

Pero antes de que pudiera disparar, Kanan vio a la mujer girar repentinamente en el lugar. Con un movimiento rápido, se quitó la capa… y ésta se convirtió en un arma que lanzó al aire como una red. Charko se giró para que la tela le diera en la cara, dejando caer sus créditos en el proceso.

El líder de la banda tropezó hacia atrás, víctima de una patada alta de su agresora. Sus amigos se volvieron y miraron embobados a lo que Kanan veía ahora: una hermosa twi'lek de piel verde, ágil, y que sostenía una pistola en una mano enguantada.

La twi'lek disparó a un sarlacc humano a quemarropa en un solo movimiento, y luego se abalanzó hacia el próximo. Mientras que el hombre corpulento caía hacia atrás, la twi'lek utilizó su cuerpo como una escalera improvisada, dándole la altitud que necesitaba para dar un salto al puntal horizontal de uno de los andamios. Cogiendo la barra con la mano libre, usó el impulso para ayudarse a trepar, aferrándose a uno de los soportes verticales. Girando, disparó su bláster contra el grupo atónito.

—¡Atrápenla! —gritó una mujer de la banda. Pero el fuego provenía de una segunda dirección cuando Kanan, cansado de sólo mirar, cargó hacia el callejón. Los Sarlaccs se dispersaron, inseguros de a quién apuntar primero.

Con un bramido enojado, Charko saltó desde el barro, haciendo caso omiso al fuego cruzado. Girando hacia la posición de la twi'lek, golpeó con el pecho primero uno de los puntales de soporte del andamio. La estructura se sacudió, y a la mujer twi'lek se le cayó el bláster. Con la mano del arma libre, trepó más arriba por el andamio como un mono de arena… aun cuando comenzaba a caer.

Kanan sabía que tenía que actuar. Corrió hacia su atacante más cercana y la agarró del brazo del bláster con la mano izquierda. Su movimiento dirigió su tiro perdido hacia el agresor que se acercaba por su derecha; siguió con un cabezazo bajo la barbilla que la tiró hacia atrás. Ahora podía ver al furioso Charko tratando de voltear el andamio. Se zambulló hacia adelante, mientras la mujer twi'lek saltaba a mucha altura en la dirección opuesta, al andamio del otro lado del callejón.

Agarrado desde atrás por Kanan, Charko se soltó del apoyo del andamio… y todo empezó a caer, con sus cinco pisos. Kanan sólo vio un lugar adonde ir: el gran ventanal del edificio al que el andamio estaba unido. Se lanzó a sí mismo y al chagriano a través de la ventana, creando una lluvia de fragmentos incluso mientras una avalancha de andamios caía en el callejón detrás de ellos.

Aturdido, con el bláster perdido en la caída, Kanan luchó para ponerse de pie dentro del edificio vacío, que reconoció como una cantina abandonada. El chagriano había

llevado la peor parte del choque, y sin embargo de alguna manera el matón seguía en pie, listo para pelear.

—Ahora estás en mi territorio —dijo Kanan, elevando los puños—. ¡Hago todo mi entrenamiento en bares!

Kanan y Charko intercambiaron golpes en la habitación oscura dañada por el sismo. Kanan agarró una silla; Charko hizo lo mismo con media mesa rota. Los dos continuaron en una batalla de paradas y estocadas con sus improvisadas armas… era un tipo de lucha que los Jedi nunca habían enseñado, y le sentaba bien a Kanan.

Golpe a golpe, fue poniendo a Charko frente a la única ventana intacta que quedaba. Cansado por el esfuerzo, el chagriano se tambaleó. Kanan vio su oportunidad. Una patada circular envió a su oponente a atravesar el panel detrás de él.

—¿Terminamos aquí? —preguntó Kanan, subiendo al alféizar de la ventana. Esta vez, Charko no volvió a levantarse. Pero los demás seguían allí, recordó Kanan. Se preparó y cuidadosamente salió por la ventana destrozada.

No había nada que hacer. Todos los compañeros de Charko habían caído. A algunos, Kanan los había derribado antes; a otros, la twi'lek. El resto había sido aplastado bajo el andamio caído. Y la misma twi'lek no era visible en ninguna parte.

Frotándose la mejilla amoratada, Kanan buscó su bláster entre los restos. Sentía dolores: de la clase que pasarían, pero lo suficiente para hacer que otra ronda contra los Sarlaccs fuera más difícil. Para cuando encontró el arma, sin embargo, estaba claro que ya no quedaba ningún peligro.

Pero algo faltaba en la escena. Los créditos que Charko había tirado habían sido recogidos del suelo, y unas pequeñas huellas en la tierra y se alejaban del lugar donde habían caído.

Vio la capa de la twi'lek, atrapada bajo una pesada viga. *Me dejó un recuerdo, después de todo*. Con gran esfuerzo, apartó el metal a un lado. Tomó la prenda en sus manos y la examinó. Fue un buen hallazgo, pensó, mientras se volvía para salir el callejón. Porque estaba empezando a creer que ella nunca había estado allí.

Dejó de pensar eso cuando salió a la calle… y se encontró mirándola a los ojos.

—Ah —dijo ella, viendo su capa.

—Ah —repitió él. Kanan se quedó congelado, estudiándola bajo la luz de la luna. Era más baja que él, con piel verde oscuro, labios carnosos y un mentón que terminaba en una agradable punta. Llevaba una gorra de piloto gris que permitía la salida de dos colas cefálicas que colgaban pasando un poco sus hombros. Llevaba un chaleco marrón, pantalones dorados con bolsillos de utilidad y guantes negros que hacían juego con la capa en sus manos.

—Sabía que me había olvidado de algo —dijo, quitando la prenda de sus manos tan hábilmente que él apenas notó que lo había hecho. Entonces lo miró preocupada—. ¿Estás bien?

Kanan asintió con la cabeza.

—¿Hablas básico?

—Me he quedado sin palabras.

Ella sonrió

—Así es.

No fue una crítica… o si lo fue, la entregó tan suavemente que Kanan optó por no notarla. La miró.

—Esa fue una buena pelea.

—Sí —dijo, todavía hablando con esa voz maravillosa mientras sacudía el barro de la capa—. Fue una suerte que yo estuviera allí para salvarte.

El ceño de Kanan se frunció y la volvió a mirar.

—¿Salvarme a *mí*? —Señaló a los cuerpos—. ¡Había toda una banda detrás de ti!

La twi’lek levantó la capa para ponérsela.

—Les había pagado para hacerme un trabajo. Hubo una disputa menor por el precio. Podría haberlo manejado. —Al verlo devolverle la mirada, boquiabierto, golpeó un puño enguantado bajo su barbilla magullada—. Aunque tú lo hiciste muy bien. Estoy impresionada. —Lo estudió—. Entonces, ¿andas por ahí dando una mano a quien lo necesite?

—¡No! —dijo Kanan—. Er… casi nunca. —Pestañeó cuando ella retiró la mano—. Espera un momento —dijo, gesticulando hacia los cuerpos en el callejón—. ¿Los necesitabas a *ellos* para hacer un trabajo? ¿Para *ti*?

—*Ajá*. Y ya está hecho. —Colocó la capa en su lugar sobre sus hombros, dio la vuelta y comenzó a caminar.

—Yo puedo hacer trabajos —dijo Kanan, caminando detrás de ella. Todo su cuerpo le dolía por la lucha, pero no quería que la conversación terminara tan pronto—. Si necesitas hacer algo, estaré ahí.

—No, gracias —dijo ella, continuando—. Tengo paradas que hacer.

—¡Espera!

Kanan intentó seguir, pero su cuerpo se rebeló. Doblándose de dolor, se tomó la rodilla. Cuando levantó la vista, ella se había ido otra vez… probablemente por una de las callejuelas laterales.

Disgustado con el universo, le gritó a la noche interminable de Gorse.

—*¿Cómo te llamas?*

Durante un buen rato no pasó nada.

Y luego esa voz otra vez, le respondió.

—*Hera*.

Capítulo dieciséis

Las naves estelares eran asentamientos en el cielo. Algunos eran aldeas; el *Ultimátum* era una gran metrópolis. Y sin embargo incluso los Destructores Estelares funcionaban como pequeñas ciudades. Una gran pileta llena de chismes… y como con los pueblos pequeños, todos los contenidos tendían a fluir hacia una persona, como el agua a un desagüe.

Sloane estaba parada en la ventana mientras que Nibiru Chamas, el desagüe no oficial del *Ultimátum*, estaba sentado casualmente en la silla de su oficina. Las naves mineras seguían viajando de ida y vuelta entre Gorse y Cynda, más rápido que antes, por supuesto, pero su mente estaba en la lista que Chamas estaba leyendo.

—El conde Vidian ha diseñado y asignado nuevos patrones de tráfico para las naves de carga que viajen entre los dos mundos —dijo Chamas—. Ha ordenado varios cambios a las subrutinas de los droides cargadores en Cynda que debería hacerlos más productivos. Ha cambiado el color de los platos utilizados en el comedor comunal…

—¿Qué?

Chamas se rió entre dientes.

—El último es una broma.

Sloane puso los ojos en blanco.

—Continúa.

—También ordenó una revisión del personal de Transcept… ya sabes, ¿los que encontraron al loco en Cynda? Ya ha habido al menos un arresto por actividades sospechosas.

—Es exhaustivo —dijo Sloane.

Ella también era exhaustiva… o pretendía serlo. Había sido cogida desprevenida por las acciones de Vidian en su puente, emitiendo órdenes a *su* personal. El *Ultimátum* tenía la autoridad para destruir al carguero *Cynda Soñando*; Vidian claramente lo había sabido. Sin embargo, aunque estuvo de acuerdo con esa decisión, correspondía a ella averiguar más acerca de su visitante, y cómo había interactuado con otras tripulaciones. Ella no iba a ser sólo otro brazo mecánico.

—¿Qué más ha hecho?

—Bosquejó su gira de Gorse. Ya tiene la agenda llena. No va a dirigirse allí en horas, y ya ha reorganizado tres gremios, ordenado la consolidación de varios proveedores de equipos en una sola empresa y hasta cerrado un centro médico, trasladando a los pacientes a una institución más cercana a las fábricas para que puedan volver a trabajar más rápidamente.

—¿Eso es todo?

—¿No es suficiente? Se ha reunido varias veces con los ayudantes que trajo a bordo e hizo varias llamadas a su oficina principal en Depósito Calcoraan. Sólo hay una cosa que no ha hecho.

—Dormir —dijo Sloane—. No tiene el tiempo.

—No tiene una *cama* —corrigió Chamas—. Los asistentes que atendían su camarote encontraron el lugar destrozado. Los muebles, hechos pedazos.

—¿Qué? ¿Cuándo pasó eso?

—Después de que regresó de la luna… después que le pasamos una segunda llamada para él del barón Danthe. Creo que nuestro conde tiene mal genio.

Sloane se rió entre dientes. Había escuchado que Vidian tenía mal genio… y el rumor de Cynda era que el jefe del gremio minero lo había averiguado de la forma difícil.

—¿Le han dado otra habitación, espero?

—Tenemos una amplia oferta. No te preocupes, todo estará arreglado antes de que nuestro… er, *capitán regular* llegue.

Gracias por recordarme que soy sólo una sustituta pensó Sloane, dando la vuelta a su escritorio. Pero el comentario de Chamas la trajo de vuelta a lo que ella quería saber. Lo que venía a continuación, lo quería preguntar con cautela.

—Es un hombre interesante, Vidian… y es sorprendente que eligiera el servicio del gobierno. Has dicho que compró el título. ¿Sabes de dónde es?

—Su biografía dice Corellia. En los días de la República, era ingeniero en una pequeña firma de diseño que trabajaba para las constructoras navales. Un diente en un pequeño engranaje. Sus sugerencias de mejoras eran rechazadas constantemente. Luego fue atacado por el síndrome de Shilmer… y pasó los siguientes cinco años, mientras se lo estaba comiendo vivo conquistando los mercados bursátiles desde la cama.

—¿Y la firma?

—Según cuenta la *leyenda*… —Chamas dijo el término burlonamente—… el primer acto de Vidian al recuperar la movilidad fue la compra de la empresa y dejar a todos en la calle. Pero ni siquiera sé ni qué empresa era. Había disposiciones de confidencialidad en las cesantías. No quiere que nadie al que ha quemado lo critique, arruinando las ventas de su próximo holo de gestión.

Sloane sabía que Vidian no necesitaba el dinero, pero no tenía ningún problema con su justificación. Un poco de venganza hacía maravillas para el proceso de curación. También era algo humano… y no había muchas cosas humanas en Vidian.

—Si es de Corellia —dijo ella—, probablemente está conectado con el sector naval… y el Almirantazgo.

Estaba a mitad de camino entre la pregunta que había pensado, y la observación realista que quería que pareciera. Pero Chamas era demasiado astuto, captando hacia dónde iba inmediatamente.

—En otras palabras —dijo con una sonrisa— puede él hacer tu puesto aquí permanente… quizás dándole al capitán Karlsen un trabajo cómodo en una de sus subsidiarias. Por favor, pídele uno para mí, mientras estás en ello.

Atrapada, Sloane simplemente lo miró.

—¿Qué hay para mañana?

Chamas le pasó su cuaderno de datos mostrando las paradas previstas de Vidian en su gira por Gorse. Parecía un día agotador.

El primer nombre en la lista le abrió la curiosidad.

—*Luzdeluna*. ¿Por qué empezar con esta pequeña?

—Al parecer capturaron, y perdieron, al fugitivo de Cynda hace unas horas.

—Eso seguro que es bueno para ellos —dijo Sloane, devolviendo el cuaderno de datos. Giró en su silla para volver a mirar por la ventana a las naves con rumbo a Gorse. Su frente se arrugó mientras intentaba absorberlo todo.

—Entonces mientras él está en su gira mundial, nosotros hacemos de agentes de tránsito —dijo Chamas, poniéndose de pie—. Mantener a raya a la chusma mientras Vidian aumenta su leyenda. Deberíamos exigir una parte de las regalías de su próximo holo.

Sloane sonrió interiormente. Ella sólo quería un papel de reparto. Su trabajo era ayudar al Imperio; ayudar a encontrar otra nave para el legítimo capitán del *Ultimátum* sería un buen bonus.

Los soldados de asalto habían saqueado su departamento unas horas antes. Eso, pensó Skelly sin la menor diversión, oficialmente representaba la primera atención que el Imperio nunca le había prestado a los hogares en Comunes Crispus.

Crispus fue un proyecto para veteranos de las Guerras Clon sin hogar en el sector, una idea que nació en los días finales de la República. El Imperio lo había mantenido funcionando, enviando nuevos residentes de vez en cuando sin nunca ampliar ni mejorar el complejo. Skelly pensaba que decía mucho sobre lo que la República y el Imperio realmente pensaban sobre aquellos que habían luchado contra los separatistas. *Escondámolos donde no brilla el sol*.

Skelly se había quedado en el destartalado apartamento en parte debido a que estaba ubicado entre los distritos industriales de Ciudad Gorse. De esa manera, no importaba quién lo despidiera su viaje nunca se hacía más largo. Pero la otra razón por la que se quedó era la reja oxidada detrás del contenedor de residuos del complejo al fondo del patio rectangular… y lo que se escondía debajo.

Seguro de que nadie en el exterior había visto su acercamiento, se deslizó detrás del contenedor y entró en el orificio. Cerró la rejilla por encima de él. Pasando por una cortina improvisada, manoteó en busca del interruptor de energía. Uno o dos crujidos más tarde, la oscuridad alrededor de Skelly enrojeció, iluminada por monitores de computadora y una sola débil lámpara de techo.

Se había previsto como un refugio antibombas, construido por la República como parte del proyecto Crispus en el improbable caso de que el Conde Dooku o el General Grievous mostraran un repentino interés en destruir una colonia de retiro. Las paredes de permacreto habían sido un desastre mohoso cuando Skelly encontró el lugar. Pero le gustaba que tuviera su propio generador, y la presencia de un contenedor de basura gigante frente a la reja significaba que podía entrar y salir sin que nadie lo viera.

Todas las computadoras de Skelly fueron construidas a partir de kits, haciéndolas seguras de los agentes de los poderes fácticos, ya fueran corporativos o gubernamentales. Sólo una máquina se conectaba a la rejilla de la HoloRed y lo hacía a través de una conexión secuestrada de un carro de almuerzos ithoriano que diariamente aparcaba al otro lado del patio. Al seleccionar un intermediario móvil y que se guardaba en otro lugar, Skelly había reducido los ojos y oídos curiosos.

En todas partes menos en el trabajo. Skelly había sabido que algunas de las corporaciones que trabajaban en Cynda habían instalado equipos de vigilancia, pero había supuesto que era sólo para mantener un ojo sobre la productividad… y para prevenir el robo de material explosivo, lo que una vez había sido un problema. Evidentemente, ahora también estaban escuchando las conversaciones individuales. Era una locura. ¡Sordos a sus llamados acerca de la seguridad, pero entrometiéndose en todo lo demás!

Skelly rápidamente comió un pobre plato de comida en pasta enlatada antes de derrumbarse, agotado, sobre una estera en el suelo. Esta habitación había sido su mundo, su *verdadero* mundo, desde hacía años. Los tableros montados en una de las paredes estaban cubiertos de notas garabateadas a mano sobre el complejo militar industrial y la intrincada red de quién era dueño de qué. Un segundo muro era hogar de sus estudios en la historia de conflictos galácticos; los lados seguían cambiando, pero las historias eran siempre las mismas. Cuando los titanes luchaban, los peones eran los que morían.

La mayor colección de notas, sin embargo, estaba en la pared que enfrentaba ahora. Aparte de la abertura de cortinas que llevaba a un pequeño armario, cada centímetro cuadrado estaba cubierto de notas sobre Cynda y su estructura geológica. Verlo todo le hacía doler las tripas. Skelly había temido por mucho tiempo que un día como éste sería necesario: un día cuando tendría que arriesgarlo todo para captar la atención de alguien. Pero había estado decidiendo las cosas sobre la marcha, y se preocupaba de que ya pudiera haberlo arruinado.

Había venido corriendo desde los jardines de Luzdeluna hasta aquí sin pensar, después de una promesa del momento de alguien que nunca había visto… y con toda probabilidad había arruinado su oportunidad de hablar con el conde Vidian. Aún no sabía por qué había huido. Sí, era natural que temer ser llevado a cualquier parte por soldados de asalto; los soldados del imperio tenían la mala costumbre lastimar a los prisioneros por el camino. Y todo el mundo había malinterpretado su intento de educarlos como sabotaje. Pero Vidian todavía era su mejor oportunidad, el único que tenía la autoridad para efectuar el cambio. ¿Dejaría Vidian Gorse sin hablar con él? ¿Lo vería Vidian en absoluto, ahora que él había huido?

Mirando su colección de escritos desde su lugar en el piso, Skelly soltó un gemido bajo.

—*Nadie me escucha*.

—¿Qué es lo que quieres decir?

Skelly levantó la vista, sobresaltado, al ver a la figura con capa que lo había rescatado. Ella se quitó la capucha.

—¡Tú eres ella!
—Hera —corrigió la twi'lek—. Hablemos.

Capítulo diecisiete

Skelly se sentó, alarmado.

—¿Cómo me encontraste?

Hera se tocó el hombro.

—Si buscas en el bolsillo de utilidad en tu hombro izquierdo, encontrarás un dispositivo de rastreo que puse cuando te estaba soltando. —Dijo sonriendo—. Te *dije* que te encontraría.

Skelly alcanzó su bolsillo y descubrió un pequeño chip. La miró con enojo.

—No me gusta que la gente me espíe.

—Entonces estás en el sistema equivocado. —Hera simplemente abrió su mano enguantada—. Me llevaré eso. Gracias.

—Dijiste mi nombre —dijo con sospechas—. ¿Cómo me conoces?

—Hoy has recibido la atención de mucha gente. Me enteré de lo que hiciste en Cynda. Ya sabes, la explosión, mientras que el enviado del Emperador estaba allí. —Se detuvo, haciendo una pausa para asimilar las muchas notas sobre el Imperio en la pared a su izquierda—. Me interesa escuchar tus razones para hacer lo que hiciste.

Frunciendo el ceño, Skelly se puso de pie.

—¿Y por qué te importa?

—Sólo estoy… interesada —dijo Hera.

Al verla leer sus notas, el humano pelirrojo se interpuso entre ella y la pared.

—Mira, no leas mis cosas. No te conozco. ¡No sé si contarte ayudará en nada!

Hera miró a su derecha… y vio a la otra pared y sus escritos sobre Cynda. Un destello apareció en sus ojos oscuros.

—Me lo dirías… ¿si fuera reportera de la *Gaceta Acción Ambiental*?

Skelly abrió los ojos como platos.

—Pensé que había cerrado.

—Sólo nos estamos reorganizando —dijo Hera—. Podrías ser parte del gran relanzamiento.

Skelly la estudió. Nunca había estado en la audiencia de esa publicación de la HoloRed, pero la había encontrado varias veces en sus investigaciones. Había puesto fin a una serie de malas prácticas comerciales en el pasado.

—Vamos —dijo ella, sacando un cuaderno de datos de su capa—. Yo te dejé ir.

Skelly respiró hondo… y tomó una decisión.

—Está bien.

Corrió a su pared y señaló a un diagrama tras otro, exponiendo sus teorías. Cortar algunas estalactitas y estalagmitas cristalinas estaba bien; esas eran meros vástagos de las estructuras físicas que mantenían unida a Cynda. Era como darle un corte de pelo a la luna. Pero utilizar explosivos para entrar en nuevos compartimientos era más parecido a romperle los huesos.

—Cada cámara que descubren tiene más thorilide que la anterior —dijo Skelly—. Y eso hace que usen cada vez más jugo para llegar hasta la próxima.

—Y eso causa derrumbes que perjudican a los trabajadores. —Hera asintió con la cabeza, tomando notas en su cuaderno de datos—. Mientras arruinan un hermoso entorno natural.

—¡Ahora lo entiendes! —Triunfante, Skelly elevó el puño hacia el techo bajo.

—Está bien —dijo suavemente Hera.

El rostro de Skelly se congeló.

—¿Está bien?

Ella le sonrió suavemente.

—Esta no es una noticia grande e impactante, Skelly —dijo amablemente, devolviendo el cuaderno de datos a su lugar—. El Imperio lastima a los trabajadores y arruina las cosas. Lo hace todo el tiempo, en todas partes.

—¿Y?

—Tienes un problema, igual que mil millones de otras personas en la galaxia. Algún día, todos haremos algo al respecto. Es bueno saber esto, y siento lástima por todos los involucrados. Pero no estoy segura de que sea el momento adecuado para hacer mucho al respecto.

Skelly estaba alarmado.

—No van a publicar lo… ¿después de todo esto? ¿Qué clase de trato es este? ¡Pensé que eras una periodista!

La mujer dio un paso atrás… claramente no le temía, pero simplemente dándole espacio para desahogarse.

—Yo estoy más bien recopilando información, Skelly. En preparación para… —Se interrumpió, luego indicó con la cabeza la pared con sus notas sobre Cynda—. Lo que has descrito es malo, pero no es exactamente algo que vaya a destrozar el mundo.

—¡Oh, sí, lo es! —Skelly sacó el holodisco del bolsillo de su chaleco y lo sostuvo entre el pulgar y el índice izquierdos—. Porque creo que si el Imperio continúa, ¡podrían hacer que la luna explote en pedazos!

Hera levantó una mano.

—Mira, olvídate de la hipérbole. ¿De cuántos daños estás hablando?

—¡No estoy exagerando! —dijo Skelly. Guardando el holodisco en el bolsillo, volvió a la pared y empezó a rebuscar con la mano buena entre las notas colgadas—. La luna ya es frágil. La órbita elíptica significa que Gorse y el sol están tirando de ella todo el tiempo. Gorse libera la tensión a través de los terremotos. Pero toda la energía se acumula en Cynda, porque los enrejados cristalinos llegan tan profundos…

—La conclusión, por favor.

—Si usas suficientes explosivos en los lugares correctos, Cynda podría desmoronarse como la promesa de un senador.

Hera se lo quedó mirando por un momento. Skelly le devolvió la mirada.

—Eso es más… de lo que se puede creer —dijo finalmente—. ¿El poder de destruir un cuerpo de ese tamaño? Es difícil creer que exista algo así.

—Existe. Es posible. Y empiezo a pensar que no les importa.

Hera se dirigió a la pared y comenzó a leer.

—Estas notas están por todas partes —dijo—. No puedo entender el sentido de algunas cosas.

—Confía en mí —dijo Skelly—. Soy un experto.

—Eres un geólogo planetario.

—No, construyo bombas.

Hera frunció los labios.

—*Oh.* —Dijo con una exhalación.

—Ya sé lo que parece —dijo, sacando notas y metiéndolas en su trabada mano derecha—. Pero es verdad. Las empresas mineras lo saben, porque yo les he dicho. Pero lo encubren, porque todas son parte de la conspiración.

—¿La conspiración?

—El triángulo del thorilide —dijo Skelly, asombrado que ella no supiera nada al respecto. Cruzó al otro lado de la habitación, a su muro de la vergüenza corporativa—. Las empresas mineras son corruptas. Están atadas, propietarios, consejos de administración, con los constructores navales que han vendido al Imperio un proyecto de construcción tras otro. Oh, todo se está haciendo en secreto, pero no puedes mantenerlo todo secreto. Mil millones de Destructores Estelares no es suficiente. ¡Están construyendo Súper Destructores Estelares y Súper Súper Destructores Estelares, y quién sabe qué más!

—Ya veo —dijo Hera, dando un paso atrás cuidadosamente—. ¿Y cómo sabes todo esto?

—¡La HoloRed!

—Oh —dijo Hera—. *La HoloRed.*

—Es toda una gran red, y sigue para siempre —dijo Skelly, con los ojos fijos en la pared. Fue hasta ahí y empezó a hurgar en las notas—. ¿Sabías que fueron los intereses monetarios los que comenzaron las Guerras Clon? Había un fabricante de droides de batalla que tenía demasiado inventario…

Skelly sintió los ojos de Hera sobre él, y el aire se salió de sus pulmones. Dejó de hablar. Las notas, los recortes, todos nadaban ante él, sin ningún sentido.

Lo había hecho otra vez.

—Lamento haberte molestado —medio la oyó decir—. Buena suerte.

Skelly siguió enfrentando la pared.

—Mira, ya sé cómo suena esto. He pasado… bueno, he pasado por un montón de cosas malas. Me dejo llevar. No siempre digo las cosas correctas. Pero lo que sé… sigue siendo real. —Respiró hondo—. *No estoy loco.*

Cuando se volvió, ella se había ido. Podía oír unos pasos ligeros subiendo la escalera. Los siguió… pero no vio nada más que el contenedor y el patio oscuro todo a su alrededor.

Desanimado, Skelly volvió a bajar adentro y cerró la rejilla tras él.

Se quedó sentado en silencio en el fondo del pozo. La cabeza le zumbaba… y le dolía, como le había dolido por mucho tiempo. Los ciclos de sueño de Skelly habían estado mal desde que se mudó a Gorse, y con el tiempo las cuevas siempre brillantes de Cynda los confundieron más. La confusión en las notas todavía agarradas en su mano que no funcionaba eran un producto. Pero todavía podía concentrarse para hacer algunas cosas. Los datos en el holodisco… eso, sabía que estaban bien. Era su testamento, su última oportunidad.

Skelly recordaba la llamada de Vidian a Lal Grallik. El conde iba a venir, sí. Y Vidian todavía podía escucharlo y hacer lo correcto. Pero traería al resto del Imperio con él, y aún podían hacer las cosas mal.

Skelly se puso de pie de un salto y reingresó a su escondite. Abriendo la cortina del armario, expuso el banco de trabajo secreto que tenía allí… y, debajo, en paquetes sellados, los enormes almacenes de baradio explosivo que había traído de contrabando a lo largo de los años. Debido a sus temores por las explosiones en Cynda, cada vez que le habían pedido que plantara cargas para abrir una pared, había utilizado un poco menos. Sólo que no había devuelto las que no usó.

Pero si ahora no lo escuchaban, las devolvería todas. Todas a la vez, y así se darían cuenta.

Sí, lo haría.

Hera meneó la cabeza cuando salió a la calle.

Había sido un riesgo calculado, liberar a Skelly. Su suposición al desviarse era que valía la pena que se le echara un vistazo a cualquiera que se levantara contra el Imperio, de cualquier manera. Algunos podrían ser útiles. Quizás no todavía, pero en el movimiento que vendría. Era importante conocer sus capacidades.

Pero Skelly nunca sería de utilidad, y así mentalmente lo archivó con decenas de otros que había conocido iguales que él. El activismo político atraía a un buen número de chiflados. Algunos habían sido legítimamente conducidos a la locura por las fuerzas contra las que luchaban; algunos habían sido dañados por la guerra, como sospechaba que era el caso de Skelly. Algunos no tenían ninguna excusa. Pero aunque estas personas siempre eran las primeras en rebelarse, casi nunca conducían revoluciones exitosas. Las acciones contra el Imperio tendrían que medirse con cuidado… especialmente ahora.

Hasta el momento, Gorse había sido un fracaso. Sin sol en más de una forma: su gente vagaba robóticamente entre la pesadez del trabajo y los peligros de las calles, sin notar ninguno. Incluso el humano que la había ayudado contra la pandilla, que ahora

recordaba era el hombre que había ayudado al veterano en Cynda, podía encajar fácilmente en una plantilla: el errabundo que busca una pelea. Sería decepcionante si así fuera, pero no sorprendente: Como todos los demás en Gorse, estaba atrapado en el papel que el Imperio quería para él. Nunca sería una amenaza. Era una lástima: Parecía que sabía lo que hacía en una pelea.

Pero Hera lo apartó de su mente. Skelly fue la desviación; las verdaderas mercancías yacían por delante. Y las hallaría en el establecimiento cuyo burdo anuncio aparecía en su cuaderno de datos:

El Cinturón de Asteroides
Los Pozos, Ciudad Gorse • Okadiah Garson, prop.
Abierto toda la noche
Pasa y llena el cinturón

Capítulo dieciocho

—¡Eh, señora! ¡Te estoy hablando a ti!

El gran matón le *estaba* hablando a Zaluna, no había nadie más en la calle. Pero ella había decidido seguir adelante… hasta que él siguió tras ella. A pocos pasos detrás de ella, gritó otra vez.

—¡Dije que te estoy hablando a ti!

—No, no lo estás —dijo ella, mientras continuaba caminando por el barro—. Si me hablaras a mí, utilizarías mi nombre real.

Aumentando el ritmo, el borracho se rió.

—¿Cómo voy a saber quién eres?

—Precisamente. —Zaluna se giró y lo miró intensamente desde debajo de una capucha ligera—. Entonces no tienes motivos para hablar conmigo, Ketticus Brayl. Vete a casa con tu esposa y tus hijos.

Con la cara iluminada por la luna, el mastodonte palideció.

—Espera. ¿Cómo sabes quién soy?

—Eso no es importante —dijo, con la mano derecha desapareciendo en la manga larga y suelta de su poncho… la prenda más ligera que tenía capaz de ocultar sus rasgos—. Lo importante es que me dejarás tranquila.

Brayl rió a carcajadas.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces tendrás una charla con esto. —Su mano derecha reapareció desde dentro de la manga, sosteniendo un bláster ligero—. ¿Hemos terminado?

El abrió los ojos ante la aparición repentina del arma. Luego se volvió, alejándose tambaleante en la tórrida noche. Reanudando el viaje, Zaluna devolvió el bláster a su escondite, agradecida de que nadie sabía que no había sido disparado en los treinta y tres años desde que su madre se lo había dejado.

No era cierto que conociera de vista a todos en Gorse y Cynda, por supuesto… pero casi un tercio de siglo de vigilancia había puesto a un montón de alborotadores en sus listas de seguimiento. Y muchos de ellos parecían terminar aquí, en Los Pozos. Algunos mineros actuaban como si el barrio, instalado para estar cerca de las antiguas canteras, fuera un lugar decente para vivir, ahora que la minería a cielo abierto había terminado hace mucho tiempo. Tal vez para ellos, lo era. Pero en su experiencia, los peones eran problemas a punto de ocurrir. Había monitoreado demasiadas peleas de bar en Los Pozos, visto a decenas de personas atacadas en las calles por dinero o por deporte. Lo que fuera que las empresas le pagaban a los mineros, no era suficiente para impedir que algunos de ellos acosaran a la buena gente por dinero.

Por otra parte, si les pagaban más, sólo beberían más… y eso parecía empeorarlos.

El encuentro fue sólo otro dolor de cabeza en un día lleno de ellos. Después del arresto de Hetto, el restante personal de vigilancia en Transcept había trabajado sus horas extras en silencio, todo el mundo con miedo de decir nada. Los antecedentes de cada

operador estaban potencialmente bajo revisión, si se podía creer al teniente imperial. Zaluna había esperado que encontrar de nuevo al sospechoso Skelly compensaría que los Mynocks no lo habían marcado antes para su captura… pero sus esperanzas cayeron cuando se enteró que Skelly había escapado de las oficinas de Luzdeluna antes de que los soldados de asalto pudieran llegar.

Al menos nadie sospechaba de que los Mynocks le hubieran avisado. La supervisora de la fábrica había pasado una hora defendiendo a su equipo de seguridad de los insultos de los soldados de asalto. Aún así, Zaluna esperaba días difíciles por delante para todos en la oficina de Transcept.

Y aunque no pasara nada, un trabajo en el que ella había disfrutado trabajando nunca volvería a ser divertido.

Era algo extraño. Tanta gente en Gorse vivía con miedo… especialmente los sullustanos y otros de menor estatura. Sin embargo, al trabajar con los Mynocks, ella se sentía de alguna forma inmune. Había seguridad en el aislamiento, seguridad en la información. Sí, su tipo de trabajo tenía el potencial de crear problemas para los demás. Pero había suprimido cualquier consideración de eso debido a que muchas de las personas que vigilaba eran personajes nefastos, propensos a molestar a una pobre mujer trabajadora en una calle oscura.

Pero.

Cada vez más, había cada vez menos matones señalados para investigar, y cada vez más gente… bueno, como Hetto. Y ahora el mismo Hetto, enfrentaba a un destino desconocido. No había tenido sentido para nadie en el piso de trabajo. Claro, Hetto se había quejado sobre las condiciones de trabajo y sueldo, pero ¿quién no? Sí, había pensado que lo que había hecho el Imperio a las alguna vez magníficas cavernas de Cynda era una abominación, pero eso era a la vez noticias viejas y un sentimiento común en Gorse.

Pero el cubo de datos era otra cosa… y Zaluna ahora sabía que era la razón por la cual había sido señalado. Cuando terminó el turno, ella había corrido a casa para ver qué era lo que Hetto le había dado. Él no le había dado permiso para leer lo que había en el cubo de datos, pero no sería su primera vez en fisgonear… y ella no tenía ninguna intención de pasarle algo a esta persona «Hera» sin revisarlo primero.

Utilizó un lector que había tenido desde que era adolescente, con la seguridad de estar separado de la HoloRed… y por las dudas estudió el contenido del cubo de datos en su armario. Los contenidos estaban cifrados usando un programa comercial, pero Zaluna había trabajado varios años en la recopilación de datos electrónicos y pronto se pudo abrir camino más allá de las protecciones.

Quedó asombrada por lo que descubrió. De alguna manera, Hetto había logrado descargar los archivos que Transcept mantenía sobre todo el mundo que había visto en Gorse y su luna, desde hace mucho en la era de la República hasta el presente.

Pensó por un momento que esta «Hera» podría ser de una empresa de vigilancia rival. Espionaje corporativo… espiando a los espías con fines de lucro. Hetto, que siempre

estaba quebrado, podría haber estado esperando una recompensa. Ella no quería ser parte de una transacción así. Pero al pensarlo, se dio cuenta de que Transcept vendía los datos a sus competidores todo el tiempo y a veces de forma masiva. Este acto no parecía necesario.

Al mirar más cuidadosamente, Zaluna se dio cuenta de que la abundancia de información personal en el cubo de datos no era lo importante. Su existencia servía como guía para mostrar la tecnología en medios de vigilancia. Cada imagen, cada grabación de voz, cada bioescaneo, cada comunicación electrónica enlazada a los nombres en los archivos estaba etiquetada con información que describía cómo había sido obtenida. Con ella, un lector conocía la ubicación de cada punto de vigilancia de la red local de Transcept.

¿Quién necesitaría algo así?

Tal vez era otro Skelly, un chiflado o bombardero loco que quería conocer las capacidades del Imperio, con el fin de crear más problemas. Ella no quería ser parte de eso.

Pero Hetto no era esa clase de persona. Y eso le sugirió alguien más que lo querría: alguien al que le preocupaba lo que el Imperio le estaba haciendo al pueblo de Gorse.

Alguien que se preocupara tanto como Zaluna.

Si había alguna posibilidad de que «Hera» fuera de ese tipo, valía la pena tener una conversación, sin importar el peligro para Zaluna. Una sola conversación, nada más; no tenía ningún deseo de terminar como él. Pero Hetto se lo merecía.

Sin embargo, tenía que hacerse en secreto… y por eso su destino la desconcertó. *¿«El Cinturón de Asteroides»?* No había pisado una cantina en treinta años, pero había visto los suficientes videos para preguntarse por qué alguien consideraría a una como el lugar para un encuentro subrepticio. *¡Tantos ojos! ¡Tantos oídos!* Sin mencionar los órganos sensoriales de naturalezas que ella nunca había imaginado, pertenecientes a todas las demás especies que frecuentaban las cantinas.

Llena de adrenalina, había desempacado todos los aparatos de los programas de entrenamiento que había pasado años antes, cuando había aprendido las mejores prácticas para la colocación de micrófonos y cámaras ocultas, y para localizar las existentes para su reparación basada en sus emisiones subespaciales. Detectarlas antes de que la detectaran: esa sería su ventaja, pensó.

Vio el cartel adelante. No tenía ningún sentido esperar afuera por más tiempo.

—Hetto, pobre alma imprudente, esto es por ti. —Se envolvió la capa firmemente a su alrededor y entró al edificio.

Capítulo diecinueve

El minero de dientes rotos vio a Kanan tan pronto como el piloto entró en El Cinturón de Asteroides.

—Te he estado buscando —gruñó el hombre fornido—. ¡Todavía tenemos una pelea de anoche que terminar!

Magullado y sucio por el episodio en Ciudad Temblor, Kanan comenzó a pasar a su lado. Entonces sus manos enguantadas salieron disparadas, agarrando al minero por el pescuezo peludo. Kanan tiró fuerte, aplastando la cara del hombre contra una mesa adyacente, desperdigando las cartas y los créditos del juego de sabacc de allí. Los sobresaltados jugadores de cartas vieron con asombro como Kanan tiraba al hombre aturdido de su mesa… y luego se trepó encima él mismo.

—Ahora escuchen esto —le gritó a las docenas de clientes que llenaban la gran cantina—. Ya he tenido suficiente de hoy. Cualquiera que me fastidie irá al centro médico.

—¡El Imperio cerró el centro médico! —gritó alguien.

—Corrección: Cualquiera que me fastidie irá a la morgue. Eso es todo. —En un solo movimiento rápido, levantó la jarra de cerveza a sus pies… la que había pertenecido al hombre en el suelo. Bebió el contenido de un trago y bajó de la mesa.

Desde su puesto regular detrás de la barra, el viejo Okadiah lo miró.

—Me dejas estupefacto, Kanan. Te ves como si acabaras de pasar por una pelea de bar, y sin embargo podría jurar que acabas de llegar hace un minuto.

—Eso es porque *estuve* en una pelea de bar —dijo Kanan, frotándose la mandíbula—. La Estación de Combustible de Philo, en Ciudad Temblor.

—Pero se supone que no va a abrir hasta dentro de tres meses.

—Va a ser un poco más —dijo Kanan, alcanzando una botella por encima del mostrador.

—Hmm. —Okadiah dio brillo a una copa—. Uno sólo puede suponer la participación de una mujer.

—Añade estupidez y mezcla bien —dijo Kanan—. Pero qué mujer. Llevaba una capucha cuando la vi por primera vez. Pero sus ojos son *asombrosos*. Y tiene unos movimientos. Te lo aseguro, Oke, si ella fuera a entrar aquí ahora…

—¡Creo que se cumplió tu deseo! —dijo Okadiah, señalando.

—¿Eh? —Kanan miró detrás de él, expectante. Mirando por la puerta parcialmente abierta había una mujer sullustana en un poncho de color de rosa. Sosteniendo una bolsa azul en sus manos, miraba cautelosamente aquí y allá.

—Capucha, bien. Ojos, bien —dijo Okadiah sonriendo—. Pero creo que nunca voy a entender tu tipo.

La mujer se deslizó al interior. La puerta se cerró de golpe ruidosamente detrás de ella, sobresaltándola sólo por un instante. Pero rápidamente se abrió camino a una mesa

en la esquina, y luego a otra y luego otra, pasando a través del cuarto como si estuviera tratando de evitar ser vista por alguien al que solo ella veía.

Kanan miró, perplejo.

—¿Qué crees que es eso?

—Tal vez el agente de impuestos ha llegado —dijo Okadiah.

Finalmente al llegar cerca de la barra, la sullustana miró en tres direcciones diferentes. Entonces cruzó rápidamente el espacio, llegando junto al asiento en el otro extremo de la barra, cerca de Kanan.

Okadiah hizo una reverencia.

—Bienvenida a mi establecimiento, señorita. Mi amigo de aquí es un gran admirador.

Kanan miró a Okadiah.

—¡No es ella, imbécil!

Okadiah sonrió.

—¿Podemos ayudarla con algo?

Sus grandes ojos miraron a Kanan… y su expresión intensa se suavizó un poco, como si lo reconociera.

—Hay algo. La barra. ¿Te importaría si paso al otro lado?

Kanan la miró con ojos desorbitados.

—¿Quieres sentarte del lado del camarero de la barra?

—Kanan lo hace todo el tiempo —dijo Okadiah—. También duerme allí.

—Señora —dijo Kanan— no hay taburetes de ese lado.

—Está bien —respondió la mujer, mientras sus ojos escaneaban el techo—. No quiero una silla. Quiero sentarme en el suelo.

Kanan y Okadiah se miraron entre sí por encima de la barra, perplejos. Luego ambos se encogieron de hombros… y la mujer se lanzó alrededor de la abertura y pasó detrás de la barra. Kanan la vio desaparecer.

—No me gusta perderme de nada —dijo Okadiah—, pero un anfitrión debe atender. Jarrus, muchacho, cuida del fuerte. —Le lanzó la toalla a Kanan y saludó a la mujer acurrucada—. Hablemos de nuevo alguna vez —dijo, saliendo de detrás del mostrador.

Kanan agarró la camisa de Okadiah cuando pasaba.

—Esto es raro. ¿Qué voy a decirle?

—Estarás allí atrás con todo el alcohol. Ofrécele un trago. O toma uno tú.

Kanan sopesó los hechos y se dio cuenta de que su amigo había hecho una excelente sugerencia. Alzando su cuerpo a la barra, se depositó a sí mismo al otro lado del mostrador. Allí, vio a la mujer sullustana sentada en el piso, inclinada hacia atrás con la cabeza y hombros dentro del gabinete bajo el fregadero.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo ahí?

—Sólo tomará un segundo —gritó ella.

Kanan esperó. Tal vez tenía la ambición de ser fontanera.

Ella se asomó.

—Disculpa. ¿Puedes alcanzarme el cortador que está en mi bolso?

Estupefacto, Kanan hizo lo que se le pedía. El bolso estaba lleno a rebosar de aparatos electrónicos.

—Gracias —dijo, tomando la herramienta. Unos segundos más tarde, emergió con una mirada de satisfacción—. Listo. Ya me he ocupado.

Kanan le ofreció una mano para levantarse.

—¿Qué has hecho?

—Neutralicé las cámaras de vigilancia de aquí —dijo ella, poniéndose de pie—. Gracias por la ayuda.

—¿Hay cámaras aquí?

—Hay cámaras por todas partes —dijo la mujer, sacudiéndose la ropa. Con aspecto mucho más tranquilo, se quitó el poncho, revelando ropas de color oscuro—. Eso es lo que estaba haciendo cuando entré… moviéndome entre los puntos ciegos. Me imaginé que Transcept escondería el relé transmisor detrás de la barra. Es un lugar favorito para las cantinas… nunca nadie quiere limpiar bajo el lavabo. —Devolvió su herramienta a la bolsa—. Corté la energía a todo el sistema.

Kanan miró alrededor de la habitación. Todavía no podía ver donde estaban las cámaras.

—No te preocupes, hice que parezca que un roedor masticó los mecanismos. Pasa todo el tiempo. Alguien que finja ser distribuidor de cerveza vendrá la próxima semana para reparar todo.

—Si tú lo dices. —Kanan respiró hondo, preguntándose si alguna vez había hecho algo más que emborracharse en el lugar. Sabiendo que no lo había hecho, se sacudió la paranoia—. ¿Cómo lo sabes, Zaluna?

Ella lo miró, repentinamente seria otra vez. Sus grandes ojos se ensancharon aún más.

—¿Cómo… cómo sabes mi nombre?

—Lo dice en tu placa de nombre, allí —dijo Kanan, señalando.

La mujer lo miró… y luego bajó la mirada a la placa oficial enganchada a su ropa de trabajo.

—Oh —dijo disgustada, arrancando la insignia y poniéndola en su bolso—. Supongo que no soy muy buena en esto.

—¿En qué?

Recuperando la compostura, Zaluna miró a Kanan y sonrió remilgadamente.

—Sólo soy una cliente visitando una cantina. No me prestes atención.

—Está bien —dijo Kanan, apartándose hacia las botellas.

—Pero me vendría bien un poco más de ayuda.

Kanan la miró por encima de su hombro.

—Mire, señora, tuve un día muy largo. No estoy de humor para ayudar a nadie.

—Pero lo harás. —Zaluna se inclinó contra la barra y sonrió suavemente—. Te conozco. Te he visto trabajando… en Cynda.

—¿Cómo? Nunca te he visto allí.

Zaluna no lo explicó.

—Ayudas a la gente. Te he visto hacerlo antes. Y te vi salvar del conde Vidian a tu amigo hoy.

—¿Me viste?

Zaluna no dio más detalles. Pero sonrió, un poco avergonzada de lo que había revelado.

—Es uno de los raros placeres de mi mundo. Te pasas todo el tiempo buscando gente mala, y quieres olvidar lo que ves. Pero a los buenos, los recuerdas.

Kanan la miró fijamente. Nada de lo que estaba diciendo Zaluna tenía sentido. La mujer, ahora se dio cuenta, le recordaba a Jocasta Nu, la bibliotecaria Jedi. No tenían ningún parecido en su aspecto, por supuesto. Pero Jocasta siempre parecía saberlo todo y actuaba como si saberlo todo no fuera nada. Esta mujer definitivamente tenía la misma actitud.

—¿En qué quieres ayuda?

Zaluna miró a la abundante multitud.

—Se supone que debo reunirme con alguien, pero no sé qué aspecto tiene.

—¿No sabes cómo se ve todo el mundo?

—Esta vez no. Y tengo que mantener un perfil bajo. ¿Puedes mirar por mí?

Kanan miró hacia abajo y puso las manos delante de él.

—Zaluna, no sé quién eres ni quién crees que soy… pero *no* me conoces. ¡No voy por ahí ayudando a personas al azar!

—Eso no es lo que he oído de ti —vino una voz desde el otro extremo de la barra. *La voz*.

Kanan decidió hacerse el interesante, mientras se giraba. *Siempre te buscan, hermano*.

—¡Hola, Hera! —dijo, sonriendo con confianza—. ¿Qué puedo servirte?

Capítulo veinte

La orden Jedi era más que una fuerza de policía que no cobraba, más que un club de ejercicios aficionados a la metafísica. Era una forma de vida, basada en el Código Jedi… y un montón de reglas de vida que no estaban en el Código, que habían sido agregadas más adelante. Una era que los Jedi evitaban involucrarse en relaciones románticas. Una vez que estuvo huyendo, Kanan Jarrus había encontrado esa regla bastante fácil de olvidar.

La visita aquí de Hera, claro, no era ningún tipo de cita… pero ella *era* una mujer encantadora que quería una conversación privada, y por sus experiencias anteriores conocía el lugar justo. El Cinturón de Asteroides tenía una mesa convenientemente aislada en la parte de atrás donde había la luz justa y estabas fuera de la línea de tropiezo de los borrachos y luchadores.

Pero en sus visitas anteriores a la mesa nunca había traído una chaperona bajita y gris… y Zaluna hablaba más con Hera que él. Después de que Hera lo enviara a buscar algo a la barra por tercera vez, Kanan había empezado a sospechar que después de todo, la twi'lek realmente había venido aquí buscándola a Zaluna, y no a él.

Las dos estaban charlando de cerca cuando Kanan regresó a la mesa con los posavasos que Hera había solicitado. Era el momento de intensificar las cosas.

—Ya pueden dejar de hablar de lo mucho que me extrañan, chicas… ¡estoy de vuelta!

—Genial —dijo Hera, en un tono que, por primera vez, no era música para los oídos de Kanan. Parecía molesta por haber sido interrumpida, pero él no iba a dejar que eso lo disuadiera.

Al mirar hacia abajo, vio que la silla en la que había estado sentado había sido apartada de la mesa hacia el pasillo. El pie de Hera la había empujado, notó. *Hasta ahí había llegado la gratitud por ser salvada*.

—Sólo hay espacio para estar parado esta noche —dijo él, agarrando la silla y riendo—. Que suerte que nadie agarró esta.

—Que suerte —repitió Hera.

Kanan giró la silla hacia atrás y se sentó a horcajadas, poniendo el pecho contra el respaldo de la silla y cruzando los brazos por encima de ella… un movimiento pensado para involucrarlo totalmente en la conversación.

—¿De qué me perdí?

Hera lo miró con impaciencia… hasta que Zaluna la tomó de la mano.

—Creo que puedes confiar en él. Lo he observado por más tiempo que tú. Ayuda a la gente… aunque se esfuerza por demostrar lo contrario. Le plantó cara a Vidian hoy.

—Lo vi —dijo Hera.

—¿Lo hiciste? —preguntó Kanan, boquiabierto.

Hera pareció inquietarse.

—Sigue sin ser una buena idea. Los secretos se protegen manteniendo el círculo pequeño.

—Y te proteges a ti misma teniendo un testigo —dijo Zaluna—. He sido testigo profesional toda mi vida. Si realmente vamos a discutir esto, me gustaría uno ahora. —Contempló a Kanan—. Él servirá.

Kanan se desplomó en su silla y se encogió de hombros.

—Serviré. —*¿Qué está pasando aquí?*

Hera pareció tomar a una decisión. Se inclinó sobre la mesa, con las manos entrelazadas.

—Muy bien. Había venido aquí encontrarme con este tipo que conocí en la HoloRed…

—Ah, bueno, ese fue tu primer error —proclamó Kanan—. Yo podría haberte contado…

Pero antes de que él pudiera terminar la frase, Hera le mostró a Kanan una sonrisa que era sólo ligeramente condescendiente.

—¿Puede esperar?

Suavemente escarmentado, Kanan cerró la boca.

—Estaba buscando a un hombre llamado Hetto. Él y Zaluna trabajan para una empresa con un contrato de vigilancia para el Imperio. Hetto empezó a preocuparse por lo que veía como abusos de autoridad… y ya había estado en contacto con otras… *partes interesadas*.

Kanan pudo notar por la manera en que Hera pronunció las palabras que no quería explayarse mucho en eso. Pero dijo que era Hetto al que suponía que vería hasta que su arresto lo cambió.

—Fue arrestado por intentar reunirse contigo ——dijo Zaluna, meneando la cabeza.

—No fue sólo eso —dijo Hera, en tono tranquilizador—. Lo sabes. Hetto era consciente, Zaluna. Había despertado para ver todas las cosas que está haciendo el Imperio. ¿Esta reunión? Estaba extendiéndose, tratando de hacer algo. Fuiste muy valiente al tomar su lugar, al terminar lo que él comenzó.

—Yo no soy valiente —dijo Zaluna, su voz era un poco temblorosa—. Soy una vieja tonta. Recuerdo demasiado. Recuerdo cómo era… y cómo empeoró, incluso antes del Imperio. Recuerdo cuando la gente no mataba a los jefes del gremio por un capricho y se iba sin volver a pensarlo. —Sus ojos negros brillaron—. Y recuerdo cuando mi pueblo estaba a salvo. Los empleados a mi cargo son mis hijos y ahora uno de ellos está en serios problemas. —Se enfocó en Hera—. ¿Matarán a Hetto?

Hera no parecía saber qué decir. Zaluna cerró sus enormes ojos con tristeza. Kanan se extendió y le acarició la mano.

—Bueno, tal vez tu amigo sólo está en un campo de trabajo.

—Kanan tiene razón —dijo Hera, una frase que él pensó que sonaba maravillosa viniendo de ella, sin importar si la decía en serio o no—. Hetto es una persona talentosa, y querrán tenerlo, tal vez incluso trabajando como hasta ahora. Sólo que en otro lugar.

—Sí, y quizás incluso allí tienen luz de día —dijo Kanan. Le sonrió torpemente a Hera y se encogió de hombros.

Recuperando la compostura, Zaluna buscó en su bolso y sacó un cubo de datos. Era más grande que el dispositivo de almacenamiento que Kanan había visto a Skelly mostrando a todo el mundo.

—Esto es lo que Hetto quería darte. —Miró a Hera—. ¿Sabes lo que contiene?

—Eso creo —dijo Hera. Buscó en un bolsillo y sacó un pequeño dispositivo de lectura—. ¿Puedo?

Zaluna hizo una pausa, de repente reacia.

—Esto es, ¿no? Este es el momento. —Echando un vistazo alrededor de la barra, respiró profundamente—. Es casi emocionante, estar de este lado de las cámaras. Te preguntas quién más está aquí.

—Aquí no hay agentes Imperiales, si eso es lo que preguntas —dijo Kanan. Miró atrás por toda la habitación—. Son todos cien por ciento puros borrachos que llevan palas. He peleado con demasiados de ellos para creer que pudieran haber sido plantados por el Imperio.

Hera lo miró.

—¿Y qué piensas *tú* acerca del Imperio?

—Pienso lo menos posible —dijo—. Puedo tomarlo o dejarlo.

—Hmm.

Ella parecía decepcionada, pensó Kanan, pero sólo un poco. Claramente, Hera era políticamente consciente; conocía su tipo, habiendo cortejado a una, o diez, mujeres universitarias en mundos más desarrollados. Pero todas esas mujeres agresivamente trataban de involucrarlo en sus causas de la semana. Hera lo estaba dejando tranquilo, al menos por el momento. *Bien por ella.*

—Puedes mirarlo —decidió finalmente Zaluna, ofreciéndole el cubo de datos—. Eso es lo que quería Hetto. Pero… tal vez mejor que lo devuelvas después. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Hera. Tomándolo, lo enchufó en su dispositivo y comenzó a leer. Kanan vio que sus ojos se ensanchaban mientras leía, y se dio cuenta que estaba saboreando algo maravilloso.

—¿Algo jugoso?

—Ajá. —Ella manipuló el dispositivo durante varios minutos—. Esto es enorme. No es sólo la información… es cómo se la recuperó. El Imperio está en todas partes.

—Pero no es omnisciente —dijo Zaluna—. Los ojos y oídos pueden fallar. —Indicó con la cabeza lo que Hera sostenía—. Si lo estudias lo suficiente, verás adonde se quedan cortos.

—Esta sección de aquí. ¿Qué son estos nombres?

Zaluna examinó lo que Hera estaba mirando y se aclaró la garganta.

—Eso es diferente. Esas son todas las peticiones realizadas en el canal Imperial a la base de datos de Transcept. La gente que les interesa. Verificación de antecedentes, pedido de archivos de vídeo.

Kanan echó una mirada mientras Hera hojeaba las listas de nombres. Todavía no podía creer que nada de este asunto era real.

—Creo que Hetto estuvo descargando hasta unos minutos antes de que fue arrestado —dijo Zaluna—. Ahí hay algunas muy recientes.

Hera señaló un nombre.

—¿Cuál es éste último: *Lemuel Tharsa*?

—Es una de las peticiones del nivel de comando desde el Destructor Estelar. Alguien importante quería saber sobre él.

—¿Nivel de comando? ¿Como la capitán? ¿O el conde Vidian?

—Supongo.

—¿Y quién es Lemuel Tharsa?

—El nombre no me suena familiar —dijo Zaluna. Tomó el cubo y el lector de Hera y ejecutó una búsqueda—. Alguien con ese nombre visitó el planeta hace veinte años… alguien inició un expediente sobre él, por lo menos. Aunque no hay detalles.

—¿Por qué buscarían a alguien así? —preguntó Hera.

—No tengo idea. Lo siento, no hay más… en los tiempos de la vigilancia comercial, había límites legales para hacer más seguimiento. —Zaluna le devolvió el cubo y el lector a Hera—. Por supuesto, probablemente vi al tipo en aquel entonces, si era la misma persona. Tal vez algo me refresque la memoria.

Kanan se rió entre dientes.

—Bueno, ustedes espían a millones de personas. No esperaría que…

—Kanan Jarrus, humano, sexo masculino, algo más de veinte años —dijo Zaluna, mirándolo—. Piloto de transporte, carga peligrosa. Autorización de vuelo nivel siete. Emigrado a Gorse hace cinco meses desde…

Kanan la tomó de la muñeca.

—De acuerdo, eres espeluznante. Lo entiendo. —Su boca se puso seca, y alcanzó su copa.

—Esto es bueno —dijo Hera, desenchufando el lector y pasando el cubo de datos a la mujer—. Muy bueno, muy digno del sacrificio de Hetto… y el tuyo. ¿Me lo dejas suficiente tiempo para copiarlo? Estoy ocupada con la razón por la que estoy aquí, pero para esto, encontraría el tiempo.

Kanan alzó las cejas.

—Pensé que reunirte con *ella* era la razón por la que estabas aquí.

Hera lo miró amablemente.

—Kanan, aprecio lo que hiciste por mí en Ciudad Temblor… y también aquí como anfitrión. Pero ya he hecho todo lo que voy a hacer para satisfacer tu curiosidad, así que…

—*¡Oh, no!*

Hera y Kanan miraron a Zaluna.

—Está aquí —dijo la sullustana, mirando a la multitud—. ¿Por qué vendría aquí, ahora?

Kanan, miró a su alrededor, pero sólo podía ver a los parroquianos bulliciosos.

—¿Qué? ¿Quién está aquí?

—¿Qué pasa, Zaluna? —preguntó Hera, preocupada—. ¿El Imperio?

Habiendo tomado ya una decisión, Zaluna metió el cubo de datos en su bolso y se paró.

—Esto es demasiado. Tengo que irme. —Se apartó de la mesa y se dirigió a la puerta lateral—. ¡Adiós!

Kanan y Hera se miraron, perplejos… hasta que se percataron de la presencia cercana de una figura en un abrigo tostado.

—¡Kanan! Justo al tipo que estoy buscando —dijo Skelly, asomando por debajo de la capucha—. ¡Y veo que ya conoces a mi amiga!

Capítulo veintiuno

—*¡Tú!* ¡Pensé que me había librado de ti!

Skelly estiró las manos y le sonrió ampliamente a Kanan.

—Hola, a ti también —dijo, hablando en voz bien alta—. No te levantes.

Kanan sí se levantó. Agarró al sobresaltado fugitivo por la nuca y lo empujó a la fuerza hacia abajo al asiento que Zaluna había estado ocupando.

—¡Esta es una sala llena de mineros que creen que has intentado aplastarlos hasta la muerte!

—Eso está mal. —Skelly comenzó a levantarse—. Mira, podría decirles…

—¡Siéntate! —ladró Kanan, empujándolo hacia abajo. Miró alrededor de la habitación para ver quién lo había notado. Afortunadamente, era un caos como de costumbre… un término que venía rápido para describir como había sido toda la noche.

—¿Por qué…? —Hera comenzó a decir—. Nuestra amiga, la sullustana. Salió corriendo de aquí cuando te vio. ¿Por qué?

—No tengo idea —dijo Skelly.

—Probablemente alguna vez se encontró contigo en un elevador —dijo Kanan.

Skelly señaló a Hera con su mano buena.

—Deberías tener cuidado con esta mujer, Kanan. No creo que sea quien dice ser.

—Gracias por el consejo. Pero no me ha dicho nada todavía.

Hera se paró y miró a Kanan.

—Debería ver adonde se fue. Volveré.

—No, espera. —Se levantó y le tocó el hombro—. Quédate con Skelly. Asegúrate de que no haga… bueno, nada. Nada en absoluto.

Kanan caminó rápidamente a lo largo de la barra. Al llegar a la puerta lateral, no vio nada afuera salvo el antiguo autobús flotante de Okadiah, estacionado a la luz de la luna.

Cuando regresó, vio a Skelly y Hera hablando furtivamente. *¿Realmente se conocían?*

—No pude verla —anunció.

Hera frunció el ceño.

—Ella sabría que Skelly era buscado —razonó.

—Quizás regrese cuando se haya ido. —Sentándose, Kanan enfrentó a Skelly—. ¿Qué haces aquí en primer lugar? ¿Quién te dejó ir?

Skelly señaló.

—¡Ella!

Kanan miró boquiabierto a Hera.

—¿Qué?

Hera simplemente asintió con la cabeza… y se encogió de hombros.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En Luzdeluna —dijo ella—. Lo retenían prisionero. Yo lo liberé.

—*¿Por qué?*

—Me pareció lo correcto.

—¿Como activar un detonador termal? —Kanan no lo podía creer.

Ella no parecía preocupada.

—Parecía seguro. No hubo ningún reporte de bajas de la luna…

—Yo casi fui una. Él es un arma biológica. —Palmeó la manga de Skelly—. Ahora, por favor, ¿quieres salir de aquí?

—Me iré —dijo Skelly, retirando su mano—. Pero he venido a verte porque necesito un favor.

—Más vale que sea algo bueno.

—Vidian viene a inspeccionar Luzdeluna en unas horas —dijo Skelly.

Eso despertó el interés de Hera.

—Qué extraño. Pensaba que Luzdeluna era una operación pequeña.

—Lo escuché decírselo a Lal. Los soldados de asalto ya han tendido un cordón de seguridad alrededor de esa parte de Ciudad Temblor. Así que necesito tu ID para llegar a las instalaciones, viejo amigo.

Kanan tomó un largo sorbo de su bebida, entonces preguntó:

—¿Mi qué?

—Dijiste que ibas a renunciar, ¿verdad? Sólo préstame tu placa de identificación. Te la devolveré después de que le presente mi argumento a Vidian.

—No me la devolverás, ¡porque van a dispararte en la cabeza! Y Vidian se divertirá mirando. —Kanan meneó la cabeza—. Ese tipo es horrible.

—Es brillante. No acepta ninguna impertinencia de los tipos importantes de las corporaciones.

—Seguro —dijo Hera—. Los mata.

—Conozco algunos que se lo merecen. Por lo que he oído, él hace lo que necesita hacerse. —Con la mano izquierda, hizo un gesto hacia su mano derecha inmóvil—. Y no se avergüenza de sus cibernéticos. Creo que habla mi idioma. Nos consultaremos, como dos profesionales. Voy a salvar la luna. Y luego me iré.

—Este es el plan más tonto que he escuchado. —Kanan miró a Hera con incredulidad—. Esto es lo que dejaste suelto.

Hera suspiró.

—Vi a alguien con una queja. Quería saber qué era, antes de que el Imperio lo eliminara. Quería saber si era algo digno de conocer. —Fijó los ojos en Kanan y habló con calma—. No siempre puedes adivinar qué papel jugará alguien.

—¿Quieres decir que no puedes escoger a tus amigos?

—Oh, soy muy selectiva.

—Apuesto a que sí.

—Tengo estándares altos —dijo Hera—. Sólo personas muy especiales van a ser capaces de ayudarme ahora.

—¿Como Skelly? ¿O ella? —Kanan hizo un gesto con el pulgar hacia la puerta a través de la que Zaluna se había ido.

—No, probablemente no. —Sonrió caritativamente—. Y ni siquiera tú. Gracias por lo de antes, pero no vas a ser capaz de ayudarme.

—¿Ayudar con qué?

Ella sonrió suavemente.

—Si tienes que preguntarlo, no estás listo para saberlo. —Se levantó—. Y ahora realmente tengo que irme. El Imperio todavía está buscando a Skelly… y si quiebran a Hetto, podrían saber de mi reunión.

Antes de que Kanan pudiera responder, oyó la puerta abriéndose de una patada. Dos soldados de asalto aparecieron allí. Girando, vio a dos más entrar por la puerta lateral.

Hera, también los vio. Suspiró.

—Habla del Imperio, y aparece.

En cuclillas detrás de un contenedor de basura, Zaluna luchó para calmarse. Había tenido razón al moverse cuando lo hizo. Cada imperial en Gorse buscaba a Skelly, y probablemente se había ofrecido una recompensa. No sabía si era culpable de lo que había sido acusado, pero no iba a quedarse posiblemente traicionando al Imperio mientras él estaba en cualquier lugar cercano.

¡Traición! Eso era lo que acababa de cometer, se dio cuenta. La respiración de Zaluna se volvió rápida cuando miró hacia abajo al suelo y a su bolso abierto. El cubo de datos estaba allí, brillando a la luz de la luna. Al mostrar el objeto y su contenido a Hera, Zaluna acababa de tirar a la basura treinta y pico de años de fiel servicio… ¿y para qué? ¿Para ayudar a una mujer que podría ser cómplice de un bombardero loco? Skelly pareció reconocer a Hera. ¿Había sido toda la pelea con Kanan en la luna un fraude, para atraparla?

Caer en una trampa había sido una preocupación al venir, y había tomado algunos pasos para prepararse para eso. Sin embargo, no habían incluido una ruta de escape de este lado del edificio. Al oír el ruido de las armaduras cuando los soldados de asalto pasaban corriendo, Zaluna buscó furtivamente un escondite para el cubo de datos o algo con que romperlo. No había nada. Incluso el contenedor de basura estaba cerrado con llave.

Cuando el sonido de otro transporte llegó desde la calle más allá, Zaluna vio a su único santuario posible acechando grande y oscuro en el callejón. Recogió su bolso y corrió hacia él. O esos años en la sala de ejercicios de Transcept la salvaban o no.

El clamor dentro del Cinturón de Asteroides disminuyó sólo un poco cuando los soldados de asalto, un hombre y tres mujeres, se abrieron camino al interior, con los blásteres listos

pero no levantados. Kanan vio a Okadiah dejar su juego de sabacc lo suficiente para saludarlos.

—¡Bienvenidos, oficiales, bienvenidos! ¡La hora feliz es toda la noche!

Kanan le disparó una mirada preocupada a Hera.

—Sólo hay dos salidas de aquí —dijo.

—Lo sé. Lo verifiqué antes de entrar.

Claro que lo hiciste, pensó Kanan.

Skelly se puso de pie y alcanzó su capucha.

—Ya he tenido suficiente de esto —dijo, empezando a quitarse la capa—. Estoy intentando ver a Vidian de todos modos. ¡Simplemente iré con ellos!

—*¡No!* —Kanan y Hera dijeron al unísono, cada uno agarrando un brazo y tirando de Skelly hacia abajo. Kanan tiró de la parte superior delantera de la capucha hasta casi cubrir la nariz de Skelly.

Los soldados de asalto comenzaron a abrirse camino a través de la sala, hablando a los clientes individuales. Los borrachos no cooperaban, y los soldados de asalto no estaban siendo gentiles en respuesta.

—¿Puerta lateral? —preguntó Hera.

Kanan meneó la cabeza.

—¿Oyen eso?

Hera se concentró por un momento.

—Sólo el bar.

—Hay un transporte de personal flotando afuera. Deben ser más soldados de asalto.

Hera miró la salida.

—¿No podría ser el autobús flotante?

—Diferente sonido. —Sólo él y Okadiah tenían el código de activación, de todos modos. Kanan miró furtivamente alrededor del bar… hasta que sus ojos se fijaron en el pasillo corto directamente detrás de su mesa.

Kanan volvió a mirar para asegurarse de que los soldados de asalto no estaban mirando en su dirección. Viendo su momento, se puso de pie, agarrando firmemente el brazo de Skelly.

—Rápido —dijo, dirigiéndose al corredor—. ¡Tú también!

—Pero eso no lleva afuera —dijo Hera.

—Sólo sígueme… y haz exactamente lo que yo diga.

Capítulo veintidós

—¡Eh, usted!

—Eh, yo —dijo Kanan, emergiendo solo desde el corto pasillo con una toalla blanca en la mano. Había pasado menos de un minuto, y dos de los soldados de asalto habían llegado a la mesa que había desocupado.

—Estamos registrando este establecimiento —dijo el de voz femenina.

—¿Buscando qué?

—Un espía, que vino aquí a reunirse con un traidor. —El soldado masculino empujó a Kanan al pasar junto a él y entró al corto pasillo.

—Estás bromeando. —Kanan se rió—. Echen un vistazo —dijo, recogiendo su jarra vacía de la mesa y frotándola con el paño—. Si su espía está aquí esta noche, ¡ha encendido sus impulsores!

La mujer soldado de asalto miraba la multitud de bebedores. Un ugnaught borracho, de rostro hocicudo y sólo un metro de altura, se había encaramado torpemente en la cabeza de un ithoriano semejantemente borracho. El cabeza de martillo de piel marrón tenía una jarra en cada mano de dedos largos y se tambaleaba tratando de servirse tanto a sí mismo como a su pequeño pasajero al mismo tiempo sin derramar ninguna cerveza.

Una noche normal para el Cinturón de Asteroides, en todos los aspectos.

—Tal vez esos de allí son sus traidores —dijo Kanan, señalándolos con una sonrisa.

—No importa —dijo el soldado de asalto—. También buscamos a un piloto de Luzdeluna. Aún no tenemos sus fotos, pero es un testigo, el bombardero viajó de polizón en su nave. Nos dijeron que vive aquí.

—En el piso, tal vez —dijo Kanan, caminando para dejar la jarra vacía en la barra—. Estos pilotos vienen una noche y se van la otra. —Alcanzó una botella vacía y la lanzó a la basura—. Yo soy sólo el barman. ¿Puedo ofrecerles algo?

Desde el pasillo corto, el otro soldado llamó:

—¡Hay alguien detrás de esta puerta!

—Uh-oh —dijo Kanan, caminando rápido para llegar allí primero. Había una pequeña puerta a la izquierda al final del corredor, y el soldado de asalto que Kanan había visto antes iba a abrirla de una patada. Kanan se acercó y levantó la mano.

—Realmente no creo que quieras entrar ahí.

El soldado de asalto miró a Kanan, su cabeza blindada se inclinó ligeramente de perplejidad.

Y luego todos lo oyeron: el sonido más repugnante y nauseabundo vino desde detrás de la puerta. Algo metálico golpeó fuertemente contra la pared en el interior y luego contra la puerta, antes de que el horrible ruido de arcadas comenzara otra vez.

—Es uno de los wookiees —dijo Kanan, sacudiendo la cabeza—. Siempre cree que puede con la cerveza trandoshana. Esa cosa puede despegar el acabado de un deslizador.

La mujer soldado de asalto no se dio la vuelta.

—Pero eso no suena…

Fue interrumpida por una terrible sinfonía de arcadas, más fuerte que antes. Kanan miraba por detrás del par en armaduras.

—¡Trae el equipo pesado, Layda!

—¡Disculpen! —Hera, vistiendo un largo delantal, apareció en la puerta abierta al otro lado del pasillo. Salió del depósito sosteniendo una fregona en una mano y un maletín de limpiadores de potencia industrial en la otra. Mientras los soldados de asalto miraban, dejó el maletín fuera de la puerta y sacó varios barbijos de tela. Se ató uno sobre el rostro y luego otro—. Será mejor que retrocedan —dijo a los observadores mientras se colocaba el tercer barbijo sobre la boca—. No estoy segura de si esos trajes los protegerán.

—*¡Rrrraaa-arrghh-arrggh-arrrrgh!* —vino otro aullido miserable detrás de la puerta. Se reanudaron los golpes.

—Creo que seguiremos adelante —dijo la mujer soldado de asalto. El lenguaje corporal de su compañero mostró un alivio inmediato—. Si ven alguna persona sospechosa —dijo ella—, llamen a las autoridades.

—Cayeron —dijo Kanan.

Una vez se cerró la puerta detrás de los soldados de asalto, Kanan sacó una llave y abrió la puerta. Allí, dentro de un pequeño armario, se acuclillaba un aterrorizado Skelly, sosteniendo una lata metálica en las manos.

—¿Fue lo suficientemente fuerte? —dijo, gritando en la cubeta y produciendo un ruidoso eco.

—Sal de ahí —dijo Kanan, agarrándolo—. ¡Y sal de aquí!

Manteniendo la capucha baja sobre la cabeza de Skelly, Kanan lo empujó a la sala principal, a lo largo de la barra y saliendo por la puerta lateral. Los soldados de asalto y su transporte se habían ido; solamente quedaba el autobús flotante de Okadiah.

Al llegar a la escalinata de entrada, Skelly se levantó la capucha y simplemente gritó.

—Entonces, ¿me vas a dar esa identificación o no?

Kanan respondió cerrando la puerta de golpe y poniéndole llave.

Hera estaba apoyada contra la barra, sin el delantal, cuando volvió.

—Esa fue una buena táctica, Kanan. —Podía notar por su expresión que estaba impresionada—. Si quieres que se vayan, haz que *ellos* quieran irse. Parece fácil.

—Tengo mucha experiencia evitando a los soldados de asalto.

—¿Oh? —dijo ella—. ¿Por qué es eso?

—No me gusta su sentido de la moda.

Ella sonrió

—Ven aquí.

Kanan lo hizo… y fue gratamente sorprendido cuando ella estiró la mano para tocarlo.

—Me has estado ocultando algo —dijo, pasando el dedo a lo largo del cuello de su camisa.

—Yo nunca haría tal cosa. —Se deslizó más cerca de ella, sorprendido por esta nueva actitud. Si la emoción la volvía amistosa, él no iba a objetar—. Puedes tener todo lo que quieras.

—Genial —dijo ella—. Quiero tu pase de Luzdeluna.

—Sería mejor… —dijo Kanan, antes de registrar su respuesta—. ¿Que quieres *qué*?

—Tu pase —dijo, y metió la mano dentro de su escote para agarrar algo. Sacó una tarjeta dorada, que colgaba de un cordón alrededor de su cuello—. Trabajas en Luzdeluna. No lo sabía, hasta que Skelly lo mencionó. Quiero tu pase para entrar en el terreno.

—No creo que simplemente puedas…

—He visto la puerta. Está automatizada. —Ella hizo un movimiento *swish-swish* con la mano—. Simple.

—Espera. ¿Por qué quieres entrar en la fábrica?

—Denetrius Vidian.

—Ew —dijo Kanan. Caminó hacia la barra, donde muchos de sus amigos lo llamaban con reconfortantes envases de vidrio—. Créeme, cariño, yo soy mucho más guapo.

—Ya sé qué aspecto tiene —dijo ella, siguiéndolo al mostrador—. Él es la razón por la que estoy aquí.

—Eso es todavía peor —dijo Kanan. Empezó a servir las bebidas—. Sé que no se pueden juzgar los gustos. Pero eres demasiado buena para alguien como él.

—No tengo una relación con él. Estoy intentando averiguar por qué está aquí.

—Yo pensaba que era obvio. Está aquí para sacarle más sangre a las piedras… o thorilide a los cristales. —Dándole un vaso, se unió a ella de su lado del mostrador. Realmente lo hacía en serio… *lo que fuera* que hacía—. Lo que nunca descubrí es por qué el Imperio necesita tanto thorilide.

Hera meneó la cabeza.

—Ese no es el misterio aquí. Están construyendo Destructores Estelares a un ritmo como para poner uno en cada casa. El misterio es por qué Gorse —dijo ella—, y por qué ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Ya los estaban forzando a trabajar más de la cuenta antes de que apareciera Vidian. Por eso es que tu amigo Skelly…

—¡No es *mi* amigo!

—… por eso es que Skelly y mucha otra gente como él han protestado tanto. Gorse y Cynda no fueron mundos que el Imperio honrara con su negligencia.

—Cuidado —dijo Kanan, tomando la excusa para inclinarse más cerca de ella y mostrarle su sonrisa—. Esas son palabras de traición.

—Creo que confiaré en el barrido de vigilancia que hizo Zaluna. Así que explícame esto —dijo—. El dominio administrativo de Vidian está centrado en Calcoraan, a varios sectores de aquí. Pero últimamente, toda su carrera imperial parece haberse dirigido hacia una meta: conseguir autoridad sobre Gorse y Cynda. Y el mismo segundo que la obtuvo,

llamó a una escolta imperial para venir aquí. —Enumeró los misterios con los dedos—. ¿No te parece extraño?

—Lo extraño es que una persona inteligente no tenga nada mejor que hacer que obsesionarse con la vida de un bicho raro imperial —dijo Kanan, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Por qué te importa?

—Porque donde va Vidian, el dolor lo sigue. Algunos amigos míos, han desaparecido, sus mundos han sufrido. Pero todo el mundo quiere algo. Si puedo averiguar qué es lo que persigue, quizá pueda hacer algo al respecto.

Kanan meneó la cabeza. ¿Cuántos años tenía… dieciocho, tal vez? ¿Acabar con un influyente agente de poder imperial?

—En serio, ¿de dónde sacaste todo esto?

—Tengo ojos y oídos. Leo. Hablo con la gente. Escucho.

—Si hablas con gente como Skelly y Zaluna, realmente estás desesperada. Skelly es un desastre. Y no parecía como que Zaluna estaba buscando ser parte de todo esto. Ella estaba cumpliendo una última petición, no uniéndose a una causa.

Los ojos de ella mostraron una mirada distante. Un poco triste, pensó él.

—No —dijo ella—, no son realmente el tipo de personas que podrían ser… —se detuvo y comenzó otra vez—. No son el tipo que busco.

—Podría habértelo dicho. Lo hice, en realidad. —Se puso la mano en el pecho—. Yo soy otra historia. Muy confiable. Y voy a estar disponible.

—¿Disponible para qué?

—Para lo que sea. —Kanan se paró derecho—. Voy a irme de este planeta… y te recomiendo que hagas lo mismo. Ha sido divertido tenerte aquí, a pesar de las luchas callejeras. Olvida este asunto de Vidian y nos podemos ir a viajar por la galaxia.

Lo contempló con diversión escéptica.

—No lo creo —dijo Hera—. Acabamos de conocernos. Ni siquiera sé lo que eres.

—Pregúntale a cualquiera. —Kanan agitó la mano hacia las cabezas del montón de borrachos—. ¡Okadiah! ¡Háblale de mí!

Invisible en medio de la multitud borracha, Okadiah gritó:

—Un buen piloto, un humanitario ocasional y un invitado más o menos tolerable. ¡Cásate con él, querida!

—¿Es eso una aprobación? —preguntó Hera, esforzándose para ver de donde procedía la voz—. ¿Puede siquiera verme?

—No importa —dijo Kanan—. Cualquiera te lo dirá. Puedo hacer cualquier cosa.

—No quiero que hagas ninguna cosa.

—Conozco el sector. Conozco gente. Conozco gente que conoce gente. —Se dio la vuelta—. Eh, mira esto. ¿Cuál era el nombre en la lista de Zaluna?

—¿El tipo por el que estaba preguntando el Imperio? —a ella no se le escapaba nada—. Lemuel Tharsa.

Sus ojos escanearon la habitación.

—Aguanta —dijo—. *¡Okadiah!*

El anciano salió de entre la multitud caminando hacia ellos.

—¿Me atrajiste? —Poniendo los ojos en Hera, el anciano se inclinó con admiración—. Oh, tú *definitivamente* me atrajiste.

Hera bajó los ojos y sonrió.

—¿Conoces a un Lemuel Tharsa? —preguntó Kanan.

—Puedo conocer a varios Lemuel Tharsas. ¿Hay escasez?

—Estuvo por aquí hace alrededor de veinte años —dijo Hera—. Me preguntaba si recordabas quién era.

Okadiah sacudió la cabeza.

—Me duele decepcionarte, querida. Pero no. Nunca estuvo en una de mis cuadrillas.

Hera asintió con la cabeza.

—Muy bien. Gracias.

Empezando a darse la vuelta, Okadiah miró hacia atrás.

—Claro, que si trabajó para las refinerías o la administración del gremio, no lo habría visto a menos que viniera al bar. Podrías preguntar a la jefa Lal. Tiene una carrera de toda la vida en Luzdeluna… desde la época cuando era Introsfera. Ella podría tener registros de personal.

—¡Gracias!

—Pero por favor no mires el mío —dijo Okadiah—. No quiero que sepas que soy demasiado viejo para ti.

—Fuera de aquí —dijo Kanan, empujando a su amigo—. Tiene cálculos renales de tu edad —le dijo a Hera.

—Tus observaciones lastiman —dijo el anciano y se alejó.

Hera miró a Kanan.

—Bueno, ahora, *realmente* quiero entrar allí. ¿Me darás la insignia o no?

Kanan se frotó la frente.

—Sabía que ibas a decir eso. Mira, ha sido un largo día. En unas horas, tengo que devolver a estas personas a Luzdeluna para el turno de la mañana… aquellos que recuperen la conciencia, al menos. También tengo que recoger mi pago final. Ven con nosotros. Si insistes, puedo llevarte a las instalaciones y hacerte entrar. —Levantó las manos—. Pero eso es todo, ¿de acuerdo? Ninguna locura.

Ella lo estudió por un momento. Finalmente, asintió.

—De acuerdo. Sólo una cosa. —Levantó el vaso—. Y ninguna locura. Ese es mi lema.

Hera volvió a su nave, resistiéndose a la oferta de Kanan de hospedarse en el Cinturón de Asteroides. Resultó que «borrachos durmiendo en el suelo» era más que una expresión jocosa; Okadiah Garson poseía el edificio al otro lado del callejón, donde los juerguistas agotados, por la principesca suma de un crédito por cabeza, se retiraban al lujo de esteras

en el suelo duro. Kanan había ofrecido darle la habitación más privada encima de la cantina —con él presente o ausente—, pero ella había decidido declinar la oferta. Tenía mucho que absorber.

Zaluna nunca había vuelto a aparecer y Hera dudaba que tuviera sentido tratar de hacer contacto. Si Hera hubiera llegado antes, o si la sullustana no hubiera estado asustada, ahora podría tener el cubo de datos de Transcept, obviamente un tesoro de información sobre personas y métodos de vigilancia imperiales. Pero Hera no estaba enojada con el destino, ni con ella misma. Cada plan corría el riesgo de fracasar debido a lo inesperado. Las recriminaciones eran una pérdida de tiempo valioso.

Pero Kanan Jarrus la había sorprendido, y la gente rara vez lo hacía. En Ciudad Temblor, ella había visto a un luchador, un típico rufián. Pero en el bar —aparte de su interés romántico, que había decidido encontrar divertido— lo había visto actuar con sutileza y astucia.

Fue oportuno, pero probablemente algo irrepetible. En cualquier caso, no esperaba tener la oportunidad de descubrirlo.

No, su verdadera presa seguía ahí. Vidian quería aumentar la producción del mundo, obviamente, pero la urgencia de su visita la hacía pensar que estaba pasando algo más. Si Vidian estaba aquí en una misión secreta —tal vez una misión secreta para el Emperador— entonces ella quería saberlo.

Y luego estaba Lemuel Tharsa. Desde su nave, había comprobado la HoloRed pública y encontrado que Tharsa estaba vivo y bien trabajando en otro planeta como consultor minero, haciendo trabajo independiente para el gobierno imperial. ¿Por qué, entonces, alguien a bordo del *Ultimátum* querría revisar su pasado lejano en Gorse? ¿Podría ser un potencial traidor entre la gente de Vidian… y un aliado para ella, si podía advertirle?

Buscaría respuestas mañana, en Luzdeluna. Hallaría la verdad… y la verdad le diría qué hacer. Como siempre lo hacía.

Se obligó a dormir.

Fase dos:
REACCIÓN

«Emperador abre nuevo centro médico para veteranos en Coruscant»
«Búsqueda de desaparecidos en marcha después de accidente industrial en Cynda»
«Conde Vidian llega a Gorse para gira de inspección, posibles demoras de tráfico»
—*encabezados, HoloNoticias Imperiales* (Edición de Gorse)

Capítulo veintitrés

Por primera vez desde que entró en la Academia, Rae Sloane llegaba tarde a una cita. Pero el Imperio Galáctico había hecho el horario. Podía romper el horario.

Y de todos modos, no era culpa suya. Durante el descenso a través de la atmósfera de Gorse, el Conde Vidian había salido del compartimento de pasajeros para reencaminar la lanzadera de la capitán —la *Cachiporra*— a una ubicación bien al sur de los distritos fabriles. Solicitó un sobrevuelo del hospicio de mineros que había ordenado cerrar.

Ella no entendió el sentido de hacer ese viaje, si no iban a aterrizar. No había mucho que ver en la oscuridad. Pero entonces había visto la razón en un destello… o mejor dicho, *con* un destello, cuando el edificio en forma de cubo abruptamente implosionó. Vidian había estado ocupado mientras Sloane dormía, ordenando la mudanza del personal, equipo utilizable y todos los pacientes —hasta donde ella sabía, al menos—, del centro médico. Con muchos de los recién-evacuados todavía en el suelo mirando hacia atrás desde sus transportes, los equipos de demolición del Imperio habían acabado rápidamente con el edificio. Los vehículos de remoción de escombros ya estaban en la escena; Vidian tenía planes para convertir el sitio en un más conveniente depósito de combustible. Fiel a su reputación, el hombre trabajaba increíblemente rápido. Sloane sólo podía imaginar lo que los desconcertados pacientes observando debieron haber pensado, al ver caer su hogar.

No se molestó en imaginar lo que Vidian había pensado. El hombre simplemente había observado el derrumbe, sin mostrar emociones, antes de regresar a la parte trasera del vehículo. Estaba bien con ella. Su trabajo era asegurarse de que no pasara nada más que interfiriera con su visita. Lo que había sucedido en Cynda no pasaría aquí.

El conde tenía previstas paradas por toda la fangosa megalópolis, así que Sloane había decidido no usar vehículos de tierra para llegar a todos. Habría demasiadas rutas que asegurar. En cambio, la *Cachiporra* volaría de parada en parada, llevando su propio complemento de soldados de asalto y protegida por contramedidas electrónicas contra ataques de tierra a aire mientras estaba en vuelo. Dicho ataque era extremadamente poco probable, pero Sloane trataba de pensar en todo.

Significaba que había que despejar las zonas de aterrizaje en todas partes y asegurarlas. Eso no había sido un problema. El capitán de un Destructor Estelar era un oficial naval, por supuesto, pero también era la personificación de la autoridad imperial en el sistema. Y aunque no tenía poder formal sobre las autoridades locales del Imperio en Gorse —excepto bajo ciertas circunstancias— los capitanes de las naves capitales no obstante eran tratados como gobernadores en miniatura. Muy pocos burócratas menores querían discutir con alguien que podría poner una docena de AT-ATs en tierra con una llamada de comunicador. Y entonces la policía local de Gorse se había unido a los soldados de la guarnición planetaria para prepararse para la llegada de Vidian.

Podría acostumbrarse a tener este tipo de autoridad. Sin duda quería hacerlo.

—Ciudad Temblor —anunció cuando la nave se acercó a un barrio industrial—. Tal como es.

El lugar había sido nombrado acertadamente, decidió: Sloane sintió un leve temblor cuando el tren de aterrizaje de la nave se asentó en el barro. El equipo había decidido no hacer que la *Cachiporra* aterrizara en la pista de Luzdeluna, donde se habría estacionado en medio de los transportes de explosivos; el fugitivo había volado en uno y todavía seguía prófugo. En cambio, la calle frente a la puerta delantera de Luzdeluna había sido acordonada —según se informó a pesar de las airadas objeciones de un dueño de restaurante besalisko— para crear un área de recepción.

Tal como es. Con la rampa baja, Sloane evaluó la escena. En otro mundo, la visita oficial de Vidian —incluso la visita de *ella*— habría merecido pompa y preparación, con mucho o poco tiempo. Aquí, había unas pocas farolas temporales que complementaban la luna creciente… y alguien había puesto unas tablas sobre la calle fangosa. Alrededor de dos docenas de ciudadanos estaban parados a un costado, flanqueados por los soldados de asalto, mirando como una pequeña y triste procesión se acercaba a la *Cachiporra*. No era el saludo que ella había ordenado ni el que le hubiera gustado, pero sabía que a Vidian no le importaría.

Él apareció en la puerta detrás de ella. Siempre había visto a Vidian marchar directamente hacia los lugares, sin perder el tiempo… pero aquí, se quedó parado, mirando hacia arriba, hacia abajo y todo alrededor. Y sobre todo a la fábrica de enfrente, donde sus ojos macabros se demoraron por largos momentos. Decidió que sólo hacía lo que fuera que hacía cuando se disponía a inspeccionar un lugar. El hombre bien podría estar mirando el menú de mañana en los comedores del *Ultimátum*, por lo que ella sabía.

Una mujer humana de piel bronceada los saludó, flanqueada por dos besaliskos. Sloane la conocía por su conversación holográfica como la alcaldesa de Ciudad Temblor.

—Bienvenido, conde Vidian. Bienvenida, capitán. Le presento a Lal Grallik, jefa de operaciones de Poliquímica Luzdeluna.

Vidian salió de su trance y bajó por la rampa. Ninguna mano fue ofrecida. Sloane se le unió en las tablas.

Lal, vistiendo un traje oscuro, se inclinó e hizo un gesto hacia el otro besalisko.

—Este es mi marido, Gord: jefe de seguridad de las instalaciones.

—No creo que lo necesitemos —dijo Sloane, tras Vidian—. Y me sorprende que siga en su puesto después de dejar escapar al hombre de demoliciones. —Se detuvo para mirar fijo a Lal—. ¡Familia o no!

El hombre besalisko gruñó.

—Si crees que puedes hacerlo mejor…

Su esposa lo calló.

—Estoy segura de que no habrá problemas, capitán. El equipo de Gord ha revisado tres veces cada metro cuadrado del sitio.

—Ajá. —Al oír un gemido alto viniendo desde el sur, Sloane se volvió para ver un destartalado autobús flotante aterrizando por fuera de la línea de seguridad—. ¿Qué es eso de ahí?

—Parte del siguiente turno para Cynda —dijo Lal, con una sonrisa demasiado amplia—. ¡Aquí siempre estamos trabajando!

. . .

Los soldados de asalto hicieron pasar al maltratado autobús flotante por el puesto de control. El Viajesuave Mark 6 ya había cumplido su vida útil cuando Okadiah lo compró; donde una vez había volado por los cielos, ni siquiera Kanan se atrevía a elevarlo más de un metro del suelo. Okadiah había estado tan aterrorizado que saldría disparado incontrolablemente hacia el cielo que guardaba un paracaídas bajo el asiento. Kanan pensaba que ese escenario era poco probable. Era mucho más propenso a quedar muerto en la calle, como se lo había hecho a él en varias ocasiones. Era bueno para un solo propósito: traer de vuelta a los mineros de Luzdeluna con resaca para que pudieran ganar los créditos suficientes para beber de nuevo.

La Lambda Imperial estaba estacionada más adelante, su masa bloqueaba completamente la entrada del Comedor de Drakka. Kanan estaba seguro de que al chef le encantaba. Delante de la lanzadera de Sistemas de Flotas Sienar, Kanan vio al esposo de su jefa caminando, siguiendo varios pasos por detrás a un grupo más grande. Al verlo pasar manejando, Lal saludó:

—¡Hola, Kanan! ¡Me alegro de ver que no renunciaste!

Kanan respondió agitando a medias la mano… y luego, viendo a Vidian ahí fuera, rápidamente volvió a meter la cabeza dentro de la ventana. Apretó los dientes. Ayer, estaba listo para dejar totalmente Gorse. Hoy, volvía voluntariamente a un campamento armado. Pero sólo era un día más, y había una excelente razón para ello. Mirando hacia atrás por el pasillo, la vio charlando amigablemente con los mineros. Estaban embelesados por Hera. No podía culparlos.

Los soldados de asalto indicaron al autobús que diera la vuelta hacia la puerta de servicio. El Viajesuave gimió al girar bruscamente, y por un momento, Kanan creyó escuchar un golpe en uno de los compartimientos de atrás. Puede ser cualquier cosa, pensó. El autobús flotante podría morir en cualquier viaje. Incluso la puerta del baño estaba rota.

—He tenido la conversación más encantadora con tu joven amiga —dijo Okadiah, llegando desde atrás—. Hemos decidido ir de vacaciones a Naboo. Tú podrás llevarnos.

—Ten cuidado. Es una mujer con una misión —dijo Kanan mientras la bestia de metal se posaba bruscamente en el barro. Las puertas se abrieron y sus pasajeros pasaron en fila frente a él. Kanan se quedó.

—¿No vas a transportar bombas hoy? —dijo Okadiah.

—No —dijo Kanan, haciendo un gesto hacia atrás con la cabeza—. Me gustaría mostrarle el paisaje a alguien.

Okadiah le palmeó el hombro.

—El único trabajo que importa. Buena suerte.

Kanan sonrió, lentamente, mientras que el hombre salía. Okadiah no había visto el bolso marinero en el piso cerca del asiento del conductor… las pertenencias de Kanan, empacadas mientras que el anciano no miraba. Extrañaría a Okadiah, y esa probablemente era la despedida. Pero el siguiente capítulo, podía sentirlo, ya había comenzado.

Aunque estaba empezando extrañamente.

—¿De veras quieres hacer esto? —le preguntó a Hera. Ella estaba en la ventana detrás del asiento del conductor, mirando todo a su alrededor.

—Sí —dijo Hera—. De veras.

Se quitó la capa para revelar un traje completamente negro. Bueno para andar a escondidas en un lugar sombrío, pensó Kanan… y mejor para mirarla. Verificó su pistolera para ver que su pistola bláster estaba segura.

—Realmente creo que deberías dejar esto y hacer algo mejor con tu tiempo —dijo él.

Hera respondió con una mirada firme.

—Estoy segura de que tienes sugerencias. —Extendió la mano.

—Bien. —Kanan a regañadientes le entregó su identificación de Luzdeluna—. Pásala delante del sensor en el interior de la puerta. Yo estaré estacionado en la calle, fingiendo tener problemas en el motor. —No sería una gran mentira, sabía—. Cuando regreses, podré obtener mi pago de Lal y llevarte al puerto espacial… y nos iremos a cualquier planeta que quieras.

—Así que nos iremos. —Hera puso los ojos en blanco.

—Correcto.

—Yo tengo mi propia nave. —Dijo ella saliendo del autobús.

Eh. Esa era una noticia interesante, pensó él mientras ella desaparecía por la puerta.

Kanan sacó el autobús flotante por la puerta y lo estacionó a la vista de la lanzadera. Al salir, vio que los soldados de asalto y la gente de seguridad local todavía estaban apostados alrededor. Era hora de empezar la pantomima.

Y hubo una pequeña bendición: después de todo, Skelly no había hecho su aparición. *¡Nadie es tan tonto!*

—Sí, ahí está Kanan. —Skelly observó a los recién llegados desde su percha escondido entre las chimeneas en la azotea del Comedor de Drakka. Sólo uno de los oculares de sus macrobinoculares usados mostraba algo, pero eso era suficiente para que viera lo que tenía que ver.

Se había dado cuenta de que no podía simplemente revelarse a sí mismo. La gente de la empresa minera no quería que hablara con Vidian y no confiaba en los soldados de asalto para llevarlo después del episodio en la luna. Tenía que llegar al hombre cuando estuviera solo… y eso significaba entrar en la fábrica. Las refinerías de thorilide eran lugares complicados: un montón de grandes equipos a menudo hacinados en espacios estrechos, ofreciendo un montón de lugares donde ocultarse.

Y Luzdeluna tenía algo más: una antigua conexión al alcantarillado abandonado hace mucho de Ciudad Temblor. Gorse no era un lugar particularmente lluvioso, pero el nivel freático subterráneo subía y bajaba dramáticamente con las mareas. Los movimientos de Cynda exprimían al planeta como a una esponja, haciendo que los charcos brotaran al azar desde el suelo. Pero los daños de los terremotos habían vuelto inservibles las alcantarillas y sólo las personas interesadas en tales lugares, como Skelly, sabían que el sistema de alcantarillado existía.

Y cómo entrar en él. Quitando los macrobinoculares de su mano, los metió en su enorme mochila. Poniéndosela, encontró la escalera que bajaba al callejón detrás del comedor. Allí, en medio de un charco playo de agua salobre, estaba la tapa redondeada que estaba buscando.

Esforzándose bajo el peso de su mochila, Skelly tanteó buscando los asideros de sujeción alrededor de la circunferencia del disco de metal. Dobló los dedos por debajo e hizo fuerza por un largo minuto. No se movía. Trató de levantarse, sólo para darse cuenta de que su mano derecha que funcionaba mal se había trabado en posición, con los dedos debajo de la tapa.

Genial, pensó Skelly. *¿Qué más puede salir mal?*

Entonces lo descubrió.

—*¿Quién anda ahí?* —Drakka, el enorme chef besalisko, apareció detrás de él, armado, como si lo necesitara, con una gigantesca sartén de hierro. Tomó a Skelly con sus tres manos libres, dándole la vuelta. Skelly sintió dolor en el brazo ya que su mano, seguía atascada a la tapa de alcantarilla, que no se movía.

—¡Vaya, hola! —dijo Skelly. Sabía que había entrado en su propiedad… pero el besalisko debería reconocerlo—. ¡Soy yo, Drakka! ¡Skelly! ¡Tú me conoces!

—¡Lo dices como si fuera algo bueno! —El besalisko siguió tirando—. ¡Te estás metiendo en mi negocio!

—¡Vaya, no! —Skelly hizo una mueca de dolor—. ¡Voy a Luzdeluna para ver a los imperiales!

Drakka dejó de tirar. Frunció el ceño.

—Hoy estoy cerrado debido a esos idiotas. —Skelly lo miró nerviosamente, por un momento, mientras el mastodonte decidía qué hacer.

Entonces se extendió pasando a Skelly y arrancó la tapa de alcantarilla del agujero, liberando la mano del humano en el proceso.

—Los besaliskos tenemos un dicho —dijo—. Cuando tus vecinos te molestan, envía tus roedores a su nido. —Antes de que Skelly pudiera sentir alivio, Drakka lo levantó del piso y lo arrojó por el agujero.

—¡Gracias, amigo! —llamó Skelly desde el húmedo fondo. Tenía suerte de tener buenos amigos dispuestos a echar una mano.

Capítulo veinticuatro

Tener poder para ejercer en tierra podría no ser tan bueno después de todo, pensó Sloane. No si autoridad significaba ir en giras descerebradas por las fábricas locales. Proveniente del mundo industrial de Ganthel, ella había visto suficientes astilleros y muelles de carga. Se había ido a la Academia para escapar de una vida trabajando en esos lugares.

Pero Lal Grallik había insistido en ensalzar las virtudes de cada cosa en su compañía. Ahora los llevaba a la nueva sección, construida bajo su administración; cuando se acabaron los depósitos de thorilide en Gorse y comenzó la minería de la luna, había hecho falta un nuevo centro de admisión. *Luego nos mostrará los armarios de limpieza*, pensó Sloane.

Lo sorprendente fue que el conde Vidian había dicho poco durante la gira. Extraño, puesto que él había venido a emitir directivas, y si alguien podía detener a la mujer besaliska en sus pérdidas de tiempo en parloteos, era él.

En cambio, un pitido de comunicador desde la parte posterior de la comitiva la detuvo.

—¡Lal! —gritó su marido jefe de seguridad—. Hay un reporte de una persona merodeando por la planta. En el departamento de personal.

—¿Esa persona Skelly? —preguntó Vidian.

—No vieron quién era —dijo Gord Grallik. Guardó el comunicador en el bolsillo y se dio la vuelta—. Voy a comprobarlo.

Sloane hizo un gesto a su escolta de soldados de asalto.

—Vayan a ver.

—No, no —dijo el guardia, alejándose—. Este es mi territorio.

—Todo es nuestro territorio —dijo Sloane. Señaló al besalisko—. ¡Síganlo!

. . .

Skelly observaba desde su escondite detrás de una banda transportadora en movimiento. Había tenido suerte. Un antiguo desagüe de tormenta se abría justo al lado de uno de los edificios más nuevos; tuvo que dejar abajo la mochila para subir, pero había podido meterse rápidamente en el edificio.

Desde entonces, se había arrastrado por la instalación de techos altos, esperando su oportunidad de llegar a Vidian. Algo había sucedido para hacer que Gord se fuera, y la capitán imperial también había enviado sus soldados. Skelly continuó acercándose lentamente. Finalmente pudo oír sus conversaciones, incluso por encima del estruendo de las bandas activas.

—… y usted podría encontrar esto de particular interés, capitán Sloane. —Era Lal, hablando a los pies de la masa de titanio de diez metros de altura en el otro extremo de la habitación—. Este es nuestro vehículo pesado de carga a granel, el más reciente en uso en

Gorse. Encontrará que el interior de la cabina es similar a lo que tienen algunos de sus caminantes blindados: es del mismo fabricante. Pase por aquí, se lo mostraré…

Skelly vio a las mujeres subir por la escalera de metal y entrar al habitáculo del gran vehículo. Arrastrándose adelante, vio a Vidian sin compañía en la parte inferior, caminando por el largo pasillo entre las cintas transportadoras fuera de vista de las mujeres. El corazón de Skelly golpeó con fuerza. Ya fuera que Vidian estuviera solo por un momento o un minuto, ¡esta era su oportunidad!

—Ya puedes salir. —La fuerte voz era la que Skelly había escuchado en una docena de grabaciones de gestión—. Puedo escucharte claramente incluso en un lugar como éste. —El conde Vidian se volvió para enfrentarse a él—. El saboteador, supongo.

—Eso no es lo que soy —dijo Skelly, levantándose de sus rodillas. Se sacudió el polvo—. Soy un denunciante, Conde Vidian. Yo soy como usted… creo que las viejas formas de hacer las cosas tienen que cambiar. ¡Veo lo que la gente está haciendo mal!

—Yo veo a alguien haciendo algo mal.

Skelly se alegraba de que Vidian estuviera hablando. Había escuchado sobre las capacidades cibernéticas del hombre: Que hablara con Skelly significaba que no estaba pidiendo ayuda por su comunicador interno.

—Si me conoces —continuó el conde—, sabes que tomo los problemas en mis propias manos para resolverlos.

—Entonces querrá esto —dijo Skelly, sacando el holodisco de su chaleco—. Mi investigación. Usted tiene que detener las explosiones en Cynda. ¡Puede destrozar toda la luna por error!

—Una locura. —Vidian siguió caminando decididamente hacia él—. Y si fuera posible, y el Imperio decidiera hacerlo, ciertamente no pediríamos tu permiso.

Los ojos de Skelly miraron fijo el macabro rostro de Vidian, y él dio un torpe paso atrás.

—*¡Estoy intentando ayudarle!*

—Me ayudarás muriendo. —Con un golpe rápido y poderoso, Vidian arrojó lejos el disco. Cayó al suelo repicando debajo de una cinta transportadora. El segundo golpe encontró el rostro de Skelly.

No habían sido un buen par de días para husmear, pensó Hera. No hubo forma de acercarse a Vidian durante su recorrido por el campo de aterrizaje, así que ella había comenzado en el departamento de personal, buscando a ver si Lemuel Tharsa —la persona del interés imperial, según los archivos de Zaluna— era alguien importante. Nunca había sido un empleado, pero el hombre había estado en Luzdeluna: Le habían suministrado identificaciones de visitante en varias ocasiones hacía más de veinte años. Antes de que pudiera averiguar más, alguien la había encontrado. Ese era el problema de

infiltrarse en una fábrica en funcionamiento un día en que el Imperio venía a inspeccionar. Nadie se ausentaba por estar enfermo.

Normalmente, a ella le gustaba un desafío. Pero con el equipo de seguridad de Luzdeluna yendo en una dirección y los soldados de asalto en otra, había sido obligada enseguida a tomar el último recurso de los que andan a escondidas: los conductos de ventilación. Afortunadamente, el sistema del edificio nuevo era menos desagradable que el que había encontrado en otras fábricas.

Mirando abajo a través de otra rejilla, volvió a ver al jefe de seguridad besalisko… Gord, lo había llamado Kanan, el marido de la administradora. Gord les decía a sus ayudantes que tenían que redimirse por perder a Skelly el día anterior. Hera sintió una punzada de culpabilidad momentánea por meter al tipo en problemas con su esposa y el Imperio. Pero pasó cuando Gord miró para arriba y señaló, evidentemente notando la abolladura en el conducto de ventilación. Fue entonces cuando comenzó el fuego bláster.

Suficiente, pensó, metiéndose rápidamente en otro tubo. Era hora de encontrar a Vidian.

Sloane salió de la cabina del vehículo de carga para ver a Vidian a algunas docenas de metros en el piso de la fábrica, apaleando sin piedad a Skelly. Activó el comunicador unido a su muñeca y sacó el bláster.

—¡Soldados, a mí!

Vidian levantó al intruso y lo lanzó por los aires. Sus extremidades se agitaron sin control mientras Skelly se elevaba girando patas arriba. Su vuelo terminó violentamente contra la consola de control de una de las cintas transportadoras.

—Esto está bajo control —dijo Vidian, caminando casualmente hacia el lugar.

Sloane bajó corriendo las escaleras de todos modos. Podía ver que el oponente de Vidian estaba sangrando y agarrándose el pecho. Skelly se puso de pie, enfrentando aturdido al cyborg que se acercaba, antes de trepar desesperadamente por el costado de la estación de control. Saltando, se extendió al saliente de arriba e intentó subirse.

—¡Alto! —Sloane levantó su arma.

Con un impulso de energía que la sobresaltó, Skelly se lanzó hacia arriba, y cayó sobre la cinta transportadora en movimiento. Sloane disparó… pero la cinta lo llevó por una curva, y su bláster sólo le chamuscó la pierna.

Sloane miró atrás para ver a Lal, horrorizada y manteniendo su distancia, en la escalera de metal.

—¡Paren todas las cintas! —gritó la capitán. Lal corrió por las escaleras hasta los controles.

—Demasiado tarde —dijo Vidian, observando. La cinta transportadora volvía a salir afuera, a la zona de carga. Al ver a los soldados de Sloane llegando por un pasillo lateral, Vidian señaló—. ¡Tras él!

Sloane se acercó a Vidian.

—¿Ese era él? ¿Skelly?

Vidian asintió con la cabeza… y comenzó a caminar hacia el pasillo.

—No saldrá de las instalaciones. Pondré a todo el mundo en alerta —dijo ella.

—Yo acabo de hacerlo —dijo Vidian, con la mirada baja. Estaba buscando algo, se dio cuenta ella, al pie de una de las cintas transportadoras—. Pero deberías ir a supervisar. Alguien con autoridad debería estar ahí.

Todo el episodio había desconcertado a Sloane.

—¿Qué intentaba lograr Skelly? ¿Qué quería?

Vidian se arrodilló. Recogió un pequeño objeto del suelo.

—Quería darme esto —dijo. Era un holodisco, vio Sloane—. Es algo sin importancia. Cuando lo encuentres, dile que lo destruí. Que muera sabiendo la futilidad de desafiar al Imperio.

Kanan quitó un tornillo del motor del Viajesuave por decimocuarta vez. Luego procedió a volver a ponerlo.

Él no arriesgaba el cuello por muchos —¡por casi nadie, en realidad!—, pero había algo de Hera que le había impedido irse. Todavía estaba deduciendo lo que era. Era hermosa, por supuesto… pero sabía cómo hacerse la interesante, algo que le gustaba mucho. También parecía razonablemente competente… había comprendido enseguida su engaño en la cantina. Todos buenos rasgos, adecuados para lo que fuera a lo que estaba jugando. Kanan todavía no estaba del todo seguro de lo que era, pero eso estaba bien. Él podía seguirle el juego, como había hecho muchas veces antes, cuando algo o alguien atrapaba su interés por un tiempo. No tenía ninguna otra cosa que hacer.

Afuera, sonó una sirena. Mirando desde debajo del capó del motor del autobús flotante, Kanan vio a varios soldados de asalto en motos deslizadoras corriendo a la zona de seguridad y hacia las puertas de la fábrica. Algunos se dirigían hacia el aeródromo de Luzdeluna, donde el *Conveniente* estaba estacionado en medio de otros vehículos; otros se dirigían a la planta principal.

Hasta ahí llegó lo de competente, pensó. Parecía que Hera estaba en problemas.

Cerró la tapa del motor y comenzó a virar hacia la fábrica. No tenía su identificación, pero conocía un lugar en la esquina donde podría escalar la valla que rodeaba el aeródromo.

Alcanzando el punto, Kanan saltó y se columpió sobre la barandilla. Golpeando el suelo blando, rodó…

… y se encontró con los blásteres de unos soldados de asalto apuntando en su dirección.

Unas fuertes luces inundaron la esquina del campo de vuelo, casi cegándolo. Apenas pudo distinguir a una mujer de piel morena con el uniforme de capitán imperial caminando hacia él.

—¿Y adónde —preguntó ella bruscamente—, crees *tú* que vas?

Skelly había cerrado la rejilla de desagüe sobre su cabeza justo a tiempo. Escuchó las botas de los soldados de asalto pasar corriendo, por encima, incluso mientras se esforzaba para bajar por los peldaños de hierro de la escalera marinera.

Llegando al fondo, se desplomó golpeado y roto, en el agua salobre que le llegaba a los tobillos. Le sangraba la cabeza, y parecía que los pómulos se le movían por debajo de la piel. Buscó a tientas con la mano izquierda para contarse los dientes… y sintió angustia cuando se dio cuenta de cuántos había perdido. Se dio la vuelta con esfuerzo, seguro de que algunas de sus costillas se habían quebrado.

Skelly tosió, desconcertado. Se suponía que Vidian era diferente. El que rompía las reglas. El destructor de paradigmas. Había alcanzado la cima de los sectores privado y público haciendo caso omiso de las burocracias y sus convenciones, escuchando a todos y todo, y decidiendo basado en los hechos.

Sin embargo había resultado ser sólo otro sádico, tan sordo y ciego como lo había sido antes de las prótesis.

Viendo que su mochila estaba cerca, Skelly luchó para sobreponerse al dolor y arrastró su cuerpo hacia ella. Ahí había un botiquín… y más. Mucho más.

Si las palabras no podían salvar la luna, ¡era hora de otra cosa!

Capítulo veinticinco

Los besaliskos mostraban su tristeza de una manera que pocas especies podían, pensó Vidian. Con enormes bocas anchas y sacos de piel que colgaban debajo, cuando fruncían el ceño, se podía leer la expresión desde órbita.

Al conde Vidian no le interesaba la vergüenza de Lal Grallik por que Skelly hubiera forzado la entrada, más de lo que le interesaban sus disculpas. El encuentro con el saboteador lo había desviado del horario previsto. Lo había llevado sin demora al edificio de la refinería: la parte más antigua de Luzdeluna, había dicho ella, que se remontaba a cuando la empresa era parte de Introsfera.

Ella le mostró ansiosa sus actualizaciones, y él ignoró su evidente decepción, cuando con la misma rapidez las deshizo, quitando una práctica de seguridad tras otra. La exposición a sustancias tóxicas era un pequeño precio que pagar para cumplir con la cuota del Emperador.

Vidian odiaba depender de las refinerías de superficie para el thorilide: Sus cosechadoras caza-cometas requerían de pocos trabajadores y estaban más cerca de la fuente. Pero los depósitos cometarios ya eran microscópicos, mientras que los fragmentos procedentes de Cynda tenían que ser reducidos a un tamaño refinable sin dañar el material interno. Peor aún, los cometas que contenían thorilide eran extremadamente raros, y la insaciable demanda del Imperio de materiales casi los habían barrido de la galaxia. Eso había dejado ociosas a muchas de las gigantescas naves cosechadoras que Vidian operaba… y les había dado a los vagos de este sistema un empleo asegurado. Tomaría una eternidad replicar la infraestructura de refinería de Gorse en Cynda: Dependería de necios como Lal Grallik para siempre.

El thorilide era la franquicia de Vidian dentro del Imperio… eso y varios otros materiales estratégicos. Satisfacer su necesidad le había dado su poder y su posición. Ahora él estaba fallando en satisfacer las demandas de su Emperador. Y los rivales de Vidian lo sabían.

Había estado preocupado desde el segundo mensaje del barón Danthe, la noche anterior en el *Ultimátum*. Por lo menos, Danthe no había llamado para decirle que el Emperador volvió a elevar las cuotas de producción, pero lo que había dicho era casi igual de malo. Otra flota caza-cometas regresaba a Depósito Calcoraan, tras haber agotado lo que antes era una rica fuente de cometas que contenían thorilide.

Y lo peor, Vidian había averiguado después por sus ayudantes que Danthe había estado susurrando al Emperador, poniendo en duda todo el esquema de producción de Vidian. El conde sabía lo que Danthe quería: convertir a Gorse en otro mercado para los droides que fabricaba su familia. Vidian no tenía nada en contra de los droides, que en muchos casos podían ser mucho más eficientes que los orgánicos. Pero no estaba dispuesto a dejar que Danthe colonizara una industria que le pertenecía. Entonces Vidian se había desahogado en su camarote… pero anhelaba tener la tráquea de Danthe en sus manos robóticas.

Grallik lo llevó a la pared del fondo, y por una puerta estrecha. Más allá había otra habitación grande con tuberías colosales en el techo y unos tanques alargados excavados en el suelo. Largos y estrechos, como los canales de cosecha en una granja de vida marina. Los droides también estaban aquí, algunos empujando carretas de cristales al líquido verde turbio, otros revolviendo los pozos con largos implementos.

—Estamos muy orgullosos de esto, mi señor. Este es mi proyecto más atesorado, el único baño de ácido xenobórico automatizado en Gorse. Los cristales de Cynda comienzan aquí, y los droides hacen el resto.

Vidian miró abajo al interior de un tanque. Profundo y largo, un revuelto caldero con un apetito sin fin por materia.

—Y ¿cuántos días se pierden por los droides que caen durante los temblores? Los orgánicos mantendrían mejor el equilibrio.

—Sí, señor. Pero los vapores y salpicaduras serían peligrosos y, por supuesto, si alguien cayera, le iría mucho peor que a un droide.

—¿Peor, cómo? Los baños no se pueden volver a utilizar para la purificación hasta que la materia ofensiva se haya consumido. Los droides toman mucho más tiempo en ser digeridos.

Lal quedó impactada y sin palabras ante esto. A Vidian no le importó. Tenía una llamada entrante. Cambió sus oídos a modo de comunicador.

—Aquí el comandante Chamas a bordo del *Ultimátum*, mi señor. Mensaje de Coruscant.

—Conéctelo.

Lero Danthe apareció ante sus ojos electrónicos.

—Mis felicitaciones, conde Vidian.

Lo que quedaba de las cuerdas vocales de Vidian se agitó en un gruñido, una vocalización para la que no tenía una contraparte electrónica. El joven aparecía a tamaño natural, superpuesto a los alrededores de Vidian: Aquí no había ningún holoproyector, pero básicamente funcionaba igual.

—¿Qué pasa? —dijo finalmente.

El barón rubio sonrió.

—Acabo de emerger de otra serie de reuniones con las autoridades superiores, trabajando en los niveles más altos en los proyectos de la más grande…

Vidian dejó de escuchar. Estaba demasiado ocupado moviendo la cabeza, arrojando digitalmente al parloteante barón a un tanque de ácido tras otro.

—… y para que sea posible, el Emperador va a requerir una duplicación inmediata de las entregas de thorilide. Con efecto inmediato.

Vidian quedó virtualmente boquiabierto.

—¿Qué? *¿Duplicar?*

—Correcto.

—Una duplicación de las cuotas originales.

—No —dijo Danthe, explicando como si hablara con un niño—. Su cuota había aumentado una vez y media ayer, ¿recuerda? Así que…

—Así que en realidad es una triplicación. —Vidian sintió que su ira burbujeaba, más furiosa que cualquier baño de ácido en la habitación—. ¿Y usted no argumentó en contra de esto? Este objetivo es imposible. El fallo también será suyo.

El barón se encogió de hombros.

—He sido asignado a su administración, mi señor, pero sirvo al Emperador en todo. —Se detuvo, antes de continuar con cuidado—. Lo que *sí* hice fue sugerir una serie de medidas que usted podría tomar para ayudar… pero por supuesto que requerirían poner algunos de sus territorios en mis manos.

—Apuesto a que sí —gruñó Vidian—. ¡Esto no ha terminado, Danthe!

—Entonces ¿qué le digo al Emperador?

—¡Que voy a tener éxito! ¡Vidian fuera!

Vidian echaba humo. Esto era un engaño a gran escala. Vidian nunca había jugado bien a los juegos de la corte; era su mayor debilidad. Los otros aristócratas lo sabían, y finalmente uno de ellos se había aprovechado. Se sentía traicionado, completa y totalmente, de una manera que no había experimentado desde años antes, cuando era una persona diferente…

Lal estaba parada cerca de uno de los baños de ácido y miró atrás con perplejidad.

—¿Se encuentra bien, mi señor? Usted… eh, no se ha movido en un rato.

Vidian no mostraba ninguna emoción, como siempre. Las palabras vinieron de su cuello.

—Necesito triplicar la producción de esta fábrica, inmediatamente.

Lal rio a carcajadas. Inmediatamente avergonzada, se cubrió la ancha boca con dos de sus manos.

—Lo siento. ¿No puede hablar en serio?

Vidian se dio la vuelta y comenzó a avanzar amenazadoramente hacia ella.

—Yo siempre hablo en serio.

Ella dio un paso atrás, nerviosa.

—No podemos hacer eso. Nos estábamos esforzando para cumplir los objetivos imperiales originales.

—Los que tampoco cumplieron nunca. —Vidian caminó hasta ella. Lal sacudió la cabeza, mirándolo con temor—. ¿Puede cumplir estos objetivos?

—N-n-no.

—¿Entonces, para qué sirve? —Los brazos de Vidian se lanzaron hacia adelante, empujando a Lal con las palmas abiertas. Ella cayó hacia atrás a uno de los canales hirvientes.

Gritó, el ácido burbujeaba a su alrededor.

—¡Ayuda! ¡P-p-por favor!

Vidian se volvió y encontró una de las pértigas manipuladoras, hechas de un material diseñado para soportar el abuso químico. Pero en lugar de pescarla, la lanceó, empujando a Lal más adentro.

—Estoy ayudando —dijo Vidian, con los ojos electrónicos brillando—. Necesito que esta cuba vuelva a operar. Ahora dese prisa y disuélvase.

Hera escuchó el grito.

Se había mantenido un paso por delante del jefe de seguridad besalisko entrando en la refinería y corriendo entre las vigas del techo. Había muchas tuberías y pasarelas proporcionando rutas para alguien tan ágil como ella. Había estado esperando volver atrás, para terminar de buscar lo que había venido a buscar… cuando escuchó el grito. Horrible, como nada que ella hubiera conocido.

No pudo evitar correr hacia él.

Cuando llegó, era demasiado tarde. El cuerpo era visible desde su lugar elevado —apenas— en las profundidades del turbulento tanque, pero no había forma de bajar sin caer adentro también. El conde Vidian estaba parado en el borde con una pértiga manipuladora. Tenía que ser él; nadie más se le parecía. Él miró el tanque por un momento antes de dejar la pértiga, dar la vuelta y salir.

Hera vio más adelante un lugar donde podría saltar hacia abajo con seguridad. Empezó a abrirse camino hacia él.

Pero Gord Grallik llegó primero… y le rompió el corazón.

Capítulo veintiséis

En la planta de refinería, Gord Grallik gemía.

El jefe de seguridad había entrado corriendo a la sala, todavía persiguiendo a Hera. Ella misma bajaba por las escaleras cuando él se detuvo entre los espumosos tanques de ácido y miró hacia abajo. Hera ya había visto desde arriba que la figura de cuatro brazos en el ácido era sin lugar a dudas besaliska.

—*¡Lal!* —Gord corrió, buscando una de las pértigas a prueba de ácido. Para cuando Hera llegó al suelo, él había desistido. Se volvió hacia el tanque, dispuesto a zambullirse en el ácido y salvar a su mujer.

—¡No! —gritó Hera. Frenando para que no acabaran ambos cayendo al interior, tomó los dos brazos izquierdos del jefe de seguridad—. ¡Es demasiado tarde!

Gord intentó zafarse.

—¡Tengo que hacerlo!

Hera se aferró a él desesperadamente. No sabía si era consciente de ella mientras luchaba por seguir hacia el tanque. Él pesaba mucho más que ella… y sin embargo ella estaba usando cada poco de su fuerza para impedir que saltara.

—*¡No… puedes… hacer… esto!*

Por fin, Gord se detuvo. No sabía si finalmente había registrado su presencia, dándose cuenta que ella caería también… o si simplemente había vuelto a ver lo que quedaba de Lal. Tan poco.

—*No* —dijo él en voz baja. Cayó de rodillas—. No.

La twi'lek se aferraba a sus brazos.

—Lo lamento —dijo ella. Intentaba apartarlo del borde, sin mucho éxito.

Gord la miró… y la rabia ardió en sus ojos.

—¿Tú hiciste esto?

—¡No! Te juro que no. ¡Fue Vidian! —Hera se apartó de él, pero no corrió—. Comprueba los monitores de seguridad. ¡Lo verás!

Las manos besaliskas la agarraron. Arrastrando a Hera y con el asesinato en los ojos, Gord fue rápidamente con ella para la estación de control de seguridad en la pared.

—Lo veré —dijo.

Vidian se paró afuera de la refinería y miró a la luna. Había matado a otro guía de la gira, sí, pero no tenía ningún sentido continuar con esta gira, ni ninguna otra. Luzdeluna era el mejor de los casos de operadores en Gorse. Aunque el Imperio tomara el control directo de las fábricas —una herramienta a su disposición que había encontrado que resultaba de eficacia mixta— no había manera de hacer cumplir las nuevas cuotas del Emperador.

Y las primeras entregas eran en una semana.

Vidian se dio la vuelta y golpeó la pared. Su mano chocó contra el permacreto, dejando una hendidura. El barón Danthe tenía la culpa de esto… un supuesto subordinado, que lo convertía en un trabajador luchando para cumplir con un ultimátum de arriba. Ya sabía que era imposible encontrar suficiente thorilide listo en su territorio, o el de cualquier otra persona. No sin destrozar completamente la luna…

Vidian se detuvo. Volvió a reproducir lo que sus ojos y oídos habían grabado antes, los desvaríos del loco Skelly.

«Usted tiene que detener las explosiones en Cynda. ¡Puede destrozar toda la luna por error!»

Recordando, buscó en su bolsillo. El holodisco estaba ahí, el que había planeado destruir.

Vidian avanzó decididamente hacia un edificio de oficinas cercano. Sí, mirarlo casi ciertamente sería una pérdida de tiempo para un hombre que nunca perdía el tiempo. El hecho que lo considerara en absoluto era una verdadera medida de lo desesperada de la situación que enfrentaba.

Sloane no era el primer capitán imperial que Kanan había conocido. Pero era sin duda la que mejor se veía… aunque ella insistiera en peinar hacia atrás su maravilloso cabello negro bajo ese pequeño sombrero. Uno de sus ayudantes apuntaba una luz hacia su rostro, algo totalmente innecesario bajo la luz de la luna.

—Dicen que usted entró en la zona de seguridad porque estaba trayendo mineros a trabajar —dijo la mujer—. ¿Si es un conductor de autobús, por qué estaba tratando de entrar a la fábrica?

—Iba a recoger mi pago. —Con las manos esposadas a la espalda, Kanan le mostró una sonrisa—. Si tú quieres, una vez que lo tenga puedo mostrarte la ciudad.

Los ojos marrones de Sloane se estrecharon.

—Espere un segundo. ¡Yo lo conozco! Usted es el piloto del transporte de explosivos. *El bocón*.

—Me has puesto un nombre —dijo Kanan, sonriendo—. Eso es grandioso. Sabía que no podías sólo irte volando. ¿Viniste hasta aquí a verme?

Sloane se adelantó, extendió la mano por detrás para agarrarlo de la coleta y tiró.

—No me agreguemos trabajos, piloto —dijo ella, tirándolo hacia abajo—. Su pequeño acto podría funcionar con algunas. Yo, podría forzarlo al servicio y ponerlo a mantener compactadores de basura. ¡O arrojarlo en uno!

—De acuerdo, de acuerdo. —Kanan se encogió de hombros contra la retención de los soldados de asalto—. Pero si sabes que soy piloto, sabes que trabajo aquí.

—¿Sin un pase para las instalaciones?

—Lal Grallik me conoce. Pregúntale a ella.

—¿Haciendo amigos? —Kanan oyó una voz que ya le era familiar detrás de Sloane. La capitán giró sin liberarlo, retorciéndole el cuello en el proceso. Hera salió de la fábrica, con su pase colgando en las manos—. Dejaste tu identificación en la planta, amigo.

Los imperiales apuntaron su luz a Hera. Sloane la estudio antes de volver a mirarlo a él. Kanan asintió con la cabeza, en la medida en que podía con la capitán aferrando su cabello.

—Te lo dije.

Sloane soltó a Kanan con un empujón, tirándolo hacia atrás y hacia abajo al barro. Se volvió hacia Hera.

—¿Y dónde está su placa?

Hera sonrió.

—Bueno, tengo que tenerla. De lo contrario, ¿cómo podría estar aquí?

Sloane miró al cielo y gruñó de frustración.

—Ya he tenido suficiente de ustedes. Creo que los detendremos a todos para…

—*¡Sloane!*

La capitán miró su comunicador.

—Conde Vidian —dijo ella—. Todavía estamos capturando a Skelly… y a sus cómplices.

—Olvídelos —respondió Vidian.

—¿Mi señor?

—La inspección. Todo. Olvídelo todo. Aquí ya he visto lo suficiente. Tengo una nueva estrategia que servirá al Emperador. Tenemos que regresar al *Ultimátum* de inmediato. Reúna a sus hombres y encuéntrese conmigo en la lanzadera.

Sloane reconoció la orden y desactivó el comunicador. Hizo un gesto a un soldado de asalto para que le quitara las esposas a Kanan. Otro le devolvió su bláster y pistolera.

—Es su día de suerte —dijo Sloane.

—Claro que sí —dijo Kanan, inclinando la cabeza hacia Hera—. Las tengo a las dos aquí.

Hera corrió hacia adelante y lo agarró del brazo.

—Gracias, capitán. Ya nos vamos. —Comenzó a empujar a Kanan hacia la puerta abierta, bajo la mirada helada de Sloane—. Lamentamos haberla molestado.

—Sí, buena suerte con tu inspección —dijo Kanan, antes de que Hera lo empujara con fuerza por la puerta de empleados.

Hera empujó a Kanan girando la esquina y de vuelta al autobús flotante. Parecía perturbada.

—Realmente no sabes cuando parar, ¿verdad?

Kanan se encogió de hombros.

—Oye, funcionó, ¿no? —Se limpió el barro de los pantalones—. Ser hostil o callado sólo los hace enojar. La manera de deshacerse de los imperiales es alegrarse tanto de verlos que se sientan aliviados cuando te has ido. Algunos imperiales, al menos.

Hera levantó las manos.

—No tenemos tiempo para esto. Algo terrible pasó allí, y… —Hizo una pausa y miró hacia abajo, ahogándose un poco. Él se dio cuenta que nunca antes la había visto cuando no estaba plenamente en control. Ahora parecía agotada.

—Eh —dijo, tocándola en la muñeca—. No estás bromeando. ¿Algo malo?

—Vidian asesinó a la administradora.

—¿Qué, Lal? —Kanan quedó impactado—. ¿La mató? ¿Por qué?

—Porque podía —dijo ella, levantando la mirada y fijándola en sus ojos—. Su esposo lo vio y salió corriendo en busca de Vidian. ¡Y por esa llamada de comunicador, suena como que Vidian está tramando otra cosa!

—Justo por allí —dijo Kanan, señalando a la lanzadera imperial. Al otro lado del barroso bulevar, la puerta principal de Luzdeluna se abrió. Vidian apareció allí, hablando con la tripulación de vuelo de la nave. Sloane y sus soldados de asalto se le unieron.

—Tenemos que seguirlos —dijo Hera.

—¡No puedo seguir una lanzadera en un autobús flotante!

—Es un Viajesuave Mark 6 —dijo ella—. ¡Volará!

—Hace como un zillón de años —dijo Kanan. Volvió a mirar para ver a Vidian marchando decidido sobre las tablas hacia la lanzadera. Sloane se quedó en la puerta con los demás, evidentemente dando órdenes relacionadas con su partida.

Y entonces, siguiendo con los ojos el camino de regreso a la Lambda, vio algo encajado debajo de la tabla más cercana a la nave. Parecía una pequeña bolsa, a varios metros de distancia de lo que parecía ser una rejilla de alcantarilla.

Una rejilla de alcantarilla *abierta*.

Kanan no necesitó que la Fuerza le dijera que agarrara a Hera.

—*¡Abajo!*

La noche se iluminó en Ciudad Temblor. La lanzadera imperial explotó, enviando escombros ardientes en todas direcciones. En la calle, la onda de choque atrapó a Vidian, lanzando su cuerpo contra la valla exterior de la fábrica, mientras una bola de fuego ardía por encima.

Kanan vio sólo un vistazo del destino del cyborg, con los hombros de Hera en sus manos enguantadas, se zambulló con ella detrás del Viajesuave. Restos metálicos salieron disparados en todas direcciones, algunos de ellos golpeando de manera atronadora el autobús flotante. Las motos deslizadoras estacionadas antes por los refuerzos salieron girando sin control; Kanan vio a una empalarse en el cercado detrás de él.

El estruendo disminuyó. Después de asegurarse que Hera estaba bien, Kanan sacó su bláster y miró cautelosamente alrededor del vehículo. Por el camino, Vidian estaba de rodillas pero vivo, su estructura reforzada evidentemente le había dado algún tipo de protección. Pero la calle ante la fábrica era un cráter ardiente… y el bloque de edificios detrás de ella, incluyendo al comedor del pobre Drakka, ahora estaba en llamas. El instinto de Kanan fue correr hacia ahí, a ver si el cocinero besalisko estaba bien.

Pero algo más le llamó la atención primero. Una figura oscura, saliendo apresuradamente de la rejilla de alcantarilla que había visto. El lugar estaba en medio de las llamas pero sin tocar por el momento… y la figura iba cojeando rápidamente con una gran mochila a la espalda. *¡Skelly!*

Encontrando una moto deslizadora imperial en funcionamiento, Skelly echó un vistazo atrás. Luego la montó y se fue.

Capítulo veintisiete

Hera recuperó el aliento cuando llegó a la azotea del tercer piso. Los edificios al otro lado del bulevar de la planta de Luzdeluna no eran altos, pero todos tenían escaleras o algún otro tipo de escape de emergencia. Todo el mundo estaba acostumbrado a los terremotos en Gorse. Esto era otra historia.

Desde un lugar oculto, miró asombrada hacia abajo a la calle. La nave imperial todavía ardía abajo, destruida por alguien al que habían lastimado. Era algo que Hera esperaba ver algún día, algo que ella siempre había creído que iba a venir. Aunque no tan pronto y no de esta manera. No estaba segura de lo que había impulsado a Skelly a hacerlo, pero sin duda él había sido el único responsable, basada en lo que Kanan había visto.

Hera no había querido quedarse a nivel del suelo después de la explosión. La calle parecía una zona de guerra, y el intento de asesinato seguro que iba a enloquecer a los imperiales. Pero ella había ayudado con la búsqueda y rescate tanto como se atrevió, y tenía que buscar la mejor forma de salir del vecindario acordonado por la seguridad. De todos modos, sólo Kanan tenía algún tipo de permiso para permanecer en el lugar, y estaba allí, tratando de liberar a la gente. Que hiciera eso la hacía pensar bien de él. Iba en contra del molde de despreocupado en el que parecía querer encajar.

En verdad, ella todavía estaba aturdida por el momento en la fábrica cuando Gord Grallik había visto la grabación de Vidian matando a su esposa. Él era un típico tipo duro de seguridad, sin embargo, había observado el asesinato como si su mundo se desmoronara a su alrededor. Recordarlo todavía le retorcía el corazón.

Pero eso no fue lo peor, comprendió ahora cuando miró abajo hacia la calle. Vidian, chamuscado pero aparentemente intacto, estaba siendo llevado de la escena por su escolta cuando Gord apareció en la puerta. El besalisko corrió en medio de las brasas ardientes sólo para ser detenido por los soldados de asalto. No podía escucharlo a esta distancia, pero él les apelaba, rogándoles. Que arrestaran a Vidian, suponía. Un ayudante de Luzdeluna entregó a Gord un cuaderno de datos: Hera asumió que eran las imágenes de la cámara de seguridad. El frenético besalisko se lo mostró a un soldado tras otro, pero no lo dejaron pasar.

Hera no quería mirar… no había nada en absoluto que ella pudiera hacer. No aquí, no ahora. Pero se obligó a sí misma. Gord intentó seguir a Vidian de todos modos, sólo para ser agarrado por los soldados. Hicieron falta cuatro de ellos para frenar al jefe de seguridad de pesados hombros: uno para cada brazo.

Luego lo golpearon. Esto era la justicia en el Imperio.

Cuando los soldados de asalto se separaron, Hera vio a Gord arrastrándose hacia la puerta de Luzdeluna. Ella parpadeó para apartar una lágrima de rabia. Sí, tenía que ver estas cosas, para recordar por lo que estaba luchando.

Hera entrecerró los ojos para ver adónde había ido Vidian a través de la oscuridad humeante. Los vio a él y a Sloane discutiendo intensamente, dirigiéndose entre una fila de soldados de asalto que los flanqueaban en el camino hacia…

No, a Kanan no le va a gustar.

—¿Estás bromeando? —Habiendo terminado su búsqueda y habiéndose unido a Hera en la azotea, Kanan miró hacia abajo al lugar vacío en la calle—. No puedo creerlo. ¡Se robaron el autobús flotante!

—Creo que lo llaman *requisar por asuntos oficiales* —dijo Hera, agazapada en el borde de la azotea y señalando hacia el este. Kanan vio el contorno del autobús flotante alejándose por la calle.

—Estoy segura que se dirigen al espaciopuerto imperial por otro transbordador.

Kanan frunció el ceño.

—Sí, bueno, espera hasta que encuentren que la puerta del baño está atascada. —Se sacudió las cenizas húmedas de la túnica. Había encontrado a Drakka atrapado detrás de su unidad congeladora; liberarlo le había tomado largos minutos. Entonces el cocinero había salido hecho una furia, decidido a darle a los imperiales su opinión acerca de su negocio destruido. Kanan podía ver desde su posición que la conversación no iba muy bien, pero él tenía sus propios problemas—. El espaciopuerto está en Tierraalta. —Era a diez kilómetros de allí.

—Yo estoy más interesada en salir de *aquí* —dijo Hera, levantándose—. Ha habido un atentado contra un enviado del Emperador… todos son sospechosos. ¡Tenemos que salir de este vecindario antes de que aparezca la mitad del Imperio! ¿Tal vez por esos callejones al sur?

—Es el autobús de Okadiah —dijo Kanan—. Este era todo el problema de hacer amigos, no lo dijo: Ellos hacían imposible ser verdaderamente libre.

Volvió a mirar al otro lado del Bulevar Roto, que ahora era un término más descriptivo de lo habitual, y vio a un pesado camión flotante gris saliendo del muelle de carga de Luzdeluna.

—Eh, espera —dijo, agarrando la muñeca de Hera antes de que pudiera irse—. Creo que podemos resolver ambos problemas a la vez.

Señaló al vehículo.

—Eso está lleno de thorilide refinado. —Al parecer, ni siquiera la violación de propiedad, asesinato y sabotaje podían detener la producción de thorilide: Cada seis minutos otro de los transportes partía de la planta—. Se dirige…

—… directo al espaciopuerto imperial —dijo Hera—. Lo vi en mi reconocimiento de ayer.

Sus ojos se encontraron, y un latido del corazón más tarde salieron corriendo por los tejados. Hera era tan rápida como ágil, esquivando obstáculos y saltando sobre una brecha tras otra. De vez en cuando, miraba hacia atrás para ver si Kanan le seguía el ritmo.

—Estoy bien —dijo él, manteniéndose un par de pasos por detrás—. Trato de no chocarte de atrás.

Ella sonrió y saltó la brecha siguiente. Él la siguió.

Al llegar al final de la fila de pisos, encontraron una puerta y bajaron corriendo por la escalera. Recuperando el aliento en la puerta, se detuvieron a tiempo para ver al camión flotante avanzando por la calle hacia ellos. Un soldado de asalto hizo pasar al vehículo y su droide chofer dorado.

Tan pronto como el soldado de asalto giró la cabeza, Kanan y Hera corrieron hacia el camión que se acercaba. Kanan saltó al estribo del lado del pasajero.

—Lo siento —dijo el droide—. No se permiten pasajeros en el…

Hera, que ahora colgaba fuera de la otra puerta, accionó un interruptor en el cuello del droide, apagándolo. Kanan se metió rápidamente en la cabina, agarró los controles, y se agachó. El vehículo trazó una amplia curva a la izquierda pasando el último punto de control de soldados de asalto; el centinela nunca vio a la mujer colgando afuera. Hábilmente, Hera abrió la puerta y apartó de un golpe al robot.

—Prefiero conducir yo —dijo ella, alcanzando los controles—. No es nada contra ti.

Kanan cerró la puerta del pasajero y estiró las piernas.

—Cariño, puedes llevarme a cualquier parte. —Miró atrás al desastre en que se había convertido Ciudad Temblor—. ¡Siempre que sea lejos de aquí!

Hera había sido apenas más locuaz que el droide desactivado, pensó Kanan. No había dicho nada acerca de lo que había sucedido en la planta antes de que encontrara a Lal.

Él no conocía bien al marido de Lal, aparte de que tenía mal genio y una gran colección de blásteres. Y otra cosa más.

—Ese tipo vivía para Lal —dijo.

—Me di cuenta. Fue duro.

Al verla, Kanan pensó que eso debía ser una subestimación.

—Bueno, has averiguado una cosa acerca de Vidian. Es el mal enlatado.

—Ser malo no te detiene en el Imperio. Te ayuda. —Ella suspiró—. Esta vez ni siquiera pude acercarme a él… pero creo que encontré lo que vine a averiguar a Gorse. El secreto de la eficacia de Denetrius Vidian es el asesinato.

—¿Y adónde te lleva eso?

—A ninguna parte donde no estuviera antes. Y todo lo que pude encontrar acerca de Tharsa fue que había visitado el lugar un par de veces hace mucho tiempo. No pude encontrar nada más. Primero apareció Gord, entonces todos empezaron a correr buscando a Skelly. —Guiando al camión flotante alrededor de una esquina, suspiró—. No sé lo que

piensa Skelly que puede lograr con esto. Estas acciones de cañón flojo[1]… no te llevarán a ninguna parte.

—¿Y a dónde estás tratando de ir *tú*? —La miró intensamente—. Pensé que ibas a abandonarme después de hacer tu pequeña incursión. Y acabas de decir que tu gran misión está cumplida. Pero aquí estás.

Ella puso los ojos en blanco.

—Te estoy ayudando a recuperar tu autobús flotante.

—Ajá. —Kanan se rió.

—No, no, es lo menos que puedo hacer —dijo Hera—. Estabas dispuesto a entrar, a buscarme. Innecesario… y casi un problema para ti. Pero lo aprecio.

—Bueno, eres la única persona en este planeta por la que me arriesgaría así. —Eso debía decirle algo, pensó él.

—No estoy segura de que lo crea. Volviste por ese cocinero besalisko… y Okadiah me contó en el autobús que lo salvaste de Vidian. —Ella sonrió—. Incluso salvaste a Skelly en la cantina.

Él levantó las manos.

—¡Eh, todos cometemos errores!

—Bueno, ya veremos —dijo ella y lo dejó en eso. A Kanan le gustó la mirada que vio de ella. Le decía que había llegado a pensar que valía la pena observarlo.

Mirando a los edificios que pasaban zumbando, Kanan rió.

—Todo lo que se gasta en el thorilide, toda la seguridad, y aquí nosotros acabamos de llevarnos un camión lleno.

—Lo estamos llevando directo adonde debe ir —dijo ella—. Y no es como si pudiéramos encontrar a quien vendérselo.

Kanan meneó la cabeza.

—Sabes, ni siquiera sé para qué sirve esa basura.

—¿El thorilide? —preguntó Hera—. Se utiliza en la absorción de choque de estado sólido granular. Lo usan en los Destructores Estelares para mantener las torretas turboláser en su lugar después de disparar.

—¡Otra vez cañones flojos! ¿Y se hacen tantos problemas por esto?

Los ojos de Hera se agrandaron cuando lo consideró.

—Un Destructor Estelar requiere el uso de dieciséis millones de componentes individuales, veintisiete mil de los cuales sólo se producen en un único sistema, como Gorse. —Lo miró, con el rostro animado por la pasión—. Por eso es que el Emperador necesita un Imperio, Kanan. Es como un gusano espacial, cuya única función es sobrevivir. Tiene que consumir, consumir y consumir.

—Empiezas a sonar como Skelly.

---

[1] Traducción literal de *loose cannon*, que se traduce más normalmente como *bala perdida* o *tiro al aire*, para que funcione la referencia que se hace más adelante. *(N. del T.)*

—Él no está del todo equivocado —dijo ella, guiando al camión flotante a Tierraalta—. Pero definitivamente no está del todo bien.

Skelly había llevado la moto deslizadora sobre los tejados para llegar a Tierraalta, volando a baja altura sobre su superficie para evitar cualquier rastreo del tráfico aéreo. Con la mayor parte de la atención imperial en llevar vehículos policiales a Ciudad Temblor, Skelly había adivinado que se estaría prestando relativamente poca atención a los campos de aterrizaje. Aun así, sabía que no podía simplemente pasar volando con la moto sobre el muro de contención. Y era reacio a desmontar, porque cada paso que daba fuera de la moto le causaba dolor.

Pero ahora, en la oscuridad del extremo oriental del complejo, su experiencia al subvertir barricadas en la guerra le sirvió de nuevo. Había visto durante los vuelos a Cynda que el terreno en Tierraalta tenía unas profundas zanjas de drenaje que conducían al lado más bajo del complejo. Fue allí, por fuera de la pared en la oscuridad, que encontró una alcantarilla lo suficientemente grande como para dar cabida tanto a él como a la moto deslizadora. Los barrotes que cerraban la tubería no fueron rival para la variedad de explosivos que llevaba en la mochila. Le pareció divertido que las mismas técnicas que había utilizado en minería en Cynda para el Imperio ahora lo estaban haciendo entrar en su base.

Algunas explosiones apagadas después, estaba encorvado dolorosamente bajo contra la columna de la moto deslizadora, dejándola llevarlos a él y a su mochila de venganza a través del túnel. En el interior del complejo, continuó volando el vehículo a baja altitud a través de los canales de drenaje que separaban las zonas de aterrizaje. Aquí todas las luces apuntaban hacia arriba; si alguien se hubiera tomado la molestia de mirar hacia abajo, la vista de su cabeza asomando de la tierra y navegando suavemente le habría llamado la atención.

Pero nadie lo vio. Ahora, a la sombra de la torre de control del espaciopuerto, esperó, tratándose el rostro hinchado con vendas del botiquín. Observaba el área de llegada de transportes de tierra, donde cada pocos minutos otro transporte flotante conducido por droides aparecía trayendo thorilide para los cargueros imperiales a la espera.

Era este espaciopuerto, pensó. El último paso antes de que la belleza de Cynda, aplastada y refinada, partiera para Depósito Calcoraan y a la distribución a dementes proyectos de construcción naval de todo el Imperio. Verlo enfermaba a Skelly.

El tiempo pasó. Por un minuto, se preocupó de haber hecho la apuesta equivocada. Había asumido que Vidian, después de haber perdido un vehículo fuera del mundo, vendría aquí a continuación. Pero pronto la puerta se abrió para permitir la entrada de… *¿el autobús flotante de Okadiah?*

Skelly parpadeó cuando lo vio. ¿Qué estaba haciendo aquí? Entonces vio salir un grupo de soldados de asalto, seguidos por Vidian y la capitán imperial. No era de extrañar

que él hubiera llegado antes, pensó. Haría falta un piloto genio para hacer que el Viajesuave venciera a una persona determinada en una moto deslizadora.

Sintió a sus costillas moverse dolorosamente cuando se acurrucó contra la pared exterior de la torre de control. Ahora Skelly funcionaba a pura adrenalina… la suya propia y las inyecciones estimulantes del botiquín. Pero no se desanimaba.

Había errado a Vidian antes. No lo volvería a hacer.

Capítulo veintiocho

El conde Vidian miró más allá de la torre de control. El *Garrote* estaba descendiendo desde el espacio, enviado desde el Destructor Estelar para devolverlo a la órbita. No quería desperdiciar ni un momento más en Gorse. Permanecer en el planeta era innecesario para sus planes.

Y ahora sus planes habían cambiado. No tenía tiempo para que la gente de Gorse viajara de ida y vuelta a minar su luna. Incluso sus ideas más extremas, erigir dormitorios en Cynda y obligar a los trabajadores a mudarse allí, tomarían demasiado tiempo. Pero ahora estaba viendo otra alternativa, proporcionada por la fuente más extraña imaginable.

Skelly era un veterano de las Guerras Clon trastornado y neurótico. Pero un rápido vistazo al material sugirió que podría haber tropezado con algo útil. Vidian tendría que consultar con su equipo y los expertos del *Ultimátum* para estar seguro.

El autobús flotante requisado fue el medio de llegar al puerto espacial menos eficiente que podía imaginar; incluso la tripulación de vuelo sobreviviente del transbordador de Sloane no había sido capaz de elevarlo a más de un metro del suelo. Pero había utilizado bien el tiempo, explicando sus intenciones a Sloane. Ella había reaccionado a sus planes con la precaución característica de la armada. Él no había sido capaz de encontrar un ápice de imaginación en todo el servicio. Aún así, Sloane era joven y ambiciosa, e incluso ahora, estaba sugiriendo soluciones.

—Los depósitos en el *Ultimátum* deberían tener lo que necesita, mi señor. No hay necesidad de involucrar a nadie de Gorse.

—Excelente.

. . .

Las puertas se abrieron de par en par para admitir al camión flotante de thorilide. El droide, reactivado, pero silenciado para evitar sus quejas sobre los pasajeros, guió al vehículo al interior como estaba programado para hacer. Ningún centinela vio a Hera ni a Kanan, que estaban agachados. En pocos momentos, el gran vehículo estaba en la zona de estacionamiento, haciendo cola para descargar en los cargueros de más allá. Asomando la cabeza por encima, Kanan vio que la línea pronto los llevaría junto al autobús flotante estacionado.

Era un alivio. Pensó que ya era hora de que pudiera tomarse un descanso.

Cuando se dejó caer al lado de Hera, se rió entre dientes.

—Siempre es una aventura contigo, ¿eh?

Hera sonrió.

—Sí, y sólo vamos a recoger a tu autobús.

—Tengo la licencia de chofer de Okadiah… debería poder salir manejando —dijo Kanan—. No creo que pudiera simplemente haber venido caminando y pedirlo sin que me hicieran perder el tiempo. Y tengo lugares donde ir…

Al ver la cara inexpresiva de ella, se detuvo.

—Espera —dijo Kanan—. No viniste conmigo porque querías charlar, ni ahorrarme las molestias del decomiso. ¡Vas a seguir husmeando para averiguar más sobre Vidian!

Hera respondió con una sonrisa amable.

—¡Esto es ridículo! —Señaló a través del parabrisas a la lanzadera imperial, maniobrando para el aterrizaje—. Vidian se va. ¿Qué más necesitas saber?

—Algo lo trajo aquí —dijo ella—. Y algo lo está haciendo irse pronto.

—¡Qué tal Skelly y su bomba!

Hera meneó la cabeza.

—Eso no es todo, Kanan. Lo vi a través de los electrobinoculares cuando salía. Él está… diferente. Algo ha cambiado. Tiene una nueva misión.

—¿Cómo puedes leer la expresión de un droide humano? —Kanan miró el piso irritado cuando el vehículo se detuvo estremeciéndose. Hera hacía las cosas al viejo modo Jedi, recordó. A la maestra Billaba, Obi-Wan, o algún otro se le metería una idea en la cabeza y la perseguiría por toda la creación, escondiéndose en armarios y arrastrándose por conductos de ventilación, espiando.

Aun cuando era claro que no había nada que ver, como aquí. Kanan se sentó cautelosamente, echó una ojeada afuera y abrió la puerta del lado izquierdo del autobús flotante. Se deslizó a la superficie de grava, protegido de la vista de los imperiales por el Viajesuave. Un momento después, Hera tocó ligeramente el suelo detrás de él.

—Mira —dijo él, volviéndose para enfrentarla en las sombras. El espacio entre los vehículos era estrecho, y los hacía ponerse muy juntos—. Viajo solo. Pero creo que eres divertida, cuando no sales corriendo haciendo algo extravagante. —Señaló el autobús flotante con el pulgar—. Voy a llevar esto de vuelta a lo de Okadiah y luego me dirijo hacia el espaciopuerto público. Tú puedes venir o dejarme viajar en esa nave que dices que tienes. Pero ya he terminado con lo de husmear por aquí… y creo que tú también deberías.

No había nada más que decir. La advertencia de Obi-Wan y la ira del Emperador le habían hecho ocultar parte de quién era. Pero no podía vivir su vida cotidiana a las escondidas sólo para tener la compañía de una mujer… ni apoyar su causa, cualquier causa. Eso no era lo que él era. Kanan comenzó a avanzar por la parte izquierda del autobús flotante, alegrándose de que tuviera las puertas abiertas a ambos lados. Esperaría a que Vidian saliera y luego volvería a su vida normal. O Hera recobraba el sentido común, o no.

Hizo una pausa para mirar hacia atrás. Hera estaba en el extremo posterior del autobús flotante, tratando de echar un vistazo a los imperiales alrededor de la esquina. Meneó la cabeza. *Supongo que no*, pensó. *Es una lástima. Ella era algo especial*. Kanan puso su pie en la puerta…

… y oyó gritos desde el otro lado del vehículo. Alarmado, miró atrás a Hera, pero ella ya se había vuelto y estaba corriendo en su dirección.

—¿Qué pasa?

—¡Muévete! —Sin una palabra más, ella lo empujó al interior del autobús. Cayó sobre el piso y ella encima de él. Atrapado, al instante empezó a formular una respuesta sobre cómo ella no podía vivir sin él… cuando por el rabillo del ojo vio lo que estaba fuera de la puerta del lado derecho del vehículo frente a él, en la dirección de los imperiales.

Vidian, Sloane y varios soldados de asalto estaban a cincuenta metros, huyendo de la lanzadera clase *Lambda* que acababa de aterrizar. A la luz de la luna, apenas podía distinguir la visión de algo siendo lanzado hacia ella, desde la sombra de la cercana torre de control.

¡Krakka-boom! Por segunda vez en poco más de una hora, el lado poblado de Gorse vio lo que parecía ser la luz del día cuando una lanzadera imperial estalló en pedazos. Kanan se protegió los ojos del destello… y luego se agarró cuando la onda expansiva sacudió al Viajesuave. Cuando miró otra vez, vio escombros lloviendo todo alrededor del campo de aterrizaje… y luego los oyó, cuando partes de la Lambda golpearon contra el lado derecho del fuselaje y el techo del autobús flotante.

Cuando el estruendo disminuyó, Hera relajó su agarre de Kanan.

—Creo que eso es todo —dijo. Ella se levantó y él la siguió. Cuidadosamente, salieron del lado derecho del vehículo para mirar mejor.

El humo y el fuego borraron la luna. Pero podían ver que Vidian y todos sus compañeros, incluyendo a Sloane, estaban en el suelo por la explosión, algunos lanzados a varios metros. Vidian todavía se movía, vio Kanan, pero definitivamente se tambaleaba.

—Vamos —dijo Kanan, agarrando el brazo de Hera.

—Sí, ¡creo que sí!

Ya habían sido espectadores de un ataque. No serían capaces de salir caminando de otro. Pero antes que pudieran llegar a la puerta, Kanan escuchó un gemido alto y zumbante que venía por detrás, de la dirección de la explosión. *Más restos, ¿ahora?* No importaba. Esta vez, *él* la tiró al suelo a *ella*…

… justo cuando una masa de metal pasó aullando sobre sus cabezas. Algo se estrelló de cabeza contra el autobús flotante, destrozando más de sus ventanas. Kanan protegió las cabezas de él y Hera con los brazos.

Cuando Kanan finalmente levantó la vista, vio algo que lo dejó sin habla. Era una moto deslizadora, del tipo que usaban los soldados de asalto imperiales. O parte de ella: su largo morro había atravesado una de las ventanas del autobús, deteniendo su vuelo y efectivamente empalando al vehículo más grande.

Afuera del autobús flotante, colgado boca abajo de la moto profundamente encajada, estaba Skelly, con la mano derecha aferrada a uno de los manillares en un agarre mortal. Parecía como si hubiera pasado a través de una de las picadoras de Okadiah. Su cuerpo maltratado colgaba inerte de la estructura, y una gran mochila colgaba precariamente alrededor de su cintura, a punto de caer.

Una explosión secundaria estalló en el campo detrás de ellos… pero Kanan solo podía mirar a Skelly, deslumbrado. El bombardero abrió los ojos y le devolvió la mirada, reconociéndolo cansado.

—K-k-k… —dijo Skelly, con el rostro hinchado y la boca ensangrentada—. Kanan.

—¿Qué?

—La mochila. Tómala.

Sin pensar, Kanan la tomó y luego miró adentro.

—¡Está llena de bombas!

—No es bueno —dijo Hera, agarrándole el brazo. Al otro lado del campo, los equipos de emergencias salían corriendo desde la torre de control para apagar el incendio, aun mientras Vidian se levantaba. Vidian todavía no había visto a Kanan y los demás; había demasiados escombros ardientes entre ellos. Pero Kanan podía ver los espeluznantes ojos brillantes del cyborg mientras examinaba la zona. Unos soldados de asalto frescos llegaron a la escena de la explosión desde la torre de control, y varios de los compañeros de Vidian se levantaron, buscando sus armas. Por arriba, sonó una sirena, y el suelo de repente estaba inundado de reflectores que cortaban a través del humo.

—¡Allí! ¡En el autobús flotante! —gritó Vidian, con la voz amplificada artificialmente a su nivel más alto.

Kanan se volvió hacia la puerta del largo autobús flotante, a tres metros de distancia, sólo para ver un disparo de bláster acertar justo fuera del marco de la puerta. Por el rabillo del ojo, pudo ver al menos una docena de soldados tomando posiciones detrás de los restos esparcidos. Todavía nadie le apuntaba a él, pero el vehículo era otra historia. Hera también lo sabía. Igual que él, ella estaba mirando al autobús flotante, pero aunque tenía la mano en su bláster, no lo había desenfundado. Ella volvió a menear la cabeza hacia él.

—El lugar equivocado, en el momento equivocado.

La historia de mi vida, pensó Kanan. En una reacción casi autónoma, dejó que la bolsa con los explosivos de Skelly resbalara de sus manos al suelo. Nada explotó, lo que casi pensó que era una lástima.

—¡Pongan las manos detrás de la cabeza! —vino por detrás el grito amplificado de Vidian.

Por arriba y a la izquierda de Kanan, Skelly resbaló de la moto, su mano finalmente se había aflojado. Aterrizó con un ruido sordo sobre la grava.

—Skelly, voy a morir —dijo Kanan, mirando hacia abajo al hombre en la tierra—. ¡Pero voy a matarte primero!

Capítulo veintinueve

Cuando el otro traía un ejército, era mejor no discutir. Kanan mantuvo el rostro hacia el autobús. Podía oír los blásteres preparándose, con más soldados de asalto empezando a moverse de cubierta en cubierta, avanzando por el aeródromo.

Hera tampoco se había movido, pero él podía ver su pensamiento. Con el humo borrando la luna, los imperiales todavía no habían visto claramente ninguna de sus caras, pero eso cambiaría cuando se volvieran para correr… o luchar. Y la última opción parecía imposible. No le habían disparado a ningún imperial en todo el caos del día, y no quería empezar ahora. Las probabilidades eran demasiado remotas.

Skelly estaba a un metro más o menos de la mochila, mirándola. Vidian, con su aguda vista, lo notó.

—*¡No la toques!*

Kanan volvió a mirar a Hera. *Fue una buena carrera*, se dijo. Comenzó a llevarse las manos detrás de la cabeza.

—¡Bajen sus armas! —gritó otra voz desde atrás y a la derecha de Kanan.

—¡No tenemos ninguna! —gritó Kanan.

—¡No les hablaba a ustedes! —Por un momento, la voz le pareció extrañamente familiar a Kanan… hasta que se dio cuenta de que le *era* familiar. Kanan y Hera miraron a la derecha para ver a Gord caminando decidido desde la dirección de la instalación de entrada de carga—. *¡Estoy aquí por Vidian!*

El voluminoso jefe de seguridad estaba magullado, vio Kanan: Hera le había contado de la paliza que Gord había sufrido antes. El besalisko también estaba armado hasta los dientes, preparado para enfrentar la muerte con las cuatro manos. Había llegado de la misma forma que ellos, se dio cuenta Kanan, en uno de los otros transportes de thorilide. Nunca había visto al jefe de seguridad con un aspecto tan serio… ni tan amenazante.

—¡Conde Vidian! Mi nombre es Gord Grallik, jefe de seguridad de Luzdeluna. ¡Está bajo arresto por el asesinato de nuestra supervisora… y mi esposa!

—¿Con qué autoridad? —Esa era Sloane; sonaba aturdida.

—La mía —dijo Gord—. Hay una cárcel en Ciudad Gorse. Serás tratado con justicia… ¡con más de la que mereces!

—Ya fue suficiente —gritó Vidian—. ¡Mátenlo!

Gord disparó primero. Y segundo. Y tercero. Moviéndose con una velocidad sorprendente, el besalisko esparció fuego bláster sobre los soldados de asalto. Las posiciones defensivas de los imperiales los protegían en la dirección del autobús flotante, pero no contra cualquiera que viniera desde su ángulo a la derecha. Antes de que nadie pudiera responder el fuego, Gord lanzó algo con su cuarta mano: una granada sónica. Detonó en medio del grupo de soldados de asalto más cercano a él, emitiendo un chillido que los dejó aturdidos.

Hera, quitándose las manos de detrás de la cabeza, miró a Kanan.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Kanan asintió con la cabeza.

—¡Corre!

Comenzaron a avanzar hacia el autobús… sólo para ambos lanzarse al suelo cuando los atentos soldados de asalto dispararon contra la puerta. Mientras los disparos carmesí golpeaban la grava delante de ellos, Kanan corrió hacia la única cubierta que pudo encontrar: un pedazo del motor iónico sublúminico de la lanzadera imperial, que antes había golpeado el techo del autobús flotante y caído.

—Es hora de unirse a la fiesta —dijo Hera, sacando su bláster. Se apoyó sobre la barrera metálica, apuntó rápidamente y disparó. Uno de los francotiradores dejó de disparar al autobús.

Kanan la miró y desenfundó su arma. Había hecho su mejor esfuerzo para evitar estas situaciones… pero estas cosas no lo soltaban, pasara lo que pasara. *¡Bien, entonces!*

—¡Bailemos!

Kanan disparó. Hacia el norte, Gord seguía atacando, esquivando de alguna manera un tiro que pasó de refilón junto a su pierna izquierda. Hera y Kanan le daban un fuego cruzado, lo que motivó a los imperiales a mover a Vidian y Sloane a una posición más protegida.

Mientras seguía disparando, Kanan empezó a preocuparse de que lo rodearan por la derecha o lo atacaran por detrás. Las cosas se veían despejadas hacia el sur, vio. Y detrás de él, el autobús flotante…

… ¡se estaba *moviendo*!

Los ojos de Kanan saltaron al suelo, donde había yacido Skelly. La bolsa con las bombas no estaba. Le dio un codazo a Hera.

—¡El autobús! ¡Lo están robando otra vez!

Con disparos de bláster imperiales rebotándole sin causar daños, el autobús flotante se levantó un metro en el aire y luego se estrelló otra vez contra el suelo, casi volcando. Un gemido mecánico sonó por encima del tiroteo, y la nave se levantó una vez más. Pero sólo una parte de ella: una esquina trasera se negó a levantarse, y el largo vehículo la arrastró por el suelo mientras intentaba acelerar.

Hera entrecerró los ojos para mirar a través del polvo.

—¿Está conduciendo Skelly?

Kanan gritó en respuesta.

—¡Yo no diría que hace eso! —Skelly intentaba, probablemente con una sola mano y sin duda aterrorizado, hacer que el Viajesuave volara, algo que Kanan sabía que ya no podía hacer. Pero al menos el vehículo recibía el fuego que había sido dirigido a ellos.

Repentinamente la esquina trasera del vehículo flotante se despegó del piso. En respuesta, el resto se sacudió, comenzando un descontrolado giro de costado en su dirección. Kanan gritó:

—*¡Cuidado!*

Él y Hera se echaron al suelo mientras diez mil kilogramos de metal pasaban sobre sus cabezas, rozando y rompiendo los restos que habían sido su cubierta.

Kanan levantó la cabeza para ver a Gord cargando por el terreno despejado hacia los imperiales… con los ojos furiosos y sin prestar ninguna atención al autobús flotante, que ahora había bajado mientras oscilaba ampliamente en un arco hacia él.

—*¡Gord, cuidado!* —No había forma de que el besalisko lo escuchara en el caos. El autobús que giraba barrió por la posición de Gord, haciéndolo perder el equilibrio y que perdiera dos de sus blásteres. Gord corrió tras ellos, sólo para que un tiro de bláster le rozara el pecho. Eso ocasionó la oportunidad que Vidian necesitaba. Saltó de su cubierta hacia Gord. El aturdido besalisko levantó sus carnosos brazos, listo para ofrecer resistencia. Pero Vidian continuó con su carga, tirando a su agresor al suelo.

Kanan no tenía un tiro. Hizo una mueca de dolor cuando vio a Vidian levantar los puños… y bajarlos, una y otra vez. Pero antes de que pudiera volver a pensar sobre el destino del jefe de seguridad, el díscolo autobús flotante completó otra revolución y volvió a dirigirse hacia él y Hera. Ella también lo vio, y ya estaba de pie, enfundando su bláster.

—¡Vamos!

Haciendo caso omiso de los tiros de bláster viniendo en su dirección, Kanan saltó desde el suelo y siguió. El Viajesuave dio un violento bandazo hacia ellos con mayor altitud que antes. Hera saltó corriendo a su cara inferior. Kanan la siguió un segundo más tarde.

Hera fue premiada por actuar primero. Se agarró de uno de los puntales estructurales que conformaban el chasis del autobús flotante. Kanan, mientras tanto, sólo había logrado enganchar la mano derecha alrededor de uno de los anillos unidos al turboventilador posterior… lo que lo ponía justo en el camino del escape del motor en funcionamiento.

El vehículo flotante se levantó y cayó otra vez, casi arrancándose a los que colgaban contra un obstáculo horizontal. Kanan sólo después comprendió que era la pared exterior del espaciopuerto imperial. ¡Estaban en camino… a alguna parte!

Por detrás el trozo del ala de la lanzadera que había estado usando para cubrirse, Sloane miró estupefacta como la pesada máquina de metal pasaba en forma improbable sobre la barrera de permacreto. Ya tenía el comunicador en la mano.

—¡Todo el mundo siga a esa cosa, ahora!

Levantándose de detrás de la cuña de metal retorcida, corrió hacia su cargo.

—¡Conde Vidian! ¡Conde Vidian!

—Es innecesario gritar. —Su voz la llenó de alivio, para variar. Pero solo por un momento. Vidian se levantó desde el cadáver del besalisko, su regio atuendo ensangrentado y desgarrado—. Estoy vivo, no gracias a sus fuerzas. Otra bomba… y ahora estos atacantes. ¿A esto llama seguridad?

Sloane reprimió el impulso de discutir. Asegurar la zona de aterrizaje era responsabilidad de la guarnición del Ejército Imperial, no de ella… pero ahora no era el

momento de discutir. La persecución había empezado. Los achaparrados y grises transportes de tropas imperiales cargados con soldados de asalto ya se dirigían a la puerta oeste, y ella tenía más que eso en mente.

—Ordenen a las autoridades locales que pongan barricadas en cada esquina… ¡hay que mantenerlos encerrados en Tierraalta! —indicó por el comunicador—. Pónganse en contacto con la vigilancia de tierra y por satélite… ¡Asegúrense de que sabemos dónde está el vehículo en todo momento!

Y al otro lado de la pista, lejos del sitio de la explosión, vio algo sobre lo que *sí* tenía el mando directo: dos cazas TIE, estacionados y esperando.

—Hágalos despegar —ordenó al jefe del espaciopuerto.

—¡Enseguida, capitán!

—Había otros con el saboteador —dijo Vidian, mirando atrás a los oficiales en camino a los TIEs—. Eso hace que esto sea una conspiración. ¡Quiero que maten a Skelly ni bien lo encuentren, pero tráiganme a los otros!

Sloane no había podido ver bien a los dos que habían estado enfrentando al autobús flotante, y dudaba que nadie más lo hubiera hecho. Uno de los traidores había destruido la única cámara de vigilancia que cubría el área; ese alguien había sabido lo que estaba haciendo. Pero Skelly debería destacar… y no llegarían muy lejos en esa monstruosidad que estaban manejando.

—Quiero a esos renegados —gritó a los soldados—. ¡Ahora!

Capítulo treinta

La forma de controlar tu miedo por estar en una cornisa, había dicho la maestra Billaba, *es no pensar en ello hasta que la hayas dejado*. Incluso en ese momento, Kanan había pensado que ese consejo podía interpretarse de dos maneras diferentes. *Dejar la cornisa* podía significar que estabas seguro adentro… o podía significar que estabas cayendo en picada. Muchos adagios Jedi parecían tener ese problema: Siempre asumían que todo saldría bien.

Kanan no asumía eso en el momento. La parte inferior de un deslizador normalmente no habría ofrecido ninguna separación para alguien colgado… y el Viajesuave, aunque había sido diseñado para el vuelo, había sido poco más que un deslizador por años. Elevarlo a más de un metro del suelo lo hacía bambolearse como loco sobre su eje hacia izquierda y derecha. Todos los conductores de Okadiah lo sabían.

Pero Skelly no era uno de los conductores de Okadiah.

—¡Cuidado! —Kanan le gritó a Hera mientras la máquina perdía altitud. Hera levantó las piernas antes de que rozaran la calle cubierta de lodo. Kanan, más alto que ella, sintió la parte delantera de sus botas golpear la superficie.

Kanan se esforzó, tirando de sí mismo hacia arriba para buscar un segundo asidero. Más adelante, vio a Hera pivotando ágilmente una pierna hacia arriba para cogerse de un puntal de apoyo colgante. Hacer eso no era una opción para él… no con las aspas giratorias del turboventilador directamente al frente. Tenía que acomodar su peso y revertir sus asideros, dándose vuelta.

Al hacerlo, vio a los perseguidores. Dos… no, *tres* transportes de tropas imperiales corrían por el carril oscuro tras la estela del autobús flotante, en ocasiones disminuyendo la velocidad por el tráfico en dirección opuesta. Skelly no era molestado en absoluto por el tráfico, notó Kanan: cada pocos segundos, el vehículo apartaba algo hacia la izquierda o derecha… o se inclinaba hacia arriba, al simplemente subir sobre su obstáculo. Kanan tenía que levantar el cuerpo hacia arriba cada vez que la máquina volvía a bajar para evitar ser arrancado. Pero no había ninguna opción excepto aguantar… no con los imperiales por detrás y Hera en peligro más adelante.

Cuando el primer tiro de bláster de la torreta de cañones gemelos del transporte más cercano pasó a sólo unos metros del autobús, Kanan ya había tenido suficiente. Al ver una leve hendidura justo dentro de la parte posterior del chasis, lanzó las piernas hacia arriba y enganchó las botas debajo del reborde inferior. Eso le permitió alcanzar un asidero más seguro a la izquierda, dejando atrás la carcasa del turboventilador.

Con tanto cuidado como le fue posible en el viento batiente, Kanan tanteó en la oscuridad, luego comenzó a avanzar hacia atrás por la parte inferior del Viajesuave, sintiéndose un poco como un mynock que había perdido la succión. Gimiendo por la tensión, levantó su cuerpo a través de la abertura de la hendidura a un lugar donde podría aferrarse al borde interior de la parte posterior de la estructura inferior.

Esperó allí, respirando agitado, mientras el autobús flotante se inclinaba y rodaba. La espera era insoportable… pero tenía que esperar al momento correcto. Finalmente llegó. El autobús flotante golpeó fuerte con algo a la izquierda, haciendo que casi volcara sobre su lado derecho. Viendo el aire abriéndose entre él y la tierra que corría por debajo, Kanan hizo rodar su cuerpo hasta el parachoques trasero.

Esta vez, el Viajesuave golpeó contra el suelo cuando se enderezó… y Kanan comenzó a caer hacia atrás desde el parachoques.

—¡Te tengo, Kanan!

Kanan levantó la mirada, atónito. Sí, alguien lo tenía. Skelly colgaba por la destrozada ventana trasera, su mano derecha biónica cerrada alrededor del cinturón de Kanan. Skelly gritó de agonía mientras Kanan trepaba sobre sus hombros y pasaba por el panel abierto.

Kanan llegó al piso en la parte posterior del autobús flotante, resollando. Pero no podía quedarse. El autobús flotante había golpeado la calle… cualquiera que estuviera debajo se habría zafado.

—¡Tenemos que volver por Hera! —gritó. Luego parpadeó mirando a Skelly—. ¿Quién está conduciendo?

Antes de que consiguiera una respuesta, el Viajesuave rebotó otra vez sobre algo, haciendo que Kanan resbalara por el pasillo sobre su parte posterior mientras el vehículo se inclinaba hacia abajo.

Patas arriba junto al asiento del conductor, miró hacia arriba.

—Lo siento —dijo Hera, sonriendo—. Todavía me estoy acostumbrando. ¡Pero bienvenido a bordo!

Kanan rodó y se puso de pie rápidamente. Vio que Skelly de alguna manera había llegado adelante, claramente con mucho dolor pero incapaz de descansar. El hombre de menor estatura estaba sentado en la escalera de la puerta izquierda abierta, con el brazo derecho envuelto alrededor del riel de soporte mientras que su otra mano rebuscaba en su bolso. Un momento después, Skelly arrojó una pequeña bomba de tubo por la puerta.

Los deslizadores terrestres estacionados del lado izquierdo de la calle estallaron en un infierno que iluminó la zona, volcándolos. La onda expansiva cogió la parte trasera del Viajesuave, inclinando el autobús flotante a mitad de camino hacia su lado derecho mientras corría hacia una intersección. Kanan se agarró al poste de apoyo mientras Hera hábilmente recuperaba el control, usando el impulso para llevar el vehículo por una calle lateral.

Skelly sólo sonrió, mostrando unos dientes rotos y ennegrecidos. Buscó de nuevo en su bolsa.

—¿Puedes hacer que deje de hacer eso? —exclamó Hera.

—Con gusto —dijo Kanan. Fue a su lado, y arrebató la bolsa debajo de Skelly.

—¡Eh! —dijo Skelly, estirándose para alcanzarla… y casi cayendo por la puerta abierta.

Kanan lo agarró e inmediatamente lo lamentó.

—Debería…

Antes de que pudiera terminar, el fuego bláster destrozó las ventanas del lado izquierdo. Kanan se agachó, tratando de protegerse la cabeza de los fragmentos voladores. A través de la puerta abierta, pudo ver de dónde venían las ráfagas: uno de los transportes de reconocimiento, emboscado en una calle lateral. Un segundo más tarde las ventanas de la derecha explotaron con fuego procedente de la dirección opuesta.

—¡Estamos en una galería de tiro! —gritó Kanan. Tenían que salir de aquí… pero eso significaba averiguar dónde estaban. Colgándose la bolsa sobre el hombro, sacó el arma y trepó encima de uno de los asientos.

Era casi imposible, al ver que el mundo pasaba zumbando en la oscuridad. Okadiah nunca había hecho funcionar el sistema de navegación del vehículo: ¿Quién lo necesitaba, para hacer viajes de ida y vuelta al bar? Pero Kanan buscó desesperado cualquier elemento reconocible.

—¡Allí! —Pasaron la extraña forma del edificio Plaza Ventana del Mundo de Transcept, iluminada por dentro y por fuera como siempre—. Dobla a la derecha —gritó Kanan—. Por la vieja autopista de los mineros. ¡Vamos hacia Los Pozos!

El Viajesuave se tambaleó. Hera redujo apenas la velocidad del vehículo… y sin embargo de alguna manera dio la vuelta fácilmente por la rampa de entrada. La antigua vía elevada tenía el beneficio del acceso limitado: ahora, en lugar de pasar por las calles laterales con artilleros imperiales, estaban pasando edificios y tejados a ambos lados. Estaban cercados, cierto… pero ya había muy poco tráfico corriendo por la autopista, y Hera aumentó la aceleración. Kanan salió del asiento y corrió hacia la parte posterior.

Vio que los transportes de reconocimiento los perseguían por detrás. Se quitó el bolso de Skelly del hombro. Adentro había cerca de una docena de dispositivos explosivos improvisados. Ahora que habían salido fuera del tráfico, las probabilidades de hacer con ellos más que daños aleatorios a la propiedad eran mejores. Llamó a Skelly, que seguía en el medio del autobús.

—¿Cómo hago para activarlas?

—¡Enchufa los cables y dales con todo!

Sacando un cilindro no mucho más grande que un vaso de licor, Kanan rápidamente unió los dos cables sueltos que le colgaban. Mirando hacia atrás, apuntó. Lo lanzó por la ventana trasera y vio como lo tomaba la estela, impulsándolo hacia los imperiales que se aproximaban.

El fuego brotó ante el transporte de reconocimiento de más adelante. Debajo de él, la estructura de la autopista, ya resentida por años de terremotos, se sacudió violentamente. El primer transporte se dio la vuelta tratando de evitar la explosión, arrojando a los soldados de asalto que iban afuera… pero eso fue mejor para ellos, cuando uno tras otro los vehículos que venían por detrás chocaron contra él.

—¡Tres por uno! —gritó Kanan, agitando el puño.

—¡Tenemos problemas más grandes! —gritó Skelly.

Kanan miró adelante, sobresaltado. No esperaba que la ruta estuviera despejada todo el camino, pero estaban a kilómetros de otra rampa de acceso.

—¡Todavía no debería haber nadie enfrente a nosotros!

Pero antes de que pudiera correr hacia adelante para mirar, una luz ardió fuera de las ventanas a izquierda y derecha, cegándolo. Sintiendo una repentina oleada de calor, se dio cuenta que no eran reflectores inundando de luz al autobús flotante, ni pequeñas armas de fuego de los imperiales. Un gemido agudo pasó por encima de sus cabezas.

—Es eso…

—*¡TIE!* —gritó Hera.

El caza estelar pasó disparado sobre ellos, una bombilla blanca intercalada entre alas hexagonales negras. Kanan miró atrás para ver las luces gemelas de sus motores iónicos retrocediendo en la distancia… sólo para sentir que el mundo volvía a moverse cuando un segundo caza, con la trayectoria de vuelo nivelada en forma perpendicular a la carretera, comenzó a ametrallarlos desde arriba.

Hera ladeó violentamente el Viajesuave, haciendo caer a sus pasajeros. No había ninguna protección contra el ataque de los TIEs… excepto la misma autopista. A pesar de la objeción de los motores del Viajesuave, Hera inclinó noventa grados el autobús flotante, moviéndose no por el camino superficial sino más bien por el muro de retención izquierdo de la carretera elevada. El TIE, que había estado apuntando bajo en su recorrido, encontró que su cañón destrozaba el duracreto en lugar de su objetivo.

Hera torció el Viajesuave para nivelarlo otra vez. El TIE chilló por encima y empezó hacer un lazo… y ahora volvía el primer atacante, subiendo por la autopista hacia ellos. Esta vez, Hera golpeó los frenos, enviando al autobús flotante en un trompo… y comenzó a correr en la otra dirección. La maniobra acortó la distancia con el TIE que los había estado siguiendo de tal modo que sus tiros pasaron inofensivos por arriba.

Kanan se puso de pie rápidamente. Hera era la mejor piloto que nunca había visto, logrando hacer cosas que él nunca había imaginado que fueran posibles con el Viajesuave. Pero esto no podía continuar… especialmente no como estaban ahora corriendo hacia los transportes de reconocimiento, apilados y en llamas. Algo había que hacer.

Kanan corrió hacia la parte delantera del vehículo. Patinando hasta detenerse, se zambulló al piso a la derecha a los pies de Hera.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Hera, desconcertada.

Kanan alcanzó algo más allá de sus pies, debajo del asiento del conductor.

—Esta cosa solía volar, ¿recuerdas? —Soltó de un tirón un paquete marrón con tiras… el antiguo paracaídas de Okadiah.

—¿Vas a escapar saltando?

—¡Para nada! —Poniéndose de pie, Kanan miró el techo, en el medio de la nave—. Corta la aceleración. ¡Cuando te dé la señal, acelera! —Miró hacia atrás—. ¡Skelly! ¡Voy a necesitar tu ayuda!

—¡Genial! —Skelly lo miró cansado—. Voy a necesitar medicación. —Dijo, pero se puso de pie.

En el techo en el centro exacto del vehículo estaba la salida de emergencia del techo: no era algo malo en un planeta propenso a los terremotos y deslizamientos de barro. Cuando Skelly lo alcanzó, Kanan hacía equilibrio en el respaldo de un asiento, tratando de abrir la escotilla oxidada.

—¡Necesito que vengas aquí y me sostengas!

Cuando Kanan emergió en el techo, el segundo caza TIE estaba corriendo a lo largo de la longitud de la carretera. No había ninguna buena oportunidad de simplemente tirarle una bomba, lo sabía. El viento lo embolsó de lleno cuando se puso de pie. Skelly se había encajado en el hueco detrás de Kanan y lo agarraba por la parte trasera del cinturón. Kanan enfrentaba a un TIE, que corría hacia él con los láseres listos para disparar mientras que él no tenía ningún arma en absoluto.

Pero tenía un plan.

—¡Hera, ahora!

Detrás, Skelly repitió el grito a Hera. Ella pisó el acelerador… justo al mismo tiempo que Kanan activaba el paracaídas. Sin estar unido a nada, el paracaídas embolsó todo el viento y se disparó hacia atrás en el aire… abriéndose en toda su envergadura en la ruta del caza TIE. El caza giró a la derecha, sólo para encontrar cuerdas y lona enganchadas a su panel solar de estribor. Enredado, desequilibrado y cegado, el distraído piloto del caza estelar no vio la torre de microondas en su camino.

—*¡Whoa!* —dijo Kanan, casi perdiendo el pie cuando la nave explotó espectacularmente. Uno menos. Pero todavía quedaba el otro, vio mientras se volvía para mirar hacia adelante. Y entre el autobús flotante y el caza TIE, Kanan vio la humeante pila que habían sido los transportes de reconocimiento. Su trabajo sucio de antes yacía ante ellos, ahora como una barrera… y si Hera intentaba otro giro de 180 grados, temía que él saldría volando. Peor aún, había soldados de asalto en la calzada de la autopista, supervivientes del choque. El fuego de armas ligeras destellaba… ¡e iban corriendo hacia él!

—¡Tírame para adentro!

Skelly no estaba en condiciones de mover a Kanan a ninguna parte. Pero se soltó de la apertura del techo, cayendo hacia el interior del autobús flotante, haciendo que Kanan tropezara atrás hacia el agujero. Agarrándose, luchó para darse la vuelta y bajar las piernas por la escotilla.

Escuchó algo desde abajo.

—¡Hera dice que te agarres!

Kanan, a mitad de camino por la escotilla y con ambas manos en el techo, parpadeó.

—Hera, ¿qué estás…?

Antes de que pudiera terminar la frase, el autobús flotante pasó disparado a través de los soldados de asalto en el pavimento elevado delante de ellos, tirando a varios al

costado. Seguro que el autobús flotante chocaría con los restos humeantes, Kanan se protegió el rostro con el brazo.

… y sintió un enorme impacto debajo de él cuando el autobús flotante golpeó el obstáculo. Lo golpeó y lo pasó por encima los chorros de sus repulsores usaron los restos como una rampa improvisada. El Viajesuave se lanzó al aire… y cobró vida plenamente, sus antiguos motores recordaron lo que alguna vez habían sido capaces de hacer.

¡Hera había hecho volar el vehículo! Ante la atónita sorpresa de Kanan… y sin duda también del piloto de TIE sobreviviente, que se desvió para evitar una colisión, sólo para chocar de forma catastrófica contra una chimenea.

El Viajesuave permaneció elevado, saliendo de la autopista elevada y pasando sobre los tejados. Kanan no podía creer lo que veían sus ojos. Metiéndose por la abertura del techo, aterrizó bruscamente y corrió hacia Hera.

—¡Esta cosa no ha volado en años!

—Tienes que hablarle del modo correcto —dijo ella, sonriendo.

—Pensaba que *yo* era un buen piloto. Pero tú… eres increíble.

—Gracias. Pero probablemente deberíamos ir a alguna parte.

Kanan parpadeó.

—Oh, sí. —Señaló—. De vuelta al sur. Los Pozos, cerca de la cantina.

Ella lo miró con preocupación.

—No podemos simplemente ir a cualquier parte. Tienen satélites. Encontrarán esta cosa. Tendremos que encontrar un lugar donde deshacernos de ella.

—Eso —la tranquilizó Kanan—, no será un problema.

Capítulo treinta y uno

Las palabras podían cambiar las cosas. Eso le habían enseñado los Jedi a Kanan, y era cierto en lo referente a cierto documento corto generado por la Consultora Minerax, que había cambiado la cara de Gorse cuatro años antes de la caída de la República.

La minería de thorilide en el sistema, antes de él, había tenido lugar completamente en la superficie de Gorse en las amplias llanuras húmedas al sur de la megalópolis. Entonces llegó el estudio de Minerax, proyectando que no quedaban más depósitos de thorilide de ninguna escala en ninguno de los lados del planeta. Para el momento en que las minas comenzaron a ver las pruebas de ello, los créditos inteligentes ya se habían movido, con los productores estableciendo operaciones en Cynda. En el espacio de un año, las minas a cielo abierto que llegaban hasta el borde de la ciudad pasaron de ser zonas de trabajo bajo unas grandes luces a basureros oscuros. La última mina en Gorse cerró el día que terminaron las Guerras Clon.

Existían tantos de esos lugares —Okadiah los llamaba «poros obstruidos de Gorse»— que Kanan no podía imaginar un mejor lugar para ocultar al autobús flotante. La interminable chatarrería era hogar de muchas naves abandonadas, grandes y pequeñas, incluyendo varios Viajesuaves; fue donde Okadiah había encontrado esta cosa en primer lugar. Kanan se había dado cuenta de que era el único lugar al que podían ir, después de este largo y difícil día, para tener alguna oportunidad de seguir una de las directivas de Obi-Wan.

—*Eviten la detección* —murmuró Kanan.

Saliendo de debajo del lado izquierdo del tablero de instrumentos, Hera lo miró.

—¿Qué?

Él se inclinó contra el asiento del conductor.

—Nada. —Se encogió de hombros—. Sólo estaba pensando… hasta aquí llegó lo de mantener un perfil bajo.

—Bueno, puedo haber matado tu autobús —dijo Hera, apagando su luz—. Olvida volar… no creo que vuelva a funcionar.

Kanan la vio cerrar el panel de equipo. El autobús flotante tenía tantas abolladuras y marcas de bláster que le sorprendía que no hubiera ardido espontáneamente.

Hera pasó por delante del asiento del conductor, con los brazos colgando un poco. Parecía cansada.

—No creo que nunca haya tenido un día como este.

—Quédate en Gorse —dijo Kanan, siguiéndola por el pasillo—. Cada día es un viaje al zoológico.

Hera se enfrentó a Skelly, que estaba dos filas más atrás, atendiendo sus heridas. Su tono era frío.

—¿En *qué* estabas pensando?

Skelly se la quedó mirando, atontado por las medicinas.

—Toda mi ruta de escape estaba planeada. Su autobús flotante estaba en el camino.

—¿En el camino de qué? —preguntó Kanan—. ¿Chocar contra la pared, en su lugar?

—No hablo de eso —dijo Hera—. Quiero decir meternos por una avenida principal… y luego lanzar bombas a lo tonto. Casi fuiste una amenaza más grande que el Imperio.

Skelly pareció herido.

—Aquí estoy intentando salvar a la gente. Intenté minimizar las bajas.

—Suenas como si estuvieras en una guerra —dijo Kanan.

—Lo estoy —dijo Skelly—. Nunca termina. —Indicó a su alrededor con la mano protésica.

Hera sacudió la cabeza, y luego apartó la mirada.

—Vidian mató a Gord. Lo vi.

Kanan asintió.

—Supongo que no podía vivir sin Lal.

—Él quería justicia —dijo Hera con voz suave, mirando a la pared—. Pero esperar que el Imperio actúe contra uno de los suyos es…

—¿Cosa de tontos? —dijo Skelly, mirándola abruptamente.

Hera meneó la cabeza.

—Iba a decir, *algo que tenemos derecho a esperar*. Es por eso que la gente ahora tiene dudas sobre el Imperio. No está aquí para ayudarlos. Sólo existe para ayudarse a sí mismo.

—Oh, eso es correcto —dijo Skelly, frotándose la frente—. Sí que interpreté mal a Vidian.

Kanan pensó que ese era un tema completamente diferente… y que había pasado el tiempo para hablar. Ahora la cosa era ponerse en movimiento, antes de que el Imperio lanzara al aire las naves de búsqueda.

—Vamos —le dijo a ella—. No estamos lejos de El Cinturón de Asteroides. Ahí podemos decidir qué hacer.

Ella no respondió. Tomándola del brazo, saludó a Skelly.

—¿Querías el autobús flotante, Skelly? Quédatelo. Nosotros nos vamos.

—Espera —dijo Hera—. ¿Simplemente vas a dejarlo?

—Error. *Vamos* a dejarlo, si eres lista. No creo que nadie nos haya visto claramente a ti ni a mí en el espaciopuerto, pero todo el mundo lo vio a *él*. Y esa mujer y su empresa de vigilancia, sus cámaras están por toda la ciudad. ¿Cuánto tiempo realmente quieres quedarte por aquí?

Hera frunció el ceño.

—Pero está herido.

—Cosa que se hizo a sí mismo. —Kanan la miró a los ojos—. No estoy seguro de lo que estás tratando de lograr, pero cualquier cosa que sea, este tipo no va a ayudarte.

Ella lo miró por varios segundos. Por un momento, Kanan pensó que iba a tomar una decisión.

Y entonces oyó el golpeteo.

Venía de la mitad del vehículo, del compartimiento de baño del tamaño de un armario. El marco de la puerta se había doblado ligeramente como resultado de los daños del día al autobús, y había aparecido una abertura estrecha como una rendija. Mientras se acercaba, el golpeteo se volvió más fuerte.

—Sé que estamos en un vertedero ——dijo Skelly—, pero ese es el roedor más grande que he escuchado.

Perplejo, Kanan fue al fondo y encontró una palanca. Hera y Skelly se reunieron cerca de la puerta cuando regresó.

—Esta puerta siempre se atasca —dijo Kanan—. Y se queda trabada y cosas peores. Una vez Okadiah se pasó sus vacaciones de verano allí adentro. —Metió el borde de la barreta en la rendija y empujó. Algo crujió.

La puerta se abrió de golpe… y una muy cansada sullustana cayó hacia fuera.

—*¿Zaluna?*

Zaluna Myder rodó por el piso, jadeando y agarrando su bolso.

—¡Aire! ¡Aire! —Parecía agotada. Vestía la misma ropa oscura de la noche anterior, vio Kanan.

Skelly la miró con asombro.

—¿Estuviste allí todo este tiempo?

—Durante los golpes y disparos —dijo ella, con la garganta seca—. Esa estúpida puerta es demasiado gruesa… ¡no me escuchaban! —Zaluna miró a Hera y Kanan aliviándose al reconocerlos. Luego sus ojos se fijaron en Skelly—. *¡Tú!*

Skelly pareció confundido mientras la mujer retrocedía, deslizándose por el piso del pasillo.

—¿Cuál es el problema? Yo no te conozco. ¿Cómo me conoces a mí?

—Eres el terrorista —dijo Zaluna, con sus grandes ojos improbablemente ensanchándose aún más—. Yo manejaba la cámara de vigilancia que hizo que te arrestaran.

Skelly parpadeó.

—¿Que hiciste qué? —Al darse cuenta de lo que había dicho, se echó hacia adelante en su asiento hacia ella—. ¿Que hiciste *qué*?

Zaluna buscó en su bolso y sacó su bláster.

—Manténganlo lejos de mí.

Kanan apoyó las manos con una palmada en los hombros de Skelly y lo empujó hacia atrás.

—No va a hacerte daño. Primero recibirá las Palizas de la Uno a la Siete de mí.

—De la *tres* a la siete —dijo Skelly—. Vidian me golpeó primero. Y tú me diste la Paliza Número Uno ayer en la luna. —Miró a Zaluna—. ¿Viste *eso* también?

—Sí —dijo Zaluna, bajando la mirada—. Creo que Kanan no debió haberte pegado.

—Gracias —dijo Kanan. Se encogió de hombros hacia Hera—. ¿Ves lo que consigo por ayudar?

Zaluna guardó el bláster. Hera se adelantó para ayudarla a llegar a un asiento. Miró atrás al estrecho compartimiento.

—¿Cuánto tiempo has estado allí adentro?

—Desde anoche, cuando vimos a Skelly entrar en la cantina —dijo Zaluna, luchando para levantarse—. Los soldados de asalto estaban afuera. Estaba buscando algún lugar donde esconderme, y el autobús estaba allí. Pero me quedé atascada. No podía conseguir una señal… y la puerta es tan gruesa que no me oyeron.

Kanan se rió entre dientes y meneó la cabeza.

—Todas las bombas que explotaron, todas las personas que nos dispararon… ¡y tú estabas justo ahí!

—No lo recomiendo. —Miró a Hera—. Más tarde tendremos que hablar del cubo de datos de Hetto. Tengo que volver a casa. ¡He faltado al trabajo!

Hera miró a Kanan con preocupación.

—Zaluna, no sé si deberías volver a casa o al trabajo. —Dijo Hera sacudiendo suavemente la cabeza—. El Imperio ya no sólo está buscando a Skelly. Están tras este vehículo y probablemente de nosotros también… no lo sabemos. Y hasta que sepamos lo que piensan de ti, no es seguro que vuelvas.

Zaluna parecía perdida.

—Realmente he pisado algo feo, ¿verdad?

—No es lodo —dijo Kanan.

La sullustana cerró los ojos y tomó unas cuantas respiraciones profundas. Después de un momento, los abrió otra vez… parecía casi en paz.

—Muy bien. Llevo treinta y tantos años de un lado de las cámaras. No me hará mal saber cómo es del otro lado. —Segundos después, estaba subiéndose encima de su asiento, extendiéndose hacia la lámpara en forma de cúpula del techo. Estaba justo a su alcance—. Cuando la gente corre, nunca corren de forma inteligente —dijo Zaluna, pasando los dedos por el interior de la cúpula—. El secreto está en asegurarse de que los vigilantes no sepan quién está corriendo.

Hera se alarmó.

—¿Qué es eso? No hay una cámara de vigilancia a bordo, ¿verdad?

—Este fue una vez un transporte de la ciudad. Las instalaron para la vigilancia comercial hace treinta años. Al no encontrar nada, Zaluna se bajó y se trasladó al siguiente asiento. Trepando, repitió el proceso con la lámpara siguiente.

Kanan miró estupefacto.

—¿Por qué espiarían un autobús flotante?

—En aquellos días, para ver qué bebidas preferían beber durante el viaje —dijo Zaluna pescando con los dedos—. En estos días, por la misma razón por la que el Imperio vigilaría una cantina o un ascensor. Para atrapar las amenazas antes de que se conviertan en amenazas.

Skelly cruzó los brazos.

—Todos los que me llamaron paranoico, la cola para disculpas comienza a la izquierda.

Las papadas de Zaluna se doblaron hacia arriba en una sonrisa sullustana y ella quitó un pequeño aparato de interior del accesorio.

—Ah. Justo como lo pensé. Uno de nuestros grabadores obsoletos. Sin conexión en vivo, hace una carga de datos al satélite una vez por semana. —Se lo lanzó a Hera mientras Kanan la ayudaba a bajar.

Hera hizo rodar el dispositivo de grabación increíblemente pequeño en la palma de su mano.

—Ya no va a enviar nada ahora, ¿verdad?

—No, está desconectado del transmisor. Pero admito que estaría interesada en ver lo que tiene. He estado en la oscuridad todo el día. Me gustaría saber qué fue todo ese ruido.

—Estuviste mejor donde estuviste —dijo Kanan—. ¡A mí me gustaría poder olvidarlo!

Hera se puso de pie en la puerta y lo miró.

—¿Puedes ocultarnos a todos en el bar hasta que averigüemos cuál es la situación? Es más seguro si no nos separamos.

Era inútil quejarse, comprendió Kanan. Si había una cosa que había aprendido, era que no podía cambiar la opinión de Hera una vez que ella había decidido algo.

—Muy bien —dijo—. Pero a la primera señal de un soldado de asalto, Skelly, ¡nunca te vi!

—La *Bastonazo* está aquí —dijo Sloane, bebiendo de una taza e indicando a la Lambda que descendía desde el cielo.

—¿Puede su gente impedir que explote? —preguntó Vidian—. Sólo le quedan nueve lanzaderas más.

Sloane ocultó su expresión detrás de la taza. El caf de la torre de control no era nada bueno, pero después de las últimas horas, cualquier respiro era bienvenido. Habían perdido varios transportes, dos cazas TIE… y, lo peor de todo, su presa. En una cantera[2]: una aglomeración de pozos llenos de escombros y desechos como nada que ella hubiera visto nunca. Los seguidores por satélite habían perdido al autobús flotante después de cinco segundos en el lugar. Los soldados de asalto podrían peinar el área durante meses.

Hasta ahora, Vidian no había dicho nada sobre el incidente, eligiendo en su lugar revisar el asunto que había discutido en primer lugar con ella cuando habían requisado el autobús flotante. De hecho, era una cuestión muy extraña, y con posibles ramificaciones para todos los que vivían en Gorse. Si se difundía podría convertir a más que algunos ciudadanos modelo en Skellies completamente delirantes.

[2] En el original hay un juego de palabras entre dos significados de la palabra *quarry*: presa y cantera. *(N. del T.)*

Probablemente no… pero Sloane estaba impaciente por salir del planeta antes de que sucediera algo. *Si paso más tiempo en Gorse* pensó mientras se dirigía a la lanzadera, *¡podría ni siquiera volver a conseguir un mando sustituto!*

Capítulo treinta y dos

Era extraño, estar solos en El Cinturón de Asteroides. Todavía no había llegado ningún cliente, y no esperaba a ninguno durante algún tiempo. Luzdeluna sin duda todavía estaba plagada de imperiales, y con el autobús flotante fuera de acción, Okadiah tendría que encontrar otra manera de hacer que sus regulares llegaran y volvieran de la cantina.

Kanan había pensado millones de veces en abandonar a los demás. Pero no quería abandonar a Hera y ella estaba convencida de que la captura de Skelly llevaría al Imperio directamente a ellos. Quién lo sabía, tal vez tenía razón. Y Hera no se iría sin Zaluna, no cuando la mujer todavía tenía el cubo de datos que quería.

Por lo menos Zaluna había resultado útil, llevándolos por las rutas que sabía que no estaban bajo vigilancia. Una vez que había confirmado que las cámaras en el edificio seguían estando muertas, Kanan había enviado a todos arriba al apartamento del ático. Él se había demorado abajo en el bar oscuro, recogiendo cualquier alimento que pudo encontrar.

Kanan se había ido esa mañana suponiendo que nunca volvería a ver otra vez el lugar. Ahora no tenía ni idea de dónde estaría en doce horas. No creía que nadie le hubiera dado un buen vistazo a su cara en el espaciopuerto imperial, pero no quería contar con ello.

Y había que hacer algo acerca de sus otros huéspedes.

Alguien accionó la cerradura en la puerta lateral. Kanan rápidamente tiró su bolsa de viaje de la barra y la puso a sus pies. Okadiah entró, con aspecto más gris de lo habitual.

—Llegaste aquí más pronto de lo que esperaba —dijo Kanan.

—Algo está pasando en Luzdeluna —contestó Okadiah, colgando sombríamente su chaqueta en un perchero—. ¿Te has enterado de lo de la jefa Lal?

Kanan asintió… y luego sacudió la cabeza.

—No escuché toda la historia. ¿Qué pasó?

—Dicen que un terremoto la hizo caer en un tanque de ácido en la planta. Que se acercó demasiado —dijo el anciano.

Kanan meneó la cabeza.

—Terrible.

—Una mentira terrible, querrás decir. —Okadiah deambuló en la oscuridad, enderezando sillas—. He conocido a Lal Grallik por más tiempo que el que tú has vivido, muchacho. Ella sabía dónde caminar. Quedó delante de un cyborg sanguinario, eso es todo… tal como lo hizo el jefe del gremio. —Haciendo una pausa para limpiarse algo en el ojo, se dio vuelta—. Redirigieron a todos nuestros transportes de personal al campo de Calladan. Tuve que venir en taxi flotante.

—Eso explica la multitud —dijo Kanan, tratando de sonar normal mientras miraba alrededor del bar vacío—. Supongo que va a ser una noche tranquila.

—Esa es una de las razones —dijo Okadiah. Fue hasta el mostrador y juntó las manos en él—. Me encontré con unos *caballeros* cuando aterricé.

Kanan encontró un trapo y empezó a limpiar la superficie.

—¿Iban vestidos de blanco?

—Como unos necios, teniendo en cuenta todo el barro en este planeta. —El anciano fue hasta el extremo de la barra y dio la vuelta. Volviendo a mirar, vio el saco lleno de comida a los pies de Kanan. Evidentemente decidiendo ignorarlo, se unió a Kanan detrás del mostrador—. Me dijeron que los imperiales habían requisado el Viajesuave para ir al espaciopuerto… y que alguien lo robó de ahí y salió a dar un paseo.

—Sorprendente —dijo Kanan—. Uno pensaría que un gran imperio sería más cuidadoso con la propiedad de otras personas.

—Es un buen hábito al que acostumbrarse. —Okadiah abrió una botella y preparó dos copas—. Al parecer quienquiera que dio ese paseo le disparó a un puñado de soldados de asalto e hizo daños por valor de cien mil créditos a la propiedad. —Sin mirar a Kanan, Okadiah sirvió—. ¿Hay algo que quieras contarme?

Kanan se quedó parado, con el rostro de piedra.

—No, en realidad no.

Okadiah recogió ambas bebidas y lo miró.

—¿Esa chica no te está metiendo en nada?

Kanan no respondió.

Okadiah miró por un momento al joven, antes de ir hasta él con las bebidas.

—Siempre me has parecido como un tipo sin ninguna parte a donde ir, Kanan, nunca como un fugitivo. —Mantuvo los ojos fijos en él—. Sin ninguna parte a donde ir es mejor. Menos gente va a venir preguntando donde estás.

Kanan asintió.

—Entiendo —dijo, tomando la copa ofrecida. Hizo un gesto a un lugar debajo del mostrador—. Por cierto, si revisas la caja de seguridad, encontrarás algunos créditos. Creo que a alguien se le cayeron detrás de una mesa.

—¿En serio?

—Suficiente para el pago inicial de otro autobús flotante —dijo Kanan, arrastrando un poco los pies. Era la mitad del dinero que había ahorrado—. Eh… probablemente no uno tan nuevo como el que tenías.

—Entonces al menos la fortuna le ha sonreído a alguien hoy —dijo Okadiah. Levantó su copa en un brindis—. Por que el espíritu de la muerte cometa un error administrativo y se olvide que existes.

—Correcto —dijo Kanan. Luego agregó—: Por la jefa Lal.

—Por Lal.

Kanan terminó su bebida y dejó la copa en el fregadero. Recogió el saco de comida y fue para la escalera.

Las voces elevadas detrás de la puerta se silenciaron inmediatamente cuando Kanan la golpeó. Abrió el pestillo. Al verlo, Hera bajó el bláster y lo dejó pasar.

La habitación era un lugar de residencia sólo en el sentido gorsiano del término. Una chimenea subía atravesando un techo bajo e inclinado; desde la calle, no había ninguna indicación de siquiera la existencia de una planta superior. Unos tubos corrían por el piso, bisecando la cámara mohosa. Las lámparas portátiles proporcionaban la única luz. Un colchón había sido tirado encima de unas cajas para crear una cama improvisada.

Zaluna estaba sentada a los pies de la cama, frotándose los tobillos. El compartimiento había sido un lugar estrecho, y había dormido mal… cuando había podido dormir en absoluto. Skelly estaba sentado delante de una pequeña palangana, haciendo todo lo posible para limpiarse las heridas. Y Hera estaba sosteniendo la puerta, con un aspecto tan frustrado como nunca la había visto.

—¿Algún problema?

—Simplemente hemos debatido los acontecimientos del día —dijo Hera, hablando lentamente. Le lanzó una mirada a Skelly—. Particularmente algunas cosas que podrían haberse hecho… *de manera diferente*.

—Eso es lo que necesita este grupo: una instructora de vida. —Kanan la pasó y comenzó a repartir los alimentos. Zaluna y Skelly los alcanzaron con entusiasmo. Kanan caminó hasta la cama y se sentó, ofreciéndole a Hera un asiento y lo que quedaba en la bolsa—. Su mesa, señorita.

Después de un momento, ella se sentó con él.

Todos comieron en silencio.

—Lo digo en serio —dijo finalmente Hera cuando terminó su comida—. Lo has estado haciendo todo mal, Skelly. Tienes que olvidar las viejas costumbres.

—Eso suena familiar —se quejó Skelly.

Kanan se rió.

—¿Qué está haciendo mal Skelly ahora?

—Es lo que intentaba decirle antes —dijo Hera, hizo un bollo con el saco—. Gord enfrentando a Vidian. Skelly haciendo explotar todo lo que ve… es un suicidio. No es la forma de hacer esto.

—¿De hacer qué?

—De hacer una… —Hera se paró. Respiró profundo y bajó la voz—. No es la forma de hacer una diferencia contra el Imperio.

—No están intentando hacer una diferencia —dijo Kanan, repartiendo la comida—. Están tratando de devolver el golpe.

—Y lo entiendo. Pero si la gente que tiene quejas del Imperio actúa únicamente en sus propios intereses, eso no le servirá de nada a nadie. De hecho, podría hacer más difícil que florezca cualquier tipo de verdadera rebelión…

—¿Rebelión? —exclamó Skelly—. ¿Quién está hablando de rebelión?

Cerca de allí, Zaluna dejó escapar un *tsk-tsk*. Le habló al aire en una voz cadenciosa:

—Así es cómo te metes en problemas.

—Nadie está hablando de rebelión, eso es seguro —anunció Kanan. Zaluna había barrido el cuarto en busca de dispositivos de escucha, pero claramente no estaba cómoda con las palabras que había oído.

Hera puso los ojos en blanco.

—No, nosotros no. Nunca lo haríamos. Pero en *teoría*… —Dijo la palabra fuerte y miró tranquilizadoramente a Zaluna.

—*Realmente* no les gusta que hables de teoría —dijo la sullustana con una sonrisa.

Hera continuó.

—En teoría, digamos que tienes a miles de personas… no, a miles de *sistemas*, enfurecidos con un hipotético Imperio Galáctico de una galaxia lejana. Pero todos están molestos por asuntos locales, por quejas particulares, y nunca se juntan para nada. Así que no consiguen ninguna fuerza numérica, ni ninguna ventaja estratégica de la cooperación. Son fáciles de dividir y conquistar. Y lo peor de todo, nunca se desarrolla ningún espíritu común.

Skelly le devolvió la mirada con incredulidad.

—¿Estás diciendo que no debemos luchar? —Su voz resonó en la pequeña habitación—. Lo que le están haciendo a la luna. Lo que le hicieron a Lal. Lo que me hicieron a *mí*…

—… fue horrible, Skelly. —Levantándose, Hera fue hasta él y le puso una mano en el hombro—. Pero no fuiste lastimado por una sola persona.

—Tienes razón. Se sintió como un ejército.

—Fuiste lastimado por un régimen. Podrías cobrar venganza contra la mano que te lastimó… o que mató a Lal. Pero no conseguirías justicia. No hasta que la tenga todo el mundo.

Los ojos de Skelly se estrecharon, y le devolvió la mirada en silencio.

En el piso, Zaluna extrajo otro pequeño aparato de su bolsa y empezó a trastear con él.

—Reviso mis mensajes —le dijo a aquellos a su alrededor—. Es seguro.

Hera asintió con la cabeza.

Skelly miraba ociosamente el frondoso tallo del único vegetal que Kanan había sido capaz de encontrar en la despensa de la cantina.

—Sabes, muchos de nosotros perdimos miembros en la guerra. Todo lo que queríamos de los doctores era poder volver a hacer lo que hacíamos antes. No nos ofrecimos para convertirnos en máquinas asesinas. —Se inclinó hacia adelante aturdido—. ¿Cuál es el problema de este tipo?

Kanan supuso que era una pregunta retórica. También se dio cuenta de que Skelly había sufrido una paliza peor de lo que se había imaginado.

Zaluna jadeó y dejó caer el aparato que sostenía.

La twi’lek la miró con preocupación.

—¿Qué pasa?

Con las manos en las rodillas, Zaluna tenía la mirada fija con incredulidad en el pequeño aparato a sus pies.

—Yo… acabo de comprobar. Todo mi equipo fue suspendido. Y cuando no me presenté a mi turno, yo también. —Las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta—. Treinta años con un registro de trabajo perfecto… perdidos.

Hera se cubrió la boca con la mano.

—Oh, Zaluna, lo lamento.

—Es más que eso. El Imperio sabe que era amiga de Hetto. Van a averiguar donde estuve hoy. ¡Voy a perder el trabajo, o algo *peor*!

—Menudo trabajo, espiar a todo el mundo —dijo Skelly, expresando su desdén.

—¡Es importante! —replicó Zaluna—. Por lo menos… alguna vez lo fue. Hacíamos cosas. Cosas importantes.

—No lo veo —dijo Kanan, poniéndose de pie y yendo hasta la puerta. Se inclinó contra ella con los brazos cruzados. El espionaje del Imperio no lo sorprendía, por supuesto. Sólo parecía una pérdida de tiempo—. ¿Qué tiene de bueno ver a un montón de gente en su miserable vida aburrida?

—En los viejos tiempos, bajo la República, hacíamos más que eso —dijo Zaluna, animándose—. Encontrábamos personas desaparecidas. Deteníamos crímenes. Impedíamos…

—¡Impedían que la gente cuestione las cosas! —Skelly lanzó al suelo el tallo verde que sostenía—. Ayudaron al Imperio a vigilar la producción. ¡Los ayudaron a ocuparse de cualquiera que se saliera de la línea!

—Eso es *ahora* —dijo Zaluna, levantando el tono de la voz. Hablando rápido, se enfrentó a Skelly—. ¿Nunca ha pasado algo malo en *tu* vida? ¿Algo malo que pudiera haberse podido detener, si tan sólo alguien hubiera estado prestando más atención?

Skelly respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Más de una vez.

—¿Y tú, Kanan? ¿Hay algo malo que se podría haber evitado si alguien te hubiera estado vigilando?

Kanan se removió. Hera había estado escuchando silenciosamente desde la esquina, pero ahora podía sentir que su atención se enfocaba en él.

—No lo sé —dijo él finalmente, con las manos en los bolsillos.

—*Todo el mundo* tiene algo así —dijo Zaluna—. Lo que hacemos, lo que hacíamos, era bueno. —Bajó la cabeza nerviosamente—. Y ahora estoy acabada.

Kanan se esforzó por encontrar algo que decir. No podía pensar en nada. Pero sacando la mano del bolsillo, encontró el dispositivo de grabación que Zaluna había encontrado en el autobús flotante.

—A menos que alguien quiera revivir el desastre de hoy —dijo—, voy a aplastar esta cosa.

—No, espera —dijo Hera, acercándose a él. Se lo quitó—. Los imperiales estuvieron conduciendo el autobús un tiempo antes. Vidian, y la capitán imperial.

—Yo no escuché a nadie —dijo Zaluna, ofreciéndole a Hera su holoproyector—. Pero claro que nadie podía escucharme a mí. —Hera conectó los dispositivos e hizo retroceder varias horas la grabación.

Se sentaron en silencio, observando el material de la cámara de vigilancia del autobús flotante. Cuando todo hubo terminado, Kanan levantó la mirada, perplejo.

—Skelly tenía razón. *Van a hacer explotar la luna*.

Capítulo treinta y tres

«… Por lo que no tenemos que minar Cynda en absoluto. Si lo que dice el bombardero es cierto, la luna podría ser pulverizada, y su thorilide cosechado y procesado directamente en el espacio. Sin necesidad de los lentos mineros, o los costosos procesadores en Gorse…»

Hera apagó la grabadora. Parecía desconcertada.

Skelly estaba apopléjico.

—*¡Se robó mi idea!*

—Se robó tu… —Kanan sonrió—. Tú le *diste* tu idea. ¡Casi hiciste que te mataran para darle la idea!

—Eh, cuando dije que el Imperio iba a destruir el mundo por accidente, pensaron que estaba loco —dijo Skelly—. Ahora sabemos que van a destruirlo a propósito. ¡Me parece que no estaba lo *suficientemente* loco!

—Así que esta es la razón por la que Vidian se fue de Luzdeluna tan precipitadamente. —Hera sacudió la cabeza.

—Delirante —dijo Kanan. Sloane, había notado, apenas había dicho alguna palabra durante la grabación. Se preguntó si ella pensaba que Vidian estaba loco. ¡No se puede simplemente *disolver* toda una luna!

—¿Quieres que te lo muestre? —exclamó Skelly—. ¡Tengo montones de estudios que puedo mostrarte!

—En la pared de un refugio antiaéreo al otro lado de la ciudad —dijo Hera. Frunció el ceño—. Yo tampoco lo creí. Skelly, ¿estás seguro?

—¡Estoy seguro! Por supuesto que estoy seguro —dijo Skelly. Se señaló la cara maltratada—. ¿Crees que me habría arriesgado a todo esto si no lo estuviera?

Le sonaba demasiado increíble a Kanan. ¿Vidian realmente se tomaba esto en serio?

¿Y sin embargo, no había Skelly derrumbado varios niveles del substrato de Cynda sólo con una bomba bien colocada?

—Podría suceder —dijo Zaluna—. Ninguno del resto de ustedes nació aquí. Recuerdo que cuando era niña, mi madre solía contarme que la luna era tan frágil, porque Gorse la amaba y siempre intentaba abrazarla demasiado fuerte. Y la luna siempre intenta alejarse.

Una buena metáfora para algunas de mis relaciones, pensó Kanan.

—Decía que un día Cynda se rompería y caería en pedazos. Todos escuchamos esa historia, cuando éramos escolares. —Dijo con una sonrisa misteriosa—. Tal vez eso es parte de por qué en Gorse viven como viven… porque se acerca el día del juicio final. Pero nos dijeron que no ocurriría en miles de años, así que no teníamos que preocuparnos.

Hera asintió con la cabeza.

—Pero ¿y si sucediera *mañana*?

La joven teniente sonriente apareció en la puerta de la oficina de la capitán del *Ultimátum*.

—Se han corrido las proyecciones, conde Vidian.

—¿Y?

La especialista en ciencias planetarias del *ultimátum* saludó tardíamente a Sloane y leyó su informe.

—El bombardero tenía razón —dijo la teniente Deltic—, en parte. La luna de Cynda podría ser destrozada por explosiones en los puntos de tensión que él indica, pero se requerirían muchos más explosivos y de un grado superior, de los que Gorse tiene en sus tiendas.

—Tengo baradio-357 en abundancia en Depósito Calcoraan —dijo Vivían, mirando significativamente a Sloane—. Al igual que una nave recolectora de thorilide, del tipo que cosecha el material de los cometas desintegrados. ¿El campo de escombros permanecería en órbita para ser tamizado?

—La órbita altamente elíptica hace improbable que el material forme un anillo alrededor del planeta —dijo la teniente—. Por lo menos una parte de los escombros sería expulsada del sistema; algunos serían capturados y caerían al planeta. Suponiendo que el thorilide sobreviva, su recolector tendría más que suficiente para mantenerse ocupado. —Dijo con una misteriosa sonrisa—. El planeta, sin embargo, es otra historia.

—No necesito escuchar acerca de Gorse —dijo Vidian.

—Yo sí —interrumpió Sloane. La teniente trabajaba para *ella*, después de todo.

—Bueno, en primer lugar está el impacto directo… eso depende de cuán enérgica sea la dispersión inicial, y de dónde se lleve a cabo. Habría más acción de meteoros si la explosión se produjera en el próximo perigeo; menos si sucediera unas semanas a partir de ahora, cuando la luna esté más lejos. Los trozos no serán tan grandes, pero su composición hará que sea más difícil que se quemen en la atmósfera.

—¿Y reacciones sísmicas en Gorse? —preguntó Sloane.

—Vaya —dijo la teniente, con una expresión que sugería que se habían adentrado al reino de la especulación—. Muy poco cambiaría al principio, pero el sistema evolucionará. Como respuesta al cambio del equilibrio de mareas, Gorse responderá. Las cosas podrían ponerse bastante movidas.

—¡Tormentas terremotos y meteoros! —Sloane miró a Vidian—. Suena catastrófico.

—Y eso aún no es todo —agregó la teniente—. El planeta podría comenzar a girar otra vez.

—¿Qué?

—La luna es un socio menor en la danza entre Gorse y su sol, pero uno inusualmente importante. La dinámica de la atmósfera de Gorse es extremadamente sensible al cambio, ¡ya es un milagro que el lado oscuro sea habitable en absoluto!

—¿La conclusión? —preguntó secamente Vidian.

La teniente revisó sus notas.

—Podría no pasar nada. O *podría* verse la destrucción de todo el bioma en diez años.

Sloane se sorprendió.

—¡Diez años!

—O no —dijo apresuradamente la teniente—. Casi merece la pena hacerlo solo para ver lo que sucederá.

—Suficiente —dijo Sloane poniendo los ojos en blanco. Mirando a la luna, colgando grande y brillante en la ventanilla de su oficina, recordó algo más que la teniente había dicho un poco antes—. Dijo *si* el thorilide sobrevive a la destrucción de la luna. ¿Por qué no lo haría?

—No soy química —respondió la joven—. Pero sé que la molécula de thorilide es frágil, fácilmente dispuesta a disolverse en sus elementos constitutivos. Es por ello que Cynda es una gran fuente para él. Los cristales en los que está suspendido el thorilide lo protegen. Pero hay una diferencia entre explosiones cuidadosamente controladas y lo que estamos hablando. No se puede saber si los cristales podrían sobrevivir a menos que se hiciera una prueba primero. —Hizo una pausa—. De lo contrario, sería un desperdicio de una buena luna.

Sloane miró a Vidian y luego a la teniente.

—Puede retirarse.

La teniente saludó y se fue. La capitán volvió a mirar a Vidian.

—El Emperador esperará tal prueba —dijo ella.

Vidian se estudió ociosamente el dorso de la mano.

—Ya lo he considerado. Uno de los especialistas que traje en mi comitiva me ha asegurado que puede hacer las observaciones utilizando los sensores del *Ultimátum*.

Qué conveniente, pensó Sloane.

—Así podemos hacer un experimento rápidamente. Informaremos al Emperador de todo lo que encontremos, por supuesto —dijo Vidian.

Por supuesto. Las cosas se estaban moviendo muy rápido… especialmente teniendo en cuenta la seriedad de lo que estaban contemplando.

—Todavía es tan difícil de imaginar. ¿Aniquilar a Gorse en *diez años*?

—Es aceptable —dijo Vidian, caminando hacia la puerta.

—Estaríamos destruyendo un mundo habitable —dijo Sloane, repugnada y sorprendida a la vez.

—Ya no refinaríamos thorilide en Gorse, sino en el espacio, usando las naves cosechadoras que tengo a mi disposición —dijo Vidian, deteniéndose en la puerta para mirar afuera a Cynda—. Aquellos con los conocimientos adecuados podrían postularse para unirse a su tripulación.

—¿Y el resto?

—El resto son de poca utilidad y no me preocupan. Pueden encontrar su propia forma de salir del planeta… y ser útiles en alguna otra parte. Pero a partir de este

descubrimiento, no puede caber ninguna duda: Para el Imperio, su mundo está mejor muerto.

—Dependiendo de la prueba —dijo Sloane.

—Por supuesto. —Él se volvió y se fue.

Hera vigilaba mientras los demás dormían.

Kanan fue el único que no se quedó. La discusión había vagado sin rumbo después de la revelación de Cynda con Skelly inventando nuevas teorías locas a cada minuto. Zaluna, que había sido notablemente resistente hasta ahora, había dejado que el cansancio alimentara su preocupación. Hera había intentado dar forma a los debates, instando a un sentido práctico… y ese esfuerzo, de alguna manera, parecía sacar de quicio cada vez más a Kanan.

—¿No te importa nada? —le había preguntado antes de que él bajara.

—Nunca es bueno que te importe demasiado —había dicho él, a la ligera como siempre—. Te encaminas a la decepción.

Ahora ella tenía que decidir lo que iba a hacer. Habían pasado suficientes horas de tranquilidad para que dudara que Kanan hubiera sido identificado en el espaciopuerto Imperial; eso significaba que no había soldados de asalto esperando afuera de El Cinturón de Asteroides. Ella podría ser capaz de volver a su propia nave. Zaluna al final le había dado el cubo de datos que Hetto había preparado para ella. Eso, sabía, ayudaría a otros disidentes en otras partes.

Y ella había averiguado todo lo que esperaba acerca de Vidian: que el famoso experto de negocios que rompía las expectativas era un matón asesino evidentemente dispuesto a llevar a cabo planes escandalosos. Al igual que Kanan, ella dudaba de que la destrucción de la luna fuera posible; era demasiado grande, demasiado fantástica de imaginar. No se hacía ingeniería en esa escala, o al menos ella nunca había oído hablar de ella. Vidian seguro que lo averiguaría. Al menos mientras estuviera haciendo eso, no llevaría a cabo ninguna otra «inspección» sádica más. Así que no había muchos más motivos para que permaneciera en Gorse.

Primero, sin embargo, le debía a Zaluna llevarla a algún lugar seguro, antes de que el Imperio la arrestara. Sin duda lo haría: Hera no se hacía ilusiones sobre eso. Y por alguna razón que no podía identificar quería tener una charla más con Kanan. Era egoísta y hedonista, sin duda… pero había habido destellos de algo diferente, momentos que la hacían preguntarse quién era y de dónde venía. Era bueno en mantenerse un paso por delante del Imperio, y lo había visto ejecutar algunas notables hazañas físicas.

Pero nada de eso importaba, si el hombre carecía de conciencia. Hacía falta más que talento para producir una revolución. Se requería espíritu.

Y no todo el mundo lo tenía.

Capítulo treinta y cuatro

Una de las ventajas de vivir en un lugar sin luz, sentía Kanan, era la gran cantidad de opciones que ofrecía para aquellos que no querían ser vistos.

Un grupo de turistas había perdido sus camisas, o más bien, sus finas y caras capas, en un juego de sabacc contra Kanan unas semanas antes. Los ropajes habían quedado inútiles en el almacén de la cantina desde entonces, ya que fue imposible empeñarlos. Resultó que en la oscuridad, las capas se veían igual que las túnicas que usaba un grupo de raros cultistas de sangre que deambulaban cada luna llena, cantando sus mantras y buscando los animales domésticos que escaparon de casa para practicar su religión en las calles. El Imperio no sólo toleraba a los cultistas, sino que había aprovechado para ahorrar cerrando el departamento de control animal de Gorse.

Kanan había maldecido a sus colegas jugadores, que sin duda deberían haber sabido que «maniático espeluznante» no era una declaración de moda que nadie quisiera hacer. Pero ahora él y los demás pusieron a trabajar las capas.

—Sigan caminando —dijo debajo de su capucha mientras conducía a los demás por la larga avenida en el distrito industrial—. Si ven a alguien, mantengan la cabeza baja y gruñan como si estuvieran hambrientos.

Nadie los había molestado. La luna llena ya estaba lo bastante cerca para que otros cultistas de sangre anduvieran por ahí, en camino a los cementerios donde les gustaba celebrar sus ritos. Era un buen momento para estar afuera y ser horripilante. Kanan se había colgado la bolsa de viaje a la espalda por debajo de su capa; los monjes locos no llevaban equipaje, y pensaba que el aspecto jorobado le daba un buen toque.

—Parece estar funcionando —dijo—. No podremos usarlo más de una vez, pero servirá para cruzar la ciudad.

—Sigues sorprendiéndome —dijo Hera. Caminaba directamente detrás de Kanan, vigilando cuidadosamente a su alrededor.

—Sí, es toda la familia de locos saliendo a dar una vuelta —dijo Kanan—. Mamá, papá, la abuela y el tío raro que vive en el sótano.

—*Tú* eres la abuela —dijo Zaluna.

Kanan sonrió. La mujer sullustana se había quedado sin vapor la noche anterior, pero el sueño pareció haber renovado su espíritu. Todavía pensaba que era un poco extraña, pero sin embargo lo sorprendía. A él le habían interrumpido la rutina de vida, hacía años… pero no había vivido ni remotamente tanto como ella. Y sin embargo Zaluna se había recuperado. Se preguntaba cuál era su secreto.

Skelly estaba en peores condiciones. Ahora se movía más lento, vio: La última ronda de medicamentos no le había durado todo el viaje. Iba mirando a la luna mientras caminaba.

—Saben —dijo—, creo que realmente siempre quise ser un tipo de las rocas.

Kanan lo miró.

—¿Un qué?

—Un mineralogista. Solían estudiar Cynda antes de que empezaran a desgarrarla. Hubiera tenido que ir a la escuela para ello, todo lo que sé lo aprendí por mi cuenta. Pero fue agradable venir aquí. Me mostró que el subsuelo es más que un lugar para plantar minas.

—O personas —dijo Kanan, haciendo un gesto hacia adelante—. La Colina de los Mendigos, damas y caballero.

La Colina de los Mendigos no era realmente una colina. Un claro cuadrado definido por calles poco transitadas, el cementerio estaba poblado por los sepulcros sobre la tierra como era necesario en el suelo húmedo de Gorse. Los helechos nocturnos y la yettice rastrera habían invadido la mayoría de las antiguas criptas, desgastando todos los nombres. Ahora cogiendo un poco de luz como lo hacía en este momento de la órbita de Cynda, tenía el aspecto de una gruta tranquila.

Kanan miró a Hera mientras ella caminaba por la pequeña senda entre las tumbas, con la luz de la luna en los ojos. *Ella realmente es algo especial*.

Skelly llegó tambaleándose y miró a su alrededor.

—Supongo que no habrá ningún lugar como este para Lal, o Gord. Yo no me llevaba bien con ellos, pero de todos modos…

—Sí —dijo Kanan, pero sin pensar mucho en ello. Los velorios no eran para él. A los Jedi les preocupaban los funerales, pero nadie había inmortalizado a ninguno de ellos. Una muerte significaba que era hora de que los vivos siguieran adelante.

Y lo era.

—Bien, he hecho todo lo que pude —dijo Kanan—. Este es el borde occidental de Ciudad Temblor… Luzdeluna está a sólo unas pocas calles. Aquí estamos en medio de todo. Hera, dijiste que tu nave estaba estacionada a dos kilómetros hacia el oeste. El departamento de Zaluna está a dos calles hacia el sudeste. Y el espaciopuerto comercial más cercano —dijo, girando y señalando hacia el norte—, está a diez calles para allá. Así que dondequiera que quieran ir, ya casi están allí. —Se bajó la capucha—. Hemos terminado.

Hera miró a Zaluna, que vagaba alrededor mirando los monumentos.

—¿Te has decidido?

—Quiero ir contigo —dijo—, en tu nave. —La mujer hizo un gesto hacia las tumbas—. Casi todo el mundo que he conocido en este planeta es solo un nombre en una pantalla, o un nombre en una piedra. Ya no quiero trabajar en Transcept, aun si me dejan volver. Y sería bueno ver un verdadero amanecer en alguna parte.

—¿Deberíamos pasar por tu casa y recoger tus cosas?

Zaluna sacudió la cabeza.

—Ya la están vigilando. Y de todos modos, mi vida no estaba en ese departamento. —Levantó la mirada hacia la luna—. Comencemos.

Hera se volvió hacia Skelly.

—¿Y que vas a hacer tú?

Skelly se abrió la capa y le dio unas palmaditas a su cartera con la mano izquierda.

—Voy a cortar este problema de raíz… volando la planta de explosivos que está cerca del espaciopuerto. ¡Si no pueden llevar baradio de Gorse, no pueden destruir la luna!

Hera lo miró con un gesto de reproche.

—¿Sabes que hay otras fuentes de explosivos además de Gorse, verdad?

—Si les cuesto un día, vale la pena. —Skelly proyectó la barbilla—. Además —dijo—, ¿qué otra cosa me queda por hacer?

Kanan asintió de acuerdo, a pesar de sí mismo. Skelly acababa de resumirlo. Esfuerzos inútiles… eso era todo lo que le quedaba a alguien en Gorse. Kanan, por supuesto, sabía lo que era quedar a la deriva sin ninguna orientación de qué hacer a continuación. Él había descubierto el secreto: nunca volver a identificarse con nada ni nadie tanto que perderlo no lo dejara con ninguna otra opción. Pero no todo el mundo era tan inteligente como él.

Se acercó a Hera.

—Entonces, ¿adónde quieres ir después de que la dejemos? Wor Tandell es agradable. O hay algunos mundos casino que creo que te encantarían.

Hera meneó la cabeza.

—Odio sonar como el droide de ayer, Kanan, pero no llevo pasajeros.

Su tono serio lo sobresaltó.

—¿Que es eso otra vez?

—No viajo por las estrellas en busca de compañeros o lugares que ver —dijo Hera—. Tengo objetivos. No necesito que alguien que no esté interesado en ellos me retrase.

—Pero Zaluna…

—… ha realizado un servicio a la galaxia al proporcionar datos acerca de los métodos del Imperio y debe comenzar una nueva vida donde pueda estar segura. A ti, hasta donde puedo ver, te da lo mismo cualquier cosa que pase o cualquiera que esté a cargo.

—Eso es duro.

—Es lo que veo —dijo ella. Le ofreció la mano—. Te agradezco lo que has hecho. Que tengas buena suerte.

Enmudecido, Kanan simplemente aceptó el apretón de manos.

—Está bien —dijo finalmente—. ¿Estás segura?

Hera asintió agradablemente, retiró la mano y se dio la vuelta.

—Oh —dijo ella, metiendo la mano dentro de la capa. Enfrentándolo de nuevo, sacó una pequeña bolsa y comenzó a contar créditos imperiales—. Por tu ayuda.

Kanan se sobresaltó.

—¿Qué soy, un mercenario?

—No. Pero te vi poner dinero en la caja fuerte de Okadiah, para pagar el autobús flotante. —Le ofreció el dinero—. Tómalo. Llegarás más lejos.

Así que ahora soy un jornalero, pensó Kanan. *Oh, bueno*. Tomó el dinero.

Miró a Skelly y Zaluna.

—Hasta luego —dijo… y volvió hacia la calle. Sería una larga caminata al espaciopuerto y sudorosa con la túnica. Se quitó la capa y la lanzó en los helechos nocturnos. Correría el riesgo, como siempre.

Donde el camino se unía a la calle, se dio la vuelta para dar un último vistazo a Hera. Todos seguían ahí, preparándose para partir por sus caminos separados. Sacudió la cabeza, preguntándose qué era lo que lo retenía. Kanan Jarrus nunca miraba atrás. Siempre miraba hacia arriba, hacia afuera, siguiendo el llamado del más allá. Cynda, que colgaba grande y bulbosa, era la luz brillante apuntando hacia su futuro. Allá arriba en el cielo, donde…

¡La luna explotó!

El horizonte de Gorse se iluminó, inundado por la luz de un amanecer por primera vez en una edad geológica. Ninguna explosión de Skelly había iluminado así el paisaje urbano y Kanan se tambaleó, esperando algún tipo de sonido atronador. Pero no hubo ninguno. Y cuando el destello se desvaneció y sus ojos se ajustaron, Kanan vio que, no, la luna no había explotado.

Pero tampoco estaba intacta. Cerca del extremo inferior oscuro del disco casi completo, un colosal penacho de material eyectado blanco se extendía hacia abajo y hacia fuera. Casi parecía como si Cynda estuviera derramando una lágrima… una lágrima de un centenar de kilómetros y que se extendía al moverse.

Kanan había visto cometas y meteoritos chocando contra lunas antes. Aquellos no se veían así. Esto era una erupción. *Una erupción*, en un mundo volcánicamente muerto.

Y él conocía ese punto de Cynda. Aterrizaba allí todos los días.

Miró nuevamente a la calle. Todo el tránsito se había detenido. La gente estaba fuera de sus vehículos, junto a sus motos deslizadoras, mirando hacia arriba con fascinación y horror. Kanan miró más al gran reloj que brillaba en el edificio de abastecimiento de agua detrás de ellos. Decía lo que el malestar en su estómago ya le había dicho: Okadiah estaba de turno en la luna.

En todas partes, la gente comenzó a hablar a la vez, como el zumbido en un evento deportivo. Kanan también podía oír la voz de Hera, la voz que le encantaba oír, llamándolo desde detrás. Pero no escuchó. Iba corriendo a una moto deslizadora pausada en medio de la calle, quitándola de la mano de su pasmado conductor. Ella y el dueño de la moto deslizadora seguían gritando mientras Kanan se alejaba acelerando por la calle, corriendo hacia Ciudad Temblor.

El mundo tembló debajo de Skelly. A un lado, la voz de Zaluna se llenó de horror.

—*Está sucediendo.*

—No —dijo Skelly, mirando con asombro mientras el suelo retumbaba—. El terremoto es casualidad. Llámalo una punzada de compasión.

Se había quitado la capucha: Nadie iba a estar mirándolo. Ahora no. Y un cementerio le parecía el lugar perfectamente indicado para estar presenciando el principio del fin del mundo. Miró atrás a Hera cuando el temblor decayó.

—Eso no fue nada en comparación con los terremotos que sentiremos si continúan.

—El Imperio lo está haciendo —dijo Hera, mirando asombrada—. Realmente lo están haciendo.

—¿Creíste que no lo harían? —preguntó Skelly.

—Si pueden hacer algo, van a hacer algo. —Sacudió la cabeza—. Simplemente no creía que fuera posible, o que pasaría tan rápido.

Zaluna tiró de la manga de la twi'lek.

—¿La gente necesita irse, Hera? ¿Va a sucederle algo al planeta?

—Skelly dice que estamos bien. Pero debemos volver a mi nave, por si acaso. —Miró nuevamente a la calle—. Eso es lo que intentaba decirle a Kanan. —Hera tenía algo en las manos, vio Skelly… algún dispositivo con el que había estado luchando desde no mucho tiempo después de que Kanan huyó de la escena—. He estado tratando de obtener cualquier información que pueda, pero hay demasiada interferencia en las ondas.

—Todos están hablando —dijo Skelly.

Un transporte de reconocimiento pasó a su lado como si nada estuviera sucediendo, apuntando un reflector en dirección opuesta a ellos. Skelly podía oír a otro acercándose por una calle que la intersectaba.

—Siguen tras nosotros —dijo sombríamente—. Incluso con lo que está pasando allá arriba.

—Entonces no podemos quedarnos esperando —dijo Hera, guardando el aparato en el bolsillo—. Parece que tu plan ha sido superado por los acontecimientos, Skelly. Vamos hacia mi nave.

—¿Para ir a dónde? —preguntó Zaluna.

—Puedo dejarlos a ambos en algún lugar seguro —dijo Hera, quitándose la capa—. Pero primero, podría tener que parar a Kanan antes de que haga algo impetuoso. —Miró para arriba al cielo con preocupación—. Creo que sé adónde va. Hay solamente un piloto en un millón que podría navegar entre esos escombros de allí. Me temo que… —Se detuvo a sí misma—. Vamos. —Se encaminó por el camino que salía del cementerio.

Skelly intentó seguirla. Pero antes de que pudiera cojear hasta la calle, el rugido de unos motores vino de arriba. Y una luz. No tan brillante como antes, pero más cercana y más dirigida. Skelly gritó.

—¡El imperio nos ha encontrado!

—No lo creo —dijo Hera mientras la masa oscura de una nave espacial descendía hacia la calle.

—¿Tu nave? —preguntó Zaluna, temblando.

—¡Es Kanan! —Exclamó Skelly, reconociendo la forma—. ¡Es el *Conveniente*!

La rampa trasera descendió cuando la nave minera se detuvo a medio metro sobre la calle. Kanan apareció en ella.

—Date prisa —le pidió a Hera—. Necesito que me lleves al sitio de esa explosión. ¡A tu lado, yo soy un aficionado!

Hera hizo un gesto hacia sus compañeros.

—¡Ellos vienen con nosotros!

—No me importa. Tengo al equipo de Okadiah en el comunicador —dijo Kanan—. ¡Se están muriendo!

Capítulo treinta y cinco

El *Conveniente* se disparó al espacio a través de la exosfera. La conjetura de Kanan había sido correcta. Él se había perdido dos turnos de trabajo, pero con Lal muerta y el cuidador designado por Vidian todavía sin tomar su lugar, su nave no había sido reasignada a nadie. Su identificación le había permitido entrar en la pista, pero nadie estaba mirando al suelo de todos modos. Encontró que habían reemplazado el asiento del pasajero, pero todavía no habían vuelto a cargar la nave con explosivos. Esto último ayudaba enormemente en el manejo del *Conveniente*.

Sólo que él no era el que iba manejando.

—Concurrido —dijo Hera, guiando los controles. Desde el asiento del copiloto, Kanan podía ver que todo el tráfico que normalmente se dirigía hacia Cynda a esta hora se había sumado a las naves que huían de ella. Un colosal cono de escombros plateados se levantaba al espacio desde el hemisferio sur de Cynda, floreciendo hacia afuera como una nevada al revés. El contacto con el rápido material eyectado podría ser catastrófico, y los demás pilotos de cargueros lo sabían.

Kanan también lo sabía, razón por la cual había entregado los controles a Hera. Después de su experiencia en el autobús flotante, no le había quedado ninguna duda de que Hera no era simplemente una buena piloto; era grandiosa. Por el momento, él estaba trastornado, no dominaba sus emociones… y sabía cómo eso podría comprometer la atención y reflejos necesarios para hacer la clase de pilotaje que estaba a punto de ser necesaria: Tenían que ir exactamente al lugar del que todo el mundo huía.

—No hay más información en el comunicador —dijo. No había habido nada más que estática durante largos minutos, desde que él había oído al equipo de Okadiah enviar su llamada de socorro. Los canales de las demás empresas habían quedado igualmente muertos. Mirando la pantalla de largo alcance, podía ver por qué. Los fragmentos emanaban de un punto a menos de un kilómetro de la entrada principal del complejo minero. No podía distinguir ningún punto de referencia. Lo que no había volado hacia fuera se había hundido.

Hera entretejió la ruta del *Conveniente* a través de los cargueros que venían en dirección contraria. La mitad de ellos no parecían saber adónde iban, pensó Kanan: Todos buscaban refugio, o en Gorse o a su alrededor.

—Temen que vaya a pasar de nuevo.

—Buena apuesta —dijo Hera—. Pero hoy no.

Tal vez es sólo un desastre natural, pensó él. Eso, o un accidente industrial. Quería sobre todo que sus peores temores estuvieran equivocados. ¿El Imperio, o *cualquiera*, realmente pondría a prueba una teoría tan descabellada cuando todo el mundo todavía estaba en el trabajo? No tenía ningún sentido. Pero entonces miró al *Ultimátum*, la única nave que no estaba en movimiento. Simplemente estaba como un observador indiferente a una distancia segura. No habían lanzado ningún vehículo de rescate: solamente los droides sonda que se dirigían hacia el campo de escombros.

Hera hizo pivotar la nave saliendo del tránsito en un grosero vector de aproximación a la luna. Kanan miró hacia atrás a la parte trasera sin ventanas de la cabina. La luz reflejada de Cynda se intensificó, proyectando las marcadas sombras de Hera y él sobre sus pasajeros. Skelly estaba sentado, inusualmente mudo y reservado, en el asiento de aceleración a la izquierda, con la cabeza gacha. Zaluna estaba en la pequeña silla detrás de Kanan, mirando en la dirección opuesta. Inicialmente entusiasmada por el despegue, ella se había abstenido de mirar por la ventanilla delantera mientras se acercaban al sitio del desastre.

—Toda esa gente —dijo en voz baja—. Yo los observaba todos los días. —De una manera extraña, pensó Kanan, la mujer había ido con ellos a trabajar en la luna durante años.

Kanan miró hacia delante mientras Hera expertamente hacía que el *Conveniente* girara. Ahora veía la longitud y forma del campo de escombros.

—No, eso no parece para nada sospechoso —dijo ella—. Es como un embudo.

—Sí. Hacia el exterior. —Dijo él parpadeando—. ¡Nada de esto está volviendo a caer!

—No lo hará —dijo malhumoradamente Skelly—. Una explosión normal emanaría hacia fuera en forma esférica. Habría un montón de fragmentos volviendo a caer como lluvia. Esto fue el resultado de una carga conformada… un montón de explosiones simultáneas colocadas para dirigir la mayor parte de los escombros hacia arriba y hacia afuera a velocidad de escape.

Kanan miró fijamente la formación de aspecto antinatural.

—¿Cómo lo sabes?

—Fue idea mía. —Gimió Skelly—. Estaba en el holodisco.

Kanan se mareó al estudiar los sensores.

—Emisión de gases en la bahía de aterrizaje principal. El complejo se ha abierto al espacio. —Desabrochó sus sujeciones y se dirigió hacia la parte trasera del compartimento—. Tengo que llegar allá abajo.

Hera oprimió varios botones.

—Puedo deslizarme por debajo de la nube. ¿Adónde quieres ir?

Skelly se desenganchó y fue adelante. Estudiando la escena, señaló.

—¡La bahía auxiliar!

Con el traje espacial que había recuperado a medio poner, Kanan vino adelante a mirar.

—Sí, creo que tienes razón.

Skelly dirigió a Hera hacia una pequeña hendidura oscura apartada de la zona de la explosión. La bahía auxiliar había sido la zona de envío y recepción de una red más pequeña de cavernas, ya abandonada hacía tiempo por vetas más ricas de la extensión principal. Una esclusa de aire separaba las secciones, instalada debido a los temores de que el viejo complejo podría ventilarse al espacio.

Ahora que había sucedido lo contrario, pensó Kanan, podría ofrecer la única forma de entrar.

Hera dirigió la nave a un cráter profundo. La superficie debajo estaba cubierta con un residuo ceniciento de la explosión, pero la abertura rectangular excavada en la pared sur estaba intacta.

—El campo magnético todavía resiste —dijo ella—. Pero está oscuro.

—Las luces están en una red diferente —dijo Kanan, poniéndose las botas—. ¿Puedes manejarlo?

—Por supuesto. —Sin esfuerzo, Hera guió al *Conveniente* hacia las fauces.

Cuando la nave entró en la oscuridad, Hera activó los reflectores exteriores. De inmediato, los ocupantes del *Conveniente* quedaron nuevamente bañados por la luz… su propia luz, reflejada y fulgurando en las mil estalactitas en el techo de la caverna.

—Ahorrábamos mucho en iluminación de esta forma —dijo Skelly.

Zaluna se inclinó alrededor de la silla de Kanan para mirar mientras el *Conveniente* aterrizaba. Abrió la boca ante la belleza… y luego se retiró a su asiento mientras Cynda retumbaba. Hasta donde Kanan podía recordar, la luna nunca antes había temblado, pero no le importaba. Ya estaba poniéndose el casco del traje ambiental. El aire de la bahía estaba bien, pero lo que había más adelante podría no estarlo.

—He conectado el comunicador de mi traje al canal de audio de Luzdeluna. Mantengan posición aquí.

—Yo voy —dijo Hera, levantándose—. Tienes dos trajes.

Llenando una bolsa de máscaras de oxígeno, Kanan meneó la cabeza.

—Necesito que estés aquí. Alguien tiene que sacar a la gente de este lugar.

Ya estaba poniéndose el traje.

—¿Es esto un rescate o una misión suicida? ¡Ahora abre la rampa, porque yo voy!

Kanan se sentía como un insecto abriéndose camino entre un montón de zarzas… en la oscuridad. Eso era en lo que se había convertido la región más allá de la esclusa de aire reforzada. Tanto los pasadizos que habían sido horizontales como los pozos que habían sido verticales ahora corrían en diagonal ya que la gravedad intentaba llenar el vacío que había dejado la explosión.

Los cristales ricos en thorilide que eran el objetivo del Imperio eran, de hecho, la única razón por la que había un espacio donde moverse en absoluto: incluso dañados por la explosión, su resistencia era increíble, dándole al lugar una continuada apariencia de estructura. Kanan no tenía tiempo para pensar en la ironía. Siguió avanzando hacia abajo y hacia adentro, cada vez más lejos en la oscuridad, iluminado sólo por las luces de los cascos de Hera y él.

Hera de alguna manera seguía junto a él, aun cuando él se había escurrido por encima, debajo y alrededor de obstáculos. Iba desenrollando un cable de microfilamento

que encontraron en la bahía de aterrizaje; no había ninguna expectativa de volver a la nave sin él.

Kanan no podía confiar en la tecnología de posicionamiento para guiarse aquí en el submundo. Todo lo que tenía era la señal de auxilio en su casco, que aún estaba siendo transmitida débilmente desde algún lugar en el caos. De vez en cuando, habían visto una señal de la última ocupación: un carro, roto y de costado, o el brazo o la pierna de un droide. Pero no había habido ningún indicio de vida.

Encontró una oscura apertura triangular por delante. Iluminándolo, vio lo que equivalía a un piso a varios metros de profundidad. Sacó el bucle de cable que había estado llevando alrededor del brazo y lo enlazó a un soporte de cristal aparentemente sólido.

—Espera aquí —dijo por el micrófono de su casco.

—No.

No había tiempo para detenerse y discutir. Se deslizó por el borde y colgó, tratando de encontrar la superficie en algún lugar debajo de él. Dejándose ir, golpeó el suelo… y resbaló hacia abajo a la oscuridad.

—*¡Kanan!* —gritó Hera.

—Estoy bien —dijo, iluminando alrededor de donde se había parado—. Nos estamos acercando.

Ella descendió por el cable haciendo rápel y se deslizó abajo detrás de él.

—¿Acercando? ¿Cómo puedes darte cuenta? ¡Casi no se ve nada!

—Me doy cuenta —dijo Kanan. Apuntó su luz para iluminar una maltrecha cabeza, que sobresalía del techo.

—Oh —dijo ella.

—Sí. —Era Yelkin. Su cuerpo estaba aplastado, incrustado entre los nuevos estratos de la luna.

Kanan pudo notar que ver eso estremeció a Hera. Tampoco le hizo mucho bien a él. Pero a medida que la apertura empezaba a volverse más horizontal, vieron más cadáveres, caídos como palitos aquí y allá en medio de las columnas de cristal roto. Era como una excavación en un cementerio. A continuación Kanan reconoció un uniforme… y luego un carro flotante, como el que usaba diariamente. Estaba en el lugar correcto.

—¡Kanan! —llamó Hera.

Arrastrándose sobre un montículo de escombros, la encontró de rodillas al lado de una consola de equipo medio enterrada.

—De aquí viene su baliza de socorro —dijo ella, mirando a su alrededor—. Pero no veo…

—*¡Okadiah!*

Kanan saltó sobre unos obstáculos en la oscuridad, corriendo a un lugar más adelante. Era una cabina de elevador, en diagonal pero que todavía mantenía su forma gracias al marco de lo que una vez fue su pozo.

Okadiah estaba debajo de ella. Kanan apuntó su luz a la cara del anciano. La piel de Okadiah estaba azul; sus ojos y labios estaban cubiertos de escarcha. El volumen de aire en la red subterránea era vasto en relación con los nuevos escapes al espacio, y otros derrumbes habían cerrado los portales. Pero la presión había caído considerablemente, y el aire que quedaba era frígido. Kanan abrió de golpe la bolsa y sacó una máscara de oxígeno. Envolviéndola cuidadosamente alrededor de la cabeza del minero, se alivió al escuchar toser al anciano.

—*Kanan…*

—No te muevas —dijo Kanan.

—¿Es… broma? No es divertido.

Kanan sacó la termo-manta de su bolso y cubrió el pecho y hombros de Okadiah. Luego miró a las piernas del anciano. Habían sido aplastadas bajo la cabina del elevador, pero no completamente atrapadas.

—¡Aguanta!

Kanan se volvió y buscó algo que usar para hacer palanca. Hera estaba justo allí, agarrando una estalactita de aspecto resistente. Kanan la tomó de ella y la insertó debajo del costado de la cabina.

—Tú sácalo —le dijo a Hera y empujó. La masa, ya desbalanceada, cedió en la dirección opuesta, inclinándose hacia atrás lo suficiente para que Hera sacara deslizando al anciano.

Kanan se derrumbó, jadeante, en el suelo junto a Okadiah.

Okadiah se esforzó por decir algo.

—S-s-soldados de asalto…

—¿Qué?

—Soldados de asalto. Vinieron… nos ordenaron salir de la Zona de Sesenta y Seis. Tenían sus propias cargas…

Kanan exhaló.

—Lo sabía. —Con la sensación de fuerza volviendo a sus músculos, se puso de rodillas—. Vamos a sacarte de aquí.

—Demasiado… tarde —dijo Okadiah.

Kanan miró de nuevo a Hera. Ella había apartado respetuosamente la mirada, fijándola en la oscuridad.

—V-v-ven aquí —murmuró Okadiah—. Donde… pueda verte.

Kanan acunó la maltratada figura del anciano en sus brazos.

—¿Qué pasa, Okadiah?

—Tú… no —dijo Okadiah, antes de toser—. La… *bonita*.

Hera vino por el otro lado de Kanan y se arrodilló.

—Aquí estoy.

—Ah —dijo él, sonriendo como si poner los ojos en ella fuera medicina suficiente—. Tú… escucha. Este muchacho… es bueno tenerlo cerca. —Okadiah tosió de nuevo, esta vez mucho más violentamente—. Deberías… quedarte junto a él. Creo… que necesita…

Okadiah dejó de hablar y cerró los ojos. El interior de la máscara de oxígeno transparente, una vez empañado, se aclaró.

No. Kanan extendió la mano al pecho del hombre, seguro de que tenía que hacer algo, pero inseguro de qué. Sabía primeros auxilios convencionales, pero las lesiones de Okadiah parecían más allá de eso. Se sintió inútil, tan inútil como se había sentido cuando la maestra Billaba había muerto… y la agitación de ese momento se mezcló con éste, enturbiando su concentración. Se esforzó para enfocarse…

… sólo para sentir el suave toque de la mano de Hera en el brazo. Ella negó con la cabeza.

—Se ha ido, Kanan.

—Lo intenté.

—Lo hiciste —dijo ella, su toque se convirtió en un firme apretón—. Ahora tenemos que irnos.

Kanan le devolvió la mirada y sacudió la cabeza.

—No. No sin él.

Capítulo treinta y seis

—Es un triunfo —declaró el conde Vidian—. ¡Un triunfo, puro y simple!

Entró a los trancos al puente, sosteniendo en alto un cuaderno de datos. No lo necesitaba, pero no todo el mundo tenía sus ojos.

—Es el informe de mi investigador principal —dijo, acercándose a la capitán Sloane—. Noventa y siete por ciento de las moléculas de thorilide en el efluente se mantuvieron intactas. ¡Solamente una porción pequeña se desintegró!

—No reconozco el nombre —dijo Sloane, señalando al del investigador principal—. *Lemuel Tharsa*. ¿Está a bordo?

—Es parte de mi equipo. Abordó conmigo. —Vidian la miró impacientemente, molesto por que le hubieran interrumpido su buena noticia—. Encontrará que se registró en el manifiesto de la nave. ¿Qué diferencia hace? Lo importante es lo que *dice*.

Sloane leyó el informe.

—«La luna Cynda puede ser efectivamente pulverizada usando cargas de perforación profunda, produciendo una cantidad de thorilide listo equiparable a lo que usando métodos convencionales podría ser minado en unos dos mil años…». —Ella levantó la mirada con incredulidad—. *¿Dos mil años?*

—¡Imagine la respuesta del Emperador!

—Sí que habremos aumentado la eficacia.

Vidian miró más allá de ella al cielo fuera del *Ultimátum*.

—¿Cuál es el estado de las flotas mineras de carga?

—Hemos ordenado que cada nave vacía mantenga posición, esperando su siguiente comando —dijo, entregando el cuaderno de datos a un ayudante—. Doscientos setenta naves, contando cargueros de thorilide y transportes de explosivos.

—Las necesitaremos a todas —dijo Vidian—. Y a todas las de Gorse. Vamos a traer miles de toneladas métricas de baradio-357 de Depósito Calcoraan. Podemos adaptar los transportes de thorilide para usarlos allí.

Sloane fue a examinar un monitor.

—También parece quedar al menos un carguero de explosivos intacto en Cynda.

—Improbable.

—O temerario. Nuestros sensores mostraron que se dirigía *hacia* la luna, incluso después de la explosión. Alguien estaba decidido a entregar su carga. —Sloane estudió la pantalla con más detenimiento, antes de levantar la mirada con preocupación—. Contamos treinta y seis naves destruidas en el hangar principal de Cynda, tanto transportes de personal como naves de carga. Todo el personal asistente resultó presumiblemente perdido.

—Aceptable —dijo Vidian—. Si hubiéramos alertado a los mineros de nuestros planes, nos habríamos encontrado con un verdadero malestar. Habría docenas como ese terrorista.

—Uno fue suficiente —dijo Sloane, enderezándose—. Pero ¿no va la gente de Gorse a preguntarse qué pasó?

Vidian comenzó a caminar de vuelta hacia el ascensor, acompañado por Sloane.

—He preparado una alerta para la trasmisión —dijo—, afirmando que el evento fue el choque de un cometa. Con sólo esa explicación se explica por qué los trabajadores fueron sorprendidos… y el destino final de Cynda.

—Eficiente.

—De todos modos, ya no necesitamos mineros, cuando nuestro plan funcione.

Las cejas oscuras de la capitán se alzaron.

—¿*Nuestro* plan?

—Esto podría ser importante para usted, Sloane —dijo Vidian, parando en la puerta del ascensor—. Pronto enviaré las instrucciones finales.

—Estamos listos, milord.

Vidian asintió con la cabeza, dio un paso atrás y miró mientras la puerta se cerraba delante de él. Él ya no podía sonreír, pero lo sentía. Esto *era* un triunfo.

Pero no puro y simple. No le había contado todo a Sloane. Sin duda, destruir la luna le ayudaría a cumplir con la meta del Emperador ahora… pero más adelante era otra historia. Esa pequeña distinción inconveniente le había sido revelada en la última hora, y no la había compartido con nadie.

Sin embargo, esperaba tal eventualidad, y tenía un medio de tratar con ella. Le permitiría pasar esta crisis… y luego tendería una trampa de la que el Barón Danthe nunca podría escapar. Vidian sabía algo que Danthe no, un secreto que solucionaría todos sus problemas.

En un solo movimiento mantendría el favor del Emperador… y eliminaría a su principal rival de una vez por todas. Eficiente, como siempre.

Junto a Hera, Kanan había logrado llevar el cuerpo de Okadiah por la larga y retorcida ruta de vuelta a la bahía auxiliar todavía presurizada. Allí, después de quitarse sus trajes ambientales, encontraron a Skelly y Zaluna fuera de la nave. Skelly estaba acostado sobre su espalda, mirando las luces, mientras Zaluna deambulaban como en un sueño, maravillándose ante los efectos caleidoscópicos.

—He visto el lugar en las cámaras durante años —había dicho ella—. Pero nunca me imaginé que nada pudiera ser tan hermoso.

Kanan había considerado llevar el cuerpo de Okadiah de vuelta a Gorse para el entierro. Pero al reflexionarlo, Cynda parecía un lugar de descanso mucho más digno para su amigo. Hera y él habían encontrado una gruta lateral, donde habían puesto el cuerpo y lo cubrieron con piedras.

Con el daño al complejo, Kanan no podía imaginar que nadie volviera a minar la luna, no de la forma normal. Eso significaba que el Imperio había pasado por completo al plan de fragmentar la luna.

—Estás parpadeando —dijo Skelly, mirando a Kanan.

Kanan notó la luz parpadeante en el dispositivo en su cinturón.

—Una llamada entrante. —Era algo extraño, ahora, sobre todo—. Es mi buscapersonas de Luzdeluna.

Lo activó, y la voz de Vidian hizo eco a través de la enorme cámara.

—Atención, todo el tráfico asociado con el Gremio Minero. Todas las naves mineras vacías en Gorse o en órbita tienen instrucciones de seguir al *Ultimátum* al sistema Calcoraan. Se ordena a todos los pilotos fuera de turno en Gorse reportarse y volar cualquier nave que esté disponible.

Skelly se sentó. Quedó boquiabierto mientras trataba de calcular.

—¡Eso tiene que ser un millar de naves!

La transmisión continuó… sólo que ahora, la que hablaba era Sloane.

—Esta alerta es para el Control del Tráfico Espacial de Gorse. No está permitido que ningún otro tráfico de ningún tipo salga de Gorse hasta nuevo aviso. Los carriles espaciales deben permanecer despejados hasta nuestro regreso. Dejaremos una patrulla TIE para hacer cumplir la restricción. —El mensaje terminó.

—¿Nadie puede irse de Gorse? —preguntó inquieta Zaluna.

—Si volvemos, quedamos atrapados —dijo Skelly—. Qué bueno que advirtieron a la gente.

—¿De qué se trata? —Preguntó Kanan—. ¿Qué es Calcoraan?

Arrodillada cerca de la salida a la bahía de aterrizaje, Hera miraba hacia el espacio a través del escudo magnético.

—Es la base de operaciones de Vidian. Un centro neurálgico, un centro de suministros para el Imperio en este sector.

Skelly chasqueó los dedos.

—¡Tres cincuenta y siete!

Kanan parpadeó.

—¿Qué, *baradio-357*?

—Está en mi investigación —dijo el bombardero—. Calculé los números para en el peor de los casos, qué haría falta para fragmentar la luna. El viejo y simple bisulfato de baradio no puede hacerlo, ni con mil naves llenas. Pero el isótopo sí. Ese ese el malvado, el que usan las armas.

Tú eres el experto, pensó Kanan.

—Y lo tienen allí.

—Lo inventaron allí —dijo Hera, acercándose para unirse a ellos.

Zaluna habló con voz preocupada.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

Nadie dijo nada.

Kanan finalmente se encogió de hombros e indicó al *Conveniente*.

—*Podríamos* hacer lo que quieren que hagamos.

Hera se volvió para enfrentarse a él.

—¿Sí?

—Ese es un transporte de explosivos. Yo soy piloto de una de las empresas mineras. Escucharon mis órdenes. No podemos ir a ningún otro lado, o más probablemente, no sin pelear. —Puso las manos delante de él, con las palmas hacia arriba—. Así que nos vamos.

—¿Seguimos a Vidian? —Los ojos de Skelly se estrecharon—. ¿Qué podríamos hacer?

Kanan lo fulminó con la mirada.

—No vamos a hacer explotar el lugar, ¡te lo aseguro!

—Pero *tal vez* —dijo Hera—, tal vez no tengamos que hacerlo.

Kanan miró a la nave, considerando las posibilidades.

—No podemos decidir ir sin el consentimiento de todos —dijo Hera—. Ese es el modo del Imperio.

Kanan le devolvió la mirada con incredulidad.

—¿Qué, quieres una votación? No podemos exactamente sentarnos en un círculo a debatirlo todo el año.

Hera caminó hasta el centro del grupo, dirigiéndose a cada uno de los tres mientras daba la vuelta.

—Escuchen, creo que todos entendemos lo que está en juego… al menos, espero que lo hagamos. Saben que aquí se necesita detener al Imperio, y también tienen razones individuales para preocuparse. Pero para que podamos tener alguna oportunidad de trabajar juntos, tenemos que estar unidos. Todos tenemos que ver el mismo panorama general.

Zaluna la miró.

—Cuéntanos.

—Ya he estado ahí para verlo. Por toda la galaxia. Este es un Imperio motivado por la codicia… que produce injusticia. Que rige mediante el temor… y que prospera a través de engaños. —Hera comenzó a contar con los dedos—. Codicia, injusticia, miedo, engaño. ¿Pueden verlos aquí, verdad?

—Ciertamente que lograron la parte de codicia —dijo Skelly, mirando el techo—. No puedo creer lo que han hecho… lo que le van a hacer a este lugar. ¿Y para qué? —Agitó su mano buena—. Lo que sea. Cuenten conmigo. Y creo que si Gord Grallik estuviera vivo, te apoyaría en la parte de injusticia.

Hera asintió con la cabeza. A continuación se volvió hacia Zaluna.

—¿Quieres irte a casa, Zaluna? Porque si lo haces, todos lo haremos. Nadie te juzgará.

Zaluna no dijo nada por unos largos momentos.

Por último, invocando las palabras, habló:

—Saben, siempre me gustó decirme a mí misma que era una persona valiente. Pero el hecho es que he sido una cobarde —dijo, mirando hacia abajo—. El lugar donde me sentía más segura era en un lugar donde podía vigilar a los demás. Pero ha cambiado. Hetto, Skelly… están lejos de ser los únicos. He visto a *cientos* de personas arrestadas. Basados en cosas que los escuché decir y hacer. —Sacudió la cabeza—. Y nunca volví a ver de nuevo en las pantallas a ninguna de esas personas. ¡Nadie regresa!

—El Imperio no vigila para proteger, Zaluna. Vigila para asustar.

—Lo sé. *Yo* he sido el terror. —Con los ojos llenos de desafío, miró a Hera—. No quiero seguir asustando a la gente inocente. Y tampoco dejaré que *ellos* lo hagan.

Hera sonrió suavemente. Kanan sabía que Hera no quería que se notara, pero podía notar que ella estaba inmensamente orgullosa de Zaluna.

—Nosotros… no vamos a tener que lastimar a nadie, ¿verdad? —preguntó la mujer.

—No si podemos evitarlo —dijo Hera.

Ahora volvió los ojos hacia Kanan.

—¿Y qué hay de ti?

—He perdido la pista —dijo Kanan—. ¿Con qué me dejaron, injusticia?

—Engaño —ofreció Skelly.

—Bueno, creo que eso lo tengo cubierto —dijo Kanan, señalando—. Todos los cuerpos ahí abajo. Nadie tenía que estar aquí.

Se rascó la barba, decidiendo si iba a ofrecer algo más, cuando las siguientes palabras le salieron de todas formas.

—Y ellos no son mis únicos amigos que fueron engañados por el Imperio.

Hera lo estudió, tal vez decidiendo si le pediría que lo explique. En cambio, sonrió un poco.

—Entonces ¿qué sugieres hacer al respecto?

—Algo. —Kanan hizo una pausa—. No sé qué. Pero alguien golpeó a traición a un amigo. No voy a dejarlo pasar.

—Eso es suficiente. —Hera se puso de pie e hizo señas hacia la rampa—. Es tu nave, capitán.

—Tú eres la piloto.

—Y tú eres el estratega. —Ella sonrió—. Vamos a ver lo que puedes hacer.

Era más que un riesgo, pensó Hera: Ir a un depósito Imperial en esta etapa de su proyecto rayaba en la locura. El Imperio, todavía no la había identificado. Ser catalogada ahora sería tan malo como ser atrapada.

Pero lo que estaba sucediendo a Gorse y Cynda era más que grave. Era el tipo de cosa que había jurado detener algún día. El día había llegado más temprano… demasiado temprano, antes de que ella hubiera reunido un equipo capaz. No era exactamente el nuevo amanecer que había tenido en mente.

Skelly habría sido arrestado si lo hubiera dejado atrás en Gorse, todavía lo creía; eso podría haber puesto al Imperio en su rastro. Pero él no estaba hecho para revolucionario. Y Zaluna ahora estaba resuelta, pero pronto estaría fuera de su elemento.

No, era a Kanan al que quería ver en acción. Lo observó desde el asiento del piloto, mientras él introducía coordenadas hiperespaciales en la computadora de navegación. Ahora le parecía diferente. No obsesionado, como parecía Skelly… sino enfocado, dirigido. Lo había visto actuar así en arranques cortos cuando se requería heroísmo; ahora era un esfuerzo sostenido. Estaba claro que lo que había sucedido en Cynda lo había afectado profundamente.

No había mentido antes. Ella quería ver lo que él podía hacer. Pero estaba más interesada en ver lo que *iba* a hacer.

Fase tres:
DETONACIÓN

«Conde Vidian lidera al Gremio Minero en heroico esfuerzo por estabilizar la luna»
«Los investigadores de la explosión vuelven los ojos hacia las empresas mineras»
«Los observadores de la industria de turismo sugieren que se avecina una temporada alta para los viajes»
—*encabezados, HoloNoticias Imperiales* (Edición de Gorse)

Capítulo treinta y siete

El globo de nieve de un niño, lleno de sangre. Así fue como uno de los primeros visitantes en contemplar Calcoraan había descrito el mundo. Era sorprendente que alguien hubiera vuelto alguna vez, dada esa descripción… y Rae Sloane coincidía.

Mirando desde el puente del *Ultimátum*, vio un planeta que escupía y se revolvía carmesí, el resultado de un océano planetario con abundante cloruro de cromilo. No había nada viviendo allí… no en un mar en el que una gota de agua podría desatar no uno, sino dos potentes ácidos. Pero tanto el líquido como el lecho oceánico debajo de él, tenían usos para la construcción naval, y así Depósito Calcoraan se había construido en órbita para el servicio de las muchas fábricas robóticas que ya había en el espacio.

Era sólo otra rara parada en lo que se había convertido, para Sloane, en una gira por los planetas más extraños de la galaxia. Al Imperio tendían a gustarle estos ambientes castigados, pensó, como una bacteria extremófila en una grieta volcánica. Tenía mucho sentido para ella, filosóficamente: El verdadero poder sólo podía ser reclamado por aquellos lo suficientemente valientes como para ir a buscarlo.

Y Gorse pronto podría convertirse en otro lugar infernal, perdiendo la poca habitabilidad que tenía.

Depósito Calcoraan era el diseño y el dominio de Vidian, y la cosa parecía una expresión arquitectónica de sus filosofías. El gran nodo central en forma de poliedro del depósito descansaba como el mayor átomo en una molécula extensa, conectado a todas las fábricas orbitales por un enrejado triangular de pasadizos. Los nuevos suministros se movían continuamente a través de esos tubos hacia la central y su almacén principal o directamente a las naves que salían a hacer una entrega rápida. La posición central del nodo también le daba a sus ocupantes una vista de todo a su alrededor, incluyendo la flotilla de cargueros que se acercaba desde Gorse. La filosofía de *¡Mantente en movimiento! ¡Destruye las barreras! ¡Obsérvalo todo!* estaba funcionando a pleno en la estación de Vidian.

Sloane podía ver a los esbirros de Vidian también trabajando a pleno, en una curiosa nave espacial gigante en el otro extremo del extenso complejo. Vidian estaba allí ahora, supervisando los preparativos finales y llamando cada treinta segundos para preguntar cuándo llegaría el resto de la flota de carga de Gorse. Era una nave como ninguna que Sloane hubiera visto antes. Siete abultadas esferas negras conectadas por un largo eje, parecía un insecto segmentado. Pero donde un insecto podría haber tenido patas, el navío en su lugar tenía largas estructuras como antenas que corrían hacia atrás desde la vaina de más adelante por toda la longitud del buque.

—La *Recolectora* —dijo con entusiasmo la oficial de ciencias—. Es una verdadera belleza.

La capitán asintió con la cabeza. La teniente Deltic la volvía loca, pero de todos modos Sloane le había ordenado que estuviera aquí. Sintió que necesitaba entender el proceso que le habían pedido que protegiera.

—¿Qué son esas cosas largas a lo largo de la espina dorsal?

—Torres electrostáticas, tiene dieciséis de ellas. —La teniente manoseó nerviosamente las clavijas de un sombrero que se había torcido—. Se abren en abanico cuando está en funcionamiento para convertirse en los radios de la rueda de recolección. Una vez vi una nave como esta en acción. Simplemente ara a través del campo de escombros, para recolectar los premios.

—¿Los premios? —Sloane negó con la cabeza—. Creo que no puedo manejar toda esta jerga técnica.

—Las moléculas de thorilide. Son atraídas por los radios y chupadas al interior de la nave. Hay centros de tratamiento automatizados en cada una de esas vainas grandes… tomando el lugar de la mayor parte de lo que se hubiera hecho en las refinerías de Gorse. Justo por encima de los propulsores, la vaina de cola tiene las bahías de aterrizaje para enviar el material hacia fuera. Producirán más thorilide puro en una hora que los mineros en un mes.

Sloane asintió. La nave tenía potentes escudos, como necesitaba cualquier cosa que irrumpiera en los campos de asteroides y colas de cometa; cañones turboláser en la parte exterior de cada vaina y probablemente también en el nodo de mando delantero para reducir el daño causado por los escombros errantes. Una vez que la *Recolectora* estuviera en su lugar, Gorse tendría su propio Depósito Calcoraan… durante el tiempo que durara el thorilide.

Lo que parecía ser para siempre. La teniente volvió a marearse con sus cálculos.

—Incluso si el noventa por ciento de los escombros fueran a caer al planeta, ¡esa máquina podría suministrar a *cien* imperios del tamaño del nuestro durante un siglo!

—Sólo hay un Imperio —dijo severamente Sloane. Luego miró a la teniente—. ¿Qué caiga noventa por ciento de los escombros? ¿Es eso posible?

La mujer más joven se encogió de hombros.

—Se lo dije. Podría caer una gota, o podría caer un diluvio. —Dijo sonriendo—. Tenemos un pozo de apuestas en Ciencias Planetarias. Si algo golpea al edificio Plaza Vigilancia del Mundo en la ciudad de Gorse durante este año de calendario, ¡pasaré mi descanso en tierra en Alderaan!

—Puede retirarse —dijo Sloane. *Por la esclusa de aire*, quiso añadir.

De todos modos, averiguó lo que quería saber. Era increíble, ver de cerca el trabajo en relación al origen y el servicio de sólo un componente del arsenal imperial. Y esta sólo era una de las numerosas instalaciones. ¿Cuántos otros proyectos había por ahí, similares a lo que Vidian tenía en mente? ¿Cuántos había administrado él, y cuántos administraba personalmente?

Al principio, ser guardaespaldas de un experto en eficiencia no le había interesado a Sloane. Pero ahora veía claramente que su misión era, en gran parte, sobre el problema básico del Imperio: seguir adelante. Seguir creciendo. Todo le sugería que Vidian, a su manera excéntrica, era tan vital para el emperador como Lord Vader… y que escoltar a

Vidian era fácilmente más importante que perseguir piratas en el Borde Exterior. Las cosas tenían que construirse.

Todos los imperios interestelares se alzaban y caían, en última instancia, por su capacidad de producir esta cosa simple y tediosa: la logística. Sus estudios de historia militar le habían enseñado de las forjas de guerra del pasado antiguo… sin duda Vidian también las había estudiado. Él bien podría ser el gran armero de las leyendas futuras… y ella, su ayudante preferida.

Sólo era un poquito sorprendente para ella que toda una población planetaria pudiera quedar atrapada entre el martillo y el yunque. Aunque fuera un grupo tan variopinto de especímenes como el que vivía en Gorse. Los trabajadores de su planeta natal, tanto más cercano al centro galáctico, tenían un comportamiento mucho mejor.

El comandante Chamas se acercó a la puerta a su sala de espera.

—Veo que la teniente Rarita la ha dejado en paz.

Sloane puso los ojos en blanco.

—¿Qué desea?

—Tiene una llamada —dijo su primer oficial—. Creo que querrá contestarla. De una persona muy importante.

—¿Otra vez Vidian?

Chamas sonrió.

—Una persona importante diferente.

Ella lo había visto una vez en la ceremonia de graduación en la Academia. Había estado en el escenario y estrechado algunas manos. No la suya, pero ella difícilmente podría olvidarlo. El barón Lero Danthe gastaba más en un traje que lo que su familia gastó en su casa en Ganthel.

—Milord —dijo—. ¿A qué debo el honor?

—Usted y su tripulación son los que honran, con su servicio —dijo el joven con una reverencia—. Me enteré de los atentados contra la vida del conde Vidian. Llamaba para darle las gracias por protegerlo.

—Muy generoso. —Extremadamente, teniendo en cuenta la mala sangre que había oído que existía entre Vidian y su subordinado en la administración—. No ha nacido un saboteador que pueda frustrar al Imperio.

El hombre de cabello dorado sonrió.

—Me alegra que usted esté en nuestro equipo.

Le gustaba oírlo. Estaban separados por título y fortuna, pero ella y Danthe representaban a los Nuevos Imperiales… el eslogan de los medios para la primera generación de personas en ascender a la edad adulta bajo el Imperio. Con pocas excepciones, sus superiores navales eran parte de una clase que había luchado para llegar a la cima, sólo para ver que las reglas cambiaban; ahora pasaban cada momento de vigilia

tratando de mantener el ritmo. Tal vez Vidian no, pensó. Pero lidiar con todos ellos era agotador. El Imperio sería un lugar mejor una vez que la gente de la edad de Danthe y ella estuvieran a cargo.

Pero en el ejército como en el gobierno, el tiempo de aprendizaje debía respetarse. Sabía que Danthe ya era fabulosamente rico, habiendo heredado el control de una empresa de fabricación de droides de trabajo pesado para usar en mundos ardientes como Mustafar. Pero las posesiones de Vidian eran más extensas, su nombre ya estaba establecido. Y teniendo en cuenta la salud del cyborg, no podía imaginárselo entregando el poder en décadas.

No es que el hombre joven no estuviera ansioso.

—El conde no ha tenido tiempo para informarme los detalles de este proyecto especial que involucra a Cynda. ¿Cómo diría usted que está yendo?

—No podría juzgarlo, mi señor. Yo soy simplemente la escolta.

—Hmm. —Danthe frunció el ceño ligeramente, antes de animarse—. Bien, estoy seguro que le irá muy bien en eso. Quiero que sepa, capitán, que si alguna vez tiene la más mínima necesidad, por favor contácteme inmediatamente. Mi gente la comunicará conmigo directamente.

—Eh… gracias, mi señor. —La transmisión terminó.

¿Vidian, y ahora Danthe? ¿Eran todos los capitanes provisionales tan populares entre la élite?

Capítulo treinta y ocho

A través de su propio reflejo en la ventana del asiento de pasajero, Kanan vio todo el Depósito Calcoraan. Ya había visto otros lugares así en sus viajes: enormes ejemplos del ingenio y el exceso imperial. Parecían volverse más grandes cada año.

Pero su atención estaba en su reflejo… y en la pregunta que ahora se hacía a sí mismo. *Caleb, ¿qué estás haciendo?*

No había usado ese nombre en años, y no lo consideraba relevante a la persona que era ahora. Sin embargo cuando Kanan sacaba el cuello más de lo que era cómodo, Caleb Dume era generalmente el culpable. Caleb, el pequeño Jedi cortado antes de su cita con el destino, su carrera como un superhéroe que salvara la galaxia atrofiada. Ahora no podía creer que él había sido esa persona alguna vez. Ese niño que no sabía lo que era la vida real, o la diversión real. Ese muchacho no era nadie, algo que nunca fue. Un ocupante no deseado en la parte posterior de su materia gris. Cuando Kanan tenía una idea con la que Caleb Dume habría estado de acuerdo, generalmente era mejor quedarse dentro y pedir uno doble.

Tanto como el Emperador, Caleb fue responsable de hacer miserable la adolescencia temprana de Kanan con su constante pesar. Caleb pensaba todo el tiempo en ideas contrafácticas y qué tal si, todas repeticiones mentales de las muertes de Depa Billaba y los demás Jedi, siempre buscando alguna manera en que algunos desastres podrían haberse evitado. Era bueno que estuviera evitando a las demás personas entonces, porque habrían puesto al joven fugitivo insoportablemente triste. Mientras que los demás adolescentes en los lugares donde había intentado integrarse pensaban en carreras de vainas, él se quedaba en la esquina intentando averiguar cómo el maestro Jedi Ki-Adi-Mundi podría haberse protegido mejor en Mygeeto, o el maestro Plo Koon en Cato Neimoidia. Cada nombre que encontraba en aquellos días sólo hacía que todo empezara otra vez, haciendo que fuera imposible que lo olvidara.

Una pérdida de tiempo. Excepto por una cosa: Todo ese pensamiento y esconderse en los primeros días lo había entrenado para analizar las situaciones de manera rápida y a fondo. La inteligencia táctica que parecía gustarle a Hera se había originado a partir de ahí. En ese caso, pensó, hubo algo bueno que salió de eso. Porque mirándola ahora en el asiento del piloto, decidió que la seguiría a cualquier parte.

Si no hacía que la mataran primero. O si ella no le hacía lo mismo a él.

Hera estaba animada cuando frenó al *Conveniente*.

—Te dije que lo alcanzaríamos —dijo ella mientras la nave se acercaba a la cola del convoy de cargueros. Había estado en duda si llegarían en absoluto. El *Conveniente* había partido de Cynda cuando los cargueros más rezagados seguían al *Ultimátum* hacia el hiperespacio. Kanan, que nunca había usado el hiperimpulsor de la nave antes, se había preocupado de que pudiera no funcionar en absoluto. Las naves en la ruta lunar estaban allí por la precisa razón que los días de sus trayectos largos habían pasado. Pero el hecho de que ninguna de las otras naves estuviera mejor las hacía alcanzables por el piloto

correcto, y Hera le había hablado amablemente al *Conveniente*, saliéndose con la suya. Ella hacía eso a menudo.

También había funcionado así con él. Le gustaba que Hera tuviera dirección y empuje. Todas las mujeres eran criaturas mágicas para Kanan, pero había felices ninfas del bosque, y luego estaban las hechiceras. Había mucho más en Hera, y averiguar qué era lo que la motivaba podría demorar días, semanas o años.

El tiempo, lo tenía… pero no se quedaría mucho si eso significaba dejar que Caleb Dume constantemente tomara el control. Hera había parecido percibir ese viejo instinto de responsabilidad en él, y lo había hecho llegar hasta aquí, apelando a él. El problema era, que esa persona era alguien que él nunca había sido, y nunca podría volver a ser. La muerte de Okadiah merecía una respuesta, sí, y Gorse necesitaba ser protegido si era posible. Pero ambas eran responsabilidades de un tipo que había evitado durante años. Tenía la intención de seguir evitándolas.

Hera era inteligente, y bella, y le encantaba su voz. Sin embargo, si la única manera de seguir oyéndola, era jugar a sus juegos de capa y espada, él podría seguir su camino, agradecido por los recuerdos.

—Muy bien, tu turno —dijo Hera.

—¿Hmm?

—Yo no soy el piloto del registro —dijo ella, dejando el asiento. Se estaban acercando al perímetro de seguridad externo, un escudo de energía invisible que rodeaba Depósito Calcoraan. Los cazas TIE volaban en círculo alrededor de la estación, demarcando su ubicación.

—Correcto. —Kanan pasó apretándose a su lado, una experiencia nada desagradable, para tomar su asiento habitual. Agarrando los controles, desaceleró al *Conveniente* hasta parar justo por detrás de la barrera indicada en su visor.

Una brusca voz femenina llegó a través del sistema de comunicaciones.

—¿Cuál es su identificador?

—Luzdeluna Setenta y dos —respondió Kanan.

—Ya no.

La respuesta sobresaltó a Kanan por un momento.

—¿Qué quiere decir? —Presionó un botón—. Listo, he encendido el transpondedor de identificación. Puede ver quién soy. Soy de Luzdeluna…

—Y yo dije que ya no —respondió la mujer—. Ahora usted es Provisional Imperial Setenta y Dos. Nombre, licencia, y personal.

—Kanan Jarrus. Licencia del gremio cinco-cuatro-nueve-ocho-uno. —Hizo una pausa para mirar hacia atrás—. Pasajeros, tres obreros.

—Son dos más de los que se supone que tiene que llevar.

—Vamos a cargar más rápido —dijo Kanan—. ¿Qué le importa?

—Absolutamente nada. Continúe en su curso hasta la estación de aterrizaje siete-siete. Siga las luces, y vaya despacio.

Kanan lo hizo. El *Conveniente* navegó entre uno de los mayores surtidos de naves que él jamás había encontrado. Cada Transporte de Bebé que había visto alguna vez en los cielos entre Gorse y Cynda estaba aquí, y más de otros lugares. Y, sin embargo, a diferencia de en la luna, todas las naves se movían de una forma ordenada y precisa. Pronto se dio cuenta de por qué, cuando el *Conveniente* se estremeció y los controles quedaron muertos en sus manos.

—Rayo tractor de estacionamiento —dijo Kanan—. Muy bien. Espero que no le deba a nadie una propina. —Se sentó de nuevo, otra vez un pasajero como todos los demás.

Hera vio como el *Conveniente* daba vuelta alrededor de la instalación.

—¿Vamos a tener problemas en salir?

Él negó con la cabeza.

—Lo dudo. Estos rayos son para la manipulación del tráfico. Este lugar está tan bien protegido, que no serían necesarios rayos tractores potentes para arrancar naves que huyen del cielo.

—Es un alivio.

Kanan se puso de pie para estirar las piernas… y lo volvió a pensar. Había una cosa que la controladora había dicho que le había molestado.

—Extraño. Cambiaron nuestro nombre de identificación.

—Yo sé por qué —dijo Zaluna. Kanan se dio la vuelta para verla en su asiento frente a Skelly. Tan pronto como habían dejado el hiperespacio, ella sacó su datapad y comenzó a buscar noticias en los canales públicos—. Cambiaron el nombre, porque Luzdeluna ya no existe.

—¿Qué?

—Luzdeluna ha sido culpada por la gran explosión en Cynda.

Al otro lado del pasillo, Skelly miró estupefacto.

—¡Eso no es cierto!

Zaluna sacudió la cabeza.

—Fue un equipo de Luzdeluna el que encontró tu primera bomba, ¿recuerdas?

Kanan puso los ojos en blanco.

—Yo estuve allí. No me lo recuerdes.

—Yo estaba en la sala de monitoreo de Transcept cuando se conoció la noticia —dijo Zaluna—. Lo llamaron un fenómeno natural, para que nadie se asustara acerca de las prácticas de las compañías mineras…

—Ni supiera que existía un disidente —agregó Hera.

—Correcto. Ahora han cambiado totalmente la historia, diciendo que el derrumbe a principios de esta semana y la explosión gigante fueron ambas obra de Luzdeluna. La compañía ha sido disuelta, y sus activos puestos bajo control imperial.

—No hay nada como pisotear el buen nombre de alguien después de que los has matado —dijo Kanan. Lal Grallik había sido buena con él. El conde Vidian estaba empezando a acumular algunos números altos en la columna de las deudas.

El *Conveniente* trazó un largo arco hacia una enorme estación de aterrizaje en forma de disco conectada por enormes mástiles al resto de la instalación. Varios puertos abiertos revelaban una extensa zona de carga.

El sistema de comunicaciones se activó de nuevo cuando la nave navegó a la bahía de aterrizaje.

—Al aterrizar, desembarquen y empiecen a cargar el producto, a medida que llegue en los transportadores. Tomen las precauciones estándar… ahora están en nuestro territorio.

—Excelente —dijo Kanan cuando la transmisión terminó—. Ahora supongo que trabajo para el Imperio. —Miró a Hera—. ¿Cuál es el plan?

—El plan es, haz lo que te digan —dijo ella, poniéndose de pie y comprobando su comunicador—. Carguen la nave. Y esperen mi señal.

Kanan ensanchó los ojos.

—Espera. ¿Te vas?

—Eso es correcto —dijo, ajustando el bláster en su funda—. Voy a destruir la estación.

Capítulo treinta y nueve

Kanan casi cayó encima de los pies de Hera tratando de interponerse entre ella y la puerta.

—¿Destruir la estación? —No podía creer sus oídos—. Pensé que querías ser cuidadosa y furtiva. Ahora, ¿quién es la bala perdida?

—Sé lo que estoy haciendo. —Hera lo miró directamente y le explicó, un poco menos paciente de lo que había sido hasta ahora—. Cynda no es sólo una pequeña roca en el cielo sobre Gorse, Kanan. Lo leí en el diccionario geográfico de la nave mientras dormías. Zaluna tenía razón. Es un planeta errante que entró en el sistema y fue capturado… con masa suficiente para que pudieran empezar a girar el uno alrededor del otro en un millón de años, si Cynda no se rompe primero.

Señaló con el dedo pulgar hacia la popa de la nave.

—Pero viste cuantas naves espaciales hay aquí. Van a volver a romper la luna y no en un millón de años. Lo están haciendo *ahora*. La gente allá abajo en Gorse está en peligro *ahora*. Así que algo tiene que hacerse *ahora*.

Kanan se negó a ceder.

—Y pensaba que *yo* era el piloto suicida.

—Yo lo llamo lógica. —Ella se cruzó de brazos y golpeó el pie en la cubierta—. Ahora, ¿vas a salir de mi camino o no?

Sacudiendo la cabeza, Kanan se apartó de la puerta de la esclusa de aire.

Ella miró hacia atrás a los demás.

—Lamento que las cosas hayan salido así. Si no regreso, deben intentar advertir a la gente de alguna manera. Luego Kanan puede llevarlos a un lugar seguro. —Hizo una pausa—. En algún lugar que no sea Gorse.

Kanan miró a Zaluna, que estaba agarrando fuertemente su bolso y meneando la cabeza ante la idea de perder su planeta natal.

—Los Jedi solían ocuparse de estas cosas.

El comentario sorprendió a Kanan. Los Jedi eran un tema del que la gente no debía hablar.

—¿Qué sabes acerca de los Jedi, Zaluna?

—Más que esa tonta historia que el Imperio cuenta sobre ellos. —Levantó la mirada con nostalgia—. Yo vi a los Jedi en acción, sabes, mucho antes de que tú nacieras. Si había vidas inocentes amenazadas, ellos encontrarían qué hacer. Incluso en una situación sin salida.

Hera asintió con la cabeza.

—Nos vendría bien uno ahora.

—O quizás sea el momento de que la gente sea su propio Jedi. —Envalentonada por el tema sobre el que estaba hablando, Zaluna miró con confianza de Hera a Kanan—. Ellos no eran dioses… solo gente como nosotros, que veían una necesidad. Si ellos podían encontrar una manera, estoy segura de que nosotros también.

Tal vez, pensó Kanan.

Y luego se le ocurrió.

—Espera —dijo, mientras ella comenzaba a girar la manija de la puerta—. Digamos que de alguna manera logras volar toda esta monstruosidad. ¿No existen otros depósitos como este?

Hera le devolvió la mirada, y asintió con la cabeza.

—No exactamente como este, pero hay reservas en cada sector.

—Así que si el Emperador piensa que vale la pena arruinar el sistema Gorse por un montón de thorilide fácil, ¿no lo va intentar de nuevo?

—Me imagino que sí.

—Entonces no entiendo lo que estás tratando de lograr —dijo Kanan—. Tú eres la que piensa que los gestos fútiles son estúpidos.

—Voy a comprar tiempo.

—¿Para qué? ¿Vale la pena sacrificarte para retrasar lo inevitable?

Hera se encogió de hombros.

—No quiero sacrificarme, no. Pero estás describiendo una situación en la que nos quedamos sin hacer nada y dejamos que el Imperio haga lo que quiera.

—No, no. Hay otra respuesta. No es suficiente evitarlo ahora. *Tenemos que hacer que nunca quieran volver a intentarlo*.

La mente de Kanan corría a toda velocidad. Hera lo miró con curiosidad.

—Adelante.

Él comenzó a hablar, todavía sin saber adónde iba.

—Está bien, mira. El Imperio ni siquiera tuvo esta idea de tontos hasta que la obtuvieron de Skelly…

—Tonto que soy —intervino amargamente Skelly.

—… y luego la pusieron a prueba, con esa gran explosión. Pero, ¿cómo saben que la prueba funcionó… que no destruyó el thorilide liberado?

—Vi las sondas buscando en los escombros —ofreció Hera.

—Yo también —dijo Kanan. Comenzó a caminar de un lado al otro—. Vidian no demolería simplemente una luna sin el visto bueno del Emperador. Tendría que enviar un informe. —Hizo una pausa y chasqueó los dedos—. Así que enviamos otro informe… o «arreglamos» el que está a punto de enviar.

—Sí, solo déjame —dijo Skelly, interesado—. Yo puedo echar agua fría sobre toda la cosa. ¡Les diré que triturar la luna va a arruinar lo que buscan!

—Así que decimos que la prueba no funcionó. —Hera asintió con la cabeza—. Podría causar confusión… tal vez hacerlos ir más lento hasta que podamos advertir a la gente. ¿Pero podemos hacer que parezca legítimo?

—No hay problema —se ofreció Zaluna—. ¿Dónde se guardaría algo así?

—Con Vidian —dijo Kanan. Se rascó un costado de la cabeza y miró a Zaluna—. ¿Serías capaz de encontrarlo usando la vigilancia de la estación?

—Tal vez —dijo. Luego—: Sí. Sólo llévenme a un terminal al que pueda acceder pirateando.

Hera parecía complacida.

—Me gusta más que volar el lugar. Pero esto va a ser más difícil que sólo yo andando furtivamente por ahí. Skelly es conocido, y nosotros también podríamos serlo, por lo que sabemos.

Kanan asintió con la cabeza. Entonces algo le dijo que se diera la vuelta. Afuera, un destello de color le llamó la atención.

—Espera —dijo, reconociendo lo que era—. ¡Mira!

Hera y Skelly se unieron a Kanan en la parte de adelante y miraron hacia la cubierta de aterrizaje del nodo de envío. Una docena de otros cargueros, Transportes de Bebé y ex-cargueros de thorilide por igual, estaban estacionados con sus rampas abajo. Bajo la atenta mirada de las filas de los soldados de asalto, individuos bajos y altos descendían de las naves, vestidos en un traje naranja fluorescente que los cubría de pies a cabeza.

—Trajes para materiales peligrosos. —Observó Hera.

—Sí, estamos aquí para cargar baradio-357 —dijo Kanan—. Eso es *Bebé Travieso*.

Apoyándose contra el respaldo del asiento del pasajero, Skelly asintió con la cabeza.

—Es como nos lo imaginamos. Que necesitan del grande para destruir la luna. Yo calculé los números en mi informe… desearía que no.

Hera se quedó mirando.

—¿Para qué son los trajes? ¿Explota si *respiras* sobre él?

—Esa no es la razón para ellos —dijo Skelly, renqueando de vuelta a su asiento—. Los barriles tienen una cobertura externa llena de un refrigerante tóxico. Es desagradable, si hay una fuga.

—¿Te mataría?

—Quizás. Pero *tú* matarías a un montón de gente primero. Es psicoactivo… produce impulsos irracionales violentos.

Kanan se rió.

—Revisa tu casa a ver si hay un poco, Skelly. Eso explicaría muchas cosas. —Entonces cayó en la cuenta de algo. Kanan chasqueó los dedos y se volvió. El armario de suministros del *Conveniente* estaba entre el compartimiento delantero y el área de carga. Abriendo la puerta, contempló su propio suministro de trajes de color naranja brillante, colgando prolijamente de unas perchas. Las máscaras estaban en un estante superior—. Los había visto aquí, pero nunca los he utilizado.

Hera se puso delante de la puerta y miró.

—¿Tienes tu propio guardarropas?

Kanan sacó un traje.

—Fue idea de Lal. Nunca sabíamos lo que íbamos a llevar de día a día, y ella no quería que nadie saliera lastimado. Los trajes son desechables, por lo que son bastante baratos. Y de un talle único para todo el mundo. O la mayoría, al menos.

Eficiente, pensó Kanan, a pesar de que decidió en contra de mencionar que Vidian probablemente lo aprobaría. Miró de nuevo a Skelly y Zaluna.

—Necesitamos que vengan con nosotros. Podría ser peligroso…

—Tonterías —dijo Zaluna, levantándose—. Sabemos lo que está en juego.

Skelly puso los ojos en blanco.

—Vamos antes de que se pase el efecto de mis medicamentos, y empiece a pensar con claridad.

—Está bien —dijo Hera, sacando las máscaras—. Lo hacemos a tu manera. Pero si esto no funciona, volvemos a mi plan.

—Morir nunca es un plan. Pero tenemos un trato.

Capítulo cuarenta

Era rara la estación espacial en la que un Destructor estelar podía atracar. Entre los muchos brazos de Depósito Calcoraan había un largo astropuente que encajaba en una esclusa de aire en el casco del *Ultimátum*. Sloane imaginó que Vidian había calculado algunos minúsculos ahorros de tiempo en ella.

Se había encontrado con ella en el puerto de conexión. *Saludado* era una palabra demasiado fuerte, ya que como de costumbre, él parecía estar ocupado en una llamada de comunicador silenciosa con otra persona. Teniendo en cuenta por cuantas vistas interesantes habían pasado, su viaje en el tranvía de nodo a nodo se sentía como un recorrido… sólo que un recorrido en el que el guía casi no tenía nada que decir.

Pasaron una zona de llegada en la que unos robots con un pesado blindaje estaban siendo desmontados. Ella nunca había visto nada parecido.

—¿Qué son?

—Droides.

—¿De qué tipo?

—Tolerantes al calor. El depósito suministra a proyectos en todo el sector, no sólo a Gorse.

Ella estaba ansiosa de demostrar lo que sabía.

—A prueba de calor. ¿Los hizo la empresa del barón Danthe, entonces? Él tiene el monopolio.

Vidian se enojó visiblemente ante el nombre del barón.

—Sí. Muchas empresas suministran al Imperio, incluyendo la suya.

—Pero los que los están desarmando son empleados de una firma de usted. —Ella reconoció los logos en los uniformes.

—Mantenimiento estándar. —Vidian aceleró el tranvía, indicando que el asunto estaba cerrado.

Pasaron por varias encrucijadas más, ofreciendo oportunidades de más vislumbres de los envíos del depósito y más tersos intercambios con Vidian. Sloane se preguntaba si Vidian siquiera recordaba que él le había pedido a ella que viniera aquí.

—Es un lugar increíble —dijo ella finalmente—. Agradezco la oportunidad de verlo.

—¿No encuentra el mundo logístico demasiado tedioso? —preguntó él mientras el coche comenzaba a disminuir la velocidad.

—Es lo que hace funcionar al Imperio.

—De acuerdo —dijo Vidian. Señaló un armario pequeño en el coche—. Querrá ponerse lo que está allí adentro.

Sloane abrió el compartimiento y sacó una máscara transparente. Tras ponérsela, ella vio el cartel de la estación de aterrizaje 77 más adelante. Había trabajadores con trajes para materiales peligrosos por todo el piso, tomando unos tambores cilíndricos de un metro de altura de los tubos neumáticos y llevándolos a los cargueros.

—Los explosivos —dijo él, señalando—. Están siendo cargados aquí y en varios otros nodos, para volver a Cynda. Las pruebas han demostrado que los orgánicos mueven los explosivos más rápidamente que los droides. El miedo es un motivador útil.

—Por supuesto. —Vio que Vidian seguía sin máscara—. ¿No necesita usted…?

—Mis pulmones han sido mejorados para rechazar los venenos.

El coche se detuvo y Vidian salió a la pista de envíos. Sloane lo siguió.

—Los explosivos deben ser depositados en las profundidades de Cynda usando pozos perforados en los lugares precisos. —Hizo una pausa y la miró—. Mis equipos de preparación ya están en camino a la luna, pero sus ingenieros militares podrían ayudar a acelerar las cosas.

Ahora estamos en ello, pensó Sloane.

—Por supuesto. Están a su disposición.

—Bien. —Una persona vestida de rojo se adelantó hasta Vidian, ofreciéndole un cuaderno de datos. El conde se lo pasó a Sloane—. Transmita estas instrucciones a su tripulación.

Un par de trabajadores pasaron llevando tambores, otro tranvía llegó desde una dirección diferente. Vidian hizo un gesto hacia el piso de carga.

—Yo debo finalizar mi informe para el Emperador. Quédese y edúquese. —Él fue hacia el vehículo. Luego hizo una pausa y la volvió a mirar—. Es bueno tener un aliado en el ejército que entienda lo que estoy haciendo.

Era lo más cercano a la calidez que ella había visto de él. Inclinó la cabeza.

—Como mi señor ordene.

—Ahí está nuestro muchacho —murmuró Kanan mientras dejaba un tambor en la cubierta del piso de carga.

Hera asintió, anónima en su traje naranja, excepto por los grandes bultos en la cubierta suelta de la cabeza donde protegía sus colas cefálicas.

—Todavía no ha enviado el informe —dijo, con su encantadora voz amortiguada por la máscara—. ¡Más suerte que cayera por aquí!

—Si se puede llamar así.

—¡Skelly! —llamó Hera.

Kanan pivotó para ver al encapuchado Skelly cojeando hacia Vidian a través de la multitud de trabajadores ocupados. Peor aún, llevaba su bolsa de explosivos. Con la sangre enfriándosele, Kanan recogió el barril de baradio y comenzó a caminar rápidamente en esa dirección.

Skelly estaba a una docena de metros detrás de Vidian y buscando en su bolso cuando Kanan se interpuso. Empujó el barril a las manos de Skelly.

—Aquí tienes, amigo. De vuelta a la nave.

Skelly, con la expresión oculta a través de la placa opaca, parecía listo para seguir adelante.

—¿No lo ves?

¿A Vidian? Apuesta a que sí, quería decir Kanan. En cambio, hizo girar a Skelly alrededor. Indicó con la cabeza a uno de los soldados de asalto haciendo guardia.

—Lo siento. Es un lugar muy grande. Es fácil ser desviado.

Skelly resistió mientras Kanan tiraba de él para alejarlo de la línea de tranvías. Vidian ya estaba en el coche, aparentemente sin haber notado nada.

—Skelly, ¿has perdido la cabeza?

—Pero ¡él está justo ahí, Kanan!

—Ahora no. —Kanan lo llevó hacia a donde estaba aparcado el *Conveniente*—. ¿Quieres hacernos volar a todos?

—Es él o nosotros.

—Eso sería él *y* nosotros —dijo Hera. Acercándose, ella tomó el recipiente de manos de Skelly mientras Kanan le quitaba el bolso del hombro.

—Vigílalo —dijo Kanan, volviéndose hacia la rampa del *Conveniente*—. Voy a poner esto donde no pueda sacarlo.

Kanan sacudió la cabeza mientras guardaba bajo llave el saco de bombas. El tiempo sólo parecía haber magnificado las lesiones que Skelly había sufrido a manos de Vidian; se estaba haciendo más difícil conseguir que viera razones a través de su dolor. Cuando desembarcó, Kanan vio que Hera había colocado a Skelly junto a la rampa con un cuaderno de datos, fingiendo estar tomando el inventario. Era el mejor lugar para él, en ese momento.

Zaluna se acercó llevando un recipiente tan cautelosamente como si estuviera llevando a un niño.

—¿Van a explotar si se caen?

—Solo un poco —dijo Skelly.

—Está bromeando —dijo Kanan—. Pero si lo haces, asegúrate de que la capucha esté bien ajustada. —No quería imaginarse a Zaluna en un arranque de matanza químicamente inducido.

Minutos más tarde, Hera volvió de un paseo despreocupado por el piso de carga.

—Muy bien, Vidian se ha ido al nodo central —dijo ella en voz baja. La distribución ahora estaba en el cuaderno de datos de Skelly, descargado desde una terminal cercana por Zaluna… pero habían demorado demasiado, y el *Conveniente* ya estaba casi completamente cargado. Se esperaría que salieran de la estación después de eso.

—Tenemos que frenar esto —agregó Hera—. Y no sé cómo podemos llegar hasta allí.

Kanan reprimió una carcajada.

—Y tú pensabas que podías desbaratar el lugar.

—No puedo llevar a todos por la red de conductos —dijo ella, mirando a su alrededor—. Y los soldados de asalto están en todas partes, asegurándose de que estemos donde se supone que debemos estar.

Kanan miró atrás por donde Vidian se había ido. Había tres portales paralelos un pasillo de servicio, con el conducto neumático de entrega de barriles a la izquierda y la abertura del tubo de tranvía a la derecha. Kanan levantó el dedo en el aire.

—Ahí está la respuesta —dijo—. Cambiamos donde se supone que debemos estar.

Antes de que ella pudiera preguntarle nada, Kanan se alejó.

Silbando para sí mismo, casualmente se acercó al conducto donde los barriles, que se movían cuidadosamente sobre un suave cojín de aire, aparecían en la zona de carga. Mirando a izquierda y derecha y sin ver a nadie observando, Kanan desapareció por el túnel de servicio.

Allí vio lo que había visto al pasar caminando antes: un larguirucho androide plateado, manejando los controles de la parte exterior del tubo. Kanan pasó hasta una puerta de mantenimiento en el exterior del tubo. Con un giro, abrió la escotilla.

—¡Espere! —chirrió el droide—. ¡No puede hacer eso! —Caminó resonando hacia Kanan, que entonces, lo agarró y lo metió en el tubo de un metro de ancho. Con un empujón, forzó el torso hacia atrás, alojándolo completamente adentro. Entonces cerró de golpe el panel de mantenimiento.

La luz de obstrucción ya estaba parpadeando fuera de la abertura cuando volvió a salir al piso de carga. Kanan miró la luz y maldijo en voz alta.

—La estúpida cosa se ha atascado.

Los trabajadores se reunieron en la apertura. Sloane marchó hasta allí.

—¿Qué está sucediendo aquí?

—Te diré lo que está sucediendo —dijo Kanan, mirando por la oscura abertura—. ¡Tu tonto droide arruinó todo el mecanismo!

Sloane agitó la mano con desdén.

—Que alguien envíe un equipo de reparación.

—Sí, hazlo —respondió, mientras retrocedía complacido de que ella no pudiera ver a través de la placa frontal de su traje de materiales peligrosos. Se apartó del grupo y marchó de vuelta al *Conveniente*.

—Espere —llamó la capitán—. ¿Adónde cree que va? —Pero Kanan ya estaba subiendo la rampa.

Cuando regresó, vio a Sloane esperando con un soldado de asalto armado.

—Abran paso —dijo, empujando el carro flotante de repuesto del *Conveniente* por la rampa. Más pequeño que el que él había montado para sobrevivir en Cynda, rebotaba en el aire mientras lo empujaba hacia los pies de Sloane—. Tengo que cumplir un horario, señora. Muévase.

Sloane dio un paso atrás, aparentemente sorprendida por su descaro.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Nos están pagando para transportar esto —dijo Kanan—. Si el depósito no puede traerme esa basura, voy a buscarla. —Miró hacia atrás a Hera—. Vamos, Layda. Trae a tus primos.

Hera saludó y reunió a los demás. Siguieron a Kanan y su carro flotante hacia el pasillo de servicio, incluso mientras otros cargadores en el suelo tenían la misma idea e iban a buscar sus propios carros.

Sloane se encogió de hombros con irritación y dio un paso atrás. Miró al soldado de asalto a su lado.

—Esto no es para lo que fui a la Academia.

Capítulo cuarenta y uno

Skelly se apoyó contra un pilar, resoplando.

—La próxima vez… tomamos el tranvía.

—Sí, eso no sería sospechoso —dijo Kanan, empujando el carrito por otro pasillo aparentemente interminable. No habían encontrado a nadie, excepto droides de servicio como al que él había acosado, pero la distancia era la verdadera prueba. Habían ido de un nodo a otro, avanzando hacia el nodo central.

Miró abajo al carro flotante con una mueca de enojo. *¡Pensé que acabé con esto cuando renuncié de Luzdeluna!*

Caminando junto a Kanan, Hera hizo una pausa y miró atrás. Ella tiró de su brazo, y Kanan se volteó para ver a Skelly sentado en el medio del piso.

—Estoy bien —dijo el bombardero—. Sólo… vuelvan… por mi cuerpo.

Miró a Hera. No podía verle el rostro, pero podía imaginarse la expresión de preocupación. Esto no iba a funcionar. Ambos se habían dado cuenta en el viaje de Cynda de que Vidian había lesionado a Skelly más de lo que él estaba dejando ver; había llegado hasta este punto dopándose con los botiquines, pero estaba empezando a desvanecerse.

Kanan se detuvo y giró el carro vacío.

—Ven aquí —dijo, ayudando a Skelly, a subir a la plataforma—. Si haces alguna broma de que soy tu enfermera, te tiro al suelo.

—Entendido. —Skelly se derrumbó de plano sobre su espalda.

Hera miró al grueso disco en el techo por delante.

—¿Que tienes, Zal?

—Estas son cámaras de vigilancia fabril Visitractic 830 —dijo Zaluna. Caminando en frente del grupo, ella agitó a uno de sus dispositivos, como un zahorí con una vara de adivinación—. Buena calidad… sólo hay un par en Gorse. No son utilizadas para el reconocimiento facial. Más para asegurarse de que el producto sigue en movimiento.

—¿Puedes desactivarlas?

—Las estoy congelando antes de que entremos a la vista. Mientras no haya nadie entrando en la escena cerca de nosotros, no se verá raro.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Kanan—. Pensé que dijiste que eran cámaras de calidad.

—Lo son —dijo Zaluna, desabrochando y quitándose la capucha—. Pero nada sale de una fábrica de cámaras sin un código de derrota. Demasiados ejecutivos malversadores han resultado atrapados por su propia tecnología. Cuando era más joven, solíamos utilizar los códigos para molestar a los otros operadores. Aprenderás sobre ellos en el cubo de datos de Hetto.

Hera se quitó la cobertura de la cabeza y le sonrió a Kanan.

—Y *esa* es la razón por la que vine a Gorse.

Kanan se arrancó su propia capucha. Estaba empapado de sudor.

—Estas máscaras seguro que no están hechas para correr maratones. ¿Cuánto falta para el nodo?

Hera miró su cuaderno de datos.

—Quinientos metros al siguiente cruce, luego ochocientos más. Hay una razón por la que usan los tubos y cintas transportadoras.

—Nunca quiero volver a ver otra cinta transportadora —murmuró Skelly.

—Espera —dijo Kanan—. Zaluna, ¿tu truco con las cámaras funcionará si vamos más rápido?

—Es una señal infrarroja. Funciona tan pronto como entramos al alcance.

—Bien. Suban las dos al carro con Skelly —dijo él, haciendo crujir los nudillos. Puso los repulsores del carro flotante al máximo y aferró el barral—. Hice esto una vez con el techo cayendo sobre mí. ¡Prepárense a agarrarse!

Parado detrás de una pared de contenedores en el enorme piso de la bodega del nodo central de Depósito Calcoraan, Kanan decidió que ya había montado suficientes carros flotantes para toda una vida. El paseo por el suelo sublunar de Cynda en medio de una avalancha había sido bastante angustioso, pero poniendo su formidable musculatura para dar un impulso antes de saltar a bordo del parachoques trasero del carro, Kanan había convertido la tarima flotante en un misil sin guía, que chocaba con las paredes del pasillo. Hera, sentada al frente, casi había gastado los tacones de sus botas para frenarlo al final de la segunda y más larga carrera.

Volviendo a ponerse las máscaras al llegar, se encontraron que el nodo central de Depósito Calcoraan era un lugar tan ocupado y ruidoso como Kanan había esperado. Aquí trabajaban brazos robóticos, mangueras de aspiración e imanes, tomando materiales de un bosque de altísimas unidades de almacenamiento y enrutándolos a las partes externas de la estación. Zaluna señaló irónicamente una canasta de alambre del tamaño del *Conveniente* que parecía contener picaportes de repuesto para puertas de baño.

—Si destruimos este lugar —dijo Skelly—, podemos hacer que la mitad de la flota imperial tenga que sostener las puertas.

Por lo menos Skelly parecía estar sintiéndose mejor. Kanan no. Encontraron un lugar tranquilo, *tranquilo* era un término relativo, donde estacionar cerca de una pared alejada mientras que Hera hacía un poco de reconocimiento, en busca de una ruta a la sala ejecutiva de Vidian. El mapa de Zaluna mostraba que estaba en algún lugar al otro lado de la pared pero por lo menos un piso más arriba, pero no había detalles sobre cómo llegar. Los pórticos y pasarelas que salían de la planta principal no habían funcionado. Los elevadores estaban asegurados y custodiados. La escotilla de mantenimiento en la pared detrás de él era su última oportunidad.

Kanan miró fijo el traje de materiales peligrosos de Hera, enrollado en un paquete en el carro flotante. Se había sacado el traje abultado para tener más libertad de movimiento

para moverse furtivamente. Se preguntó dónde estaba y pensó en abrir la puerta para seguirla.

Antes de que él pudiera seguir el impulso, Hera empezó a abrir la puerta. Se veía frustrada.

—Es inútil —dijo ella, terminando de abrir la escotilla. El pasillo detrás se perdía en las sombras. Ella levantó una luz portátil para revelar unas aberturas estrechas alineadas a ambos lados de un pasaje que parecía seguir para siempre—. La entrada se encuentra en el otro extremo, en el piso de arriba, pero es un largo pasillo custodiado por soldados de asalto. Y tenemos que atravesar un montón de trajes rojos de Vidian en sus escritorios, antes de llegar allá.

—Supongo que podríamos decir que estamos entregando el almuerzo —dijo Kanan. Estaba a punto de rendirse cuando vio algo que se movía detrás de ella, pasando por una de las estrechas aberturas a la derecha—. ¡Mira allí!

Era alto y mecánico, entrando en el corredor, en la lejana oscuridad. Kanan pasó a través de la escotilla para observar mejor. El droide tenía un cuerpo tubular gris y una cabeza plana que giraba vueltas completas, proyectando una única luz roja alrededor mientras lo hacía.

—Ese no es un droide guardia —dijo Hera, viéndolo desaparecer a través de una pequeña abertura a la izquierda del pasillo—. Ese es un Medtech. FX-algo.

—¿Hay un montón de droides médicos en un complejo de oficinas? —preguntó Kanan. Hizo señas a los demás fuera de la escotilla para que lo siguieran al interior—. Tengan cuidado… está bastante oscuro aquí.

—Sin luz, sin problemas —dijo Zaluna, sus grandes ojos sullustanos se ensancharon cuando entró.

—No voy a ir a ninguna parte que no sea aquí —dijo Skelly, frotándose el oído—. Este lugar me está dando un dolor de cabeza encima de todo lo demás.

Con la puerta sellada, Hera lideró el camino, arrastrándose hacia la salida oscura que el droide había tomado.

—No vine por este camino antes —susurró ella.

—Permíteme. —Kanan sacó su bláster y giró la esquina. Nada saltó hacia él. La luz de Hera sobre las vigas distribuidas de manera uniforme proyectaba sombras largas y profundas cruzando una amplia extensión circular. El lugar estaba vacío, excepto por lo que parecían ser muebles almacenados, incluyendo una cama, varias mesas de operaciones de diferentes tipos, un armario y una silla lo suficientemente grande como para ser un trono.

El droide médico los ignoró cuando entraron en la zona. Simplemente se deslizó hasta lo que parecía ser una consola y se detuvo.

Skelly entrecerró los ojos.

—¿Qué estamos…?

—Espera —dijo Kanan. Una luz cortó el área desde una abertura cuadrilátera en el techo por encima del droide médico. Con un zumbido mecánico, ambos el robot y la

consola comenzaron a subir entre las vigas, levantados por una prensa hidráulica. Los rayos de arriba iluminaban el resto de la habitación enfrente de ellos antes de que la puerta del techo se volviera a cerrar—. ¡Estamos bajo la clínica de salud de Vidian!

—Genial —dijo Skelly, tambaleándose, como en un sueño hacia un armario—. Me vendría bien un centro médico. —Abriendo un cajón, cayó contra el costado del mueble. Los demás miraron mientras él comenzó a dar manotazos a ciegas con su retorcida mano derecha, errando completamente el interior del cajón.

Zaluna inquietada miró a Hera.

—¿Va a estar bien?

—Cuanto más rápido entremos y salgamos, mejor para él. —Kanan podía ver a la twi'lek estudiando los otros muebles: Todos estaban en plataformas similares—. Pero ahora tenemos una forma de entrar.

—Sigues hablando de *nosotros* —dijo Kanan.

—Esta fue tu idea… y el último metro siempre es el más difícil. Además, hemos tenido suerte hasta ahora —dijo ella, sonriendo—. Tal vez esté dormido.

—O sometiéndose a un trasplante de personalidad. —Kanan suspiró mientras tiraba de la cremallera de su traje—. Pero lo dudo. La gente nunca consigue lo que necesita.

Capítulo cuarenta y dos

Vidian estaba en el centro de su telaraña y lo veía todo.

Su casa, como todo lo demás en Depósito Calcoraan, había sido construida según sus especificaciones. Una habitación hemisférica en el centro del nodo central de la estación, era un lugar para que contemplara sus planes mientras se recuperaba de las cirugías regulares de mantenimiento realizadas por sus droides médicos. No tenía ninguna necesidad de grandiosas ventanas para mirar afuera, ni gigantescos proyectores cartográficos en la cúpula por encima de él. Podía hacer que sus ojos cibernéticos mostraran todas las imágenes que quisiera.

Rara vez se les permitía entrar a los demás, pero cuando lo hacían sólo veían a un techo gris neutro, débilmente iluminado por un anillo de luces. Pero cuando Vidian, ahora con el pecho cubierto por una túnica blanca post-operatoria, miraba, veía a la estación espacial en acción, como si pudiera ver a través de sus paredes. Habitaba cada rincón de su estructura de duracero, viendo los suministros ser traídos y ordenados para su redistribución. Veía los movimientos de las naves fuera de la estación, y sus destinos mucho más allá. Toda la galaxia se extendía ante él, lista para ser transformada por la fuerza de su voluntad.

No siempre había sido así. Una vez, había sido impotente, en formas que nadie conocía. La biografía oficial de Vidian lo pintaba como un heroico denunciante de un contratista militar, pero en verdad, él había sido la más inútil de las creaciones: un inspector de seguridad de un gremio minero interestelar.

Entonces había vivido bajo otro nombre. Ahí fue cuando había aprendido todo lo que sabía acerca del comercio de thorilide… y ahí fue cuando llegó a entender la hipocresía practicada por aquellos que tenían el dinero y el poder. La vida no significaba nada para los fabricantes que visitaba, y tantos de sus superiores eran sobornados que los informes que presentaba no tenían ningún sentido.

Fue en un viaje de inspección a Gorse, de todos los lugares, cuando finalmente se hartó. Decidió entrar en el juego, pidiendo y recibiendo sobornos de varias de las firmas que había visitado. Pero antes de que pudiera gastar ni un crédito, cayó enfermo en el vestíbulo de una empresa minera. En el centro médico de los mineros, averiguó que sus viajes, lo habían alcanzado. Las toxinas que había inhalado, los agentes biológicos que había tocado en innumerables fábricas sucias habían desatado una enfermedad degenerativa, que destruía su carne. No fue un final teatral, como caer en un tanque de ácido, pero se cobró el mismo precio. Pronto, todo lo que quedaba de ese una vez enérgico joven era un reseco saco de órganos, que los esfuerzos de los cirujanos de alguna manera convencieron para que siguieran en funcionamiento.

Nunca había sido una gran persona, lo admitía, pero ahora incluso eso se había perdido. Todo lo que quedaba era una mente, atrapada, sin manera de salir. Yació perdido allí, al borde de la locura, contemplando su existencia… o la falta de ella. Lleno de rabia por la impotencia de la vida que había llevado, y odio a aquellos que habían ganado,

mientras que él había jugado según sus reglas. Después de dos años remojándose en el ácido de su mente, encontró una rudimentaria forma de comunicarse con uno de los droides cuidadores.

Y el lecho de muerte del inspector del gremio se convirtió en el lugar de nacimiento de Denetrius Vidian.

A partir de ahí, su vida había transcurrido de forma más parecida a la leyenda conocida: la única parte de su biografía que era remotamente cierta. Vengándose contra los peces gordos de la industria requería una nueva identidad, una figura en el mismo nivel o superior. Vidian comenzó como una cifra, un nombre en una cuenta bancaria electrónica. Pero pronto se convirtió en el mayor acosador corporativo que la República había visto, mientras todavía estaba en el centro médico.

La República había protegido la industria de explotación minera de thorilide contra los piratas corporativos durante las Guerras Clon, así que en cambio tomó participaciones en empresas de fabricación de naves cosechadoras caza-cometas. Había comprado una participación secreta en la Consultora Minerax, presionando para emitir informes que acabaron con la minería de superficie en Gorse y otros mundos; muchas de las empresas que él una vez había inspeccionado fallaron… incluyendo la firma predecesora de Luzdeluna.

Venganza, tal vez, pero a él en realidad no le importaba. Con sus prótesis cibernéticas, ya había podido moverse para entonces, habiendo dejado Gorse y sus malos recuerdos por riqueza y fama financiera. Lo había dejado todo atrás. Se había convertido en alguien poderoso, alguien que nunca había sido en su vieja identidad… y si Palpatine no lo escuchaba, al menos lo respetaba. La República estaba llena de industrias en mal funcionamiento. Vidian fue visto como el hombre capaz de arreglarlas a todas.

No iba a permitir que un advenedizo maleducado como el barón Danthe lo socavara. El emperador animaba la competencia vigorosa en su administración; era una estrategia sensata, que obligaba a todos a dar lo mejor de sí. Pero Danthe sólo podía derribar a los más talentosos. El barón había estado buscando desesperadamente un arma que usar contra Vidian; fue una de las razones por las que el conde había buscado la autoridad imperial en Gorse. Se las había ingeniado para demoler el centro médico de su confinamiento de hacía mucho… y cualquier rastro de su verdadero pasado, sin que nadie se enterara.

Aún así, el tonto seguía intentándolo. El barón se había contactado con él otra vez, más temprano, a la pesca de información acerca de sus planes. Incluso los operadores de Depósito Calcoraan habían interceptado una llamada de Danthe a la capitán Sloane, tratando de conseguir lo mismo. Para su crédito, Sloane no le había dicho nada al hombre.

No había motivos para esperar más tiempo. Vidian bajó de la silla y la envió de nuevo al sótano. Se acercó a la terminal segura al costado de la cámara y entró su clave de acceso. Con el toque de un control, envió el documento que había preparado a Coruscant. Había sido elaborado con sumo cuidado; el Emperador apoyaría su acción. Sí, Vidian

estaba corriendo un riesgo con su curso actual… pero también había tendido una trampa, una que le quitaría a Danthe de su inexistente cabello para siempre. Sloane era una parte de su plan maestro, al igual que los droides que le había mostrado antes.

Cuando todo hubiera terminado, Vidian mantendría el favor del Emperador, y el Imperio crecería, sin interrupción, a causa de ello. Y ¿quién sabe? Incluso podría haber una bonificación. Vidian sabía que el Emperador estaba interesado en proyectos para crear gigantescas armas de intimidación. Él no conocía todo lo que existía, pero era difícil ocultarle mucho a alguien involucrado en tantas redes de suministro estratégicas. La destrucción de Cynda, si se podía hacer, podría ser de interés militar. Las lunas con su peculiar estructura, órbita, y proximidad a su planeta eran raras, pero valía la pena tener una variedad de herramientas en una galaxia tan grande.

Vidian cortó la conexión con el mundo del trono imperial e hizo una pausa. El lugar estaba, aparte del zumbido y claqueteo del FX-4, moviéndose entre la mesa de operaciones y la alta consola de diagnóstico a su lado.

—Sé que están aquí —dijo el conde, de espaldas al resto de la habitación.

No oyó nada. Y luego, pisadas ligeras en dirección a su izquierda, detrás del banco de equipos informáticos a la derecha de la entrada sellada. Vidian se apartó casualmente de la terminal de comunicaciones y le dio otra orden silenciosa. Una nueva mesa de operaciones, ésta con sujeciones, subió a la vista.

—Los oí desde que entraron, a *ambos*. Subieron detrás de mi silla. —Dio un paso pasando al droide médico—. No hay vigilancia en esta habitación. Sólo yo. He escuchado sus movimientos, los latidos de sus corazones. He visto sus respiraciones colorear el infrarrojo. No hagan que tenga que cazarlos. Es tedioso.

Vidian giró y saltó atrás hacia la terminal en la pared a la derecha de la entrada. Al mirar, vio agachada a una joven mujer twi’lek de piel verde que le apuntaba un bláster a la cara.

—Tú eres nueva —dijo.

Oyó a alguien moviéndose detrás de él. Vidian se quedó duro como el granito cuando llegó el golpe: un soporte quirúrgico de metal, se estrelló contra su nuca. La twi’lek se estremeció cuando los dispositivos colgados del soporte se liberaron, rebotando en la parte superior de la consola. Vidian dio media vuelta y se lanzó sobre su atacante en un movimiento cegador.

—Tú *no* eres nuevo —dijo, agarrando al hombre de cabello oscuro por el cuello. El asa rota del soporte quirúrgico todavía estaba en las manos enguantadas del hombre. Vidian lo levantó del suelo y miró profundamente en sus ojos azules—. El pistolero de Cynda. Puede que haya borrado tu imagen, pero nunca me olvido de un tonto. Me fascinaría averiguar qué te trae por aquí.

Capítulo cuarenta y tres

Ahogado, Kanan luchó en vano por golpear a Vidian con lo que quedaba de su arma improvisada.

—¡Dispara! —Dijo entre jadeos—. ¡Dispárale!

Hera hizo exactamente eso, inclinándose sobre la consola de computadora y disparando un tiro a quemarropa en la espalda de Vidian. El plasma centelleó sobre Vidian y se transmitió a Kanan, haciéndolo estremecerse. A través del dolor, Kanan pudo ver que la túnica que cubría el pecho de Vidian estaba hecha jirones, revelando un brillo plateado por debajo.

—Yo no volvería a hacer eso —dijo Vidian, arrancándose los jirones de la prenda con la mano libre sin aflojar en absoluto su agarre sobre Kanan—. Mi injerto de piel es una malla de cortosis… un vestigio de los días en que aconsejaba a los fabricantes en el campo al final de las Guerras Clon. Puedo asegurarte, jovencita… que cada saeta que dispares contra mí será redirigida directamente a tu amigo.

Kanan vio a Hera erguirse, manteniendo los ojos en Vidian.

—¿Quieres saber por qué estamos aquí? ¡Bájalo!

—Desde luego. —Vidian bajó a Kanan… pero justo cuando los dedos de los pies del joven tocaron el suelo, el conde le asestó una poderosa bofetada con la mano izquierda abierta. Kanan sintió que su mandíbula casi salía hacia el costado.

Y aún así, Vidian continuó sosteniéndolo por la garganta. Kanan luchó para hablar, pero sólo emitió unos sonidos ininteligibles.

Vidian aflojó un poco su agarre.

—¿Qué fue eso? ¿Quieres misericordia?

Kanan tosió una vez y lo miró.

—Dije: «Eso fue un golpe bajo».

—Me alegro de que lo apruebes. —Vidian miró de nuevo a Hera, cuyos ojos se movían entre él y la puerta—. No tienes de qué preocuparte. Estas paredes están insonorizadas, y no he pedido ayuda. Casi nunca recibo a nadie… no quiero que nadie interfiera.

Hera miró a Vidian… y luego se movió, saltando atléticamente sobre la consola. Disparó su bláster rozando la cabeza de Vidian, errando a propósito, mientras llegaba al piso. Estuvo allí sólo un momento antes de rebotar hacia adelante, cargando hacia el cyborg. Vidian, sorprendido por el ataque frontal, extendió ambos brazos para atraparla, soltando a Kanan en el proceso. Hera inmediatamente cambió su objetivo, zambulléndose bajo y tomando a Kanan alrededor de la cintura mientras que Vidian cruzaba los brazos, sin atrapar nada. La fuerza de su salto propulsó a Kanan y ella al piso, dos metros por detrás del conde.

Vidian giró, divertido más que alarmado mientras los dos se ponían de pie.

—Bien hecho.

Kanan, respirando de nuevo, apartó a Hera de un empujón justo cuando Vidian cargaba hacia ellos. Ahora el conde era un peleador sin camisa en una jaula: el tipo de oponente con el que había tratado en muchas cantinas. Kanan recibió el avance del cyborg con una patada giratoria a la parte baja de su espalda. Se sintió como patear un saco de martillos de titanio… y Kanan se sintió más tonto que uno por el intento cuando Vidian le atrapó la pierna y empujó. Kanan cayó hacia atrás, rompiendo y atravesando de una mesa laboratorio.

Hera abrió fuego contra Vidian, claramente convencida de que nadie de afuera respondería al fuego bláster. Vidian lo resistió y cargó hacia ella. Ella saltó alto, pasando sobre su espalda mientras él se zambullía. Pero esta vez, sus piernas mantuvieron el equilibrio y giró a tiempo para atraparla por uno de los tentáculos cefálicos. Vidian tiró, lanzándola violentamente al otro lado de la habitación.

—¡Hera! —gritó Kanan, levantándose de entre los escombros. Vidian había lanzado a Hera lo bastante fuerte para estrellarla contra la pared… y sin embargo ella no había aterrizado en absoluto. La luz azul de un rayo de estasis montado en el techo la atrapó en el aire.

El conde la miró exultante.

—¡Maravilloso! Puntería perfecta. Ahora, no te muevas.

Ella no podía hacerlo, por supuesto… pero antes de que Kanan pudiera preguntarse qué hacía Vidian con un rayo de suspensión paralizante en sus habitaciones personales, el cyborg se estaba moviendo hacia él otra vez.

—¿Ahora, dónde estábamos? Solía boxear en terapia física.

—¿Ah, sí? Yo solía enviar a la gente allí. —Kanan caminó valientemente hacia él.

Vidian lanzó la mano derecha. Kanan se apartó a un lado igual de rápidamente, sintiendo el movimiento pasar de largo. Cerrando el puño enguantado, golpeó la oreja izquierda de Vidian. El resto del hombre podría estar forrado en algo duro, pero Kanan apostaba que Vidian necesitaba sus oídos para el equilibrio tanto como cualquier otra persona. Tenía razón… al menos por un instante, el cyborg retrocedió. Le dio a Kanan el tiempo suficiente para agarrar a Vidian violentamente por lo que tenía por oreja. Girando la cabeza del Conde, Kanan la lanzó hacia adelante, estrellando de cara a Vidian contra un gabinete con un colosal clang.

Como un arma accionada por resorte, Vidian rebotó inmediatamente dando la vuelta. Su rostro era inexpresivo, pero su voz mecánica traicionaba emoción.

—¡Ahora sí es en serio!

Kanan y Vidian intercambiaron puñetazos durante largos segundos. Kanan utilizó su velocidad para evitar que Vidian asestara un golpe sólido… y toda su técnica para evitar romperse la mano contra la piel metálica del conde. Había batallado contra bastantes oponentes de piel resistente para saber que debía evitar los cabezazos o cualquier otra cosa que fuera más una amenaza para él que para Vidian. Pero eso no le dejaba un montón de opciones, excepto tratar de hacer que Vidian perdiera el equilibrio.

Lo intentó… y la habitación pagó el precio, en la forma de dos gabinetes y más soportes volcados en su lucha cuerpo a cuerpo. Pero el cyborg era demasiado rápido.

—Hemos terminado —dijo Vidian, su brazo derecho extendiéndose como una lanza. Atrapó la muñeca de Kanan en su agarre como una prensa, Vidian le dio un golpe de izquierda en la sien. Kanan no vio nada por unos momentos después de eso. Pero sintió movimiento, Vidian agarró su túnica y lo empujó.

Cuando las luces en su mente dejaron de parpadear, Kanan se dio cuenta que Vidian lo tenía contra la mesa de operaciones principal. El conde enganchó la mano derecha de Kanan en una sujeción de metal. Cuando Kanan luchó, el cyborg lo golpeó de nuevo. Un momento después, tanto las manos como los pies de Kanan estaban atados a la superficie.

Vidian se enderezó y se estiró, como alguien renovado.

—Eso fue vigorizante. —Miró a su alrededor—. ¿Algún invitado más? ¿Hemos terminado? ¿No viene un besalisko afligido al rescate?

Al no ver otros recién llegados, Vidian dio la vuelta.

—Muy bien entonces —dijo, enfrentando a Hera y Kanan—. Es hora de que nos conozcamos mejor.

Kanan tragó saliva y miró a Hera, quien, todavía suspendida, logró sacudir la cabeza. Skelly, abajo en el sótano, no estaba en forma para hacer nada, y Zaluna nunca llegaría en medio de una pelea. Ni querrían que lo haga.

Vidian rebuscó en un armario.

—Tú volabas para Luzdeluna, pistolero. Yo maté a tu jefa. ¿De eso se trata? —Vidian sacó una camisa de color dorado y se la puso—. Las amistades son costosas. Te hacen hacer cosas que no te convienen.

Kanan no dijo nada.

—Estoy seguro que le dirías más a mi droide interrogador —dijo Vidian mientras caminaba a través del desastre de su habitación—. Y podría tener otro uso para ti.

Luchando contra el rayo de estasis, Hera lo fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que deje a mis droides practicar contigo. —Se volvió para enfrentar a Kanan y se rascó la barbilla… un gesto que parecía más un manierismo que algo motivado por un picor real—. ¿Puedes imaginar lo que es vivir sin sentidos, sin ningún medio de interactuar con tu entorno?

—Después de algunas copas.

—La mente es una dinamo en la oscuridad, un motor que corre sin fin, sin accionar nada. Se convulsiona en la noche, buscando la luz del día, inventando la suya propia. —Dio la vuelta alrededor de la mesa, buscando el soporte quirúrgico. Encontrando una bandeja doblada, Vidian se arrodilló a su lado y comenzó a acomodar meticulosamente en ella los instrumentos quirúrgicos dispersos. Sostuvo un bisturí ante sus ojos—. *Sin el control de nada*. ¡Considéralo! Los jóvenes y los ancianos lo experimentan… la lucha con la inefectividad. No controlar nada es la muerte verdadera.

Se levantó, sosteniendo la bandeja.

—Pero he vuelto de entre los muertos. Y a través de mí, el Imperio lo controlará todo. —Colocó la bandeja nuevamente en el soporte—. ¿Quizás has escuchado mi lema: *Mantente en movimiento, destruye las barreras, obsérvalo todo*?

—Una vez estabas hablando en el holo en un espaciopuerto —dijo Kanan—. Nadie estaba viendo.

—No me ofende. Un detalle trillado de consejos gerenciales. Pero para alguien amputado de todo, es más. Es una receta para la existencia. —Vidian caminó de vuelta a Kanan, bisturí en mano—. Estuve sin contacto por dos años. Veamos qué pasa si estás privado por diez. ¿Quién sabe? Incluso podrías volverte interesante.

—¡Un momento! —dijo Hera, todavía colgando.

Vidian la miró con impaciencia.

—¿Sí?

—Pensé que primero ibas a interrogarnos.

Kanan puso los ojos en blanco.

—Oh, sí, tortúrame antes de torturarme. ¡No quisiera olvidarme de eso! —¿En qué estaba pensando ella?

Vidian apartó el bisturí.

—Tiene razón. —Se quedó en silencio por un momento—. Acabo de llamar a mi asistente. Sean pacientes.

Otra ranura en el piso se abrió. Un globo negro, subió levitando a través de ella. Kanan, luchando por liberarse, lo reconoció como un droide interrogador imperial. Su reputación era bien conocida… y la gran jeringa que blandía lo identificaba sin lugar a dudas.

—Quédate quieto —dijo Vidian—. Habrá terminado en un segundo.

La mente de Kanan corría a toda velocidad mientras la cosa se acercaba. La maestra Billaba le habría aconsejado usar la Fuerza. *¡Arroja la cosa contra la pared! ¡Desbloquea tus sujeciones! ¡Hipnotiza a Vidian a que tome una caminata saliendo por una esclusa de aire!* Nunca había intentado usar la Fuerza abiertamente en el pasado, sin embargo, esto era serio. Kanan comenzó a enfocarse…

… pero antes de que él pudiera hacer nada, el droide interrogador giró unos pocos grados y extendió su aguja justo hacia el puerto de inyección en el cuello expuesto de Vidian.

—*¿Qué?* —Vidian apartó de un manotazo al droide flotante, enviándolo a chocar contra una pared lejana. Cayó sobre sus manos y rodillas.

Se abrió una gran puerta en el piso. El trono de Vidian se levantó a la sala. Skelly estaba sentado en él, con Zaluna parada a su lado, sosteniendo el control remoto del droide.

—No creo que eso sea suero de la verdad —dijo Hera.

—Claro que no. —Skelly le dio unas palmaditas a la pequeña montaña de viales en su regazo—. Sé de medicamentos. —Le sonrió a Vidian a través de sus dientes rotos—. Hora de acostarse, cariño.

Acostado diagonalmente en una mesa separada de Vidian, Skelly disfrutó de un masaje de bacta de uno de los droides médicos del Conde.

—No sé ustedes —dijo—, pero yo creo que debemos borrarlo. Ya fue suficiente.

Kanan se frotó la garganta.

—¿Levanten la mano los que estén a favor?

Skelly forzó su mano derecha para arriba con la izquierda.

Hera meneó la cabeza.

—Quiero hacer lo correcto —dijo—. No estoy contra matar si es necesario. Pero algo extraño está sucediendo aquí. ¡Quiero saber que matarlo no provocará algo peor!

—¿Peor que hacer volar la luna y dejar a Gorse como un cementerio? —preguntó Skelly.

Hera meneó la cabeza.

—No, quiero decir… malo, pero diferente. Si asesinamos a Vidian aquí y ahora, y somos atrapados, ¡el Imperio va a creer que hay una rebelión en curso en Gorse!

—¿Una rebelión? *¿Allí?* —Kanan se rió—. No es exactamente un hervidero de pensamiento político.

—Se calentará cuando comiencen las purgas —dijo Hera. Señaló a Zaluna, que trabajaba en una consola a su lado—. Zal lo sabe mejor que nadie… han estado tomando nombres. No será al azar, como las rocas cayendo del cielo. Será dirigido. —Hera parpadeó—. ¡O quizás *será* al azar, con barrios completos bombardeados desde la órbita para hacerlos un ejemplo!

Zaluna abrió los ojos desorbitadamente.

—¿Ha… ha ocurrido antes?

Hera apartó la mirada.

—Tú no lo ves todo —dijo suavemente.

El silencio cayó en toda la habitación. Vidian había cumplido con su palabra en un par de cosas, al menos: Hasta donde sabían, nadie fuera había oído nada dentro de su cámara, y nadie había visto la pelea. Zaluna ya había barrido en busca de cámaras. Kanan se había preguntado por qué Vidian quería protección de los ojos de su propia gente. Pero por lo menos su habitación no sufría de falta de dispositivos de restricción. Lo moverían al campo de estasis si empezaba a revolverse, pero según el droide médico, el cóctel de Skelly lo mantendría inconsciente por un par de horas.

Lo que parecía sería necesario.

—No hay forma de entrar en este sistema —dijo Zaluna en la frustración.

Hera meneó la cabeza.

—¿Falta la última contraseña?

—Es un código, introducido a mano —dijo la mujer—. Él no podía hacerlo por voz. Si hubiera una cámara o algo por aquí, tal vez lo habría visto. Habría algo que pudiera mirar. Pero no la hay.

La sala quedó en silencio otra vez.

Kanan se quedó mirando.

—Espera un segundo. Tal vez la hay. —Caminó hasta Vidian y dio vuelta la cabeza del hombre. Allí, en su oreja izquierda, vio un pequeño puerto de datos. Lo golpeó una repulsión momentánea y pasó—. Muy bien —dijo—. ¿Quién quiere descargar el cerebro de Vidian?

Capítulo cuarenta y cuatro

Zaluna estaba sentada en la terminal portátil al lado de la cama de Vidian y miró atrás a lo largo del cable claro y delgado. Se estiraba hasta un puerto de datos oculto en la oreja del conde.

—Esto es lo más extraño que he hecho. Y después del último par de días, es decir mucho.

Kanan se rió y apartó una pieza de equipo caído que estaba obstruyendo el holoproyector.

—Estamos despejados —dijo—. Muéstranos lo que tiene.

—He desactivado sus ojos y oídos para que no graben, y también he borrado todo su encuentro con nosotros —dijo Zaluna—. Eso es bastante fácil. Pero sólo puedo mostrar lo que ha visto en el último día… eso debe ser el límite de este subsistema. —Apretó un botón—. Listo.

Las luces de la sala se atenuaron. Al otro lado del piso desde el trono de Vidian, aparecieron unas imágenes holográficas de tamaño natural, emitidas por el emisor en el techo. Los hologramas eran simplemente estereoscópicos, compuestos por las imágenes de los ojos izquierdo y derecho de Vidian… pero tenían una nitidez y profundidad inusual.

Hera sacudió la cabeza con asombro.

—¡Estamos viendo a través de los ojos de Vidian!

—Sí —dijo Kanan—. Dan ganas de vomitar.

Zaluna adelantaba y retrocedía las visiones a través del tiempo transcurrido, deteniéndose sólo por una fracción de segundo antes de ponerla de nuevo en movimiento. Las imágenes iban y venían con tanta rapidez que Kanan a menudo no estaba seguro de lo que estaba viendo, pero la sullustana parecía saber.

—¿Puedes ver tan rápido? —preguntó.

—Todos los días por treinta años —dijo Zaluna, manipulando los controles. Parecía más cómoda de lo que nunca la había visto—. Las vidas de la mayoría de la gente no son muy interesantes. Aprendes a saltar bastante rápido.

Llegó a un tramo que parecía grabado recientemente, aquí en el santuario. Un terminal de datos apareció a la vista, la que estaba al otro lado de la habitación.

—Allí —dijo Hera.

Zaluna iba muy por delante de ella.

—Está entrando su clave de datos —dijo, pasando la secuencia cuadro por cuadro en sentido inverso—. Justo… *aquí*.

Hera leyó rápidamente el código y corrió a la terminal al otro lado de la habitación. Unos segundos más tarde, anunció alegremente:

—¡Estamos dentro!

Skelly, bien medicado, se acercó renqueando.

—¿Qué tienes?

—La lista de mensajes de datos subespaciales a Coruscant —dijo Hera, leyendo. Frunció el ceño—. Ya ha enviado los resultados de la prueba de Cynda al Emperador.

Skelly encontró una silla y la arrastró a su lado.

—Encuentra el original. Vamos a crear una versión revisada, diciendo que las pruebas fallaron. Diremos que hubo un error de medición.

—No sé si podemos enviar nada. Parece que acceder al canal directo del Emperador requiere una contraseña diferente. Debe haber entrado y desconectado antes.

—Debe haber sido mucho antes —dijo Zaluna, todavía buscando a través de las imágenes de sus ojos—. No ingresa ninguna otra contraseña.

—No podemos tener suerte dos veces —dijo Hera—. Pero tal vez haya otra manera. —Sus dedos se movieron rápidamente por los controles—. Aquí está el archivo con los resultados de la prueba lunar. Vamos a echar un vistazo.

Skelly miró mientras Hera comenzaba a leer. Después de unos momentos, hizo una pausa, mirando fijamente a la pantalla desconcertada.

—Esto es confuso.

—Estoy seguro de que es técnico —dijo Kanan—. Por eso hemos traído a Skelly, para mentir en su idioma.

—No es por eso que es confuso —dijo Hera saliendo del documento para revisar otro—. No puedo hacerlo.

—¿No puedes hacer el cambio?

—No, no hay necesidad —contestó, tanto sorprendida como confundida—. Los resultados originales *ya* dicen que la explosión de prueba ocasionó que la mayoría del thorilide se desintegrase. *La versión que Vidian le envió al Emperador era una mentira*.

—¿Qué? —Kanan había comenzado a pensar en que un año no sería suficiente para que el mundo del conde tuviera sentido.

Hera lo leyó en voz alta. El informe original decía que había thorilide en los escombros espaciales lanzados hacia arriba por la explosión que mató a Okadiah, pero que una buena parte se había destruido completamente. Un proceso de decaimiento exponencial progresivo se había disparado en el resto; en menos de un año de la destrucción de la luna, todo el thorilide sin cosechar dejaría de existir. Y sin embargo Vidian le había asegurado al Emperador que había un abastecimiento para dos mil años. Hera estaba atónita.

—¿Por qué querría destruir Cynda cuando eso va a arruinar lo que fue a buscar allí?

Kanan tenía la misma pregunta.

—¿Quién va a destruir algo que quiere el Emperador?

Zaluna miró a Hera.

—No creerás que…

—¿Que sea un revolucionario, como yo? —Hera sofocó una risa—. Lo dudo. Esta parece una buena manera de terminar muertos.

—O con un trabajo de escritorio en Kessel —dijo Kanan.

Skelly se frotó uno de sus golpes.

—Bueno, sabemos que es un locoide sádico. Tal vez sea suficiente, en su mundo.

Hera meneó la cabeza.

—No es suicida. Tiene que haber una razón por la que quiere hacerlo y una razón por la que no está preocupado.

La sala quedó en silencio, excepto el bajo ruido del controlador de holograma de Zaluna mientras ella seguía a Vidian durante todo su día.

Kanan encontró la silla de Vidian y se derrumbó en ella. Enfocó su mirada cansada en el diluvio de imágenes. Es la máxima herramienta espía, había pensado, pero todo lo que les había conseguido hasta ahora era la contraseña. Miró abajo al piso.

Y luego otra vez arriba, donde una imagen llamó su atención.

—Vuelve a mostrar eso —dijo.

Zaluna obedeció.

—Bueno, ese es un hombre bien vestido —dijo ella. Era un joven humano rubio, vestido con un regio atuendo de negocios: un juego de ropa ricamente decorado, con botones de oro y una media capa que colgaba sobre el hombro derecho. Pero la imagen parecía diferente de las otras que habían visto—. La resolución de esta imagen es diferente de todo lo demás. Extraño.

Hera vio la figura.

—Ese es el barón Danthe, el magnate de los droides. —Hera parecía saberlo todo, como de costumbre, pero ahora parecía confundida—. Él también está en el Gobierno Imperial… es el agregado de Vidian, en Coruscant. Lo encontré en mi investigación. ¿Estuvo aquí?

—*No estuvo* aquí —dijo Kanan, chasqueando los dedos. Se ve diferente porque es un holograma.

—¿Un holograma en un holograma? ¿No debería verse azul y borroso?

Zaluna sacudió la cabeza mientras ajustaba los controles.

—No si Vidian transmite los mensajes directo a sus ojos. Y sí, es un mensaje. Parece que Vidian grabó el audio de la conversación.

Las imágenes comenzaron a moverse, y oyeron la voz incorpórea de Vidian.

—*¿Barón Danthe, cómo puedo hacer mi trabajo si no me deja tranquilo?*

—*Yo soy sólo el mensajero. El Emperador quiere la garantía inmediata de que usted puede cumplir con las cuotas de thorilide de este año* —dijo el joven.

—*Mis planes darán todo lo que el Emperador requiere… con tal de que usted no lo convenza de aumentar los totales otra vez.*

—*Conde, me lastima. Yo nunca…*

—*Ahórremelo. Estoy a punto de enviar el informe a su Majestad Imperial.*

—*Maravilloso. Si quisiera enviarme una copia de…*

—*No lo haré. Este es mi dominio, no el suyo.* —Una pausa—. *Si tanto quiere la responsabilidad, barón Danthe, bien. Después de cumplir exitosamente con los objetivos del Emperador este año le solicitaré que transfiera la administración de Gorse a su oficina.*

—*Eso es muy generoso, mi señor. No sé qué…*

—*No diga nada. ¡Sólo manténgase fuera de mis asuntos!* —La imagen del barón desapareció.

—Cielos, no se aprecian el uno al otro para nada —dijo Kanan—. ¿Viste la sonrisa en la cara de ese tipo el barón? Yo no confiaría en él ni para sostenerme la puerta.

—Tiene sentido —dijo Hera—. El Emperador presiona a Vidian para alcanzar una cuota, por lo que Vidian tiene que romper Cynda como un huevo. Obtiene el valor de thorilide de un año, por lo que cumple con su cuota. Y para cuando se agote antes de tiempo, ¡Danthe quedará cargando el muerto!

—Malvado —dijo Kanan, indicando al inmóvil Vidian—. Sabía que lo tenía en él.

—Espera un minuto —dijo Skelly—. El Emperador no aceptaría la palabra de Vidian en este informe. Vidian es un gerente, no un científico. ¿Cuál es el nombre en ese informe?

Hera volvió a mirar la pantalla.

—No puedo creer que no lo vi. *¡Lemuel Tharsa!*

Kanan parpadeó.

—De nuevo ese nombre. ¿Quién era?

Hera sacó un cuaderno de datos de su bolsillo.

—Lo averigüe más temprano. Según la HoloRed, Lemuel Tharsa se ha desempeñado como Analista Jefe de Consultora Minerax desde hace quince años, elaborando estudios sobre materias primas para uso privado y, más recientemente, del gobierno imperial.

Zaluna se animó.

—Es el hombre por el que preguntó alguien en el Destructor Estelar. No había mucho sobre él en el cubo de datos, sólo el bioescaneo estándar de la aduana.

Hera la miró.

—Busqué en la refinería de Luzdeluna, hace veinte años. Encontré que le habían emitido credenciales de entrada.

—Ah —dijo Zaluna. Abrió su bolso y sacó el cubo de datos de Hetto. Apagando el enlace a la memoria visual de Vidian, conectó el cubo a la terminal en la que estaba trabajando—. Entonces Luzdeluna era Introsfera. Definitivamente estábamos monitoreando el edificio.

Skelly puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no me sorprende?

—Mucho de este material antiguo no ha sido minado… probablemente no sabíamos por dónde empezar, cuando llegó la pregunta. —Los ágiles dedos de Zaluna volaron por toda la consola—. Estoy ejecutando una búsqueda visual del nombre, limitada a insignias de seguridad.

—¿Hay algo que *no* puedas hacer? —Kanan se frotó la frente. Ocultar sus talentos de la Fuerza incluso de sí mismo tenía mucho más sentido ahora.

—Lo encontré —dijo Zaluna—. Aquí está. —El holoproyector se activó otra vez, y apareció un humano. Kanan se puso de pie y se acercó a la imagen de tamaño natural.

Los datos biométricos que Zaluna había encontrado en los archivos de aduanas decían que el hombre tenía casi treinta en el momento de la visita, pero parecía mucho más viejo: como un atareado administrador intermedio, prematuramente calvo, con unos pocos mechones de cabello rojizo. Su traje era deslucido, sus zapatos gastados. Podría haber sido cualquiera.

Y sin embargo Kanan pensó que había algo extrañamente familiar sobre Lemuel Tharsa. Su postura, sus gestos mientras le despotricaba a un ejecutivo al que claramente no podría haberle importado menos lo que estaba diciendo.

—¿Qué *está* diciendo? —preguntó Kanan.

—Parece que sólo cogimos un fragmento. —Zaluna presionó un botón.

—*… no tengo que contarles otra vez las normas de seguridad del gremio. Es lo mismo en todas partes del rubro. Lo han estado haciendo mal. ¡Olviden las viejas costumbres!*

Skelly se echó a reír.

—Es el lema del viejo Vidian, antes de que Vidian lo dijera.

Kanan y Hera se miraron el uno al otro, al conde inconsciente y luego a la imagen. La voz era diferente, claro, pero la entonación era similar. Hera se levantó y se acercó a Zaluna.

—¿Dijiste que había datos biométricos de Tharsa?

—Aquí está. —Zaluna los hizo aparecer en la consola—. Trabajamos un poco con ellos en Transcept. El espaciopuerto principal se los requiere a todos los visitantes que llegan. —A Kanan se le pusieron los pelos de punta, se alegró de haber llegado en un carguero independiente que evitó esa rutina.

—No puedo creer que voy a preguntar esto. —Hera miró a Vidian—. ¿Están los datos biológicos de Vidian en esa consola médica?

—Deberían estar. —Captando las intenciones de Hera, Zaluna corrió una comparación. Los resultados aparecieron en su pantalla—. Los marcadores genéticos son idénticos con la muestra de la llegada de Tharsa. No hay manera de comparar los ojos, voz, o huellas… pero en alguna parte allí adentro, es el mismo hombre.

—¡Eh! —dijo Skelly, mirando entre Vidian y la imagen de Tharsa. Se rascó la cabeza—. No, no. No es así. Vi la biografía en la HoloRed. Vidian era un contratista de defensa, casi murió del síndrome de Shilmer. No era inspector de seguridad. —Se rió entre dientes—. ¡Qué irónico sería eso!

—Muy irónico —dijo Hera, estudiando los resultados—. Pero es él.

Skelly se quedó anonadado.

—¿Entonces la bio de guerra de Vidian fue un engaño? ¡Se supone que había sido un denunciante, que ayudaba a las tropas!

Hera miró a Skelly con una mirada comprensiva.

—¿Vamos, realmente te sorprende?

Skelly levantó las manos.

—Es más divertido cuando *yo* pienso las conspiraciones.

—Así que Tharsa se enfermó y se convirtió en Vidian. —Kanan se cruzó de brazos—. ¿Fue eso también en Gorse? ¿Hay registros en el centro médico?

—Entonces la República tenía leyes de privacidad —dijo Zaluna—. Era el único lugar donde no teníamos acceso. Los únicos registros estarían en el sitio.

—O no. —Hera funció el ceño—. Vidian hizo demoler un centro médico en su visita. Pero no sé por qué se preocuparía por cubrir sus pistas ahora… o por qué alguien en el *Ultimátum* estaría preguntando por Tharsa.

Kanan la miró, perplejo.

—Eso no es lo único que no entiendo. ¿Por qué no mantener su nombre original?

Hera pensó por un momento… y sonrió.

—Porque quería mantener a Tharsa vivo. Él todavía está en las filas imperiales como asesor, ¿recuerdas? —Corrió de vuelta hacia el terminal en el otro extremo de la habitación. Señaló a la pantalla—. ¡Y mira de lo que ha sido responsable!

Kanan caminó detrás de ella y leyó. Era una larga lista de cosas, algunas de fecha reciente.

—No… lo entiendo. ¿Qué son?

Hera pasó el dedo por las entradas de la pantalla.

—Informes técnicos de Consultora Minerax. El nombre de Tharsa está en muchos de ellos como el preparador. —Sus ojos recorrieron los títulos—. Hay docenas de mundos, docenas de proyectos. Algunas son cosas en las que Vidian trabajó para el Imperio… y algunas son antes, de los días de la República.

—¿Él es su propio auditor independiente? —Se burló Skelly—. Esa es una forma eficiente de estafar a tus clientes. ¡Haz tu propia investigación fraudulenta! —Miró malintencionadamente al cuerpo inmóvil de Vidian—. Estoy impresionado. Eres el maestro. En serio.

Kanan asintió con la cabeza. Las cosas estaban encajando en su sitio. Si algún imperial estaba preguntando por Tharsa, quizás Vidian había cubierto sus huellas en Gorse para evitar que alguien hiciera la conexión. El nombre de Tharsa seguiría siendo bueno para el Emperador, con tal de que no sospechara nada; el plan de Vidian para destruir la luna pasaría.

Hera entrecerró los ojos.

—Aquí hay otro archivo etiquetado con el nombre de Tharsa… más viejo, pero con acceso el día de hoy. Pero no puedo abrirlo.

—No hay problema —dijo Kanan, girando—. ¿Zal?

—Reportándome —dijo Zaluna, saltando sobre el cable conectado a la cabeza de Vidian.

Hera se levantó y caminó hasta Kanan. Él le sonrió.

—Esto es algo, ¿verdad?

—Es algo —dijo ella, mirando a su alrededor a las puertas exteriores—. Sólo que no estoy segura de qué.

—Le enviamos la versión correcta al Emperador, eso es —dijo Kanan.

—No en ese sistema —dijo Hera—. Y no creo que el Emperador revise exactamente sus propios mensajes, especialmente los de los disidentes al azar.

Volvió los ojos hacia el techo. Ella tenía esa mirada otra vez, que estaba cinco jugadas por delante de él en cualquiera que fuera el juego al que estaba jugando. Le gustaba esa mirada, incluso si lo ponía un poco incómodo. La miró.

—¿Has tenido suerte, Zal?

—No puedo descifrarlo —dijo Zaluna—. Yo no soy hacker. Secuestra a uno de esos la próxima vez.

Kanan miró a Vidian. El tiempo se estaba acabando. Podrían darle otra dosis al conde, pero alguien vendría a buscarlo eventualmente.

Kanan miró a Hera.

—¿Realmente crees que hay algo importante en ese archivo?

Ella asintió con la cabeza.

—Es el único protegido así. Y —agregó, con cautela—, tengo una sensación.

—Es suficiente para mí —dijo Kanan. Caminó hasta la mesa de Vidian—. Vuelvan a subir aquí a ese droide médico. Tengo un plan.

Capítulo cuarenta y cinco

—¡Muévanse más animados! Si estuvieran cargando torpedos en mi nave, ¡los lanzaría a *ustedes* a continuación!

Los trabajadores vestidos de naranja comenzaron a moverse un poco más rápido, pero ahora estaban caminando para evitar a Sloane, sin producir ningún aumento de velocidad.

No iba bien. Tres de los mineros de Gorse habían dejado caer barriles, causando fugas de refrigerante que despejaron el piso durante diez minutos cada vez. Y aunque los trabajadores de reparación habían quitado al tonto droide que de alguna manera se había atorado en el tubo neumático, en el proceso habían causado un largo tajo en la pared acolchada interior. Ahora estaban reparando *eso. ¡Civiles!*

Al menos esta experiencia desmentía un poco la leyenda de Vidian, pensó. Si se suponía que Depósito Calcoraan era el dominio del hombre que lo veía todo y mantenía todo en movimiento, estaba durmiendo en el trabajo.

De otra manera no habría habido ninguna señal de problemas. Consciente de que el bombardero de Gorse podría estar entre los trabajadores reclutados para cargar explosivos, había aceptado una pistola y su funda de las tropas de asalto. No había sido necesaria. Tampoco ninguno de los trabajadores había tropezado con lo que realmente estaban ayudando a hacer: la posible destrucción de sus propios hogares. Eso, pensó ella, podría ponerse feo.

Su comunicador sonó. Lo buscó.

—Sloane.

—Capitán —dijo una voz familiar.

—Conde Vidian —dijo ella enérgicamente—. La carga está casi completa. Estaremos listos para volver a Gorse en poco tiempo.

—La necesito. Repórtese en mis cámaras ejecutivas… sola.

La frente de Sloane se arrugó.

—¿Es algo sobre el informe al Emperador?

—Se podría decir que sí —fue la respuesta—. Venga inmediatamente.

—Sí, mi señor. —Apagó el comunicador. Se estaba cansando de estar a la entera disposición de Vidian, pero el capitán regular del *Ultimátum* podría aparecer para reclamar su mando en cualquier momento, enviándola de vuelta a la lista de espera con todos los demás. Tenía que hacer lo que le decían.

Pasó a un teniente mientras marchaba hacia un tranvía que esperaba.

—Dígale al comandante Chamas que controle la carga —dijo ella—. Enseguida vuelvo.

La antecámara de Vidian estaba ricamente decorada, pero los ocupantes del lugar de trabajo parecían ajenos a su entorno. Dos docenas de hombres y mujeres de diversas

especies, todos «mejorados» con implantes cibernéticos informáticos, vagaban por la habitación opulenta como monjes, asintiendo con la cabeza como si estuvieran escuchando música. Nadie se percató de la llegada de Sloane. Cada uno estaba en sintonía con eventos a muchos sistemas de distancia, todos dirigiendo el flujo de bienes y servicios vitales para el funcionamiento del Imperio en el dominio gerencial de Vidian. Sloane se preguntó si alguna vez alguien había caído por el pozo de un elevador abierto mientras su mente estaba ocupada en mover íconos en Wor Tandell.

Identificándose a los soldados de asalto que hacían guardia, ella entró por un largo pasillo. Las puertas dobles al final se abrieron cuando las alcanzó. La habitación más allá yacía en la oscuridad.

Sloane puso los ojos en blanco. *Más rarezas*. Respirando profundo, dio un paso hacia adentro.

—¿Conde Vidian?

Otro paso… y las puertas detrás de ella se cerraron ruidosamente. Sloane escuchó movimiento en la oscuridad. Buscó su arma de mano, sólo para sentir un dolor en la muñeca cuando alguien arrebató la pistola de sus manos de una patada. El arma se alejó repicando en la oscuridad. Una figura ágil y en sombra, pasó a su derecha: su agresor. La capitán buscó otra vez, esta vez su comunicador, cuando alguien le agarró con fuerza los brazos desde atrás, la hizo girar y empujó.

Sloane no golpeó el piso, ni ninguna otra cosa. Oyó el zumbido en el aire de arriba, y sintió el fuerte tirón de una fuerza invisible que mantenía su cuerpo en el lugar. Era un campo de estasis, como los que había en su calabozo. La persona que la había empujado caminó adelante en la oscuridad antes de girar e iluminarle la cara con una luz portátil.

—¿Capitán Sloane? —Era la voz de Vidian, procedente de la dirección de la luz.

—¿Conde Vidian? ¿Qué está pasando?

La luz se movió, y Sloane vio que aunque la voz de Vidian efectivamente había hablado con ella, el hombre estaba amarrado a una mesa, inmóvil. La luz bajó lentamente por la forma del conde. Había un hueco oscuro en el anillo de su cuello donde debía estar su altavoz electrónico.

—Me alegro de que hayas recibido mi mensaje. —Esta vez, Sloane se dio cuenta de que la voz venía de la persona con la luz portátil… y entrecerrando los ojos, pudo apenas distinguir que la figura presionaba algo contra su propio cuello—. Es un pequeño chisme ingenioso. Accionado por los músculos de la garganta.

—¡Usted se ha hecho pasar por él!

—Y muy bien —dijo el hablante, todavía utilizando el dispositivo. La luz volvió hacia Vidian, y el hablante le dio la espalda—. Vuelve a conectar esto —le oyó decir a alguien con una voz diferente y más suave. Alguien en la sala se movió hacia la mesa.

Sloane lucho para ver, moverse o hacer cualquier cosa.

—Suéltennos ahora —dijo en su tono más imponente—. No se saldrán con la suya.

No hubo respuesta.

—¡Más vale que el conde esté vivo y no esté herido o tendrán una marca de muerte en cada sistema en la galaxia!

Aún no hubo respuesta.

Sloane comenzó a preocuparse. A los fanáticos como el bombardero de Gorse podría no importarles escapar. Después de un corto silencio, decidió probar otra táctica.

—Miren —dijo con más calma—, puedo conseguir una audiencia para sus quejas. Pero eso sólo sucedería si dejan que el conde y yo salgamos de aquí ahora mismo.

La figura con la luz la volvió a dirigir hacia ella.

—Oh, no te vayas tan pronto. ¡Esta es nuestra primera cita!

Ella reconoció la voz. Boquiabierta, dijo:

—¡Usted es el piloto bocón!

Él se llevó la luz debajo de la barbilla y le mostró una sonrisa diabólica.

—Es agradable ser recordado.

Sloane estaba estupefacta.

—Comprobamos su identificación en Gorse. Kanan algo.

—Kanan Algo será suficiente. —Volvió a apuntar la luz sobre ella.

Ella juntó las piezas.

—Un piloto de Luzdeluna. Así fue cómo llegó aquí. —Miró hacia la luz—. Se ha desviado del recorrido, señor.

—Tenía que venir a *verte* —dijo con voz azucarada—. Me extrañaste, ¿verdad?

—*¡Kanan!* —vino un fuerte susurro desde las sombras.

Los ojos de Sloane saltaron a la hablante.

—Ah. La compañera de trabajo. —Ella era la persona que la había pateado, comprendió. Y había otras figuras sombrías en la oscuridad, incluyendo a una persona delgada en la mesa manipulando el vocoder de Vidian—. ¿*Todos* ustedes vinieron con él? Son cómplices. ¿Qué les pidió que hagan?

—Olvídate de ellos —dijo Kanan—. ¿No te has dado cuenta? Yo *soy* un infiltrado, pero en una misión que aprobarás. Sirvo al Emperador. —Hizo una pausa, antes de agregar—: *Directamente*.

Sloane miró fijamente a Kanan durante varios segundos. Luego estalló en risas.

—¿*Usted*, un agente del Emperador?

—¿Qué? —Kanan frunció el ceño—. Es posible.

Sloane se esforzó para parar de reír.

—¡Creo que él puede conseguir algo mejor que *usted*! ¿Qué hacen ustedes los pilotos suicidas, beber todo el camino de puerto a puerto? ¿Se escaparon de su guardián?

Kanan se golpeó el pecho.

—Soy un hombre con una misión.

—Es un patán con un delirio. ¿Sabe cuál es la pena por hacerse pasar por un agente personal del Emperador?

—No.

—¡Un agente personal del Emperador lo sabría!

—Te equivocas. No existe ninguna pena… porque nadie nunca haría tal cosa. —Kanan apoyó la lámpara en el piso, inclinada apuntando hacia Sloane. Fue a un panel de control cerca de donde ella estaba suspendida y tocó un dial—. Ahora escucha lo que va a suceder. Voy a darte mi mensaje, y seguir mi camino. El temporizador del campo de estasis te liberará con tiempo suficiente para hacer lo que tienes que hacer, antes de que Vidian despierte. ¿Lo has entendido?

—Deje que *yo* le diga a *usted* lo que sucederá en su lugar —dijo Sloane—. Me bajará, encenderá las luces, liberará Vidian… y entonces los acompañaré hasta el bloque de detención. Podrá contarle todo lo que quiera a un droide interrogador.

—Sería un error. —Kanan comenzó a caminar alrededor de la habitación oscura—. Tengo información que es vital para ti y para el Emperador.

—Si usted es un agente del Emperador, ya le está informando directamente a él. ¿Qué quiere de mí?

—Vidian controla todas las comunicaciones de este depósito. No puedo permitirme que esto sea interceptado. Necesito a un capitán imperial, con sus propios recursos. —La miró astutamente—. Tú *tienes* recursos, ¿no?

—Puedo darme cuenta cuando están jugando conmigo. —Se tensó contra el rayo de estasis—. Suficiente. Alguien va a venir a buscarme.

—Entonces sería mejor que hable rápido ——dijo Kanan—. Y será mejor que tú escuches. *Como si tu vida dependiera de ello*.

Capítulo cuarenta y seis

De vuelta en su traje para materiales peligrosos, Kanan alzó otro barril de baradio-357 del carro flotante a una estantería en el *Conveniente*.

—La semilla está plantada.

A través de su máscara, Zaluna lo miró.

—Eso fue tanto lo más emocionante que he hecho en mi vida… como lo más agotador. ¿Qué haremos ahora?

Aseguró el cilindro en un soporte magnético.

—Deshacernos de éstos para siempre —dijo Kanan, abriendo su máscara de materiales peligrosos y tirándola a la cubierta. Una vez que los barriles estuvieron asegurados, podían prescindir del voluminoso traje protector.

Cuando Zaluna se quitó la máscara, Kanan vio que la mujer sullustana parecía agitada.

—Quiero decir, ¿y si lo que hiciste no funciona? —Preguntó—. ¿Allá con la capitán?

—No te preocupes, va a funcionar —dijo Kanan, saliendo de su traje—. Sloane lo creyó. Me di cuenta.

—¿Lo hiciste, verdad? —Una vez que la puerta de la esclusa de aire se selló detrás de ella, Hera se quitó la máscara y frunció el ceño—. Sloane pensó que estabas loco.

Kanan agitó la mano con desdén.

—*Skelly* está loco. *Yo* sonaba como un adulto responsable.

—Que quería invitarle una copa. Eso del encanto tuyo no es para todas las situaciones, Kanan. —Hera pasó por delante de él y se deslizó al asiento del piloto—. Atiende a Skelly.

Skelly, boca abajo donde se había derrumbado en la silla de aceleración, intentaba débilmente quitarse la capucha con su única mano buena. Finalmente lo logró cuando Kanan le dio un tirón a la máscara. El hombre parecía maltratado. Habían tenido que cargar los explosivos y volver rápido a la nave, y no había quedado espacio en el carro flotante para que montara Skelly. La caminata había sido dura con él, y Hera y Zaluna lo habían sostenido parte del camino. Habían sido el último equipo en volver, apenas evitando llamar la atención.

Skelly levantó la mirada, con el rostro retorcido de dolor.

—Todavía creo… que deberíamos haberlo matado.

Kanan meneó la cabeza. No iba a volver a explicarlo. Empujó a Skelly a una posición erguida en su asiento y le puso una máscara de oxígeno.

—Confíen en mí… todos. Esto funcionará.

—Si… no lo hace —dijo Skelly entre respiraciones—, tenemos que… advertir a Gorse.

—¿Cuál es el punto? —preguntó Kanan, moviéndose hacia adelante—. El Imperio declaró una parada en tierra completa en Gorse. Nadie puede despegar.

—Hay túneles —dijo Skelly—. Y refugios antibombas.

—Hera me cuenta que pueden ser buenas casas —dijo Kanan, sentándose en el asiento del pasajero junto a ella—. Esperemos que no se llegue a eso.

Zaluna miró adelante mientras los motores aceleraban.

—Tendrías que hablar con todos en el planeta a la vez…

Kanan miró de nuevo a Hera.

—¿Tienes algo?

Ella negó con la cabeza.

—No… no es nada. —Se desplomó en su asiento, cansada—. Ya hemos hecho demasiado.

Hera se dio vuelta para enfrentar a Zaluna.

—Vamos, Zal. Tienes una forma de ayudar, ¿no?

Zaluna dejó escapar una respiración profunda.

—Creo que hay una forma —dijo finalmente—. Pero no puedo hacerlo con el transmisor de la nave. Necesito algo construido en los últimos mil años.

—Eh, estoy seguro de que la remodelaron hace un siglo —dijo Kanan, mirando desde el mamparo. No iba a ponerse a la defensiva sobre el *Conveniente*, sin importar por cuanto habían pasado él y la nave. Miró a Hera—. ¿Qué tal tu preciosa nave?

—Lo tiene todo —dijo ella, tirando hacia atrás de los controles. El *Conveniente* se levantó de la cubierta.

—Mi nave debería estar actualizada para lo que necesites. Si podemos aterrizar en Gorse y llegar a ella.

—Nos dispararán cuando bajemos y volvamos a subir.

—*Subir* no me preocupa. —Dijo ella sonriendo.

Tengo que ver esta nave, Kanan volvió a pensar mientras el *Conveniente* daba vuelta en el aire.

—¿Qué tienes en mente, Zaluna?

—Todavía tengo la contraseña de Vidian de antes. Si podemos enviar una señal que imite el código de anulación imperial, podemos mandar un mensaje de emergencia a cada sistema electrónico de Gorse en el que Transcept espía. —Miró a Kanan con trepidación—. Sólo podremos hacerlo una única vez. Van a cerrar la puerta inmediatamente.

—Un mensaje, entonces. Tendrá que ser suficiente —dijo Hera, guiando la nave a través del campo magnético hacia el espacio—. Tenemos que llegar y hacerlo antes de que él cambie la contraseña.

—Si él no se da cuenta que hicimos algo —dijo Kanan—. Y no lo hará. —Hizo un gesto hacia adelante. El tráfico se estaba moviendo fuera de la estación, y podía ver los cazas TIE volando rutinariamente más allá—. ¿Ves? Nadie nos está atacando.

—Eso es solo porque tu *nueva amiga* todavía no ha llamado a la artillería pesada —dijo Hera…

… y mientras lo hacía, el *Conveniente* se estremeció violentamente. Zaluna gimió. Kanan y Hera se miraron preocupados.

—Sólo es el rayo tractor de estacionamiento guiándonos en la salida —dijo finalmente Kanan, indicando hacia adelante con la cabeza. La nave se estaba girando, progresando hacia el perímetro.

Hera tomó una respiración profunda y dejó escapar un silbido.

—Mejor esperemos que esta cosa nos suelte antes de que el rayo de estasis deje ir a Sloane.

—Te digo que no te preocupes —dijo Kanan, inclinándose hacia atrás y estirando las piernas—. Nada de esto es necesario. Vidian está acabado. Sloane vendida.

. . .

—¡Mi señor! ¡Mi señor!

El conde Vidian despertó. Su conciencia siempre volvía rápidamente a él después del sueño, médicamente inducido o no. Sus ojos se activaron un segundo después de sus oídos, y vieron el rostro tenso de la capitán del Destructor Estelar inclinada sobre él.

—¿Sloane? ¿Qué está pasando?

Ella tiro de las correas que lo ataban a la mesa de operaciones.

—Estuvo inconsciente —dijo, esforzándose para quitar uno de los grilletes de duracero que le sujetaban las muñecas—. ¿Está usted bien?

—Eso creo. —Susurrando un comando, retrocedió por todo lo que sus ojos habían registrado en las últimas horas. No había nada allí desde el momento en que quedó inconsciente… ni siquiera alguna retroalimentación de las pesadillas que había estado teniendo últimamente. Y tampoco sus sentidos habían registrado nada en la hora anterior, durante la batalla con el piloto y sus compañeros. ¿Un error, causado por el daño en la lucha?

Los servos de sus caderas se activaron, y se sentó en la mesa. Miró a su alrededor al lío en sus habitaciones privadas.

—Alguien me ha drogado.

—Había intrusos aquí —dijo Sloane, pasando a trabajar en los grilletes que le sostenían los tobillos—. Me atacaron a mí también, cuando entré. Me atraparon en su rayo de estasis. Entonces se fueron.

Vidian miró a su alrededor.

—¿A través del suelo?

Sloane asintió.

—Estaba oscuro, no pude ver mucho. ¿Qué querían?

—A mí. —Vidian se inclinó hacia abajo y arrancó los grilletes de sus tobillos con las manos metálicas. Los soportes estaban diseñados para soportar sus convulsiones, y sin embargo no podían sobrevivir contra su creciente cólera—. Quiero una búsqueda completa. ¡Bloqueen la estación! —Abrió un canal en su comunicador interno y se preparó para dar la orden.

Sloane habló antes de que él pudiera.

—Mi señor, uno de ellos me *habló*. —Sus ojos oscuros estaban llenos de preocupación—. Dijo ser un agente del Emperador.

—¿Qué? —Vidian cerró el canal de audio y la miró fijamente—. ¿Quién?

—Una de las personas que me atacaron —dijo ella.

—¿Un agente del emperador? —Vidian se levantó de la mesa y se puso de pie, dando la espalda a la capitán—. ¿Qué… qué dijo?

—Un montón de tonterías. Afirmaba que usted estaba actuando en contra de los intereses del Emperador en el proyecto de Gorse. Que su plan era destruir la luna y su thorilide, sin importar el rendimiento.

Vidian se congeló. Con cautela, se volvió para enfrentarla.

—Muy divertido. Dígame, ¿qué razón dio este místico para que yo hiciera tal cosa?

—Eran acusaciones sin sentido, conde Vidian. No las escuché.

—¿Tal vez piensa que soy una especie de traidor? ¿Alguien plantado de alguna forma en la jerarquía?

Sloane se echó a reír.

—Creo que él estaba loco. —Lo miró—. ¿Ya ha llamado a seguridad, o debo hacerlo yo?

—Estoy haciéndolo ahora —dijo Vidian. Pero dirigiendo sus ojos a consultar los informes de vigilancia de la estación, encontró que había muy poco que su personal pudiera seguir. No se había visto nada inusual a bordo de Depósito Calcoraan en las últimas horas. Reconoció al pistolero de Cynda, y recordaba a Skelly. Pero todos los trabajadores a bordo llevaban máscaras de materiales peligrosos, y las naves ya habían partido. Incluso una búsqueda de los registros de datos de sus droides médicos en la sala confirmó que sus memorias ya habían sido borradas.

Los infiltrados eran buenos, quienquiera que fueran.

Los informes de los centinelas TIE en el perímetro del sistema confirmaron que todas las naves habían entrado al hiperespacio con el mismo rumbo: hacia Cynda, como estaba ordenado. Si sus atacantes no seguían a bordo del depósito, había un solo lugar donde podían estar.

Vidian pensó rápidamente sobre su próxima jugada. No estaba seguro de quiénes eran sus atacantes, pero tampoco estaba seguro que lo dirían si los encontraba. Todo lo que importaba era asegurarse de que nada interfiriera con la destrucción de Cynda.

Y él tenía una forma de hacerlo.

—¿El *Ultimátum* llegará al sistema Gorse antes que el último de los transportes de baradio?

Un poco sorprendida por el cambio de tema, Sloane asintió con la cabeza.

—No han construido al carguero que pueda correr más rápido que un Destructor Estelar.

—Bien. Quiero el complemento entero de cazas desplegados, para manejar la entrega final. Lleve TIEs adicionales desde aquí, con los cargueros portaaviones Gozanti. Si cualquier transporte se aparta un centímetro fuera de la línea, quiero que la nave sea

destruida, con carga y todo. Independientemente de cualquier peligro para el piloto que dispare. ¿Lo ha entendido?

—Cumplirán con su deber, para mí. —Sloane lo miró inquisitivamente—. ¿Cree que los intrusos se dirigen a Gorse?

—Conviene estar preparado. —Vidian cruzó la habitación a un gabinete caído. Enderezándolo, pensó en su otro problema. Dudaba mucho que el pistolero fuera un agente del Emperador; aunque Palpatine era afecto a probar la devoción de sus subordinados, él nunca era tan torpe. Pero tampoco podía imaginar que un montón de aficionados abordara con éxito su estación, simplemente buscando venganza por la muerte de Lal Grallik.

Lo que Vidian podía imaginarse fácilmente, sin embargo, era que el piloto y sus amigos fueran parte de algún complot por parte de uno de sus muchos rivales. Y eso significaba que tenía que ser prudente. No tenía ni idea de lo que el piloto le había dicho a Sloane… pero tenía que asegurarse de su lealtad y de eventualmente tener éxito.

—Agradezco que me liberara, Sloane. Esto podría haber sido… *vergonzoso*.

Ella se encogió de hombros.

—Mi deber es hacia usted, señor.

—Entonces yo haré que el mío sea hacia usted. —Hizo una pausa por varios segundos antes de volver a hablar en voz alta—. Acabo de enviar una instrucción verbal al personal de mis oficinas en Corellia. En pocos días el capitán Karlsen va a recibir una oferta muy lucrativa para unirse al sector privado.

Sorprendida, Sloane puso la mano en señal de protesta.

—Señor, yo no estaba esperando…

—En ese momento, el *Ultimátum* será suyo.

La noticia apareció dejarla sin aliento. *Bien,* pensó Vidian.

—Regrese con el *Ultimátum* como tenía previsto mientras yo termino los preparativos a bordo de la nave de recolección. Una vez que la luna sea destruida y la *Recolectora* comience a hacer su trabajo, el Emperador verá los beneficios y nuestro trabajo juntos será vindicado.

—¿Juntos, mi señor?

—Usted recibirá el crédito que se merece por ayudar a que esto suceda tan rápido. Incluso podría solicitar que usted y el *Ultimátum* sean asignados permanentemente a mí. —La miró—. ¿Me pregunto, quién *es* el almirante más joven?

Capítulo cuarenta y siete

No siempre había mucho que hacer cuando una nave estaba en el hiperespacio, el reino interdimensional entre las estrellas. Había incluso menos cuando se volaba en el *Conveniente*, una nave sin cocina ni camarotes. Peor aún, el área de la cabina no ofrecía ninguna privacidad en absoluto; Skelly roncaba en su asiento, y Zaluna, inquebrantable durante tanto tiempo, se había puesto a juguetear nerviosamente con el contenido de su bolsa mágica. Bueno, incluso la más fuerte tenía sus límites, especialmente cuando la muerte venía a su planeta natal.

El único escape existía en el extremo posterior de la nave, uno de los pasillos que se ramificaban de la bodega de carga. Y allí, en el otro extremo, parada en medio de las estanterías de los barriles de baradio-357 asegurados, estaba la persona que él quería ver.

—Es acogedor aquí atrás —dijo Kanan—. Podríamos pedir unos pasteles planos.

—Muy divertido. —Hera mantuvo la sonrisa por sólo un momento. Parecía cansada—. Tenemos que hablar.

—Será un placer. —Kanan encontró un lugar al final del pasillo sin barriles a ambos lados, creando dos asientos improvisados en los estantes opuestos más bajos—. Arreglé el transpondedor de ID como me pediste. Dirá que somos una nave diferente de la que aterrizó en Depósito Calcoraan… en caso de que finalmente hayan descubierto que somos los que nos metimos con Vidian.

Hera todavía llevaba la misma expresión preocupada, vio él.

—¿Supongo que tenías un problema diferente? —preguntó Kanan.

—Es Skelly —dijo ella en voz baja, señalando con la cabeza en dirección a la cabina—. Creo que está en problemas.

—Él siempre está en problemas.

—Creo que se está *muriendo* —dijo ella—. Las bromas son una tapadera. Está en mala forma.

Kanan inhaló profundamente y asintió con la cabeza. Él había visto lo mismo.

—Vidian le hizo mucho daño. Huesos rotos, hemorragias internas. —Meneó la cabeza—. Le di un vistazo a las lecturas que le tomó el droide médico. Quería abrirlo, justo ahí y entonces.

—Tenemos que llevarlo a un centro médico —dijo Hera—. Sigue a flote solamente por fuerza de voluntad.

—De eso tiene bastante. ¿Pero dónde podemos llevarlo? Estamos a punto de decirles a todos en Gorse que corran por sus vidas.

Hera suspiró.

—Tienes razón. Ellos están primero. Él va a tener que aguantar.

Ella miró hacia la pequeña ventana a su izquierda, al final del pasillo. Las estrellas pasaban como rayas. Kanan pensó que ella parecía impresionante incluso ahora, ante la probable derrota.

—Esto no es para lo que viniste a Gorse, ¿verdad?

Ella rió misteriosamente.

—Ni siquiera cerca. He estado hablando a personas que tienen quejas contra el Imperio… pero sólo para descubrir el tamaño de lo que hay ahí, lo que es posible. No esperaba *hacer* nada contra él. No todavía, por lo menos. No por mucho tiempo.

—Ese es el problema con la gente —dijo Kanan—. Nunca necesitan ayuda en tus tiempos… sólo en los suyos.

Ella asintió con la cabeza. Luego le devolvió la mirada. Después de estudiarlo por un momento, ella habló.

—¿De dónde vienes Kanan?

—De por ahí —dijo él—. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—Muy bien.

Ella sonrió suavemente.

—De todas formas eso no es lo que realmente quería preguntar.

Kanan sonrió.

—Dispara, entonces.

—¿Por qué haces esto?

—¿Sentarme aquí contigo? No me lo perdería por nada.

—No, me refiero a *esto*. Transportar fugitivos y tratar de derribar a Vidian. Sé porqué Skelly y yo hacemos esto —dijo ella—. Incluso Zaluna. Pero no tú.

Él se encogió de hombros.

—Me gustan las fiestas.

—En serio.

Se rascó la barba.

—Tú estabas allí. Viste lo que le pasó a Okadiah y a todos los demás…

—Y fue terrible. Pero por tu propia admisión, tú andas por ahí. Estabas a punto de partir de Gorse para siempre cuando te encontré. Aunque agradezco tu presencia, me pregunto si aquí está sucediendo alguna otra cosa. —Lo miró—. Quiero decir, no estás aquí por política.

Él rió.

—Definitivamente no.

Ella sonrió.

—Sí, no me pareces una víctima de la opresión.

La sonrisa de Kanan se derritió un poco al oír sus palabras, y apartó la mirada.

—Nunca se sabe —murmuró—. Las apariencias pueden ser engañosas.

—¿Qué?

Sintiendo sus ojos sobre él, la enfrentó otra vez y sonrió.

—Nada. Bueno, es como dije al principio. Simplemente voy hacia donde tú vas.

Hera arrugó la nariz.

—Hmm —dijo ella, después de un momento.

—¿Hmm qué?

—Creo que me gustaba más tu primera respuesta.

Zaluna estaba parada ante las estrellas que venían hacia ella. Era un espectáculo increíble, algo que ella nunca había esperado ver. Su salario no era suficiente para llevarla lejos, y además, no tenía adónde ir. Su oficina era su universo.

Y ahora que Skelly estaba durmiendo y Kanan y Hera se habían ido, a algún lugar en el fondo, esta era su última oportunidad de recuperarla.

Su última oportunidad de cambiar de idea.

En los últimos días había arruinado completamente su vida. Ella sólo quería cumplir el deseo de despedida de Hetto, no ir corriendo alrededor de la galaxia como una especie de agente secreto. ¿Infiltrarse en un depósito imperial? ¿Manipular no solo las computadoras de un funcionario importante, sino también su propio cuerpo? ¿Quién *era* esa persona? Seguro que no era la mujer que ella había imaginado que era.

Pero aquí, ella tenía la oportunidad de deshacerlo todo. Había visto la gran luz roja en el panel de control delantero antes: Había señalado cuando la nave estaba a punto de salir del hiperespacio. Ahora oscura, descansaba junto al sistema de comunicaciones, y eso era algo que Zaluna sabía cómo utilizar.

Y *podría* utilizarlo, justo cuando volvieran a entrar al espacio real, para ponerse en contacto con el Imperio y terminar con este paseo.

Todavía podrían creerle. Podía decir que fue secuestrada, obligada a ayudar a estos aspirantes a extremistas. Skelly y Kanan eran personajes violentos que habían atacado agentes imperiales. Hera era el cerebro, que trataba de seducirla para que traicionara al Imperio. Zaluna era inocente, un peón, una tonta con nada más que buenas intenciones. Podía decir que estaba tratando de atrapar a los agitadores cuando ella misma quedó atrapada. Ellos la habían llevado al peligro. No les debía nada.

Y la luna todavía podría salvarse. Si Vidian estaba haciendo algo que no debía, el Imperio lo detendría, ¿no? ¿Y porqué era algo de eso asunto suyo de cualquier modo? Tal vez las predicciones mortales de lo que podría suceder estaban equivocadas. ¿Quién era ella para andar cuestionando las decisiones tomadas desde tan lejos en lo alto? Sería un Imperio realmente irracional si ignorase los intereses de su pueblo.

Sólo que… el Imperio *había* hecho exactamente eso muchas veces que ella había visto. Y sus secuaces *nunca* antes habían escuchado la defensa de nadie. Sólo escucharon lo que decía la gente sobre el Imperio. Zaluna lo sabía de primera mano, habiendo sido los ojos y oídos del estado en Gorse y Cynda durante años. Lo había oído… pero nunca lo había comprendido. Observó, pero nunca había visto.

Y ahora eso estaba cambiando. Los otros la habían hecho comenzar a pensar.

Hera había escuchado pacientemente las preocupaciones de Zaluna varias veces durante su viaje, y cada vez le había hablado con franqueza y firmeza. El miedo era comprensible y perdonable… y nadie esperaba que Zaluna hiciera más de lo que era

capaz. «Pero ver y no hacer nada no es lo peor» había dicho Hera. «*Lo peor es ver y que no te importe*».

Zaluna había visto a los esbirros imperiales hacer muchas cosas. Cosas malas, en las que a los vigilantes de Transcept les ordenaron mirar hacia otro lado. Había hecho lo que le mandaron… pero nunca había tenido sentido. ¿No era ser vigilante su trabajo? ¿De qué servía ser testigo si las leyes se podían cambiar según el antojo de los legisladores?

Luego estaba Skelly. Tenía problemas, claro, pero ella había llegado a comprender que él realmente estaba interesado en la protección de Cynda y Gorse. El Imperio se preocupaba poco por los perjudicados por las Guerras Clon, y menos aún por las personas que tenían reparos sobre sus actividades industriales. Podía notar que para Skelly, la inminente destrucción de la luna era como ver la muerte acercándose a alguien cercano a él.

Y, por último, estaba Kanan, que parecía ir de un desastre a otro como si estuviera vagando de una cantina a otra. Nada parecía tocarlo… pero ella sabía que eso no era cierto. Sí, interpretaba al peón duro, haciendo un trabajo peligroso y devolviendo el empujón contra el que lo empujaba primero. Pero ese día con Okadiah no había sido la primera vez que lo había visto salir en defensa de alguien. Siempre eran acciones pequeñas; a menudo, la persona ayudada no sabía que él había hecho nada. Él parecía querer que fuera así, por alguna razón.

También se dio cuenta de que estaba cansado de vivir como lo había hecho: cansado de ir de un trabajo sin sentido a otro, buscaba un lugar donde pudiera vivir su vida a su manera. Había visto esa mirada un centenar de veces en los rostros de otros trabajadores migrantes… y el Imperio había hecho que fuera un estado perpetuo para muchos. Kanan era joven… pero su alma secreta era mucho más vieja. Y Zaluna sabía que el Imperio era de alguna manera responsable.

Pero Zaluna también tenía derecho a una vida de su elección… y el tiempo se estaba acabando.

La luz roja en la computadora de navegación destelló. Un zumbador, medio roto y apenas audible, sonó. Sus ojos fueron a los controles del sistema de comunicaciones. Sería tan fácil.

—Tu único valor para el Imperio es lo que puedes hacer por él —dijo una voz desde atrás.

Sin sorprenderse de oír a Hera, Zaluna volvió mentalmente sobre sus palabras.

—Sabes —dijo con calma—: Hetto solía decir exactamente lo mismo.

—Tenía razón.

Zaluna vio el reflejo de Hera en la ventana, contra las estrellas que corrían. Estaba inmóvil detrás de ella, no se acercaba.

—¿No tienes miedo? —preguntó Zaluna.

—Cualquiera lo tendría. Pero los Jedi tenían un dicho sobre el miedo. Que lleva, en última instancia, al sufrimiento. —Hera hizo una pausa—. Alguien tiene que romper la cadena.

—La gente ya no puede hablar de los Jedi.

—Tal vez debería.

Zaluna asintió con la cabeza y volvió a mirar al panel de control.

—*Era* mejor entonces. —Sintió que su fuerza revivía. Ella era más que un juego extra de ojos y oídos para un cyborg sádico… y un Emperador lejano. Ella no era revolucionaria, pero al menos podría tratar de detenerlos ahora.

Zaluna movió la mano a la computadora de navegación y apagó el zumbador.

—Estaba por ir a buscarte —dijo. Volviéndose a Hera, sonrió—. Ya llegamos.

Capítulo cuarenta y ocho

Kanan pensó que sonaba absurdo decirlo en voz alta, pero salir del hiperespacio era como entrar en él, excepto que al revés. Las estrellas a través de la ventanilla delantera pasaron de líneas borrosas de nuevo a puntos centelleantes. Sólo que esta vez, había pocas que se podían ver desde la cabina del *Conveniente*. Cynda colgaba arriba, una media luna brillante desde su ángulo, mientras que el enorme Gorse yacía por delante, con sus ciudades en su noche eterna.

Y había algo más: más cazas TIE de los que jamás había visto. Había enjambres adelante, separándose en cuartetos mientras que el *Conveniente* entraba en el área.

—Vector derecho setenta y cinco grados, eje descendente veinte —ordenó secamente una voz por el sistema de comunicaciones—. Sigan la formación si quieren vivir.

Kanan vaciló. Aquí era cuando normalmente le daría a los imperiales alguna respuesta sarcástica… pero él no iba volando, y no sería algo inteligente. Ahora no. Hera obedeció, ladeando la nave y alineándola con una cola de naves lejos al frente. Cada carguero tenía un par de TIEs por encima y por debajo o a ambos lados, definiendo un corredor: Kanan podía ver en los sensores que dos flanqueaban al *Conveniente*, a los lados de babor y estribor. Más adelante, el cielo se puso negro por un momento, cuando el ala hexagonal de otro TIE pasó por su campo de visión.

—Se están entrecruzando —dijo Kanan—. Nos mantienen separados.

Hera frunció el ceño.

—Están limitando el daño que pueda hacer un saboteador. Temen que haya otro Skelly aquí.

—Tendrían razón —dijo Skelly desde atrás. Sosteniéndose la cintura, Skelly renqueó hacia la parte delantera de la cabina. Extendió la mano al costado del asiento de Kanan y erró. Zaluna se levantó de un salto y lo agarró. Skelly casi no pareció percatarse de la mujer que lo estabilizó. Sus ojos estaban fijos en el exterior—. Alguien va en serio.

El *Conveniente* siguió al convoy cruzando el terminador que dividía la noche del día cyndano. Allí lo vieron, esperando en el espacio: el jefe de cuadrilla de su equipo de trabajo. Zaluna abrió la boca al verlo.

—¡Otro Destructor Estelar!

—No, el mismo —dijo Hera.

Kanan asintió con la cabeza. Era una de las consecuencias más desconcertantes de cuando las naves tenían diferentes velocidades hiperespaciales. El *Ultimátum* había estado en su cámara retrovisora, estacionado en Depósito Calcoraan, cuando habían ido a la velocidad de la luz; ahora estaba sentado frente a ellos sobre Gorse, escupiendo más cazas TIE.

Hera miró incómodamente sorprendida.

—Estos TIEs no pueden venir todos del Destructor Estelar. El clase *Imperial* lleva sesenta, tal vez setenta.

Kanan señaló otras naves en órbita sobre el horizonte de Cynda. Largos y voluminosos como los cargueros de thorilide, estas naves tenían puertos de acoplamiento para cuatro cazas TIE cada una.

—Parece que el Imperio está adaptando cargueros Gozanti en estos días.

—¡Y también llegaron aquí antes que nosotros! —Hera estaba más molesta de lo que él nunca la había visto. Claramente estaba acostumbrada a volar en una nave más rápida—. Tenemos suerte que no hayan tenido tiempo para un descanso en tierra. —Miró el escáner y levantó las manos de frustración—. No creo que podamos llegar a Gorse en absoluto a través de este asedio.

—Pensé que eras buena —dijo Kanan.

—No tan buena. No en esta cosa.

Los TIEs condujeron al convoy por un camino largo y descendente, a varios cientos de kilómetros sobre la superficie de Cynda. Hera hizo rodar 180 grados al *Conveniente* para que el suelo se pudiera ver desde la cabina.

—Hay trabajos de construcción por delante —dijo Kanan. Accionó un interruptor, activando la transparencia de aumento del parabrisas.

Skelly se tambaleó hacia adelante y medio se derrumbó contra el panel delantero entre Hera y Kanan. Con los brazos hacia adelante para sostenerse, quedó estupefacto ante lo que vio.

—Llegamos demasiado tarde —dijo Skelly, contemplando una gran torre de metal en la superficie sobre sus cabezas.

—¿Qué? ¿Qué son esas cosas? —preguntó Kanan. Podía ver por lo menos otras seis, aparentemente espaciadas aleatoriamente por la superficie lunar.

—Sitios de inyección. Están bombeando ácido xenobórico, perforando agujeros en lo profundo del manto. A continuación pondrán las cargas de baradio en el suprafilamento. —Skelly miró de torre a torre—. Bien abajo, Cynda tiene defectos, al igual que un diamante. Detonarán las cargas en un orden preciso, con segundos de diferencia. Las primarias la partirán. Las secundarias la molerán. Las terciarias la dispersarán.

Kanan se lo quedó mirando.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Es mi idea. Lo hice como un experimento del pensamiento… sólo para probar mi punto. Estaba en el holodisco. —Suspiró y se deslizó al piso—. ¿Por qué siempre tengo que tener razón?

Hera estudió a los trabajadores en la superficie.

—Están realmente apurados —dijo Hera.

—Vidian es el que está apurado —dijo Kanan—. Tiene que destruir la luna antes de que el Emperador se entere de lo que está haciendo aquí. —Sonrió—. Y eso es lo que falta. Él y su gran nave recolectora. Se los dije, sólo tienen que confiar…

—Atención, cargueros recién llegados —dijo una voz familiar en el sistema de comunicación—. Aquí la capitán Sloane del *Ultimátum*. Tengo información importante acerca de un cambio de planes.

Kanan le sonrió a los demás e hizo un gesto con los pulgares arriba.

—¡Esto es!

—El accidente a principios de esta semana dejó las minas de la luna peligrosamente inestables —dijo Sloane por el sistema de comunicaciones—. Los científicos imperiales han determinado que la única manera de prevenir futuros desastres es liberar todas las tensiones que se han acumulado… esta vez, sin nadie en las minas. Al hacerlo, aseguraremos que la minería segura pueda continuar, en nombre del Imperio.

—Sí, ese Imperio realmente los está cuidando —dijo Skelly—. ¡Están convenciendo a nuestra propia gente a que cometa suicidio!

—Serán guiados a sitios en la superficie cyndana donde descargarán y partirán inmediatamente —continuó la capitán.

Kanan frunció el ceño.

—Espera un minuto. Eso no era lo que debía decir. ¡Ella debía decir que Vidian se ha ido… y enviarnos a casa!

—Esa no suena como una mujer que acaba de chillarle al Emperador —dijo Hera.

Kanan miró el sistema de comunicaciones.

—No, no lo hace. —Él meneó la cabeza.

La alarma de anomalía hiperespacial destelló en azul y graznó ruidosamente. Adelante, la gigantesca nave cosechadora de thorilide de Vidian apareció en el único parche de espacio libre disponible.

—Bienvenida, *Recolectora* —dijo Sloane por el sistema de comunicaciones—. Los cargueros finales están aquí y las últimas cargas se inyectarán en cuarenta minutos. Debe recibir una conexión de datos con el Control de Detonación allí abajo en una hora.

—Excelente trabajo, capitán Sloane —escucharon decir a Vidian—. Será una buen almirante algún día.

Kanan miró a Hera.

—Esto me hace sentir mal. Están saliendo juntos.

—¿Celoso?

—¡Maldición, pensé que escucharía! —Golpeó el puño en la consola—. Sí, ese es el modo imperial. ¡Siempre están apuñalando a sus amigos por la espalda!

Sloane habló otra vez por el dispositivo, sonando más preocupada.

—Conde Vidian, el tiempo será esencial. El equipo de la teniente Deltic dice que tomará una hora para que la conexión de Control de Detonación desencadene el proceso.

—No necesitaré tanto tiempo —respondió secamente Vidian—. Yo estoy listo… y la *Recolectora* estará lista.

—Para recoger el thorilide después de que haya volado la mayoría de él, junto con la luna —murmuró Skelly cuando la transmisión terminó—. No tiene sentido. —Se dio la vuelta en el piso y cayó de espaldas contra los paneles de control de la cabina. Se secó la nariz con la mano. Había sangre allí—. Sólo déjenme en cualquier parte. Tal vez pueda morir en Cynda antes que la vuelen.

Hera miró a Skelly por un momento… y luego otra vez afuera. Sus ojos se centraron en algo adelante.

—Skelly, ¿por qué dijo ella que había un límite de tiempo para detonar los explosivos que están plantando en la luna?

Skelly se frotó el costado de la cabeza, con los ojos cerrados.

—Es por el ácido xenobórico que están inyectando. Si esperan demasiado la porquería que queda abajo habrá comido los cables de bajada y los contenedores de baradio. Entonces no hay bum.

Hera miró a Kanan. Él captó el mensaje.

—¿Dijiste que aquí había una reacción en cadena… que algunas de esas torres son las primarias?

Skelly esnifó, abriendo los ojos.

—Sí. Cuatro de ellas.

—¿Cuáles cuatro? —preguntó Kanan.

—Estoy tratando de recordarlo. Tendría que mirar. —Skelly trató de ponerse de pie, pero sólo volvió a caer sobre su trasero. Zaluna otra vez saltó de su asiento y lo ayudó a pararse, agarrándose a sí misma entre las dos sillas delanteras. Skelly miró adelante y entrecerró los ojos examinando la brillante superficie de Cynda.

—¿Destruir las torres detendrá la reacción? —le preguntó Kanan.

—Sí. Pero esa es nuestra gente allí abajo trabajando en esos sitios… y llevándoles carga.

—Lo sé. —Kanan alcanzó sus auriculares y se los puso.

—Eso sólo está conectado al tráfico de comunicaciones local —dijo Hera—. No podemos enviar el aviso de Zaluna con él.

Kanan la ignoró y trabajó el pestillo del panel delante de sus rodillas. Una puerta se abrió, y él tiró de lo que había adentro. Las reacias bisagras crujieron y rechinaron. Con esfuerzo, usando las manijas superiores Kanan elevó hacia su pecho un sistema de puntería.

—¿Quiero saber lo que está haciendo? —preguntó Zaluna.

Hera lo miró con perplejidad.

—Yo tampoco estoy segura de saberlo.

—El cazador de meteoritos —dijo Kanan, indicando el techo. El único cañón encaramado sobre el compartimiento de la tripulación tenía un campo de fuego que cubría un amplio arco a ambos lados y al frente del *Conveniente*—. Cada Transporte de Bebé tiene uno. Al Bebé no le gusta que lo golpeen.

—A mí tampoco —dijo Skelly, mirándolo nerviosamente—. ¿No esperas enfrentarte a los imperiales con eso?

—No a más que unos pocos —dijo Kanan, probando el micrófono—. Pero si lo hago bien, ¡unos pocos son suficientes!

Capítulo cuarenta y nueve

El centro de mando de la nave recolectora parecía la catedral de alguna religión antigua. El puesto de comunicaciones de Vidian, en el centro de la habitación, se asemejaba a un altar. Ambas comparaciones improductivas. Pero Vidian no se perdió esa realidad. Desde aquí, sacrificaría la luna a su Emperador, ganándose su favor por un año más. Y las cenizas del mundo asfixiarían a su rival de una vez por todas.

Intencionalmente o no, los diseñadores de la nave de recolección le habían dado una sensación sobrenatural al puente de la *Recolectora*. Situada al frente de la esfera delantera en la serie de vainas enlazadas de la nave, la enorme sala redonda miraba hacia adelante a través de grandes ventanales que se elevaban y curvaban hacia un techo veinte metros más arriba. Más consolas como la de Vidian lo rodeaban como megalitos en miniatura dispuestos para los ritos de unos idólatras. Una pasarela de dos pisos de altura corría alrededor del arco frontal de la habitación, proporcionando puestos de trabajo adicionales entre las ventanas para los droides y asistentes cibernéticamente mejorados de Vidian. Podía ver las figuras metálicas moviéndose de aquí para allá en la planchada, sacerdotes digitales iluminados por detrás por la luna brillante.

—Rayos desplegados, mi señor —dijo uno de ellos—. Estamos listos para que comience el proceso de recolección.

Vidian asintió. Ahora dependía de Sloane y su gente. Cambiando su alimentación visual de una cámara remota a otra, vio con aprobación los sitios de trabajo en Cynda. Sloane había hecho un trabajo notable, lanzando los miles de empleados del *Ultimátum* a un proyecto que, días antes, había sido una fantasía en el holodisco de un asesino desquiciado. Ahora estaban a treinta minutos de hacer algo que todavía existía sólo en los bordes exteriores de la capacidad imperial: la destrucción de una luna, y tal vez del mundo de abajo.

Había sido fundamental conseguir la cooperación de Sloane desde el principio. Cualquier tiempo extra, cualquier deliberación habría traído al cuerpo de ingenieros del Emperador a la escena, y habrían cuestionado el rendimiento de la explosión de prueba. Vidian podía utilizar el nombre de Tharsa para falsificar un informe y defraudar a una capitán ambiciosa, pero más sería difícil. Y esto no podía esperar. Mientras Vidian ciclaba por los mensajes ante sus ojos, no vio ni una sola molestia más de Danthe, pero varias del círculo interno del Emperador. Todas eran casi cómicamente urgentes, sugiriendo que si Vidian no entregaba al instante thorilide en cantidades de récord, toda la flota imperial tendría que ser sacada de servicio. El barón realmente se había puesto a trabajar con la gente del Emperador.

Bueno, el acabaría con eso muy pronto. Entregaría thorilide más allá de las fantasías de todos… y luego dejaría al sonriente Danthe con una bomba a punto de explotar.

Uno de los ayudantes cibernéticos de Vidian se adelantó.

—Hay algo en el canal del gremio minero.

—¿Eh? —Vidian susurró comandos hasta que le llegó el sonido.

—… no sé qué está pasando. Me siento tan… raro. Estos malditos barriles de Bebé, algunos de ellos empezaron a perder, no sé, esos *vapores*…

—¿Qué es esta tontería? —dijo Vidian en voz alta.

—… no sé cómo sucedió. Carga defectuosa, materiales defectuosos, algo defectuoso… como todo en este trabajo miserable. Siempre lo he odiado, sabes. —La voz pasó de mareada a amarga—. Y los he odiado a todos *ustedes*.

—Es de uno de los cargueros —ofreció el ayudante de Vidian—. Se sabe que el refrigerante que recubre los barriles de baradio 357 puede causar episodios psicóticos si se…

—Sí, me conocen —interrumpió el que transmitía, sonando más enojado a cada palabra—. Conocen mi voz. Los aguanté a todos, por Okadiah. En las minas, en el autobús flotante, en el bar. Son un montón de vagos, todos. Se creen unos tipos tan *duros*. ¡Me ponen enfermo!

Vidian se puso furioso cuando reconoció la voz. *¡El pistolero!*

—Aíslen esa transmisión —ordenó—. ¡Encuéntrenlo!

El hablante ahora estaba enfurecido.

—¡Mugrosos y apestosos mineros! Puedo ver sus transpondedores de identificación… sé quiénes son. Creen ser algo caliente, transportando bombas. ¡Vamos a ver cuán calientes puedo ponerlos!

Vidian activó su modo de comunicador.

—¡Ahora escuchen esto! Aquí el conde Vidian. ¡Hagan caso omiso de estas transmisiones y terminen sus entregas! Lo que acaban de oír son los desvaríos de un loco, un provocador…

El piloto tronó en respuesta.

—¿Estoy loco? *¿Estoy loco?* ¡Está bien! No me importan tus apestosos cazas, hombre del Imperio. Les digo a todos: ¡Si me ven venir, corran, porque voy a volar cada nave que vea fuera del cielo! *¡Empezando por los mineros!*

Un horrible graznido surgió del sistema de comunicaciones del *Conveniente*: los imperiales bloquearon el canal de gremio. Hera miró a Kanan, estupefacta.

—¡Pensé que ibas a advertirles sobre la luna!

—No me habrían creído. *Yo* apenas lo creo. Ahora mismo, sólo le temen a los cazas TIE. ¡Pero están a punto de tenerme más miedo a mí! —Kanan le lanzó una mirada salvaje—. Necesito que vueles como un wookiee con el pelo en llamas… y que piensa que *todo el mundo* encendió el fósforo. ¿Puedes hacer eso?

Ella pareció captar la idea, aunque a regañadientes.

—Entendido.

Señaló al caza TIE que comenzaba su cruce a través del corredor de su convoy.

—Zambúllete cuando te dé la señal.

El caza estelar imperial pasó por su campo de visión, sus alas formaron una gorda diana hexagonal. Kanan la utilizó como exactamente eso, apretando el gatillo de los controles de artillería.

—¡Hera, ahora!

El fuego naranja brotó de la torreta de armas ubicada encima y detrás de sus cabezas, dando de lleno en el centro del ala del caza TIE que pasaba delante de ellos. Hera empujó los controles hacia adelante y aumentó la aceleración, haciendo que el *Conveniente* se zambullera. El TIE explotó en una brillante llamarada de llamas por encima… pero ahora Cynda era todo lo que podían ver, su superficie helada llenaba el parabrisas.

Zaluna perdió su asidero en el costado del asiento de Kanan y cayó hacia adelante, aplastando a Skelly contra el panel de control. Él gritó de dolor.

—¡Agárrense!

Hera puso al *Conveniente* en un tonel, poniendo a uno de los dos cazas imperiales que los habían estado flanqueando en la mira de Kanan. Él disparó otra vez. Hera no esperó a ver el resultado, moviéndose una vez más para poner la nave más baja. La gravedad de Cynda comenzó a afectarlos.

Zaluna intentó ayudar a Skelly a levantarse.

—Lo lamento —dijo ella—. ¡No estoy acostumbrada a esto!

—¿Quién lo está? —Tratando débilmente de apartar sus intentos de ponerlo en pie, apeló al aire—. Por favor, sólo déjame ir, siéntate…

—Te necesitamos aquí —dijo Kanan, esforzándose por encontrar su otro flanqueador en su visor. El TIE les estaba disparando: podía ver el destello flash de partículas energizadas a su derecha—. ¿Dónde está este tipo?

—Justo aquí —dijo Hera, activando los cohetes de frenado. Los brillantes propulsores iónicos del tercer TIE aparecieron en el espacio delante de ellos. Kanan hizo pivotar su mecanismo de puntería y pulsó el gatillo. Hera agitó el puño mientras el caza estelar volaba en pedazos.

Kanan miró a Skelly, que tenía aspecto rocoso mientras Zaluna lo sostenía. Skelly pesaba más que la mujer, pero ella estaba haciendo su mejor esfuerzo para mantenerlo en su lugar. Kanan le imploró.

—Vamos, Skelly. Ya llegamos. ¡Concéntrate!

Skelly entrecerró los ojos hacia la superficie mientras Hera descendía. Había una torre en el horizonte lejano, nada más que una aguja en un océano blanco. Se veía un grupo de naves con rumbo a la zona.

—¡Por allá!

El clarín de alerta sonó en el puente del *Ultimátum*.

—Lancen las alas catorce, quince, diecisiete —dijo Sloane—. Persigan al carguero, desde ahora marcado como Renegado Uno. ¡Derríbenlo!

La capitán estaba parada junto a la pantalla holográfica y miraba la acción con desconcierto. Había ordenado que el Destructor Estelar permaneciera en su puesto, supervisando la ruta del convoy y protegiendo a la *Recolectora*… pero lo que estaba sucediendo sobre la superficie de Cynda era increíble. Y todo había comenzado con ese extraño mensaje de Kanan.

—Renegado Uno está persiguiendo a los otros cargueros de baradio —dijo un alférez de rostro fresco. El joven Cauley había hecho su mejor esfuerzo para seguir la pista del zigzagueante renegado… pero nada de lo que hacía tenía ningún sentido.

—¿Está tratando de destruir los cargueros?

—No, capitán. Sólo a los cazas TIE que los acompañan. Los cargueros deberían ser blancos más fáciles, pero sólo, bueno… —el alférez con auriculares miró estupefacto a su monitor. Sloane se puso detrás de él para observar la persecución. El fugitivo iba eliminando la escolta de las naves de carga llenas… y luego aparentemente errando disparos, apuntando justo en frente de los navíos.

—Fuego de acoso —dijo ella. Kanan… piloto, insurrecto, ¿supuesto agente Imperial? Fuera lo que fuera, definitivamente estaba a bordo de esa nave y tratando de evitar que los demás entregaran su carga. Su mensaje amenazador había convertido todo en un caos—. Hay un método en esa locura. Los está espantando.

—Y hace un buen trabajo —dijo el alférez Cauley. Señaló a la pantalla—. Cuando empieza a acercarse a un carguero ellos intentan apartarse.

Sloane miró nuevamente la pantalla holográfica de seguimiento. Uno por uno, los cargueros de baradio estaban apagando sus transpondedores de identificación, temerosos de que Kanan fuera tras ellos. Eso sólo aumentaba la confusión. *¿Todo el mundo en Gorse se ha enredado con este personaje?*

Cauley se tocó el auricular.

—Tengo un piloto de TIE persiguiendo al carguero al que ahora escolta. Está huyendo, temeroso de ser blanco de Renegado Uno. Nuestro piloto pregunta si puede destruir a su carguero.

—¿Qué? ¡No! —Sloane se congeló. Le había dicho a Vidian que ella no permitiría que nada interfiriera con la entrega de explosivos y que habían enviado más de lo que su proyecto necesitaba. ¿Pero cuánto más?— Dígale a nuestro piloto que permanezca con la nave que está escoltando como mejor pueda hasta que lleguen los refuerzos. Dígale si puede ejecutar interferencia…

—No importa —dijo Cauley, quitándose los auriculares—. Renegado Uno acaba de derribar a nuestro piloto.

Sloane apretó los puños.

—Releve de su deber a todas las alas de escolta de esa zona. ¡Envíelas todas contra Kanan!

—¿Contra quién, capitán?

—¡Renegado uno! —Temblando de ira, ella señaló fuera—. *¡El tipo que le dispara a todo el mundo!*

Capítulo cincuenta

Kanan volvió a comprobar su mira mientras Hera ladeaba al *Conveniente* en otra curva en S. Ella había estado entretejiendo un curso entre la torre de inyección en la superficie cyndana y el área de aterrizaje cercana, donde los vehículos de tierra imperial con orugas llevaban por el hielo los barriles de baradio de los cargueros.

No iba a atacar ninguna cosa directamente: Disparar a la torre, había dicho Skelly, podría iniciar la reacción que destruiría el mundo por accidente. Y matar los trabajadores mineros de los cargueros o de las orugas de hielo no lo haría mejor que Vidian. En cambio, siguió ametrallando las áreas que los trabajadores tenían que cruzar, evitando que más naves aterrizaran. No iba a matar a civiles, pero no tenía nada en contra de desmayarlos del susto por una buena causa.

—No es exactamente una manera ideal de crear una conciencia colectiva —dijo Hera mientras disparaba otra andanada justo debajo de un carguero que intentaba aterrizar.

—Recluta aliados en tu propio tiempo. ¡Esto es captar su atención, a la manera de Gorse!

El problema era que se estaba quedando sin objetivos.

—¿Skelly, dónde está la siguiente torre principal?

—Olvídalo —espetó Hera. Tirando de los controles, ella hizo gemir al *Conveniente* mientras comenzaba una renuente espiral ascendente. Kanan vio porqué cuando la nave giró: un cielo lleno de cazas TIE, corriendo hacia ellos.

Un fuerte pitido vino de sus controles de artillería. El indicador decía que la torreta de armas se estaba sobrecalentando. Miró a Hera y meneó la cabeza.

—Esta cosa está pensada para mover algunas piedras. ¡Eso es todo!

—Creo que nuestros motores pueden fallar en cualquier momento. —Ella suspiró de exasperación mientras el *Conveniente* se lanzaba hacia la órbita.

—¡La cosa más segura a bordo es el baradio! —Era algo perversamente afortunado, pensó Kanan: Los muchos golpes, sacudidas y roces de disparos que había sufrido el *Conveniente* habrían hecho estallar su carga regular en un santiamén. El Bebé ridículamente más potente de a bordo por lo menos tenía la ventaja de que sus contenedores estaban asegurados a la estantería.

Gorse apareció frente a ellos otra vez, con la *Recolectora* colgando detrás de él. Sus rayos estaban abiertos, como un gigantesco pimpollo de metal en la parte delantera de la embarcación. Kanan palideció ante su tamaño.

—¿Podemos destruir esa cosa?

Hera revisó sus instrumentos y sacudió la cabeza.

—Hay un gran escudo de energía a su alrededor. —Apuntó al *Conveniente* hacia fuera, alejándose de la oleada de cazas TIE que se seguía acercando. Les dio un mejor vistazo de la *Recolectora* de costado, pero eso era todo. Era inútil.

Kanan soltó los controles de artillería. Les había dejado marcadas las huellas de sus manos, vio. Se frotó la frente.

—¿Nadie más tiene un plan?

Nadie dijo nada por un momento.

Entonces una voz vino desde atrás.

—Creo que podemos pasar al Plan Dos.

Kanan miró atrás para ver a Zaluna tratando de pasar al costado de Skelly. Estaba mirando afuera, a la *Recolectora*.

—¿Cuál era el Plan Dos? —preguntó Kanan.

—Pensé que el Plan Dos era frenar el proceso de inyección —dijo Skelly, colgado de la silla de Hera.

Zaluna negó con la cabeza.

—No, ese es el Plan Tres. El Plan Uno era informar sobre el conde Vidian. El Plan Dos era advertir a la gente. El Plan Tres era frenar la inyección…

—¿Podemos parar con esto? —le suplicó Hera. Indicó con la cabeza hacia la izquierda y le sonrió amablemente a Zaluna—. Hay una flota de cazas TIE a dos minutos, ¿recuerdas?

La mujer señaló adelante a la *Recolectora*.

—De acuerdo. Mira allí arriba. —Detrás de la rueda de carreta sin borde que era el conjunto de recolección se extendían siete globos, conectados en línea. El de la parte delantera de la nave, el más cercano a los radios, tenía un área de tripulación iluminada en la parte superior… y un gran plato redondo encima de ella—. Es un transmisor subespacial imperial.

—No lo había visto —dijo Kanan—. Buenos ojos.

—Por eso me pagaban. —Dijo sonriendo Zaluna—. Con esa cosa puedo conectarme a los sistemas de Transcept y enviar nuestra advertencia a Gorse. No podrán interferirlo.

Kanan se quedó mirando.

—Ahora esa es la nave de Vidian. Tendríamos que llevarte allí para que hagas tu trabajo.

Zaluna se encogió un poco ante eso, pero no se acobardó.

—Lo sé.

—Y tal vez incluso podamos impedir que Vidian envíe la orden de detonación a Cynda —dijo Hera.

—Dos por uno —dijo Kanan—. La hora feliz.

—Vas a querer uno o dos tragos fuertes después de esto —dijo Hera, haciendo girar al *Conveniente* en un amplio arco. Lo miró—. Esto no es lo que considerarías una apuesta segura. ¿Estás seguro de que *tú* quieres hacer esto?

Kanan respiró hondo. No era un desafío que aceptaría ni siquiera en su peor borrachera. Era una locura… pero todo lo había sido. Y tenía que admitir que se había sentido mejor estos últimos días haciendo algo, aunque fuera algo estúpido, que como se había sentido en los años de correr.

—No tengo nada más que hacer. ¡Vamos por ello!

—Muy bien. —Hera miró a la sullustana—. Abróchate el cinturón Zal. Todos los demás… ¡Agárrense!

Vidian había tenido suficiente con las personas que le decían lo que no podía hacer.

Como inspector de seguridad del gremio, había emitido edictos para la policía, pero no tenía ningún poder para hacerlos cumplir, mientras que sus supervisores corruptos constantemente lo socavaban. Había transformado su imagen y posición de modo que nadie pudiera decirle que no… y sin embargo, la gente lo intentaba de todas formas, intentando proteger sus viejas formas de hacer las cosas.

El pistolero y sus amigos, era obvio, estaban tratando de evitar que destruyera la luna. ¿Eran saboteadores que trabajaban para el barón Danthe? El barón había establecido el umbral de producción casi imposible que Vidian debía cumplir; bien podría temer el éxito aclamador del conde. Y Vidian sabía que el barón tenía espías por ahí, preguntando por Lemuel Tharsa, el «consultor independiente» de Vidian. Si era así, entonces Vidian estaba tanto más dispuesto a destruir la luna. Nadie le diría que no en esto.

Ahora conservaba la ventaja, gracias a su preparación lógica y cuidadosa. Las salvajes excentricidades del necio piloto no habían cambiado nada. Había añadido sus propias precauciones al plan de Skelly, y aquellas incluían el envío de más transportes de baradio de los que eran necesarios. Los navíos redundantes ya se movían a la zona recientemente acosada por el renegado. Sólo significaría un poco de tiempo perdido, no lo suficiente como para que el ácido xenobórico destruyera las bombas que estaba implantando en la luna. Era el mismo tipo de ácido en el que Lal había caído en Gorse, una necesidad de la refinación; la *Recolectora* estaba llena de esa cosa. Pero no se devoraría su plan.

Y la única variable fuera de control estaba a punto de ser cancelada. El carguero desbocado se había quedado sin espacio que recorrer, encerrado entre las armas de la nave recolectora y el enjambre de cazas TIE que ahora llegaba a la escena. Había pensado en todo. Era su fuerza, su poder. Algún día, la diferencia entre el éxito y el fracaso para el Imperio podría ser un detalle simple que alguien más podría pasar por alto. No sería culpa suya, y nunca sucedería mientras él estuviera vigilando. Lo vería todo, y actuaría.

—Estamos a una distancia segura de la luna objetivo —dijo—. Reorienten para enfrentarla.

Los motores vibraron y Cynda entro completamente reluciente en la vista. Vidian no se molestó en mirarla por más de un segundo.

—Denme una actualización sobre el enemigo —ordenó a su ayudante cibernética más cercana. Vidian nunca utilizaba el nombre de la mujer calva; no parecía necesario, después de su cirugía.

—El carguero no ha atacado —dijo con voz monótona—. Está dando vueltas. Sondeando el escudo de energía de la *Recolectora*.

—¿Hay alguna debilidad?

—No, mi señor. La única brecha en el escudo de energía está hacia atrás, a lo largo del eje horizontal de la nave. Los propulsores producen un flujo cuando se encienden.

Vidian se congeló. Los motores acababan de activarse unos momentos antes. Y era en la cola de la nave, por encima de los impulsores, donde estaban las bahías de transporte, abiertas al espacio…

—¡Alarma de proximidad! —dijo la mujer cyborg—. ¡Nave no autorizada aproximándose!

Vidian ya estaba mirando la escena, su alimentación óptica había cambiado a las cámaras externas posteriores. Perseguido locamente por una docena de cazas TIE, y esos eran sólo los que estaban a tiro, el carguero errante corría hacia la popa de la *Recolectora*.

—¿Qué están esperando? —dijo Vidian—. ¡Todas las torretas defensivas, fuego!

En el exterior, el *Conveniente* pasó disparado en medio del fuego cruzado hacia la parte posterior de la *Recolectora*. Filas de bahías de aterrizaje encaramadas encima y metidas debajo de los impulsores que brillaban intensamente, abiertas al espacio.

—Una puerta abierta es tan buena como una invitación —dijo Hera.

Pero el carguero iba demasiado rápido, pensó Kanan.

—¡Esto estará cerca!

En el último instante, Hera disparó los cohetes de maniobras del *Conveniente*, haciendo girar la nave. La nave entró de culata a la bahía, perforando la pantalla magnética. Hera disparó los propulsores principales, reduciendo la velocidad, y quemando el cromo de cualquier droide cargador en su camino.

El *Conveniente* tocó la superficie de aterrizaje, rozando ruidosamente la cubierta mientras resbalaba hacia el interior. Era un hangar largo, y el carguero lo necesitó todo para frenar. Kanan agarró los apoyabrazos, sabiendo que la pared del fondo tenía que estar ahí en alguna parte…

Una sacudida violenta estremeció la nave, haciendo tambalear a los subordinados del conde Vidian. Arriba, un droide se resbaló entre la pasarela y la barandilla y cayó a la cubierta principal con un estrépito.

Vidian, preparado para el impacto, no se inmutó.

—A todos los soldados a bordo de la *Recolectora* —transmitió—, prepárense para repeler un abordaje. ¡Ya era suficiente!

Capítulo cincuenta y uno

—*¡Seguimos vivos!*

Lo había dicho Skelly, pero Kanan estaba tan sorprendido como cualquiera. Y Hera simplemente se acomodaba los guantes como si nada hubiera pasado.

—Eres increíble —dijo Kanan—. Me mudaré definitivamente al asiento del pasajero.

—Es hora de bajar de él. —Hera se puso de pie, comprobó sus armas y se dirigió a la esclusa de aire—. ¡Vamos, Zal!

Zaluna respiró hondo y recuperó su bolsa de magia electrónica de detrás del asiento de aceleración. Se reunió con Hera en la puerta.

Vidian casi seguro estaba en la cabeza de la *Recolectora*, donde estaba el transmisor.

—¿Tienes alguna otra cosa a bordo que podamos utilizar? —Hera preguntó a Kanan—. No conocemos el terreno.

—Creo que sí. —Ajustándose la pistolera, Kanan fue por el pasillo hasta un compartimiento de almacenamiento. Se arrodilló frente a un contenedor y lo abrió. Allí, junto a la bolsa de explosivos improvisados de Skelly, que él había escondido por seguridad, había parte del kit de emergencia de Cynda: una pistola de rappel con enrollador automático. Se la pasó a Hera.

Estaba a punto de cerrar el compartimiento cuando vio su propio bolso de viaje… el que había cargado con él al irse de Gorse. Se le ocurrió un pensamiento, y abrió el cierre, tanteando en busca de algo en su interior.

Su sable de luz.

Estaba allí, escondido inocuamente en la funda de lona de la mira para un rifle bláster. Kanan vaciló un momento antes de retirar la funda y amarrarla a su pierna izquierda, del lado opuesto a su pistolera. Por supuesto que no iba a usarlo, pero a diferencia de en Depósito Calcoraan, las posibilidades de que la nave fuera revisada eran bastante buenas. No quería que nadie lo encontrara.

Se volvió para ver a Skelly mirándolo. Por un momento, Kanan se preocupó de que preguntara sobre la funda de mira: después de todo, él no tenía ningún rifle, pero rápidamente se dio cuenta de que Skelly estaba mirando su bolsa de la muerte.

—No voy a dejar que nos hagas explotar a todos —dijo Kanan. Levantó la bolsa de Skelly—. Esto viene conmigo por seguridad.

—Te harás explotar a ti mismo por sólo llevarla. —Skelly se forzó a ponerse en pie—. Está bien. Déjala. Iré contigo.

Kanan frunció el ceño.

—¡Apenas puedes caminar!

—Así podré cuidar la retaguardia. Deja eso y vámonos.

El interior de la *Recolectora* era el piso de una enorme fábrica automatizada, descubrió Kanan. Las siete esferas que formaban el cuerpo de la nave lo atravesaban en fila, formando un único atrio de varios pisos de altura que se extendía hacia adelante fuera de la vista. Cubas, centrifugadoras, cintas transportadoras, tubos neumáticos… era una producción de Denetrius Vidian, sin lugar a dudas.

Parada junto a una barandilla con vista al área, Hera quedó momentáneamente maravillada ante la vista.

—Es como si alguien hubiera metido todas las refinerías de Luzdeluna en una nave estelar.

—Date prisa, para que podamos salvar a la verdadera —dijo Kanan. Pudo ver a los soldados de asalto abajo en el piso principal, corriendo hacia ellos desde el otro extremo. Unas escaleras de metal conducían a lo que sería más de un kilómetro de dura lucha, casi la longitud de un Destructor Estelar.

—¿Puedo… volver… y buscar mis bombas? —dijo Skelly, jadeando en la barandilla. Había quedado atrás dos veces, y se había caído una vez, en el camino hasta aquí desde las bahías de aterrizaje.

Kanan meneó la cabeza y miró a Hera. Ella estaba mirando hacia arriba a las vigas del techo.

—¿Qué tienes?

—Parece que vamos para arriba —dijo, señalando—. ¡Allá!

Kanan entrecerró los ojos. Arriba de todo, las vías de un tranvía suspendido del techo corrían por toda la longitud de la habitación entre dos bancos de iluminación industrial. La mirada de Kanan la siguió hasta su propia ubicación… y a los peldaños de una escalera de mano unida a la pared detrás de ellos, de unos quince metros de alto o más. La escalera era el único camino al tranvía: no había manera de que la pistola de rappel pudiera llevar a más de uno a la vez.

Hera tuvo la idea; Kanan hizo el plan. Así era cómo las cosas estaban funcionando entre ellos. Kanan hizo que Hera subiera por la escalera en primer lugar, haciéndola parar a intervalos y proporcionar fuego de cobertura, de ser necesario, contra cualquier imperial que llegara. Luego envió a Zaluna, que subió sin rechistar. Las alturas al parecer eran otra cosa más a la que Zaluna no tenía miedo.

Skelly era su problema. Había deducido que el tipo tenía que ir por delante de él o nunca subiría en absoluto, pero eso hacía que su progreso fuera extremadamente lento. Skelly sufría dolor… y era reacio a utilizar la mano derecha para agarrarse.

—¡Sigue adelante, Skelly! —gritó Kanan, después de la tercera vez que se paró.

Skelly colgaba precariamente, con el brazo derecho enrollado alrededor de un peldaño.

—Sólo dame un…

Skelly nunca terminó la frase. El fuego bláster salpicó la pared alrededor de él, haciéndolo perder el asimiento. Kanan intentó en vano aferrarlo cuando el hombre pasó cayendo a su lado, sacudiéndose.

—¡Skelly!

El hombre cayó hacia fuera, su cuerpo chocó contra la barandilla del balcón en el que habían estado antes. Skelly cayó flácidamente por el costado y fuera de la vista… presumiblemente al piso de la fábrica. Desde lo alto, Hera abrió fuego contra los atacantes de Skelly.

Colgado en parte fuera de la escalera, Kanan estiró el cuello para ver alguna señal de Skelly. No podía ver nada… y ahora más tiradores estaban llegando al área. Hera lo llamó desde arriba.

—¡Kanan, vamos!

Kanan trepó a toda velocidad por la escalera, escapando por poco de varios tiros en el proceso. Al alcanzar el ápice, llegó a un pequeño descanso de metal junto al tranvía estacionado. Hera ya estaba en él, colgando sobre el frente y mirando hacia abajo.

—No hay ni rastros de Skelly —dijo ella. Miró atrás, con el rostro tenso—. ¡No creo que pudiera haber sobrevivido a eso!

—No hay nada que hacer —dijo Kanan, apiñándose en el tranvía con los demás—. Lo buscaremos cuando volvamos… *si* volvemos. ¡Sigamos adelante!

Una vez activado por Hera, el tranvía corrió vibrando por cientos de metros. Corría sobre un único carril, probablemente electrificado, pensó Kanan, que se unía al techo con una estructura metálica.

Las cosas estuvieron tranquilas por un minuto, hasta que los soldados de asalto encontraron dónde estaban los intrusos. Entonces fue temporada de caza en las estructuras del techo, con disparos de bláster rebotando en las vigas, el techo… incluso algunos en el mismo tranvía. Pasándole el control del vehículo a Zaluna, Hera y Kanan devolvieron el fuego, pero los objetivos eran demasiado pequeños y numerosos. Y ni siquiera habían viajado la mitad del camino del piso de la fábrica.

—Tenemos que hacer algo antes de que saquen la artillería pesada —dijo Hera.

Kanan le dio un codazo.

—¡Mira eso! —Señaló hacia abajo y por delante a unos enormes cilindros en el piso de la fábrica, hechos de algún tipo de compuesto especial transparente. En su interior había un líquido de un impactante color verde—. Ácido xenobórico… ¡como en la fábrica de Lal! —Tenía sentido: Era una refinería de thorilide, después de todo. Kanan y Hera se miraron, se encogieron de hombros simultáneamente, y luego apuntaron sus armas al tanque más cercano.

Varios tiros de bláster golpearon el contenedor en el mismo lugar. Un enfermizo gemido después, el material protector cedió, liberando una fuente de ácido. Un soldado de asalto golpeado dejó caer su arma y gritó tan fuerte que lo oyeron desde cerca del techo. Entonces falló toda la estructura del tanque, desatando un torrente al suelo. Ahora todos los soldados de asalto estaban en movimiento, corriendo a nichos para escapar del efluente y deshaciéndose de las botas y armaduras afectadas.

Kanan y Hera dispararon a otro tanque y luego a otro, a medida que el tranvía avanzaba. El truco estaba despejando su camino mejor que cualquier ejército. Le sonrió a Hera, con la esperanza de verla sonreír en respuesta.

En su lugar, la vio hacer una mueca mientras el tranvía se frenaba hasta detenerse. Hera fue al lado de Zaluna y presionó en vano los botones de control.

—Se terminó el paseo gratis —dijo—. Alguien sabe que estamos aquí.

—Creería que fueron aquellos tipos —dijo Kanan, señalando hacia abajo. Los disparos láser volvían a golpear el techo, pero con menos precisión que antes: los tiradores se amontonaban encima de consolas de control y otros equipos, evitando el flujo ácido. Miró el panel de control del tranvía—. Creo que puedo cablear esa cosa.

—Sé que yo puedo —dijo Hera, trepando por el costado—. ¡Tú sigue disparando! ¡Nos estamos quedando sin tiempo!

Kanan se volvió para hacer exactamente eso… cuando Zaluna le tocó el hombro. Señaló hacia arriba, donde la estructura de la vía del tranvía se conectaba con el techo. Una fila de vigas recorría toda la longitud de la línea, ofreciendo por encima un pequeño espacio protegido donde arrastrarse. Pero Kanan se dio cuenta de que habría que arrastrarse sobre manos y rodillas durante mucho tiempo, y habría que ser pequeño y atlético para llegar hasta allí.

—No creo que yo pueda llegar allí —dijo Zaluna—. Pero uno de ustedes podría ir.

—No sabemos cómo acceder a los sistemas de comunicaciones globales de los que hablaste —dijo Hera.

—Espera un minuto —dijo Kanan, teniendo una idea—. ¡Hera, vuelve a entrar!

Cuando lo hizo, él bajó el arma y alcanzó la pistola de rappel. Anclando las piernas detrás de la consola, se inclinó hacia fuera y disparó contra uno de los soportes horizontales, lejos por delante. El gancho se tensó, y el enrollador motorizado se activó gimiendo. El riel podría tener la corriente cortada, pero el tranvía todavía se movía sobre él… aunque lentamente.

—Somos demasiado pesados —dijo Hera. Miró hacia arriba a una zona de desembarque, mucho más adelante—. Con los tres tomará para siempre. Yo iré por la ruta de arriba.

Zaluna la miró, con el rostro tenso.

—Hera, no creo que debas ir sola.

—Y tú tampoco deberías —dijo Hera—. Kanan, asegúrate de que llegue allí. ¡Envía ese mensaje de advertencia! —Trepó al costado del coche y saltó. Aferrándose ágilmente al costado de uno de los soportes, lo envolvió con su cuerpo y desapareció en el pequeño espacio horizontal, a salvo de los disparos de los soldados de asalto.

El cable rebobinó, Kanan soltó el gancho y se preparó para disparar otra vez. Zaluna, que buscaba en vano un atisbo de Hera arrastrándose, sacudió la cabeza.

—Vamos a tener que enviar el mensaje mientras Vidian está en la habitación, ¿verdad?

—Ya has llegado hasta aquí, Zal. La parte más difícil terminó. —Kanan sonrió y disparó el gancho. Sus maestros Jedi le habían advertido acerca de mentir a sus mayores, pero supuso que esta vez era por una buena causa.

—La *Recolectora* informa haber sido abordada —avisó un alférez desde un terminal—. Una pequeña fuerza de incursión. Tres, quizás cuatro.

—Espere. —La capitán Sloane fue hasta la estación del suboficial y miró sobre su hombro. El *Ultimátum* estaba recibiendo algunas transmisiones de seguridad de la nave de recolección, pero era difícil ver mucho. Por un momento, creyó vislumbrar a una twi'lek corriendo, y luego definitivamente encontró al arrogante jinete del espacio.

Sacudió la cabeza.

—¿Está la *Recolectora* pidiendo ayuda?

—No, capitán. El conde Vidian sigue con la cuenta regresiva, esperando que el sitio de inyección final termine su trabajo.

Sloane asintió. Vidian tenía sus propios soldados de asalto y guardia personal allí. Sería improbable que necesitara ayuda. Aún así, era difícil quedarse aquí, sin saber qué hacer. Era en momentos como este cuando extrañaba ser una oficial subordinada, con alguien alrededor que le diera las respuestas…

—¡Capitán!

Sloane se volvió para ver al comandante Chamas que entraba corriendo al puente en dirección a ella.

—¿Qué pasa?

Chamas parecía pálido.

—Tenemos un mensaje de prioridad uno para usted.

Sloane se detuvo.

—¿Del Almirantazgo?

—No —dijo el comandante, sin aliento—. *Del Emperador*.

Los ojos de la capitán se abrieron.

—Lo recibiré en mi sala de espera. —Ya estaba en la puerta cuando terminó la frase.

Capítulo cincuenta y dos

El comandante Chamas apareció en holograma, hablando a la tripulación de mando de la *Recolectora*.

—Su conexión al Control de Detonación está activada, conde Vidian. Las lecturas muestran diez minutos hasta que las últimas cargas estén implantadas.

—Ya veo. —Vidian ya estaba viendo los progresos en el último sitio de inyección—. Las demoras causadas por ese necio carguero no fueron fatales.

Todavía estaba molesto ante el fracaso de los cazas del *Ultimátum* en detener al renegado, pero el aterrizaje forzoso de la nave en la *Recolectora* no le había costado mucho. Los infiltrados se habían escabullido alrededor de sus soldados de asalto, pero él había apagado la línea de tranvía. Habían dañado la zona de la refinería, cierto… pero tenía muchas otras naves cosechadoras en camino.

Miró al holograma.

—¿Dónde está Sloane?

—La capitán se encuentra… *indispuesta*. —Chamas parecía agitado.

—Se perderá el espectáculo.

—Requiere usted asistencia contra…

—No. *Recolectora* fuera. —Vidian cortó la transmisión, y Chamas desapareció. El cyborg nunca había tenido ningún uso para el hombre y no quería hablar con él nada más de lo necesario. No ahora, en su momento de éxito.

Los sonidos de fuego bláster venían desde el pasillo meridional, uno de los tres portales en la planta baja que llevaba al centro de comando. Vidian se cambió a la transmisión de una cámara de seguridad del pasillo y no vio nada inusual en absoluto, sólo sus soldados de asalto haciendo guardia. Pero algo estaba mal con la imagen. Estaba congelada, los soldados detenidos a medio movimiento como estatuas… incluso mientras los centinelas en la habitación con Vidian estaban disparando por la puerta sur. Ellos veían algo que él no podía.

—¡Bajen las puertas de seguridad en el nivel del piso de comando!

Unas barreras pesadas descendieron lentamente de los marcos de las puertas en las tres grandes entradas. Aún disparando a quienquiera que estuviese en el pasillo, uno de los soldados de asalto cargó por la entrada, moviéndose para pasarla antes de que la puerta se sellara. Pero un disparo de bláster le dio a mitad de un paso y cayó de costado. La enorme puerta bajó sobre la clavícula del soldado. Se detuvo allí, dejando un espacio de medio metro de altura entre la parte inferior de la puerta y el piso debajo.

Vidian oyó cesar el fuego bláster. La apertura era demasiado pequeña para que el atacante la explotara fácilmente, quienquiera que fuese. Comprobó otra vez la transmisión de la cámara. Todavía mostraba a los guardias parados inmóviles, y la puerta seguía abierta en la imagen.

—Alguien ha estado interfiriendo con lo que puedo ver.

Un sonido indicador vino de su consola de comando. Un momento crítico había pasado: El último conjunto de cargas de baradio estaba siendo cargado en la torre de perforación para el descenso al interior profundo de Cynda. No podía permitirse más distracciones. No había puertas blindadas en las entradas al nivel superior de su aposento, pero podría colocar a sus centinelas restantes allí. A su orden, los soldados de asalto subieron corriendo por las escaleras a las pasarelas. Eso dejaba una sola ruta a la habitación, por el que podría acabar con su verdadero enemigo de una vez por todas.

Se volvió a la consola de comando, dando la espalda a la puerta principal. Esto sería un asunto simple.

Kanan estaba haciendo guardia en medio de los cuerpos de los soldados de asalto caídos. Había llegado antes que Hera, como esperaba, pero no había ninguna buena manera de pasar a hurtadillas a los soldados de asalto en estado de alerta. Ahora había por lo menos una forma de entrar a los aposentos de Vidian… para uno de ellos.

—¿Lista?

Mirando a los soldados caídos, Zaluna se estremeció.

—No lo sé.

—Sabías que tendrías que hacer esto sola, ¿verdad? No podemos colarnos los dos.

—No creí que llegaríamos tan lejos. —Zaluna devolvió su aparato a la bolsa. Tuvieron que engañar a las cámaras de vigilancia en su acercamiento, como en Depósito Calcoraan, pero el truco no funcionaba tan bien cuando alguien estaba en la escena. Ahora no había forma de evitarlo—. ¿Estás seguro que no quieres un tutorial sobre como infiltrarte en los sistemas de comunicaciones imperiales?

—Lo haría si pudiera —dijo Kanan. Podía oír más tropas que corrían en la sala, buscándolos—. Se nos ha acabado el tiempo.

—Sucede.

Los soldados de asalto estaban acercándose. Kanan se arrodilló, protegiendo la puerta delante de ella.

—Siento que tengas que hacer esto, Zaluna. Tú nunca pediste nada de esto.

—Tú tampoco —dijo ella, ajustándose la bolsa—. Eres una persona decente, Kanan, no importa lo que tratas de mostrar al mundo. Sigue siendo así.

Con un diligente saludo, Zaluna se puso a cuatro patas y se asomó por debajo de la puerta blindada apuntalada por el cuerpo del desafortunado soldado de asalto. Miró hacia atrás y murmuró:

—Todos cyborgs, todo el tiempo. Va a ser igual que evadir las cámaras. Luego se escurrió por debajo de la puerta.

La habitación era terriblemente grande, con un montón de consolas de computadora por todas partes. Más lugares para esconderse. Zaluna se arrastró detrás de una. Los asistentes cibernéticos de Vidian estaban aquí y allá, pero su mente parecía estar en su trabajo.

Zaluna se movió silenciosamente de una estación de trabajo a otra, con la esperanza de que los oídos artificiales en la sala no oyeran sus articulaciones crujiendo ni su corazón palpitando. *Es como abrirme camino por el piso de esa cantina el otro día*, se dijo. No lo era, pero pensarlo la ayudaba.

Finalmente, encontró una consola cerca de la pared oriental que parecía tener una conexión al sistema de comunicaciones… y un agradable pequeño rincón detrás, donde ella podría conectarse y enviar su aviso.

El texto tendría que bastar. Ella lo había preescrito durante el viaje en tranvía: *«Gente de Gorse, cuidado con…»*. Lo enviaría y esperaría lo mejor.

Estaba a punto de conectarse al puerto cuando una voz vino desde arriba.

—Y aquí está nuestro roedor.

Agarrada por la espalda de la camisa, Zaluna fue arrastrada hacia arriba y afuera. Al ser girada, vio la luna por las ventanas. Vio soldados de asalto corriendo por los escalones metálicos de la planta principal. Y ahora miraba directamente a los terribles ojos del conde Vidian.

Él sacudió violentamente a la mujer. Su bolsa se abrió, derramando su bláster y todos sus dispositivos. Vidian estudió los instrumentos.

—Así que trajeron un hacker. Sabía que había alguien más. —Con la otra mano en el cuello de Zaluna, la volvió a traer cara a cara con él—. Si sabes de cámaras de vigilancia, deberías haber recordado algo más: No siempre sabes dónde están.

Se volvió y la lanzó al otro lado de la habitación.

En medio de disparar contra los soldados de asalto que se acercaban a la puerta, Kanan escuchó el grito de Zaluna.

El gambito había fallado. Kanan disparó una y otra vez, lanzando a sus últimos atacantes a la cubierta. Enfundando el bláster, volvió hacia la puerta. Había caído más desde que Zaluna había pasado por debajo: los servos seguían presionando, tratando en vano de pasar a través del obstáculo acorazado.

Kanan puso las manos en la parte inferior de la puerta blindada y empujó hacia arriba. Sus músculos protestaron, luchando contra la pesada puerta y el mecanismo que la sostenía en su lugar. El metal gimió, y luego algo crujió. Levantó la puerta medio metro desde donde había estado… hasta donde no subía más. Era suficiente. Deslizó las piernas por debajo y rodó, aun mientras la puerta comenzaba a moverse otra vez.

Enderezándose, vio al conde moviéndose al acecho hacia el cuerpo inmóvil de Zaluna. Kanan se puso de pie.

—*¡Vidian!*

Un soldado de asalto cargó hacia Kanan desde el lado izquierdo de la puerta, con el bláster levantado. Kanan se movió como un rayo, agarrando el rifle por el cañón y empujando. El soldado tropezó hacia atrás, lo que le permitió arrebatarle el arma. Otro soldado vino hacia él, desde atrás. Kanan giró sobre sí mismo, golpeando el costado del casco de su atacante con el arma.

Vidian cargó. Kanan dio vuelta el rifle del soldado de asalto. Tres disparos de bláster se estrellaron a quemarropa contra el cuerpo de Vidian, chamuscándole la túnica. Kanan sabía que eso no lo detendría… pero tenía que apartar al hombre de Zaluna. Vidian cargó, agarrando el cañón del rifle bláster. Lo arrancó y lo aplastó con sus manos de metal.

—De prisa —dijo el conde, imperturbable—. Tengo un horario que cumplir.

Kanan movió la mano a la pistolera antes de cambiar de idea. Había aprendido algo de su primera pelea. En cambio, se zambulló al costado mientras Vidian se lanzaba, golpeando el suelo lo suficiente para volver a saltar… hacia la espalda de Vidian.

Enfurecido, Vidian le lanzó unos zarpazos que desgarraron la ropa de Kanan. Clavando los talones en las caderas de metal del cyborg, Kanan envolvió los brazos alrededor de la parte posterior del cuello de Vidian y se aferró como si su vida dependiera de ello.

Hera saltó de pasillo en pasillo, evitando los grupos de soldados de asalto. Eran numerosos en este extremo de la *Recolectora*… y al parecer habían hecho mucho ejercicio por la infiltración anterior de sus amigos.

Sí, Kanan ha estado aquí, pensó, mirando alrededor de la esquina a los cuerpos de los soldados aturdidos. Otros soldados de asalto estaban atendiendo a sus compañeros y ayudando a defender sus puestos. Ella no podría seguir el camino que había tomado Kanan.

Abriendo un portal que se apartaba de la sala principal, entró a un área de almacenamiento de equipos… y vehículos de carga, todos desatendidos. Incluso había varios carros flotantes como el que Kanan utilizaba en Cynda.

Un montacargas motorizado captó su atención. Un vehículo repulsor de trabajo pesado, lo bastante estrecho como para moverse por los pasillos… con una cabina que ofrecía algún grado de protección de los atacantes que tuviera enfrente.

Hera sonrió. Conducir equipos de carga era el trabajo de Kanan, pero le mostraría lo que ella podía hacer.

Zaluna despertó a una pesadilla. El sonido la alcanzó primero… Vidian tropezando por ahí, chocando la espalda contra consolas y paredes mientras intentaba deshacerse de

Kanan. Unos horribles graznidos salían de los altavoces de Vidian cuando los circuitos electrónicos intentaban expresar su furia animal.

Y sin embargo Kanan seguía moviéndose, cambiando su agarre cada vez que Vidian estaba a punto de soltárselo. De una llave de cabeza, a los brazos alrededor de los hombros del cyborg, a una llave de cabeza otra vez, el hombre más joven se retorcía en respuesta a cada movimiento del conde.

Zaluna se obligó a sentarse. La pierna le dolía horriblemente donde había aterrizado… pero los únicos soldados de asalto aquí estaban en el suelo. Los asistentes cibernéticos de Vidian se arremolinaban cerca de las paredes, mirando como el par hacía estragos en su espacio de trabajo. Vidian pasó tambaleándose con Kanan otra vez, casi pisándola. Ella rodó…

… y vio su pistola, en el piso donde la había dejado caer. Ahora Vidian tenía un asidero en el tobillo izquierdo de Kanan, vio ella. Tenía que ayudar a su amigo. Zaluna se zambulló hacia el bláster y se levantó para hacer frente al conde.

—¡Zal, no! —Gritó Kanan.

Vidian barrió hacia delante, soltando su agarre en Kanan y alcanzando el bláster. Ella trató de disparar… pero ahora él había agarrado el cañón. Apretó el gatillo. Zaluna vio un destello más brillante que el relámpago cuando el paquete de energía del bláster se descargó en sus rostros. Cayó de espaldas… y no vio nada más.

El destello disminuyó. Kanan, que había recordado lo que sucedía cuando los disparos de bláster golpeaban a Vidian, había saltado para alejarse un instante antes de que ocurriera el destello. Cuando sus ojos se ajustaron a la luz, Kanan vio a Zaluna desvanecida.

—¡No!

Vidian se tambaleó, sosteniéndose la cara entre las manos. Kanan conjeturó rápidamente que el hombre había sobrestimado su capacidad para resistir ataques de energía. Las saetas de bláster eran una cosa; los paquetes de energía explotando a quemarropa eran otra cosa. Kanan pasó corriendo a su lado hasta al lado de Zaluna. La mujer todavía respiraba, vio, pero su cara estaba quemada.

Al igual que, veía ahora, la de Vidian. Recuperado, el cyborg se había quitado las manos de la cara. Su cobertura facial de sintopiel estaba chamuscada y derretida, revelando al hombre de metal debajo. Se enderezó y miró abajo al par.

—Esto termina ahora, pistolero. Desenfunda tu arma.

Kanan estaba a punto de hacerlo… cuando oyó algo más: fuego bláster haciendo eco en la enorme cámara. No podía determinar de dónde provenía. Mirando a su alrededor, Vidian actuó como si él tampoco pudiera darse cuenta… ni pudiera identificar el horripilante chirrido que lo acompañaba.

Entonces todo el mundo lo vio: un enorme montacargas flotante estaba forzando el paso a través de una de las puertas superiores en la pasarela de arriba. Dos desventurados

soldados de asalto ya habían sido recogidos por sus enormes brazos… y un tercero, cogido por sorpresa, cayó atrás sobre la baranda hasta el piso del centro de comando.

El vehículo siguió adelante, rompiendo la barrera de la pasarela. Vidian, sorprendido ante la nueva llegada desde arriba, se zambulló al costado… incluso mientras Kanan se movía para proteger a Zaluna. Con un estrépito ensordecedor, el montacargas y los soldados que sostenía golpearon el piso entre los infiltrados y Vidian. Los brazos de elevación se sacudieron violentamente, uno casi golpeando las espinillas del conde.

Hera salió de la cabina. Vidian la miró con asombro.

—¡Tú!

—Ese es el truco con las cámaras de vigilancia, conde. No puedes verlas a todas a la vez. —Sacó sus blásteres.

Vidian comenzó a abrirse paso hacia ella entre la pila de escombros.

—Debiste haber intentado atropellarme. Sabes que tus blásteres no pueden herirme.

—No, pero esto podría. —Hera se dio vuelta y apuntó cada uno hacia una ventana diferente—. Estos ventanales no tienen escudo magnético… y estos blásteres están puestos a plena potencia. Puedo descomprimir todo este compartimiento. Si haces cualquier movimiento contra mis amigos, o tratas de dar la orden de detonación… ¡tendrás toda una nueva dirección!

Vidian respondió con un resoplido digital.

—¿Y a quién de nosotros crees que le iría mejor en tal eventualidad? —Fue hasta una consola y sujetó la mano izquierda a ella—. Yo no iré a ninguna parte. Y mi respiración ya está mejorada. —Meneó la cabeza y dejó escapar una carcajada electrónica—. Pero encuentro lo que has dicho mucho más interesante. Por fin hemos llegado a ello. Desean salvar la luna, Cynda. —Miró a su alrededor a los trabajadores y a los pocos soldados de asalto que se movían, recuperándose y levantando las armas—. ¡Díganme para quién trabajan, ahora!

—Trabajo para todo el mundo. El pueblo de Gorse. ¡El pueblo de la galaxia!

Vidian pareció sorprendido. Luego se echó a reír.

—¡Creo que aquí tenemos una agitadora!

—Si destruyes la luna, destruirás el thorilide —gritó Hera—. ¡El Emperador no lo tolerará!

—No estés tan segura —dijo Vidian—. Soy más inteligente de lo que crees. —Se volvió para enfrentar la consola—. Voy a hacer esto. Y luego voy a averiguar quiénes son realmente. Y el Imperio va a destruir a todos los que sean importantes para ustedes.

Kanan lo fulminó con la mirada.

—Llegas un poco tarde para eso.

—Y su tiempo se acaba. Cuatro minutos para la ventana de detonación óptima. —Le sonrió a Kanan—. ¿Quieren que esperemos todos juntos?

Capítulo cincuenta y tres

Sloane supo en Depósito Calcoraan que se había metido en una trampa. Sólo que no sabía la trampa de quién.

El piloto bocón le había contado sobre la doble identidad de Vidian, sus fraudulentos resultados y su deseo de cumplir con el plazo del Emperador destruyendo a Cynda… y a Gorse junto con ella. Había pensado que eran puras tonterías y muy probablemente alguna extraña prueba de lealtad por parte de Vidian. Después de que el portavoz y sus compañeros en las sombras se hundieron en el piso por el ascensor hidráulico, Sloane había estado preparada para desestimarlo todo.

Pero Vidian le había dado demasiada importancia. Había intentado demasiado duro asegurar su cooperación, insistido demasiado en acelerar el proyecto hasta una conclusión. Su ascenso a capitán de Destructor Estelar permanente… por delante de todos los demás con más antigüedad, era más que un soborno. Era una coacción, algo a lo que nadie podría negarse.

Y la sugerencia de que él podría tener alguna forma de ascenderla a almirante —a ella, una capitán verde que todavía no tenía un puesto permanente— era simplemente un insulto a su inteligencia y al servicio al que había dedicado su vida.

Vidian, había dicho el hombre misterioso, vivía aterrorizando a la gente para que cumpliera sus cuotas. Sin embargo el miedo a la pérdida de estatus lo impulsaba a destruir un recurso que el Emperador podría haber esperado que produjera por los años venideros.

Y Sloane le creyó.

Pero no había ninguna forma de informar sobre la información del piloto subiendo por la cadena… no de la manera habitual. Era demasiado explosiva. En cambio, ella había vuelto de Depósito Calcoraan al *Ultimátum* donde Chamas había preparado una conexión segura con el barón Danthe, utilizando la información de contacto que éste le había proporcionado. Involucrar a un civil era muy irregular, pero Danthe era la única persona que conocía que tenía una esperanza de alcanzar directamente al Emperador o a alguno de sus secuaces.

Había seguido el silencio, durante el cual ella había hecho su trabajo según lo ordenado. Entonces, finalmente, había vuelto a saber de ellos en su sala de espera. La gente del Emperador había confirmado que todo lo que dijo el joven era cierto. Y había más.

Vidian ya había lanzado una conspiración para defraudar al pueblo de Gorse, antes de los días del Imperio. Al comprar y controlar secretamente Consultora Minerax, había emitido el informe crítico que aceleró el final de la minería de thorilide en Gorse. Ese único acto dañó el gremio para el que una vez trabajó mientras levantaba los intereses de la industria de los caza-cometas, la que controlaba mayoritariamente. Entonces en Gorse, el trabajo minero se había ido literalmente a la luna, desfigurando lo que había sido una famosa reserva natural.

Eso había sido suficiente para Vidian, hasta la semana pasada, cuando regresó al sistema por primera vez en años… y la parte de Sloane en él comenzó. A su regreso al sistema, Vidian había cortado la última conexión entre él y Lemuel Tharsa usándola a ella y al poder del *Ultimátum* para eliminar el centro médico de mineros donde había convalecido. Pero ese asunto era menor en comparación con el problema que enfrentaba para alcanzar los nuevos objetivos de producción del Emperador. La perspectiva recién descubierta de la destrucción de la luna por thorilide había sido una bendición repentina, y sus dedos metálicos se agarraron a la caña con todas sus fuerzas. Allí, otra vez, él había utilizado a Minerax para mentir, afirmando que el proyecto produciría con éxito a largo plazo. Minerax y su investigador principal: Lemuel Tharsa.

Como Vidian había esperado, el nombre y la reputación de Tharsa habían sido suficientes para obtener la aprobación imperial para la destrucción de la luna. El hombre y sus antecedentes eran reales. ¿No había Tharsa sido un veterano del Gremio Interestelar de Thorilide, antes de renunciar para cambiar su línea a la consultoría? ¿Y no había él dado el visto bueno a docenas de proyectos en los últimos años, algunos de los cuales habían redundado en beneficios personales para Vidian?

Sí, y no. Porque el piloto renegado había dicho la verdad. Vidian *era* Tharsa. Pero Vidian también había mantenido vivo el nombre de Tharsa, utilizándolo con el fin de avanzar sus metas y para enriquecerse. Además, la supuesta existencia de Tharsa ayudaba a ocultar el pasado del conde de otros, que podrían haber encontrado que su verdadero origen —como funcionario de un gremio del que todo el mundo se aprovechaba—, era menos convincente que su mítica autobiografía de un diseñador de naves de guerra que había enfrentado a sus superiores en el nombre de las tropas.

Había habido otra consecuencia: El Emperador tampoco había sabido la verdad.

El alcance y los recursos del Emperador Palpatine eran inmensos. Pocas cosas pasaban en el Imperio Galáctico sin que él lo supiera… por lo general, incluso antes de que sucedieran. Era algo bueno, y beneficiaba a todos sus súbditos. Pero Vidian había hecho buenas inversiones para cubrir sus huellas. Y quizás la imagen pasada de Vidian como un gurú de negocios en búsqueda de fama había hecho que el Emperador aceptara su identidad como era descrita. Mientras Vidian fuera tan eficaz como anunciaba su reputación, ¿qué diferencia hacía que se llenara los bolsillos presumiendo?

Mucha, comprendía ahora Sloane. Porque «Kanan» —el agente del Emperador, aceptaba ahora—, había, a través de ella, informado de la verdad a su amo. Vidian *había* mentido acerca de los resultados de la prueba lunar. Antes de pasar el informe, Sloane había hecho que el personal técnico del *Ultimátum* confirmara la afirmación del hombre: En menos de un año, la gran mayoría del thorilide sin cosechar de los restos de la luna se descompondría en el espacio, destruyendo el valioso premio del Emperador.

Los ayudantes de Vidian a bordo de su nave —los que existían, al menos—, habían ayudado a amañar la prueba, asegurando que se informaran datos falsos. Mientras todavía estaba atracado en Depósito Calcoraan, sus mejores técnicos habían reexaminado cada droide sonda en las bodegas del *Ultimátum*. La gente de Vidian había hecho un buen

trabajo al ocultar su manipulación, pero no lo suficiente. Con el fin de acelerar la destrucción de Cynda, Vidian se había visto obligado a preparar su engaño demasiado rápido.

Por supuesto, la verdad habría salido a la luz un año después de la destrucción de la luna: Vidian tenía que saber que el resultado podría enfurecer a Su Alteza. Y sin embargo, aquí estaba el conde, siguiendo adelante con el proyecto. Sloane se preguntaba si la búsqueda de venganza había enloquecido al hombre.

Pero Vidian no estaba loco. Tenía un plan, esbozado en un documento complementario que le fue proporcionado por el extraño: un archivo cifrado de las computadoras de Vidian. Los expertos del Emperador lo habían descifrado hacía sólo unos minutos, lo que provocó su llamada. La ira de ella se elevó ahora al leer el archivo.

Cynda sería destruida, y en menos de un año sería escombros sin valor… pero para ese momento, sería la responsabilidad de alguien más: probablemente su subordinado y mayor némesis, el barón Lero Danthe. El barón naturalmente señalaría a Vidian, quien a su vez culparía a Sloane y a la incompetencia de sus equipos de demolición. Su nombramiento de capitán interina terminaría de forma prematura. Y luego él correría al rescate con otra revelación: algo tan sorprendente que ella apenas podía creer que Vidian lo había ocultado todo este tiempo. Era un hecho que Consultora Minerax había descubierto quince años antes, y enterrarlo era la razón por la que Vidian había comprado la empresa.

La luna Cynda tenía más thorilide que el lado nocturno de Gorse. Pero el lado diurno de Gorse contenía *incalculablemente* más, todo enterrado bajo el calor abrasador de un sol que nunca dejaba el cielo.

Por otra parte había sido un dato inútil: Los seres orgánicos no podían laborar en ese calor. Y en ese momento, los proveedores de droides resistentes al calor pertenecían al lado separatista de las Guerras Clon. La cosa era inalcanzable. Y cuando terminó la guerra, Danthe quedó como el proveedor monopolista. Dicho premio haría a Danthe incalculablemente rico y poderoso, comprendió. No era de extrañar que Vidian hubiera ocultado el hecho.

Y también explicaba lo que había visto en Depósito Calcoraan: los trabajadores de Vidian estaban tratando de hacer ingeniería inversa en los droides de Danthe. El archivo de Vidian describía un calendario de un año para tener a sus propios droides listos para correr al lado diurno de Gorse, listos para cubrir la necesidad, cuando los restos de Cynda quedaran sin thorilide. En una secuencia de eventos típica de su preferencia por las soluciones limpias, Vidian eliminaría a un competidor y salvaría el día para el Imperio… todo mientras se embolsaba un enorme beneficio.

Pero iba a destruir la población de Gorse en el proceso. Y lo peor, arruinaría la carrera de Sloane.

Ella no iba a permitirlo. Y tampoco lo haría el Emperador. El Emperador no tenía objeciones a la destrucción de lugares por ganancias a corto plazo o de tratar de dañar a

los rivales. Pero la galaxia y todos sus activos le pertenecían, y sólo él decidiría dónde y cuándo se tomarían dichas acciones.

Eso hacía que su siguiente orden fuera fácil. Al volver desde su sala de espera al puente, sabía que los próximos momentos sobresaltarían a su tripulación tanto como a su aspirante a patrocinador.

—Abran un canal con el conde Vidian —dijo.

Chamas, mirándola con una mezcla de curiosidad y preocupación, chasqueó los dedos. La imagen holográfica del conde Vidian apareció.

—Ah, Sloane —dijo él—. Ha vuelto justo a tiempo Estoy a punto de detonar las cargas y pulverizar la luna.

—Entonces *sí* llego justo a tiempo —dijo, respirando hondo antes de continuar—. Tripulación técnica del *Ultimátum*: rescindan el enlace de Control de Detonación de la *Recolectora*.

—¿Qué? —El brillante conde Vidian la miró con sorpresa… al igual que la forma real del comandante Chamas, que estaba de pie cerca.

Sloane apretó el puño.

—Y todos los soldados de asalto a bordo de la *Recolectora,* en nombre del Emperador: *¡Arresten al conde Vidian!*

Capítulo cincuenta y cuatro

Les había sucedido igual a los Jedi, recordaba Kanan. En respuesta a alguna orden del Emperador, los soldados clon habían eliminado la preciada fuerza de combate de la República. Había sido un día oscuro… el más oscuro, por mucho, en la vida del joven Caleb Dume. Kanan Jarrus generalmente evitaba pensar en ello.

Pero ver a los soldados de asalto volverse contra su maestro: Era a la vez sorprendente y delicioso. Incluso si los imperiales también estaban apuntando con sus armas contra Kanan y sus amigos. Más soldados levantaron para abrir la puerta principal, con lo que el número total de guardias de armadura blanca subió a una docena.

Subida encima del montacargas, Kanan vio que Hera no sabía qué pensar. Pero era imposible confundir la reacción de Vidian a la capitán holográfica.

—Este es un acto temerario, Sloane. ¿Ha perdido la cabeza?

—Está bajo arresto por múltiples violaciones al código legal imperial. Falsificación de testimonio al Emperador. Especulación sin el permiso del Emperador. Incumplimiento de fe con el Emperador. Intento de dañar o destruir activos estratégicos considerados vitales para…

—El Emperador —terminó Vidian, con ira creciente—. ¿Se atreve a invocar su nombre? —Señaló a Kanan—. Estos… *anarquistas* le han envenenado la mente en mi contra. Son partidarios de Gorse, tratando de obstaculizar nuestro proyecto. —Volvió a mirar a la luna por las ventanas—. ¡Un proyecto que debe continuar!

—Olvídelo, Vidian —dijo Sloane—. No va a destruir nada hoy.

Kanan apenas podía contener su respuesta. Su gambito había funcionado, después de todo.

Vidian miró como el par de soldados de asalto se acercaba a él, como si estuviera decidiendo qué hacer.

—No lo creo —dijo. Miró a un par de sus asistentes cibernéticos—. Restauren el enlace con Control de Detonación.

Sloane le espetó:

—Ya hemos desconectado…

—No han desconectado nada. Las torres de inyección, los sistemas logísticos… ustedes sólo las instalaron. Mis trabajadores las fabricaron… y mis trabajadores pueden recuperar el control para mí en cualquier momento.

—Si así es como lo quiere —dijo Sloane—. Se extiende una sentencia de muerte a todos los trabajadores en el puente de la *Recolectora*. ¡Soldados de asalto, fuego!

Los soldados de asalto ejecutaron su orden, y varios de los ayudantes de Vidian, inmediatamente, a quemarropa. Vidian gritó algo, pero Kanan no lo escuchó. El fuego bláster ardía por todas partes, se echó a la cubierta. Metiéndose detrás de los restos destrozados de la cabina del montacargas, vio a Zaluna. Se veía maltratada, su rostro era un desastre quemado.

Tenemos que salir de aquí. Miró hacia atrás para ver a Hera bajando del montacargas hacia el suelo, esquivando disparos mientras lo hacía. Todo a su alrededor, los droides y ayudantes de Vidian caían.

Con el bláster en la mano, Kanan consideró unirse a ellos antes de volver a pensárselo. Para ser un hombre mayor, si todavía había un hombre en ese cuerpo, Vidian había alcanzado una rabia sobrehumana. Cualquiera que fuera la fuente de energía que accionaba las extremidades del hombre, aún no se había agotado. Sacudiéndose el disparo de bláster de un soldado de asalto, Vidian se lanzó hacia su atacante, aplastando en sus manos el casco del hombre. Un grito horrible después, Vidian estaba sobre otro soldado de asalto.

Kanan vio un portal recientemente abierto a un costado. Hera proporcionó fuego de cobertura mientras Kanan levantaba el cuerpo de Zaluna. Corrió hacia la salida y la dejó fuera de la puerta.

—Espera aquí —dijo.

—¿Es… broma? —murmuró ella.

—Lo siento. —Kanan se volvió hacia la habitación.

Hera, incluso en medio del caos, recordaba lo que más tenían que hacer.

—La consola de comunicaciones gritó —ella, señalando más allá de la última refriega. Saltó de detrás del montacargas, incluso mientras Kanan venía desde el otro lado.

Vidian ya estaba allí.

El último soldado de asalto ya había caído, Kanan se dio cuenta demasiado tarde. Hasta el último, los trabajadores de Vidian también habían caído… sólo más bajas en el lugar de trabajo en la máquina del conde. Sólo él, Hera y Vidian quedaban con vida aquí. Y Vidian acababa de terminar de presionar una serie de teclas.

—Enlace con Control de Detonación restaurado —dijo Vidian—. Con un poco más de un minuto de margen.

Era la misma voz presumida y satisfecha de sí misma que siempre habían oído de Vidian… pero el hombre mismo había cambiado mucho. Su túnica estaba hecha jirones; su piel artificial y nariz habían sido arrancadas y chamuscadas en su cara, dejando sólo una máscara de plata carbonizada. Saltaban chispas de sus articulaciones mecánicas. Sin embargo, seguía erguido. Se volvió hacia Kanan y Hera.

—No sé lo que le han dicho a Sloane. Pero una vez que el Emperador vea mis resultados, no importará.

—¿Tus resultados? —Gritó Hera—. ¡Destrucción y genocidio!

Vidian resopló.

—Lo están haciendo mal, saben. Nunca van a llegar a ninguna parte contra el Imperio. Son demasiado indisciplinados, demasiado desorganizados.

—Vamos a aprender —dijo Hera, blandiendo su arma—. La gente va a detenerlos. Los detendremos.

—Ya hemos tenido esta pelea antes, nosotros tres. No tienen nada que pueda hacerme daño.

—Tal vez *yo* tenga algo. —Kanan se palpó la funda en la pierna izquierda, donde estaba oculto su sable de luz.

—Tonterías —dijo Vidian, agitando la mano con desdén—. Si tuvieras algo, ya lo habrías usado. ¿Correcto?

Hera miró inquisitivamente a Kanan mientras Vidian se volvía hacia la consola. Kanan empezó a alcanzar su arma secreta, pero luego se detuvo. Algo, en algún lugar le dijo: *No, eso no. Ahora no.*

Todavía no.

—Olvídalo, twi'lek —dijo el cyborg, alcanzando la consola—. Él no tiene lo que se necesita para detenerme.

—Pero yo sí —dijo la capitán Sloane, el holograma volvió a aparecer en un parpadeo. Su expresión era de hielo, sus ojos estrechos—. Control de artillería del *Ultimátum*, apunten a la torre de transmisión y abran fuego.

Ahora Kanan se movió. Se movió de la forma en que sus instintos le dijeron que lo hiciera. Se zambulló no hacia Vidian, sino hacia Hera, derribándola, incluso mientras una de las ventanas detrás del conde se iluminaba como cien soles.

Si hubo algún sonido, Kanan no lo oyó. Sólo hubo luz, movimiento, y calor cuando la *Recolectora* se sacudió violentamente bajo el impacto de la andanada turboláser del Destructor Estelar. Apartándose de Hera, sus ojos demoraron lo que parecía una eternidad en ajustarse. Las luces se habían apagado en el centro de mando, y Vidian se tambaleaba como alguien atrapado en un huracán. Kanan comprendió por qué, mirando por las ventanas. Ahora, no era sólo el *Ultimátum*, sino los cazas TIE golpeando el escudo de energía de la *Recolectora*. La nave seguía en una sola pieza, por el momento, pero cada golpe sobre el escudo sacudía locamente todo el interior.

De alguna manera Vidian había vuelto a alcanzar la consola. Kanan estaba listo para ir tras él, aún agitado, pero esta vez fue Hera la que lo agarró a él, manteniéndolo cerca del piso. Vio la razón. La superestructura de la *Recolectora* estaba aguantando, pero la torre de transmisión, visible a través de los ventanales de la habitación, se había hecho pedazos bajo un golpe directo del *Ultimátum* en el escudo.

Sloane había ordenado el tiro, se dio cuenta Kanan. Y sus artilleros habían hecho su trabajo.

Con su oportunidad de destruir Cynda desvanecida, Vidian aulló y se volvió. Corrió hacia atrás a través de la entrada principal, sin prestar atención a Kanan y Hera. Encontrando su bláster cerca en el piso, Kanan se levantó para seguir a Vidian.

Detrás de él, Hera llamó.

—¡Kanan, no! —Él miró atrás. Ella todavía estaba poniéndose de rodillas cerca de la puerta a la que había arrastrado a Zaluna, debajo de la pasarela que se había dañado antes—. Tenemos que llegar a una…

El tiempo se detuvo para Kanan. Y luego comenzó otra vez, lentamente.

Lo vio todo. Vio el bombardero TIE afuera, lanzando su torpedo contra el escudo de energía de la *Recolectora*. Vio el puente agitándose violentamente, en respuesta. Vio la pesada pasarela de duracero, ya debilitada por la entrada del montacargas de Hera, soltarse de sus amarres. La vio caer hacia Hera. Hera… se había percatado pero no estaba en posición para salir fuera del camino.

Reconoció los obstáculos entre ellos… los escombros y los cuerpos, yaciendo en medio de la ruta más rápida. Sin pensarlo, los apartó con la mente, despejando un camino. Ninguna barrera lo separaba de Hera.

Y se movió. Se movió más rápido que cuando había salvado a Yelkin, más rápido de lo que recordaba haberse movido en años. Todo con la esperanza de agarrarla y zambullirse por debajo de la puerta.

Excepto que el tiempo también se movió más rápido… más rápido que sus esperanzas. Llegó demasiado tarde, igual que había llegado demasiado tarde para salvar a la maestra Billaba. La Fuerza había llegado demasiado tarde para muchos ese día. Pero ahora estaba con él, cuando se deslizó al piso junto a Hera. Hera, conociendo el peligro en el que estaba levantó la mano como para ahuyentarlo hacia la seguridad. En su lugar, Kanan miró hacia arriba, agitando la mano…

… y suspendiendo la gigantesca pasarela en el aire, a centímetros de las cabezas de Hera y él.

Ella la miró, estupefacta… y después a él. Cohibido, Kanan empujó el aire, apartando la masa a un costado. Aterrizó con un estampido colosal.

La *Recolectora* se estremeció otra vez bajo ataque imperial. La vista de afuera era una cosa de belleza perversamente maravillosa, pensó él: destellos de luz ante la luna mientras los cazas hacían sus ataques. Pero todo palidecía ante la mirada que vio aquí en la oscuridad, en los ojos de Hera.

—Pero… —empezó a decir—. Pero eres…

Con una sonrisa irónica, Kanan le puso el dedo en la boca.

—Shh. No se lo cuentes a nadie.

Ella lo miró por un largo momento de asombro antes de comprenderlo… y una suave sonrisa llegó a su rostro. Asintió con la cabeza.

—Vamos.

Capítulo cincuenta y cinco

La cápsula de escape se disparó de la *Recolectora*. Kanan se encorvó sobre la pequeña ventana circular y miró atrás a la nave de recolección. Varias otras pequeñas cápsulas se estaban lanzando, vio… y el Imperio observaba a cada una.

—Caza TIE en nuestra cola —dijo él.

—No tenemos cola. Apenas tenemos motor. —Hera guiaba la pequeña palanca para dirigir al vehículo. Era casi el único control que tenía—. Creo que el TIE sólo nos está siguiendo.

—Lo sé. —No había nada que hacer. Kanan se apartó de la ventana y volvió a limpiar cuidadosamente el rostro quemado de Zaluna con un paño embebido en bacta del botiquín.

El *Ultimátum* todavía disparaba a la *Recolectora*; tan pronto como terminara, Kanan sabía que probablemente comenzaría a examinar todas las cápsulas de supervivencia. Sloane estaría buscando a Vidian, pero encontraría a Kanan y compañía en su lugar.

—¿Todavía no puedes ver? —Kanan le preguntó a Zaluna.

—De todos modos no hay nada bueno para ver —respondió ella.

Vidian vadeaba a través de un río de ácido. Estaba en todas partes en la parte de la fábrica de la *Recolectora*: hasta los tobillos en algunos lugares, hasta la cintura en otros. Estaba destruyendo el suelo, y ya había comido a los mamparos de abajo; anticipaba una descompresión explosiva en cualquier minuto.

El cruce había comenzado como una carrera mecánica llena de pánico… y luego se había reducido a un espantoso arrastre cuando sus piernas se fueron consumiendo hasta quedar convertidas en puntales esqueléticos. Sus brazos también se habían dañado más, durante el viaje. No había habido ninguna otra opción, no había otro camino a su destino.

Había recordado algo. Los intrusos habían llegado en un transporte de baradio. Y estaba intacto, vio a través de las pocas cámaras de vigilancia que todavía funcionaban: listo para partir. Lo utilizaría, evitando las cápsulas de supervivencia de un solo viaje. El carguero podría perderse en la confusión, esperaba; podría ser capaz de llegar a uno de los sitios de perforación en Cynda, donde todavía había tiempo para detonar los explosivos y cumplir con la cuota del Emperador. Encontraría una manera.

De alguna manera, esto era obra del barón Danthe. Tenía que serlo. Era imposible imaginar que un par de aspirantes a rebeldes y una capitán sustituta pudieran haber reducido su reputación y su carrera al caos. Detonar la luna, estaba seguro, lo restauraría… entre la luna y el lado soleado de Gorse, el Emperador tendría thorilide para mil flotas.

Y si no lo hacía, el carguero todavía tenía hipervelocidad y un cargamento completo de baradio-357. Ese era un recurso importante, y algo que aprovechar en algún otro lugar

si era necesario. Ya había regresado de la nada antes. Quizás esta vez no tardaría veinte años.

Pero no tendría que hacer eso. Iba a terminar el proyecto.

Vidian llegó tambaleante sobre extremidades que fallaban a la bahía de aterrizaje. El lugar era un desastre de vigas y mamparos caídos… pero el carguero problemático estaba justo donde se suponía que debía estar, con la rampa abierta. Pensó que era irónico que, de todas las cosas, fuera su salvación.

Al llegar a la rampa, Vidian miró a través del campo magnético de la bahía de aterrizaje. La *Recolectora*, girando fuera de control, ahora estaba enfrentando la cara de Cynda. Conveniente para un viaje rápido, pensó Vidian. *Eficiente*.

Vidian subió tambaleando por la rampa del carguero y luego no pudo llegar más lejos. Miró hacia abajo. Allí, en la cubierta de aterrizaje desplomado contra el costado de la rampa, estaba Skelly. El hombre era un desastre maltratado y ensangrentado… y sin embargo había tenido la energía para alcanzar el puntal de la pierna de Vidian mientras caminaba por la rampa. Ahora Skelly agarraba lo que una vez fue el tobillo de Vidian con su mano derecha.

El conde intentó sacudírselo, pero no pudo.

—¡Suélteme!

—Esa es… la que no se suelta —dijo Skelly. Tosió—. No… se preocupen por mí. Sólo estaba… por aquí… mirando la luna.

—No se acostumbre a hacerlo —dijo Vidian, esforzándose para seguir subiendo. Pero sus piernas dañadas por el ácido no le permitían hacer fuerza.

—Lo siento, Vidian. Volar las cosas… es *mi* trabajo. Reglas del gremio, ya sabes. —Skelly giró sobre sí mismo… y ahora Vidian vio el dispositivo en su otra mano, conectado a una larga línea de microfilamentos. Los ojos de Vidian siguieron la línea hasta la puerta de la nave—. Le dije a Kanan… que no necesitaríamos mi bolsa de trucos —dijo Skelly—. Pero no le dije… que no volvería por ella.

Lo comprendió rápidamente.

—*¡No! ¡No, no lo haga!*

—No recibo órdenes de ti. —Luego Skelly miro a Cynda por la entrada de la bahía de aterrizaje. Guiñó un ojo—. ¡Te he salvado, querida!

Pulsó el interruptor.

Al principio el destello cegó a Kanan. La explosión comenzó en la parte trasera de la *Recolectora*, rápidamente consumiendo las cubiertas de aterrizaje y extendiéndose hacia adelante. Cuando sus ojos se ajustaron, Kanan reconoció el familiar color característico de una explosión de baradio. Pero esto era más grande y con más energía que lo que nunca había visto.

—*¡Hera, cuidado!*

Había poco que ella pudiera hacer, salvo poner el escudo térmico de reentrada de la cápsula de supervivencia entre ellos y la explosión. El caza TIE que los perseguía fue más lento en reaccionar. Las partículas sobrecalentadas de la explosión desgarraron las alas hexagonales de la nave, haciendo que el caza estelar se partiera violentamente en pedazos. Una onda de choque compuesta no de aire sino de plasma y materia expandiéndose hacia afuera de la zona de explosión chocó su cápsula de supervivencia.

Sacudida por el impacto, Hera luchó con los controles, inclinando la cápsula de supervivencia para enfrentar la onda. Todo a su alrededor, Kanan vio más efectos de la explosión. Las cápsulas de supervivencia menos afortunadas se estaban desintegrando, al igual que sus perseguidores TIE. Y las torres electrostáticas que habían sido los rayos de la *Recolectora* fueron arrojadas en todas direcciones… incluyendo hacia el *Ultimátum*. Una viga larga y dentada golpeó la superficie del casco del Destructor Estelar, abriendo una herida ardiente.

Fue suficiente distracción para que Hera, tuviera la oportunidad de ir hacia la atmósfera de Gorse. Apagó las luces interiores de la cabina, y la cápsula de supervivencia quedó a oscuras mientras avanzaba, sólo otro pedazo de basura.

En la oscuridad, Hera reorientó la nave de modo que los pasajeros pudieran mirar atrás a los restos de la *Recolectora*. No había mucho que ver. Kanan no tenía ninguna duda que el *Conveniente* con su carga completa de baradio-357 era la razón.

—Es bebé *muy* travieso —dijo Kanan.

Zaluna se estremeció. Ella no había visto la explosión, pero la sintió.

—Yo… esperaba que Skelly pudiera haber sobrevivido antes. Que pudiera haber escapado.

Hera la abrazó.

—Está bien. Nosotros salimos. Tal vez él también lo hizo.

—No —dijo Kanan, pensando en voz alta—. No lo hizo.

Sombríamente, Hera miró afuera a la tormenta en el espacio.

—La bahía de aterrizaje debe haber sido golpeada por el Destructor Estelar.

Kanan meneó la cabeza.

—No. Skelly hizo eso.

—¿Si no lo viste —preguntó Zaluna—, cómo lo sabes?

Hera estudió a Kanan por un momento. Él se había quedado en silencio.

—Simplemente lo sabe —dijo finalmente—. Simplemente lo sabe.

Volvió a girar hacia los controles. La cápsula de supervivencia se hundió en las nubes de la noche interminable de Gorse.

Fase final:
EVALUACIÓN DE DAÑOS

«Plan de minería robótica del lado diurno del Emperador trae nueva era a Gorse»
«Supervisión de región industrial concedida a barón Danthe»
«Sitio de HoloRed de Vidian se oscurece cuando recaída de su enfermedad lo reclama»
—*encabezados, HoloNoticias Imperiales* (Edición de Gorse)

Capítulo cincuenta y seis

Aparte de sus ceremonias de promoción, Sloane rara vez le daba uso a su uniforme de gala. Pero esta noche era diferente, y siempre era de noche en Gorse.

El gobernador regional estaba aquí en la regia residencia de la alcalde… fácilmente el lugar más bonito del planeta. Reconoció a varios otros capitanes imperiales y un almirante; él había traído consigo a un moff, una de las autoridades más altas del gobierno. Estaban todos aquí para beber, charlar y celebrar el evento más importante en la historia de la producción industrial de thorilide: la abertura del lado soleado de Gorse a los drones de minería resistentes al calor del barón Danthe.

Era un gran momento para el mundo, que podía transformar su economía de maneras asombrosas. Las refinerías de Gorse serían necesarias; ni siquiera el Emperador iba a destruir la luna y devastar el planeta por un beneficio de una sola vez cuando la recompensa a largo plazo era mucho más rica. Y todo se atribuía directamente a un descubrimiento por Sloane y el equipo de ciencias del *Ultimátum*. No era cierto, por supuesto; ella simplemente había retransmitido el informe secreto de Vidian a tal efecto. Pero a ella le habían dado el crédito y se lo llevaría, junto con su tripulación.

Su tripulación. Sin relación con las maquinaciones de Vidian, a ella le acababa de ser concedido el puesto de capitán de Karlsen permanentemente. Se aseguraba de que el comandante Chamas envió inmediatamente a Deltic y sus compañeros a casa a la nave después de la presentación de condecoración, antes de que la avergonzaran delante de alguien. Pero ahora ellos eran su vergüenza. El *Ultimátum* era suyo.

Y los procedimientos recién estaban empezando. Más tarde, todos irían en la lanzadera de lujo a Cynda, restaurada nuevamente a su calificación como destino turístico. La zona dañada por la explosión de prueba era sólo una de las muchas anteriores reservas naturales en la luna; el Imperio no había perdido tiempo en reabrir otra. Se pondría a disposición para las visitas de los ricos y poderosos: los que servían al Emperador también y aquellos cuya influencia buscaba cortejar. *Lo que incluye a casi todos en esta sala*, pensó ella.

Tomando una copa en la bandeja de un droide de servicio clase GG, Sloane volvió a pensar en los acontecimientos en los días desde la muerte de Vidian. Un intermediario del Emperador se había reunido con ella para dar seguimiento a la situación. Sloane le había contado todo y verazmente, por supuesto, y él no había visto ningún problema con su testimonio. Pero había expresado extrañeza sobre su relato del joven piloto que habló con ella en la oscuridad. Este «Kanan» no era ningún agente del Emperador, le dijeron. No tenía sentido, y ninguno de ellos había indagado en la cuestión. ¿Tenía Vidian otro rival, suelto, en alguna parte del sistema imperial? ¿O era alguien totalmente diferente?

Sloane no se había quitado la sensación de que ahí afuera había otro jugador. Alguien aliado con el joven piloto, tirando de los hilos. Se preguntó si ella alguna vez lo descubriría.

Había algo que *sí* había descubierto. Había averiguado que a su llegada alguien de la tripulación de mando del *Ultimátum* había preguntado a Transcept sobre Lemuel Tharsa. Ella no lo había autorizado, y no tenía sentido que lo hubiese hecho Vidian. Se dio cuenta de lo que había sucedido… y afuera, en el balcón, vio a los hombres responsables.

Nibiru Chamas bebía allí con el barón Danthe. Danthe la vio y sonrió. Era aún más radiante y robusto en persona, vio ella.

—Mi buena capitán —dijo el barón, levantando la copa—. Por favor, únase a nosotros.

—Estoy a sus órdenes —dijo ella.

Y también lo estaba Chamas. *Él* había enviado la consulta sobre Tharsa, se había percatado, utilizando su autoridad como oficial del *Ultimátum* para ayudar a Danthe a investigar el consultor fantasma de Vidian. Se preguntó por cuánto tiempo Chamas había estado como informante en la nómina del barón.

Con una sonrisa misteriosa, Chamas levantó su copa de vino hacia ella. No parecía la primera. No era de extrañar, ya que ella había suplantado su posición con su patrón. Danthe había sido agradecido, y vio su mano en el movimiento de personal del *Ultimátum*. Tal vez Chamas ambicionaba su asiento. Si era así, no importaba: Así era la forma en que funcionaban las cosas en el Imperio.

Fue hasta la barandilla con el barón. Chamas, dándose cuenta de que su copa estaba vacía, se fue con una disculpa. Estaba húmedo como siempre en Gorse, y ninguno de los visitantes estaba aquí afuera… pero ella ya se había acostumbrado. Miró a Cynda, que ya había pasado la fase llena. Continuaría brillando y sacudiendo a Gorse de vez en cuando. Y un día, probablemente se desgarraría y caería como lluvia, como era la intención de Vidian. Pero no sería durante su vida, y esta noche ella planeaba disfrutarla.

El barón Danthe la miró mientras ella miraba la luna.

—Le agradezco que me haya alertado.

—Estaba alertando al Emperador.

—Por supuesto. —Dijo Danthe riendo entre dientes—. Esa es la vida que llevamos. ¿Alguna vez pensó que apuñalar a la gente por la espalda sería una forma de progresar?

—Así se juega a este juego —dijo Sloane, un poco sorprendida por su franqueza—. Yo prefiero volar mi nave estelar.

—Y defender al Imperio contra: *lo que sea*. —Sonrió—. ¿Ha averiguado más sobre los otros que estuvieron involucrados?

—Nada.

Él aspiró de forma despectiva.

—No creo que tengamos que preocuparnos demasiado. Un único acto rebelde no es el comienzo de nada. Esto fue una incidencia pasajera. Una falla en el sistema. Nada más.

—Tal vez. —*O tal vez habían despertado un gundark dormido*.

Sloane decidió que también habría oportunidades para progresar en una galaxia así.

—Por las misiones interesantes por delante. —Ella chocó su copa contra la de él.

* * *

El sol salió y nadie murió. Zaluna había vivido toda su vida donde eso era imposible.

Este era un mundo diferente con un sol diferente, y aunque ella no podía verlo, podía sentir sus rayos calentando su cuerpo. Podía sentir el aire fresco de la noche retirándose suavemente, escuchar el rocío sobre la hierba crujir cuando caminaba. Y todo alrededor, podía oler las flores del jardín despertando.

Kanan les había dejado después de su regreso a Gorse, pensando que era mejor volver a reunirse aquí en este escasamente poblado planeta agrícola a sectores de distancia. Zaluna no sabía el nombre del planeta al que Hera la había traído, pero claro que nunca había preguntado.

Estaba dando su primer paso a un mundo nuevo: un mundo desconectado de la red.

Todavía no estaba claro que el Imperio la estuviera buscando por su parte en el asunto de la *Recolectora*. Antes de traerla de Gorse al mundo agrario en su nave de lujo, Hera había pasado por el departamento de Zaluna por sus cosas. Mostraba signos de que el propietario había ingresado, pero no había sido saqueado. Y seguro que las imágenes de video vigilancia a bordo de la *Recolectora* que identificaban a Zaluna no habían sobrevivido.

La noticia había hecho que Zaluna se preguntara. Tal vez ella no había sido el foco de alguna redada planetaria, junto con los demás. Tal vez todo había estado sólo en su mente. Tal vez podría volver de su suspensión y volver a trabajar en Transcept, como si nada hubiera pasado.

Pero no podía. Porque algo *había* pasado. Un montón de algos. Y eso significaba que nunca podría volver a esa vida, aún si lo quisiera. Y no quería.

Aún así, se alegraba de que la vida en Gorse ya no fuera tan mala para los que había dejado. La milagrosa noticia de thorilide en cantidad en el lado diurno de Gorse significaba que el trabajo ya estaba progresando, usando las legiones de droides resistentes al calor que el barón Danthe tenía listos y esperando. Ya no se harían más daños a Cynda o a los lugares donde la gente vivía en Gorse. Los mineros, que eran en gran medida los peores clientes en el mundo, migrarían a otros lugares. Y aunque el trabajo de refinería permanecería, el Imperio ahora controlaba su propia firma en Luzdeluna: un lugar donde una clarividente Lal Grallik, en vida, hizo mejoras en la seguridad que ahora se convertirían en el modelo para todas las demás fábricas de allí. El Imperio había conseguido la eficiencia que había querido obtener con el viaje del Conde Vidian después de todo… y sin embargo la gente estaría más segura en todas partes. A Hera le gustaba particularmente esa idea. *«Victoria a través de consecuencias no intencionales»*, había dicho.

La casa que habían encontrado para Zaluna estaba abandonada y medio en ruinas, pero era barata y tranquila. La persona de la que Hera la compró le había dicho que el jardín de atrás había sido plantado por otra mujer mayor, muerta ya hacía mucho; tenía

una gran necesidad de un cuidado que nadie le daba. La mayoría de los colonos del planeta se habían mudado a lugares como Gorse para encontrar trabajo.

Rozando los pimpollos con los dedos, Zaluna no podía imaginarse una perspectiva más tonta.

Tanteó buscando los escalones bajo sus pies. Había un árbol al final del camino; caminar hasta él le recordaba el cementerio en la Colina de los Mendigos, con sus grandes monumentos.

—Si sigues caminando, Zal, lo chocarás.

Zaluna sonrió.

—¡Sigues aquí, Kanan!

—Disfruto del tiempo. Gorse era un baño de vapor. —Zaluna sintió su mano en el hombro—. ¿Todo va bien contigo?

—Mejor que nunca —dijo ella. Comenzó a caminar pasado el árbol, con la mano de Kanan todavía en el hombro—. ¿Qué te parece mi jardín?

—Es bueno —respondió Kanan—. ¿Sabes que puedes hacerte tratar esos ojos, no? Para recuperar la vista.

—¿Como Vidian? —Zaluna se rió y meneó la cabeza—. No, creo que ya he visto lo suficiente. Tengo un lugar donde vivir, y hay una niña que me visita a diario para ayudarme con las cosas. Pero pronto voy a valerme por mí misma. —Hizo un gesto hacia atrás—. ¡Y mira! ¡Tengo un árbol!

Kanan se rió.

—Creo que es el árbol de Skelly —dijo—. Un bonito monumento, ¿no crees?

—Bueno, hay algunas enredaderas trepadoras retorcidas por allá en las que habría pensado en su lugar.

Zaluna levantó la cabeza para enfrentar al cielo y suspiró.

—No, las cenizas de Skelly probablemente aún están allá, lloviendo sobre Cynda. Creo que a él le gustaría.

Kanan no respondió por un momento. Y luego:

—Eso también funciona.

Oyó a alguien viniendo por el camino desde la casa.

—Estoy lista para irme —dijo Hera.

—Siempre en movimiento —dijo Zaluna.

Sintió las manos de Hera en las suyas.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Zal? Tienes habilidades. Hay otros a los que podrías ayudar.

Zaluna negó con la cabeza.

—No puedo salvar a Hetto… no ahora. Sé contra lo que te enfrentas, y está más allá de mí. Dondequiera que esté, Hetto nunca querría que yo arriesgue mi vida tratando de salvarlo. Y si está en un mal lugar, probablemente me imagine a mí viviendo en algún lugar agradable como este. ¡Seguro que es mejor que donde estábamos!

Kanan se rió.

—Te atrapó allí.

Hera la abrazó.

—Cuídate… y muchas gracias.

Zaluna caminó hasta el borde de la carretera de grava con ellos.

—Y ahora —dijo Kanan—, tengo el placer de acompañar a esta gentil dama a esta nave misteriosa que tiene. Kanan había sido dejado por un carguero independiente y aún debía echarle un vistazo a en lo que ella y Hera habían llegado.

—Ya veo —dijo Zaluna, y preguntó—. ¿Van a viajar juntos?

—No lo hemos discutido —dijo Hera rápidamente.

Zaluna sonrió.

—Será mejor que te lo lleves contigo —dijo la mujer—, o lo pondré a trabajar.

Se giró y caminó de vuelta hacia el jardín.

Capítulo cincuenta y siete

Kanan y Hera caminaban por el largo camino silvestre desde la casa de Zaluna.

—Creo que va a estar bien —dijo Hera por tercera vez—. El médico al que la llevé a dijo que está sanando muy bien.

—Sí, claro —respondió de nuevo él. Habían hecho un excelente trabajo de no hablar de nada mientras caminaban… de hecho, desde que la cápsula de supervivencia aterrizó en Gorse. Se habían separaron rápidamente entonces, dándole tiempo a Kanan para dejar un rastro que lo colocaba en Gorse durante toda la acción anterior. Sloane podría conocer su nombre, pero en lo que respecta a la vigilancia imperial, él era sólo un piloto suicida más que había dejado Gorse cuando el trabajo se secó.

Se acercaron al pequeño hangar que ella había alquilado fuera del pequeño pueblo. Sin volverse hacia él, le preguntó:

—Entonces, ¿qué es lo próximo para ti?

—Bueno, tú me conoces. Una fuerza siempre en movimiento.

—Te conozco. —Ella siguió caminando—. ¿Entonces qué opinas sobre lo que dijo Zaluna?

—¿Qué, ir contigo? —Kanan se encogió de hombros—. Bueno, ya sabes lo que he dicho. Tú eres buena compañía. —La miró—. Pero no creo que tú estés buscando un compañero de viaje, ¿verdad?

—No me gusta eso. —Se detuvo delante de la puerta del hangar cerrado, y él hizo lo mismo. Ella lo miró—. Lo que está pasando en la galaxia es grave, y yo tengo la intención de hacer algo al respecto. Si tú sólo quieres ocuparte de tus propios asuntos —dijo ella, ofreciendo su mano—, entonces te deseo que suerte en tus viajes.

Él le miró la mano, y luego en ella.

—Todavía no he visto esta nave.

—Y no lo harás. Cuanta menos gente la vea, mejor.

Él se rascó la barba.

—Suena bastante grande. Debe ser mucho trabajo que mantenerla.

Ella lo miró por un momento y asintió.

—Sí, lo es.

—Podrías necesitar una tripulación para algo como eso. —La miró significativamente—. No un compañero de viaje. Ni un revolucionario. Tripulación. —Le ofreció la mano.

Ella mostró una sonrisa astuta… y estrechó su mano.

—Puedo vivir con eso.

Kanan se volvió y juntó las manos.

—¡Genial! Sólo espero que no sea un desastre tan grande como la nave que acabo de dejar.

—Bueno, te va a encantar esto —dijo, abriendo la puerta al hangar.

Entonces. Kanan Jarrus era un Jedi. O mejor dicho, había estado entrenando para convertirse en uno cuando el Emperador los traicionó a todos.

Era sólo una conjetura. Él no le había contado nada más a Hera acerca de ese momento a bordo de la *Recolectora*. Era posible que sólo fuera alguna persona cualquiera que tenía la habilidad de usar la Fuerza. Alguien que, en un ataque de adrenalina, se había extendido al universo por una gran hazaña… y que había visto sus ruegos contestados.

Pero Hera no lo creía. Cuando ella era una niña, los Jedi habían ayudado a su pueblo en las Guerras Clon. Aunque entonces había sido demasiado joven para recordar eventos específicos de esos días, su padre lo había contado una y otra vez, de los Jedi en acción. Más tarde, ella había visto muchos holos históricos —que ahora estaban todos prohibidos— de los Jedi en acción. Entendía que las habilidades Jedi no eran un traje con superpoderes que alguien podría dejar en casa, o tirar a la basura. La Fuerza influenciaba y mejoraba cada acción de una persona tocada con ella, tanto si eran conscientes de ello o no.

Y nadie más que un Jedi podía hacer las cosas que había visto hacer a Kanan. La pelea en Ciudad Temblor, el escape en el autobús flotante, la batalla con Vidian… en cada una, había visto a un hombre actuando al extremo de la capacidad humana. Y en todos los casos, de alguna manera ella había pensado que él era capaz de hacer aún más. Parecía como si él hubiera identificado una línea que no iba a cruzar y se atenía a ella.

Kanan había gravitado hacia un llamado peligroso en Gorse, porque para él no era peligroso. Y es un oficio solitario, para que secretamente pudiera contar con su prodigioso talento si ocurría un peligro. Ella sospechaba que eso describía todos los trabajos extraños que él había tomado en su vida. Era la estrategia de alguien entrenado en una cierta disciplina pero que sin embargo tenía prohibido practicarla. Eso, su carácter nómada y su carencia de lazos familiares todo coincidía.

Kanan probablemente no era todavía un Jedi cuando llegó la masacre. Ella dudaba que ni siquiera tuviera un sable de luz, todo lo que tenía en la galaxia era una bolsa de ropa, y si lo había escondido allí, ella nunca iría a buscarlo. Hera se preguntaba cómo joven Jedi se convertía en aprendiz. Ella no lo sabía, y esa información era más difícil de conseguir ahora que casi cualquier otra cosa.

¿Dónde había estado él, cuando sucedió la gran traición? ¿Con quién había estado? ¿Alguien le había advertido?

¿Y ese alguien todavía existiría?

Kanan podría contárselo, algún día. O no. Para ella eso estaba bien. El Emperador había privado de derechos a las almas por toda la galaxia, a gente de todas las profesiones. Un reacio casi Jedi sólo era uno más de sus números incontables. Para que una rebelión funcionara se necesitarían muchas personas, todos aportando sus talentos únicos. Todos serían igualmente importantes, a su propio modo.

A él obviamente le gustaba su nave estelar, podía verlo mientras la recorría. Eso era bueno. También estaba embelesado con ella, lo notaba, y eso también le parecía bien. No quería decirle que su guerra ya había comenzado, y que en la guerra, no había tiempo para nada más. Probablemente lo entendería eventualmente.

No, pensó, las cosas estarían bien así como estaban. Kanan sería un gran recuerdo para ella en los días por delante, aunque nunca volviera a los caminos de los Jedi.

Pero no podía evitar preguntarse: *¿Qué pasaría si lo hiciera?*

Jarrus Kanan estaba enamorado.

El *Fantasma*, lo había llamado Hera. Era la nave que había admirado cuando lo pasó en el camino a Cynda días antes… y era una maravilla. De forma aproximadamente hexagonal, era un carguero ligero con muchas modificaciones… todas ellas, hasta donde él podía decir, mejoras. Los dos motores principales que sobresalían por detrás eran piezas de equipo de primera categoría, mejores que cualquier cosa que él hubiera visto en Gorse o en cualquier otro lado. Una cabina estaba al frente y al centro otra burbuja que albergaba la torreta de un artillero delantero. Tenía una simetría de la muchas naves de carga corellianas carecían… e incluso un pequeño módulo de excursión montado en la popa.

Después de pilotar naves de carga y transportes de explosivos lúgubres, después de viajar en desagradables naves de línea comercial y las bodegas de naves mineras, Kanan encontró que el *Espíritu* era una bocanada de oxígeno puro. Mataría por volarla… y según Hera había bromeado, él podría tener que hacerlo. Era de ella, toda suya. Eso estaba bien. Él agradecería el paseo.

Una pesadilla había comenzado para todos, años atrás, y continuaba en casi todos los sentidos que importaban. La galaxia todavía no había despertado de ella, y tal vez nunca lo haría. Pero Kanan siempre había querido ir a la perdición con estilo y el *Espíritu* era una gran manera de llegar allá.

Particularmente con la compañía.

Ella lo observaba mientras él admiraba la nave. Hera lo había ocultado bien, constantemente apartando la mirada o trasteando con algún repuesto… pero Kanan tenía mucho entrenamiento en saber cuándo tenía encima los ojos de una mujer. Las cosas también habían cambiado en eso. Antes Hera había estado levemente curiosa acerca de él, pero los acontecimientos de la *Recolectora* sin duda habían influido en su actitud hacia él. Eso, o de alguna manera él se había vuelto mucho más atractivo.

Cualquier razón estaba bien. Cualquier excusa para estar en su compañía era buena, con tal que ella no forzara el asunto. Ahora Hera sabía una cosita acerca de su pasado, que era una más de lo que él sabía de ella. Esperaba que ella se diera cuenta de que eso no tenía influencia en quién era. Si darle pinchazos al Imperio era lo que la emocionaba, claro que él podía ayudarla sin entrar en todo eso.

Tal vez la respuesta te llegará de otra forma, había dicho la maestra Billaba años antes cuando había preguntado qué debía hacer con su tiempo un Jedi sin maestro. Había buscado respuestas en los viajes y trabajos peligrosos, en las cantinas y la juerga. Hera era una respuesta nueva y muy diferente: una forma tan buena de pasar su tiempo como cualquiera.

La gente que le había enseñado a Kanan cuando era un niño lo había dejado con un puñado de conocimientos y algunos consejos de despedida. Nada más. Ese había sido todo su legado. Seguir sus instrucciones era todo lo que les debía. Seguiría evitando Coruscant, evitando la detección. No entendía qué necesitaba para «mantenerse fuerte», pero seguiría defendiéndose contra cualquiera que lo desafiara.

¿Y la Fuerza? Bueno, podría acompañarlo, o no. Kanan se las arreglaría, de cualquier manera. Siempre lo hacía.

Él golpeó la parte inferior del *Espíritu* y le guiñó un ojo mientras iba hacia la rampa.

—Vayamos a alguna parte.

Por John Jackson Miller

Star Wars: Caballero andante
Star Wars: La tribu perdida de los Sith: Los relatos recopilados
Star Wars: Kenobi
Star Wars: Un nuevo amanecer
Overdraft: The Orion Offensive

Acerca del Autor

John Jackson Miller es el autor bestseller del *New York Times* de *Star Wars: Kenobi*, *Star Wars: Caballero andante*, *Star Wars: La tribu perdida de los Sith: Los relatos recopilados*, y quince novelas gráficas de *Star Wars* más. Un analista e historiador de la industria de los cómics, ha escrito comics y prosa para varias franquicias, incluyendo *Conan*, *Iron Man*, *Indiana Jones*, *Mass Effect*, *Los Simpson* y *Star Trek*. Vive en Wisconsin con su esposa, dos hijos y demasiados cómics.

A mi madre, quien me enseñó a amar los libros y las películas

AGRADECIMIENTOS

Desde ver por primera vez la película que más tarde sería conocida como *Star Wars: Episodio IV: Una nueva esperanza* en el cine cuando era un pequeñuelo, he estado interesado en cómo era la vida bajo el Imperio. *Un nuevo amanecer* me dio la oportunidad de explorar el tema en una historia ambientada varios años antes de la serie de televisión *Star Wars Rebels*. *Un nuevo amanecer* presenta a los personajes Kanan y Hera desarrollados por los productores ejecutivos del programa Dave Filoni, Simon Kinberg y Greg Weisman, y estoy agradecido a ellos por sus sugerencias y orientación.

Gracias también a Rayne Roberts, Leland Chee y Pablo Hidalgo del nuevo Grupo de Historia de Lucasfilm y, como siempre, a Jennifer Heddle, editora de ficción de Lucasfilm. También estoy en deuda con Random House por darme la oportunidad: la editora jefe, Shelly Shapiro y los editores Frank Parisi, Keith Clayton y Erich Schoeneweiss.

Le debo nuevamente todo a mi esposa y correctora Meredith Miller… y un agradecimiento especial al sabio de la ciencia ficción y viejo amigo Ken Barnes, por ayudarme a pensar en algunos de los detalles astronómicos.

Por último, estoy en deuda con todos los escritores que han trabajado en el universo de *Star Wars* hasta la fecha… y a los millones de lectores que han apoyado sus obras. Las historias que amamos pueden no siempre encajar perfectamente en una única línea de tiempo, pero siempre importarán.

John Jackson Miller